



Paulina Latapí • Compiladora

# ANTOLOGÍA DE CUENTO HISTÓRICO



FONDO EDITORIAL  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO







ANTOLOGÍA  
DE CUENTO HISTÓRICO

2023

---

MAURICIO KURI GONZÁLEZ  
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE QUERÉTARO

MARCELA HERBERT PESQUERA  
SECRETARÍA DE CULTURA DEL PODER EJECUTIVO DEL ESTADO DE QUERÉTARO

RAFAEL MATA SALINAS  
DIRECTOR DE EDUCACIÓN ARTÍSTICA Y SERVICIOS CULTURALES  
DE LA SECRETARÍA DE CULTURA DEL PODER EJECUTIVO DEL ESTADO DE QUERÉTARO

GLORIA GARCÍA ALCOCER  
FONDO EDITORIAL DE QUERÉTARO

---

DRA. MARGARITA TERESA DE JESÚS GARCÍA GASCA  
RECTORA

DR. JAVIER ÁVILA MORALES  
SECRETARIO ACADÉMICO

DR. JOSÉ SALVADOR ARELLANO RODRÍGUEZ  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA

MTRO. LUIS MAURICIO MARTÍNEZ  
ENLACE DE PUBLICACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA

DIANA RODRÍGUEZ  
DIRECTORA DEL FONDO EDITORIAL UNIVERSITARIO

FEDERICO DE LA VEGA  
EDITOR

---

Primera edición: 2023

D.R. © 2023 de las y los autores  
D.R. © 2023 de las ilustraciones: Nicolás Pacheco  
D.R. © 2023 Universidad Autónoma de Querétaro  
Cerro de las Campanas s/n  
Centro Universitario, 76010  
Santiago de Querétaro, México  
D.R. © 2023 Secretaría de Cultura de Querétaro  
Arteaga, 89  
Centro Histórico, 76000  
Santiago de Querétaro, México

ISBN UAQ: 978-607-513-658-5  
ISBN SCQ: 978-607-8810-05-5

# ANTOLOGÍA DE CUENTO HISTÓRICO

PAULINA LATAPÍ

*Compiladora*



FONDO EDITORIAL  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO





## ÍNDICE

PRÓLOGO	13
FERNANDO FLORES ALVARADO	
INTRODUCCIÓN	19
PAULINA LATAPÍ	
AÑO VIEJO	
<i>Dáthe T'axi (Río Blanco)</i>	27
JORGE LÓPEZ	
AÑO DEL CALDO	
<i>Nieve queretana</i>	37
ANDRÉ SALDAÑA	
<i>La fuerza de las palabras</i>	69
JOSÉ CARLOS VELÁZQUEZ	
AÑO PASADO	
<i>Cambiar de llanto</i>	79
FERNANDO FLORES ALVARADO	
<i>Causa de muerte</i>	95
LUIS ENRIQUE LUNA RAMÍREZ	
<i>Noticias</i>	101
BELÉN AURORA ROCHA VELAZCO	
<i>Querida Mariana</i>	107
RAQUEL RESÉNDIZ	

<i>La muerte de la memoria colectiva</i>	111
FERNANDO DE JESÚS ÁLVAREZ ARAIZA	

#### AÑO EN CURSO

<i>Diez segundos</i>	119
ANDREA ESCALONA	
<i>La culpa</i>	125
LUIS EDUARDO RODRÍGUEZ LEAL	
<i>Ni la plata ni el oro</i>	129
EMMA DELFINA RIVAS	
<i>Inútiles máscaras</i>	139
FÁTIMA IRAIS VALDEZ	

#### AÑO CRUZADO

<i>La tentación de Judas</i>	145
JOEL ANGELES MATA	

#### AÑO BUCÓLICO

<i>A toda prueba</i>	151
PAOLA ZAPOTE	
<i>El valor del dinero</i>	163
SALEM	
<i>La holandesa</i>	167
ESTEBAN REYNOSO	

#### AÑO PESADO

<i>Le cortaron las alas</i>	181
VÍCTOR ARMANDO YÁÑEZ FLORES	

<i>El día en que el viejo león lloró</i>	187
IMANOL LÓPEZ	
<i>Notas de Paula</i>	193
JULIETA M. GARAY	
<i>Vueltas</i>	199
NAOMI BAHENA	

#### AÑO BÉLICO

<i>Doce cartas</i>	205
MITZI MATAMOROS	
<i>Grullas de papel</i>	219
ALEJANDRO LEÓN	

#### AÑO FANTÁSTICO

<i>Un apunte sobre la cosmovisión</i>	231
NICOLÁS PACHECO	
<i>Entre Mefistófeles y Morgana</i>	237
ALETHIA RAMÍREZ	
<i>Fabio</i>	243
ELÍ CASAS	
<i>Pobre Julieta</i>	245
ISABEL TREJO	

#### AÑO SOÑADO

<i>Un toque mágico</i>	261
CHRISTIAN PÉREZ	
<i>Vértigo</i>	269
HÉCTOR IVÁN RESÉNDIZ CONTRERAS	



## PRÓLOGO

**U**n truco que facilita la escritura de la primera línea de un cuento consiste en anotar una localización que ubique ningún sitio. Por eso Cervantes eligió sabiamente olvidar el nombre de aquel lugar en La Mancha. También, ayuda ser ambiguo con el tiempo y colocar el relato en la posición indeterminada de *corría el año de...*, o simplemente en el más habitual *había una vez*.

De no existir inconveniente de su parte así lo haré.

En algún lugar de un antiguo colegio de jesuitas, construido en el centro de una ciudad de conspiradores, se instaló una vez un taller en el que se fabricaban cuentos históricos. Se hacían no con frialdad fabril, sino con amor artesano. Permaneció instalado ahí hasta el día que llegó La Enfermedad y los creadores de cuentos tuvieron que alejarse siguiendo distintos caminos. Se comunicaban mediante unos pequeños cuadrángulos de cristal que les permitían mirarse entre ellos y escuchar el eco de sus voces. Contra lo esperado, el taller no solamente se mantuvo, sino que cobró nueva fuerza.

Pero antes de continuar el relato de este inusual taller, quisiera abrir un paréntesis para referirme a la materia prima con que los creadores hacían esos cuentos. Los elaboraban con recuerdos, con ideas y con sentimientos. Grandes, pequeños, lineales o redonditos. Los juntaban en grandes peroles humeantes y los removían pacientemente, mientras les iban agregando letras.

Porque no existen seres más fascinantes ni arriesgados que las letras. Cada una tiene su propio sonido y su propio carácter. Se van poniendo

de acuerdo para juntarse en palabras con las que se puede escribir un montón de párrafos de distinta índole y con intención diferente.

Cuando los párrafos son poquitos y están escritos con la intención de impactar mucho en poco tiempo, es que las palabras han querido reunirse en un cuento. La voluntad primaria de esta obra, podríamos pensar, es la del autor. Pero no, casi nunca lo es. Con más frecuencia las escritoras y los escritores van corriendo afanosamente detrás de los sustantivos, de los verbos, de los adjetivos, y únicamente cuando logran alcanzarlos y convencerlos de que se congreguen de cierta manera es que logran fabricar un cuento.

Los cuentos son capaces de ilusionar, aterrar o maravillar. Los leemos tercamente en instantes llenos de interrupciones ante las cuales ni nos dignamos a desprendernos de la lectura. Leemos cuentos lo mismo en la fila del mercado que en el transporte cuando somos pasajeros, que bajo la tibia seguridad de las cobijas cuando somos niños a la luz de una linterna. Los leemos tanto en los volúmenes sabios y polvosos de las librerías de viejo como en las prístinas pantallas que dominan la actualidad.

No importa cómo, ni cuándo ni dónde. Leemos cuentos y ya. ¿Y ya? No, nunca y ya. El cuento se termina, pero no concluye. Sus breves páginas son un maravilloso pasaje sin retorno o, en todo caso, un regreso revestido de desalentada realidad que nos deja el tranquilizador consuelo de que nunca volveremos a ser los mismos. Y cuando los releemos por segunda o por enésima vez, siempre es el mismo viaje, pero una distinta experiencia.

Hemos percibido que los cuentos son distintos entre sí y, para intentar dominarlos, los clasificamos en géneros y procuramos convencerlos para que caminen dócilmente hacia los corrales específicos que les hemos hecho. Generosamente, ellos nos dejan creer que los comparten, aunque se saben inclasificables, mutantes para cada imaginación que alimentan. No obstante, únicamente para efectos ilustrativos mencionaré a continuación los que hemos concluido que son los géneros principales del cuento.

Estos son, a saber: los que nos provocan sueños de noche y pesadillas de día; los que huelen a pastel; los que ocasionan suaves brisas que agitan las cabelleras y las ideas; los fluorescentes; los navegantes; los disidentes; los húmedos y los sedosos. De los anotados, que son los más conocidos, siéntase el lector en libertad de añadir los subgéneros o las hibridaciones que guste. Habiendo dicho lo anterior, cerremos este largo paréntesis y continuemos con el relato que nos ocupa: el Taller de Cuento Histórico.

Era éste un taller indisciplinado y todo parece indicar que lo seguirá siendo. Alienta y promueve el arte perdido de la lectura en voz alta. Omite la teoría literaria tradicional, esa que enseña cómo escribir, y prefiere, de una manera entrañablemente sencilla, *invitar a escribir*. Este proceso de creación es cuidadoso y amorosamente guiado, de hecho, con el amor de una suegra, si he de utilizar sus propias palabras: por Paulina Latapí, quien mediante unos pocos esquemas en hojas sueltas consigue inspirar a los participantes en algunas realidades más complejas: que la Historia está hecha de historias; que las frases fulminantes y los componentes inesperados son los que hacen apasionante un cuento; que los párrafos nunca son incorrectos sino solamente perfectibles, y que los cuentos llegan a grandes alturas si son escritos con la suficiente dedicación y el afecto necesario. Ella los llama *cuentazos*.

La presente antología está dividida en diez secciones identificadas como años en específico. Por ahora pretendo simplemente insinuar lo que le espera al lector en esta obra. ¿Qué podrá encontrar en estos breves relatos?

Las secciones tituladas Año viejo, Año del caldo y Año en curso contienen relatos que tratan sobre cazadores en la sierra y lágrimas de justicia; también sobre fríos romances coloniales y criminales inocentes. Otros más hablan de viajeros desahuciados, disparos erróneos y vuelos inmatrimoniales.

En las secciones denominadas Año pasado, Año cruzado y Año bucólico, el lector encontrará cuentos que tratan sobre sismos olvidados, los colores de los veteranos, las monedas pueblerinas, los creyentes que se

hacen compañía y las milpas bajo la luz de la luna. Igualmente hallará a chamacos escarbando en las profundidades de la tierra y se topará con los ojos color miel de una extranjera.

En Año pesado, Año bélico, Año fantástico y Año soñado, están plasmados la desesperanza en la vivienda de al lado y los zafarranchos escolares. Además, el lector podrá leer sobre epístolas perfumadas con pólvora, aves de acero surcando océanos orientales, los cuestionamientos del que está en un lugar queriendo llegar a otro, diabólicos vales hechiceros, árboles con risas de colores, merodeadores con cuatro patas y matrimonios adolescentes.

Con respecto a los autores de estos cuentos, ¿qué hicieron para materializar esta vastedad narrativa?, ¿cómo escribieron?, ¿cómo le hicieron para convencer a unas pocas palabras de que se juntaran para plasmar anécdotas tan potentes? Especulo que la mayoría de ellos lo hizo de la siguiente forma, que me permito revelar.

Iniciaron poniendo una mirada retadora sobre el blanco de la hoja o de la pantalla. Estiraron carpos, metacarpos y falanges. Empuñaron la pluma o colocaron los dedos sobre el teclado. Y entonces, escribieron. Escribieron rabiosa e impensadamente, al compás de la vida y de las ideas que se atropellaban en sus cabezas, fija la mirada, contenida la respiración. Escribieron cincuenta páginas si el cuento debía tener cinco, y ciento treinta si había de tener quince.

Cuando sintieron que se les acababa el aliento, se detuvieron y recuperaron el resuello. Miraron las hojas escritas con amorosa crítica, dispuestos a borrar y reconstruir cada palabra visible que no tuviera un sentido invisible. Y entonces comenzaron a reescribir hasta que de todas esas páginas quedaron únicamente las que debían ser. Se deshicieron de toda la puntuación agazapada detrás de las líneas. Borraron todas las palabras cuyo viento soplaba sin fuerza y todas las descripciones sin música. Eliminaron del relato los gritos que hacían guardar silencio al lector y todas las lágrimas que le impedían llorar.

Pero lo que es más importante: nunca eliminaron las palabras con la rabia de un exterminador ni con la frialdad del erudito. Simplemente

las guardaron para después, con el amor del artista que pule su obra, con la pasión tranquila del amante que roza con los dedos la piel que está amando. Solamente así las palabras sobrantes consintieron en ser reservadas para futuras obras. Así nació cada párrafo de cada cuento que constituye la antología que ahora sostiene entre sus manos. No existe medio de transporte con mayor alcance y que lo lleve más placenteramente que un cuento. Adéntrese en este libro. Abandone el andén y aborde. Acomódese en su asiento. Inhale profundamente el aroma de la inminente aventura.

Es hora de partir.

FERNANDO FLORES ALVARADO

ALUMNO DEL TALLER DE CUENTO HISTÓRICO, 2021-2022



## INTRODUCCIÓN

**H**ace unos días murió uno de los líderes mundiales más importantes del siglo xx, Desmond Tutu. Me di a la tarea de buscar la referencia de una frase pronunciada por él para asentarla aquí, pues en algunas ocasiones la he mencionado al estudiantado del Taller de Cuento Histórico. Es ésta: “No se consigue ser un buen escritor [...] yendo siempre al cine y comiendo bombones. Hay que sentarse y escribir por muy frustrante que llegue a ser” (Tutu, 2019, como se citó en Abrams, p. 63). Inicio con ella para compartir algo de la dinámica del Taller de Cuento Histórico que generó los cuentos antologados. A lo largo de esta década se ha tratado de sacudir los *sentipensares* del estudiantado. Ir al cine y comer bombones... Para lograr escribir bien se requiere mucho más que eso —lo sabemos y expondremos algunas estrategias que han funcionado—; sin embargo, a modo de camino transversal de escritura es necesario dismantelar la idea de la disciplina como una especie de mito del “éxito” de un escritor. En nuestros(as) estudiantes del eje formativo integral (modalidad incluyente de los planes y programas de estudio de las licenciaturas de filosofía, antropología, historia, desarrollo humano para la sustentabilidad, gastronomía, humanidades y producción de imágenes, y de educación y mediación intercultural), lo disciplinario *per se* los desmotiva y les impide mejorar. El gozo y el conocimiento histórico y literario han de preceder al disciplinario. Diez años de impartir el Taller de Cuento Histórico lo han ido constatando.

Precisamente, para mostrar lo realizado en el taller se tuvo la idea de integrar la presente antología. Dicha idea no fue mía, sino de quien

durante varios años coordinó el área de Arte de la Facultad de Filosofía, la maestra Mónica Durán. Mi gratitud hacia ella, hacia la maestra Alma Rosa Martín, quien la antecedió en el cargo, y hacia el maestro Darío de León, quien la sucedió. Gracias por animarme, acompañarme y por su imprescindible ayuda en la tarea de localizar a las y los exalumnos. Fue una locura: no previmos el desafío. Aprendimos, entre muchas otras cosas, que las direcciones de correo para las generaciones jóvenes son volátiles, pues hoy ya casi están en el olvido como muchas oficinas de correo postal. Aprendimos también la alegría que les suscita volver a conectarse con su facultad y “convivir” en un libro egresados y egresadas con estudiantes actuales. Sobre todo, aprendimos que para estudiantes de hace unos años y del presente el publicar sus cuentos les hace reparar en lo vivido y aquilatar nuestra universidad. El contenido de esta antología fue cuidadosamente seleccionado por dos dictaminadores, uno joven y uno viejo. El corpus inicial fue de más de 350 cuentos; algunos evaluados como “muy buenos” no pudieron ser incluidos porque no fue posible contactar a su autora o autor; otros, los menos, porque no se obtuvo el permiso para publicarlos.

Acepté el desafío por una sola razón: el deber, en un momento en el que todo parece ser precisamente volátil, fugaz, de plasmar y reconocer todo el valor del trabajo del estudiantado. A lo largo de diez años, algunos cuentos han sido publicados e incluso premiados. Sobre estos y sus autores no tenía yo ningún pendiente sino puro gusto por ellos; más bien me sentía obligada de ver por aquellos considerados buenos cuentos, pero que habían quedado arrumbados en algún disco duro.

Las experiencias que he podido plasmar evidencian, incluso de modo cuantitativo, la mejora en la comprensión lectora y en la expresión escrita de quienes han participado en el taller (Latapí, 2013). De manera notoria, especialmente cuando la pandemia del 2020-2022 hizo transitar el taller hacia la virtualidad, se reportó como muy formativa la lectura en voz alta pues, desde las miradas de las categorías de narrativa y literacidad, hace consciente el significado de palabras, frases y elementos de los cuentos en diferentes niveles: lo que leo literal, lo que

no conocía y lo que me gusta y puedo aplicar (Latapí, 2021). También se expuso en un material estatal para formación docente la metodología puntual empleada en el taller (Latapí, 2016). Con dos estudiantes reparamos en ciertas particularidades: con uno de la licenciatura en filosofía, Ramón Aguilar, advertimos la mediación de la interculturalidad a través de la selección de autores y autoras, y la vivencia del diálogo intercultural, lo que generó “un enfoque más humano” (Aguilar y Latapí, 2018, p. 11), y con Eduardo Velázquez de la Vega, alumno de la licenciatura en historia, se trabajó el componente “metacogemocional” como nodal en la metodología del taller (Latapí y Velázquez, 2020). Queda pendiente reportar el trabajo de éste durante el semestre 2021-2, en el cual la selección de cuentos fue exclusivamente de cuentistas mujeres. A modo de adelanto, comparto que fue impactante que, en la última sesión, al preguntarles en el *chat* de Meet qué autoras de las abordadas conocían previo al taller, la mayoría del grupo contestó 0% y 10%. Las variadas experiencias han dado cuenta de que los dos pilares de la escritura de los y las participantes son el conocimiento y el gozo, pues sobre ellos es mucho más fácil mediar la disciplina, y sobre todo la autodisciplina, para conseguir un rigor en el que pueda fluir la creatividad en la calidad escriturística.

Valga lo dicho como base para, en unas líneas, puntualizar algunas características del taller.

**ENFOQUE:** el aprendizaje por descubrimiento en lugar del tradicional enfoque transmisivo. A través de lecturas de cuentos y otros géneros en clase, se promueve la discusión y distinción entre géneros literarios: cuento, novela, relato corto, ensayo histórico... para dilucidar la especificidad del cuento histórico y de sus componentes.

**CONTENIDOS:** cuentos históricos seleccionados y distribuidos a lo largo del semestre, organizados en un orden que va de algunos cuentos clásicos universales, pasando por hispanoamericanos y latinoamericanos, para llegar a los mexicanos y finalmente a los locales. En diez años no se ha repetido la selección de autoras y autores.

ESTRATEGIAS DE APRENDIZAJE: asistencia de invitados e invitadas a clase; ha destacado la presencia del profesor Francisco Garrido, quien ha aportado muchísimo desde su rol no solo de autor sino de prolífico editor. Su retroalimentación para los cuentistas ha sido invaluable.

INTENCIONALIDAD: con estos y otros elementos únicos en cada uno de los veintidós semestres en que se ha impartido el Taller de Cuento Histórico, se ha buscado que el estudiantado disfrute y descubra el fondo y la forma del cuento histórico, ensanche su cultura literaria mediante la escritura de uno propio —a veces escriben más de uno por puro gusto, pues rebasan los criterios de evaluación— para valorar este subgénero literario como medio de difusión o divulgación de las ciencias sociales y de las humanidades.

Antologar el trabajo de diez años en el taller fue un ejercicio extenuante pero bello. En consonancia con esa década, la antología fue estructurada precisamente como una “decena” que incluyera: textos del escenario prehispánico, en “Año viejo”; del pasado histórico posterior, en “Año del caldo” y “Año pasado”; temas contemporáneos, en “Año en curso”; “Año cruzado” tiene que ver con escenarios de la guerra cristera posterior; “Año bucólico” contiene historias que se desarrollan en el medio rural mexicano; “Año pesado” aglutina textos de espacio-tiempos diversos; “Año bélico” contiene cuentos seleccionados por los dictaminadores que son de un gusto recurrente en los estudiantes: la Segunda Guerra Mundial; “Año fantástico” y “Año soñado” reportan historias que manifiestan que las narrativas rebasan, en su combinación de realidad y ficción, el tiempo pasado y el presente.

De la mano de Irene Vallejo concluyo convencida que habrá valido conjuntar los cuentos y cuentistas del taller en esta década si “el narrador y el libro se funden en una única presencia, en una sola voz”, pues si alguien escribe “es un acto de amor y un armisticio en medio de los combates de la vida” (Vallejo, 2019, p. 110).

Gracias, muchas gracias, a la licenciada Marcela Herbert Pesquera, secretaria de Cultura del Estado de Querétaro, por su extraordinario trabajo que da cuenta de que la cultura es un abanico de posibilidades

que sirven para construir un presente y un futuro mejores para cada ser humano, poniendo el énfasis en la inclusión, la equidad, la diversidad, la construcción de la paz y la atención a cada rincón de nuestra entidad. Gracias por considerar a los jóvenes de manera muy particular y dar todo el respaldo y apoyo para lograr esta publicación. El maestro Rafael Mata Salinas, director de Educación Artística y Servicios Culturales, y la licenciada Gloria García Alcocer, coordinadora del Fondo Editorial de Querétaro, ¡son admirables! Quedo feliz de haber hecho equipo con ellos.

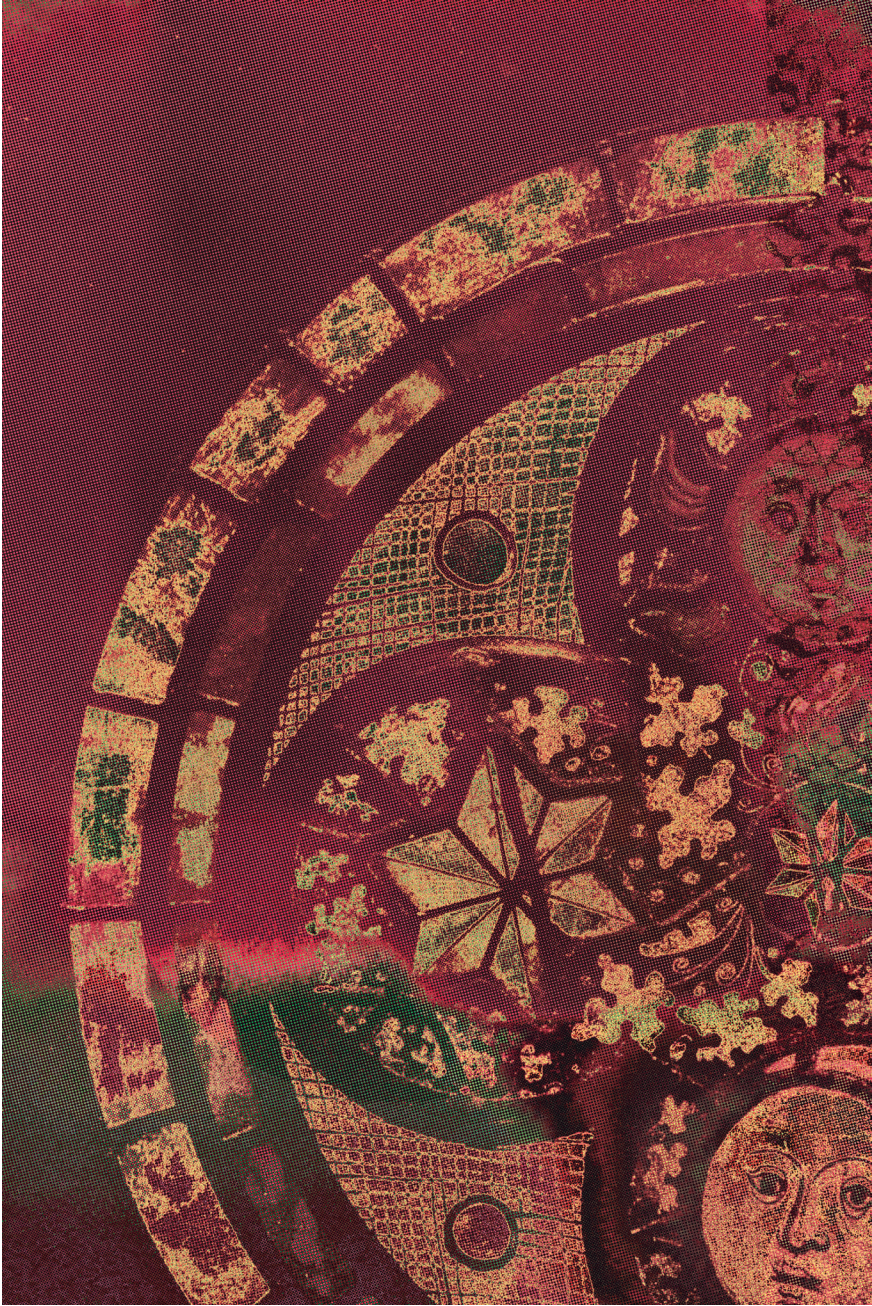
Agradezco al director de la Facultad de Filosofía, el doctor Salvador Arellano: qué fuerte el apoyo suyo y, sobre todo, qué intenso su trabajo para favorecer la calidad académica y para que la escritura lúcida y bella sea un loable deber de las ciencias sociales y de las humanidades. Gracias también a todo su equipo, muy particularmente al maestro Mauricio Martínez, enlace de publicaciones de la Facultad, y a la maestra Roxana Georgina Altamirano, coordinadora de convenios, cuyo trabajo, impulsado por la energía y creatividad del doctor Alejandro Vázquez, nuestro jefe de Investigación y Posgrado, fue esencial para lograr la presente coedición. Mi gratitud para el Fondo Editorial Universitario, por el empeño con el cual han logrado que la nuestra sea una de las universidades con más y mejores publicaciones a nivel nacional. ¡Qué alegría su interés en obras de egresados, egresadas y estudiantes actuales! Gracias también a Ángel González, estudiante de la licenciatura en humanidades y producción de imágenes, quien, aunque nunca ha participado en el taller, se entusiasmó con el proyecto y me ayudó en múltiples tareas.

En fin... estudiantes, mujeres y varones, se van yendo, los veo irse semestre tras semestre. Yo me quedo, aun en la inevitable fugacidad de los ciclos escolares, y desde mi permanente función como profesora he podido plasmar aspectos relevantes de la experiencia de impartir el taller, siempre con base en la sistematización de experiencias expresadas por el alumnado cuyas alas nos han separado. Me entristece que algún día ya no estaré en nuestra querida Facultad de Filosofía, pero

me entusiasma la ilusión de que alguien, posiblemente un egresado o egresada, retomará el Taller de Cuento Histórico y se emocionará con el cuento que escribió para esta antología, y organizará y coordinará otro taller de cuento histórico o de novela o de otro género altamente formativo. Así demostrará que nuestras aportaciones son tan solo un eslabón en una larga cadena de humanidades, ciencias sociales, escritura y educación.

PAULINA LATAPÍ

## AÑO VIEJO



## DÁTHER T'AXI (RÍO BLANCO)

**D**ebajo de una densa capa de niebla se levantaba el alba en el valle de Querétaro, dejando ver aquel paisaje lleno de verdor que engalanaba la ribera del río de estas tierras. Corre el año 1500, habitan pocas personas y se dedican a cultivar, sembrar y cosechar algunos frutos y verduras que consumen e intercambian en las poblaciones cercanas. Cerca de uno de los asentamientos del valle hay un río de aguas cristalinas, principal proveedor de vida del lugar.

—Fanthö (venado), ven, tenemos que ir a cazar algunos animales para comer —dice Huä (pez).

—Sí —dice Fanthö.

Fanthö es un niño de 8 años, hijo de uno de los mejores cazadores de la región, y desde muy pequeño empezó a demostrar las habilidades que había heredado de su padre. Huä es su hermano y se dedica a ayudar a labrar la tierra.

—Hoy cazaremos algo grande para llevar a casa —dice Fanthö.

—Sí, y nuestros padres estarán orgullosos —dice Huä.

Ambos caminan por la ribera del río buscando qué cazar.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué el río que nos abastece de agua tiene esa forma peculiar? —dice Fanthö.

—No, pero se lo consultaré a mi xita (abuelo) cuando llegue a casa, él sabrá por qué tiene esa forma y de seguro será algo que me impresionará.

El río que protege a esta población del valle proviene de las montañas que se juntan para guarecer a los habitantes de la región. Si se ve

desde arriba de los cerros, parece que forma una serpiente blanca que corre todos los días hacia donde se oculta el sol.

Pasan las horas y los niños no encuentran presa digna de llevar a casa para la cena, lo que hace que se desanimen y opten por llevar algo, aunque sea menor, para saciar el hambre del día.

—Creo que hoy no llevaremos algo grande —dice Fanthö.

—No, creo que será mejor llevar algo pequeño, ya mañana veremos.

De entre los arbustos alrededor del río los jóvenes ven algunas ranas que brincan para guarecerse. Aunque no es un gran manjar, los pequeños deciden atraparlas para llevar a casa, pero no contaban con que...

—No puede ser, tenía que empezar a llover —dice Fanthö.

Las ranas en la ribera saltan de forma descontrolada y poco pueden hacer los niños para capturarlas. Angustiados por no llevar de comer a casa, tienen que regresar porque el sol empieza a ocultarse y durante la noche el río se transforma.

—Debemos darnos prisa —dice Huä.

—Sí, no debemos desoír lo que nuestro xita nos ha dicho sobre hacer enojar al río por la noche.

Corren por la ribera para llegar pronto a casa y refugiarse de la lluvia que cae intensamente sobre la tierra mientras el sol se oculta. Ya no pueden ver con claridad el camino y pisan con miedo el terreno lodoso cuando de pronto...

—Mira Huä —dice Fanthö.

—¿Qué es eso?

Una luz blanca se muestra frente a los niños. Les hace sentir tranquilidad y los conduce por un camino retirado de la vereda, haciéndolos llegar sanos y salvos cerca de sus casas.

—Pero ¿dónde andaban? —pregunta su madre.

—La noche y la lluvia nos atrapó cuando tratábamos de cazar. Solo pudimos traer algunas ranas, espero que sea suficiente para hoy, mamá —dice Fanthö.

—Está bien, no te preocupes, aún queda un poco de comida, por hoy no pasaremos hambre.

Al día siguiente los valientes niños, antes de salir a cazar, le preguntan a su abuelo qué sería aquella luz tan cálida que los guio sanos y salvos a casa.

—Abuelo —grita Huä—, por favor espere, queremos consultarle algo.

—Dime, hijo —responde el abuelo al detener su paso.

—Ayer cerca del anochecer Fanthö y yo estábamos cerca del río y una luz blanca cálida nos guio por un camino seguro a casa, ¿qué sería, abuelo, usted sabe?

—Puede que sea el espíritu del agua que vive en el río.

—¿Espíritu del agua?

—Sí, hijo, el espíritu del agua es un ser muy antiguo que habita dentro de las aguas del río y aparece para ayudar a aquellos nobles de corazón que tienen algún apuro o se encuentran en peligro. Este ser mágico protege también a los animales que viven en sus aguas.

—¿Y tú sabes cómo es ese espíritu?

—Claro, una vez cuando era pequeño estuve a punto de ahogarme en esas aguas. Antes de caer inconsciente logré ver cómo una especie de serpiente venía hacia mí, me cargaba en su espalda y me subía a la superficie. Mi padre me encontró en las orillas del río y me llevó a casa. Tiempo después le conté lo sucedido y me dijo que fue el espíritu del río quien me había salvado. ¿Sabes por qué el río tiene esa forma serpenteante?

—Ha de ser porque el espíritu del agua es una serpiente —responde Huä.

—Así es, hijo —se dice que esa forma la tomó debido a que hace mucho tiempo en estas tierras habitaba un grupo de personas como nosotros, cuando una terrible sequía empezó a secar las pocas aguas. Para ese entonces, el río era lineal y no como lo ves ahora. La gente oró a los dioses como nosotros lo hacemos y los cielos empezaron a tomar un color gris muy oscuro; fuertes relámpagos se dejaron ver. Una enorme cantidad de agua corrió por el río, haciendo que se desbordara. La gente, espantada, empezó a buscar refugio en las colinas cercanas y en ese momento vieron bajar una enorme serpiente blanca que desbordó el río aún peor.

Era tan fuerte que vieron cómo desfiguró el cauce, haciendo que tomara una forma diferente. Ahora el caudal se acomodaba por donde la serpiente había pasado. Para sorpresa de todos, este caudal hizo que las tierras dieran nuevos frutos y otros animales acudían a beber de sus aguas, tan cristalinas como ahora, y que albergan a muchos animales que el espíritu resguarda y solo permite su caza para alimentarnos, con la esperanza de que entendamos su sacrificio para que sobrevivamos.

—Qué bonita historia, abuelo, pero ¿tú sabes qué pasa cuando el espíritu se enoja?

—Sí, hijo.

—¿Tú lo has visto enojado?

—Sí —y vuelve a asentir con la cabeza el abuelo.

—¿Cómo?

—Dirás que tantos relatos te aburrirán, pero estas historias que te cuento son para que tú, tus amigos, hijos y familia estén a salvo de los peligros y beneficios del río. Cuando era joven, antes de casarme con tu abuela, nuestro valle era tan abundante que no teníamos que salir muy lejos para conseguir comida; la madre tierra era generosa y nuestras cosechas eran abundantes, pero había un hombre que no estaba conforme con eso y deseaba más. Cierta día Tukuro (búho) salió de su casa muy temprano para cazar animales de gran tamaño e intercambiarlos por otros objetos. Era tal la cantidad de venados que ese mismo día al atardecer ya había capturado a cuatro. Al momento de regresar a casa, en la ribera del río vio a un venado enorme de color blanco tomando plácidamente un poco de agua. Yo estaba caminando de regreso a casa cuando alcancé a ver a Tukuro deslizándose entre los arbustos. Acercándose al venado, preparó su arco y flecha y de pronto... una enorme serpiente rodeada de blanco resplandor salió del agua y de un solo bocado se lo tragó. Quedé frío ante aquella imagen, no podía moverme y la enorme serpiente volvió a sumergirse sin hacerme nada. Pero antes de desaparecer por completo me miró, sentí mi corazón latir rápidamente y la sangre recorrer mi cuerpo... comprendí que la serpiente había leído mi corazón y comprendido que no haría yo ningún mal. El hermoso ve-

nado blanco no movió ni un músculo y siguió bebiendo de las aguas del río. Después de eso corrí a mi casa y le platicué a mi padre lo que había pasado. Mi abuelo entró en ese momento y ambos escucharon mi relato. Al terminar, me dijeron que, a diferencia del mío, el corazón de Tukuro era avaricioso, y que aquel venado blanco, hermoso, era otro espíritu de la naturaleza desprevenido y que el espíritu del agua decidió protegerlo, ya que antes del anochecer varios animales van al río a tomar agua antes de dormir, por lo que están indefensos.

—¿Es por eso que nos dices que no vayamos a cazar al río después de que cae el sol?

—Así es, no deben hacerlo. Ustedes deben saber hasta dónde deben cazar y tomar los beneficios de la madre naturaleza.

—Gracias, abuelo, en verdad estas historias nos han gustado y ahora seremos más precavidos —dicen Huä y Fanthö.

Así, los niños se van contentos a cazar algo de comida para ese día, partiendo hacia donde se pone el sol para probar suerte.

—Vamos, tenemos que apurarnos para cazar algo decente para la cena de hoy —dice Fanthö.

Caminan dos horas buscando entre los arbustos y siendo sigilosos para no espantar a los animales. Un pequeño venado sale corriendo de entre los arbustos, pero los niños lo dejan pasar sin hacerle daño.

—Debemos respetar la naturaleza —dice Huä.

—Sí, tienes razón —contesta Fanthö.

Antes de rendirse, Fanthö alcanza a ver unas liebres. Sigilosamente ambos niños se acercan y, preparando su arco, Fanthö lanza su flecha con acierto. Huä sale corriendo detrás de las otras dos y lanzando una roca alcanza a pegarle en la cabeza a una. Felices caminan a casa...

—Hermano, tenemos que darnos prisa, el sol empieza a ocultarse y aún falta para llegar a casa —dice Huä.

—Sí, anda, vamos —dice Fanthö.

Ambos caminan presurosos, se sienten seguros de que nada les pasará si andan por la ribera cuando el sol empieza a ocultarse...

—Hermano —dice Huä—, el sol está a punto de irse, no alcanzaremos a llegar bien a casa.

—Tú tranquilo, el espíritu del río nos protegerá como ayer.

Están a punto de llegar a casa cuando...

—Espera, hermano, ¿escuchas? —dice Fanthö.

—¿Qué es?

—Espera... —dice Fanthö.

Entre los arbustos emerge un hermoso venado blanco que se acerca a la orilla del río para tomar un poco de agua.

—Mira, hermano, es...

—Sí —dice Fanthö—, es como el venado que nos dijo el abuelo.

Entonces varios animales: liebres, coyotes, insectos y aves, blancos todos ellos, se acercan al río. Es un espectáculo maravilloso que hace sentir a gusto a los niños, pero...

—Hermano, cuidado —dice Fanthö, empujando a Huä hacia los arbustos.

Una enorme serpiente blanca sale del agua. Fanthö, el mayor, protege a su hermano, parándose frente a él para resguardarlo.

—No tenemos intención de cazar nada más —dice Fanthö—, la noche nos ha atrapado y solo queremos regresar a casa con nuestras familias.

Aquella enorme serpiente no hace ningún movimiento, pero su mirada es fría y calculadora.

—Hermano, ¿qué debemos hacer? —dice Huä, tembloroso.

—No sé, pero sé que no nos hará daño. Nuestro corazón es noble y no tenemos intención de matar a ningún animal más para comer.

En el momento en que Fanthö empujó a Huä para protegerlo, este había tirado la liebre que traían para comer muy cerca de la orilla del río, donde estaba la serpiente.

—Hermano, mi liebre —dice Huä.

—Espera, creo saber por qué no se mueve la serpiente —dice Fanthö.

—¿Por qué?

—Quiere un ofrecimiento.

—¿Un ofrecimiento?

—Sí, recuerda que a los espíritus les gusta que nosotros hagamos algún sacrificio u ofrendemos algo en su honor para que ellos nos protejan, así que creo que este espíritu quiere que le demos algo.

—Entiendo, entonces, démosle una de las liebres que cazamos como ofrenda por permitirnos cazar en sus laderas y que entienda que no somos malos.

—Sí, haremos eso.

Se acercan a la serpiente y le ofrecen una de las liebres. La serpiente entiende su acto de bondad y respeto hacia la naturaleza, acepta la ofrenda y, agachando la cabeza, come la liebre. Acto seguido se levanta y, mirándolos atentamente, se sumerge en las aguas del río.

Todos los animales se quedan quietos y atentos, y luego se retiran...

—Mamá, mamá, mira.

—Trajimos algo para cenar.

—Muy bien, pero ¿por qué esas caras tristes?

—Es que —dice Huä— traíamos dos liebres, pero el espíritu del río se nos apareció y le ofrecimos una para que nos dejara pasar.

—Está bien, hijo, el espíritu del agua es sabio y ustedes actuaron conforme a lo que nosotros haríamos para que nos siga protegiendo y siga dando vida a estas tierras, así que no deben sentirse mal.

—Sí, mamá, lo entendemos.

Ambos niños aprenden que el espíritu que vive en ese río tan hermoso debe ser respetado y que tanto ellos como sus futuros descendientes deben cuidarlo para que nunca los deje desprotegidos y que vivan tranquilamente en conjunto con la madre naturaleza y los obsequios que esta les dé.

JORGE LÓPEZ



## AÑO DEL CALDO



## NIEVE QUERETANA

### EPISODIO I:

#### EL MERCADER FANTASMA

¿Qué me puedes decir de la Nueva España que no sepa yo? Aquel reino que nunca paró de crecer mientras duró, que se fundó en 1521 con la caída de unos y el auge de otros. Pero yo sí puedo preguntarte: ¿qué sabes de aquel reino?

¿Conociste sus calles, templos, palacios y conventos? ¿Sus obras artísticas y científicas? ¿Qué te han dicho sobre ella? Yo, por mi parte, puedo decir que sé tanto porque viví ahí, soy un orgulloso novohispano nacido en Puebla de los Ángeles allá por 1650.

Fui comerciante, y desde que tengo memoria se me inculcó esa forma de vida. Hasta ahora nunca he dejado las tierras que me vieron nacer, que habrán cambiado de nombre, de gobierno y de intereses, eso sí, pero siempre será la misma patria mía. Habitaré en el mundo de los vivos, pero ya no comparto la misma experiencia con ellos.

Tanto he visto que me es difícil recordar más de mi existencia, a veces creo que recuerdo más la de otros que la propia. Por eso vuelvo a preguntar ¿qué sabes tú de este reino que no sepa yo? Te pondré a prueba: ¿sabes qué era el estanco?, ¿difícil? Pues déjame decirte que era la prohibición de la venta libre de algunos productos considerados propios de la Corona, que fijaba los precios en el mercado, pero daba permiso de reservar la exclusiva de comercialización a un particular que comprase el monopolio de venta, es decir, el estanco. Ahora, ¿te suena familiar?

Entre los estancos más conocidos está el del tabaco, que dejó cuantiosas ganancias a la Corona de los reyes borbones, llenando sus pesadas arcas para financiar interminables guerras. Pero antes ya había habido estanco para varios productos, como la pólvora, el azogue, el papel sellado, la sal, los naipes. Y ¿deseas saber cuál más? Tal vez nunca lo adivines, solo que seas de mi época o estés interesado en ella, pero ese estanco, no el más lucrativo pero sí curioso y delicioso, fue la nieve. ¡Sí, la nieve!

Por varias razones no hubo estanco más deseado en este reino de la Nueva España que el de la nieve, porque ¿quién no desea gustar de ella cuando hace calor o para refrescarse después de una dura jornada?, ¿quién no la ha probado siquiera por curiosidad?

Es así que muchos grandes señores optaban por adquirir la concesión y hacer cuantiosas ganancias con el privilegio de venta en alguna región de tan extenso reino. El primer permiso de estanco para la nieve aconteció en 1596. ¡Imagínate si no fue importante!

Todo esto me hace recordar la historia de la bella niña Doña Camila, quien nunca había probado la nieve hasta que por azares del destino se le puso enfrente. ¿Cómo iniciar esta historia? Tal vez con un “Érase una vez... lo que fue”, ¡qué forma de comenzar una narración! No me acuerdo ya cuándo fue la última vez que escuché “érase una vez”. Siempre será un clásico, pero ¿en qué tiempo comenzó a usarse? Ah... otra vez la memoria, ¿cómo puede ser? Con los siglos transcurridos ni quién se acuerde.

Recuerdo una noche cuando cruzaba el valle, ¿qué valle?, para ir a una ciudad leal, noble y rodeada de un lago, ah, sí, el lago para entonces ya se estaba secando. Cruzo el valle, mi memoria me traiciona, soy comerciante, eso es lo que hago, vendo telas, viajo de noche porque he de llegar a la mañana siguiente a esta capital. ¡Un momento! Esta historia creo que es sobre mí... pero no importa, ya que eso me recuerda que en la noche laboraban los neveros, que para proveer de nieve a los dueños del estanco debían ir a las montañas de madrugada y en la fresca mañana dejar los bloques de hielo en sus depósitos; si no, se derretirían y qué mal quedaban entonces con el amo.

Pero retomando la idea de que recuerdo algo de mí, ¿quién soy yo? Puedo decir que recuerdo el año de 1694 cuando tuve un accidente, iba a todo galope con mis dos caballos en la noche, tan veloz, veloz, que si las carreras de diligencias hubiesen existido, yo habría ganado.

Era una noche gélida. Siendo el chofer debía despachar algunas telas a la capital, cuando un coyote se atravesó por el Camino Real y entonces, asustado, doblé a la izquierda, salí del camino y choqué contra una enorme piedra que me botó de mi asiento. Después no recuerdo nada. ¿Qué hago ahora? ¡Oh! ¡Mi tricornio! Maldita sea... ¿Qué fue de él? Tanto que me costó... ¿Dónde lo compré? Sí, en esa noble y leal ciudad. ¡Ya! Recuerdo... venía de esa ciudad de haber recogido telas, claro, Santiago... el que se apareció en el cielo del Sangremal, sí, Santiago de Querétaro.

Mi memoria todavía no falla, pero me excuso diciendo que al paso de los siglos uno continúa almacenando información, ¿cómo no olvidar algunos detalles?

Sí, de esa ciudad fui vecino y muchas cosas pasaron... pero prefiero recordar una en especial, que llamó totalmente mi atención, esa es la historia de la bella niña.

## EPISODIO II:

### EL ESTANCO MÁS DESEADO

Transcurría el siglo XVIII, de la razón y la desazón. Querétaro se levantaba reluciente a la luz del día, donde decenas de torres se alzaban a los cielos y los conventos predominaban en el paisaje por sus extensas bardas perimetrales; sus calles estaban adoquinadas y por sus banquetas andaban gran cantidad de castas y clases sociales. Se observaba diversidad de oficios, que se diferenciaban por las vestimentas de sus oficiantes, confecciones variadas que expresaban el buen gusto por la moda, y un desfile de hábitos religiosos se recreaba al pasear en tan dichosa ciudad.

El agua dulce que corría en lo alto de su acueducto arqueado brillaba con fuerza al reflejo del sol y sus muchas fuentes deslumbraban y encantaban con sus interminables bailes del prodigioso líquido. El azulejo de sus varias torres destellaba tanto como el oro de sus campanarios, decenas de chimeneas humeaban en sus miles de estructuras que se erigían con gracia y estilo; y entre sus casonas y casas humildes todas compartían algo: sus preciosos y frescos huertos. Por otra parte, la ciudad también era conocida por sus jardines y plazas.

La ciudad se rodeaba de campos de cultivo de tan variados productos que su fértil tierra ofrecía, sus montes cubiertos de un bosque de encinos y cedros y un valle libre que se dejaba ver extenso al infinito hacia el oeste. En el Cerro de las Campanas sus rocas replicaban sonidos librándose de cualquier accesorio.

Ese es el Santiago de Querétaro que recuerdo, el que en cada mañana sus trabajadores empezaban a abrir sus más diversas tiendas: florerías, barberías, trapiches, obrajes, pulquerías, listonerías, sombrererías, ah... mi tricornio. Pero bueno, conventos nuevos se levantaban, otros se estrenaban y esta ciudad parecía encontrarse en su Edad Dorada.

Entre todos sus habitantes hubo una sola que atrajo mi atención, una dulce pequeña de 11 años cumplidos, una flor andante... tan chistosa y tan astuta. Sí, es que... hay que escuchar con atención la vida de... jarre!, yegua perezosa, que llegaré tarde. No... esa no es la historia. ¿Si andaba en el valle, cómo regresé a Querétaro? Como sea.

La niña se llamaba Doña Ygnacia María Esperanza Camila Carlota Montero y Olivares; sí, una Montero, familia tan noble como la ciudad misma, acomodada y habitante de una de esas preciosas casonas que tenían sistema de agua fría y caliente para sus bañeras. Yo nunca tuve una de esas, y ahora eso es tan común que no pierdo la oportunidad de abrir los grifos de vez en cuando.

Esta niña lo tenía todo, de más. Una comfortable casa, dos padres amorosos, hermosos vestidos confeccionados en su patria y muchos otros traídos de Castilla; zapatos y joyas finas, estilizados peinados, educación con las reverendas madres, costosas tertulias y comidas de tan jugoso

sabor, una habitación propia con muebles hechos especialmente para ella, juguetes de los más divertidos, y se alumbraba de noche con lámparas de aceite, para no sufrir por las sucias velas que desparramaban por todos lados su cera ardiente. Mmm, ¿fue un coyote el que asustó a la yegua o fue la cera caliente que le cayó de mi linterna?

En fin, era una niña muy mimada a tan corta edad, pero algo faltaba en su vida que nunca había probado y hoy es tan común, y en aquel entonces también empezaba a serlo para todo mundo: un refrescante y dulce helado. Ella ya había degustado el chocolate espumoso, aguas frescas de variadas frutas, rompopo y hasta un traguito de embriagante vino. Pero nunca la sensación tan extraordinaria de posar sus labios sobre hielo raspado con sabores tan dulces que refrescaran su boca y elevaran sus sentidos en temporada calurosa.

Sí... esta niña, teniéndolo todo, no había probado helado alguno, pero tuvo la oportunidad. Todo comenzó en el invierno de 1767, yo ya andaba vagabundeando por la ciudad y vi a esta pequeña salir de su casa para ir al Real Colegio de Niñas. Me pareció una muñeca andante, a mí, que en vida nunca cruzaba este cuartel. Ese día ella andaba con su cabello castaño ondulado, con un vestido frondoso de varios pliegues y listones bordados de color durazno y rosa. Llevaba unos zapatitos con ligero tacón a juego con el color durazno y un collar de perlas; pude ver una pulserita de plata en su muñeca, aretes pequeñitos de oro con rubíes y un sombrero tan exquisito... aunque, por supuesto, no era un tricornio.

La niña era radiante, de casta española, criolla, ojos entre verdosos y azulados, juguetonas pestañitas, naricita apachurrable y mejillas ruborizadas salvajemente, que en temporada de calor parecían dos tomates al rojo vivo. La infanta se despidió de su madre y se fue a la esquina dando saltos por la calle donde vería a sus compañeras y amigas de clase. Creo que deseaba lucir sus zapatos.

Llegando a la esquina un muchacho un año mayor que ella, criollo también, la identificó y de inmediato llamó la atención a Camila, como le gustaba que le dijeran.

—Tengo que ir a clase, Pedro —aclaró ella, pero el joven le insistió que se acercara. Creo que veía chula a la niña y le atraía, no sé, nunca le pregunté. Ella accedió, se acercó a él y, con esa dulce soberbia que la caracterizaba con los jóvenes varones, exclamó:

—¿Qué queréis, Pedro?

—Nada, te veía pasar y deseé saludarte —respetuosamente le dijo, pero ella, cruzada de brazos y con semblante escéptico, le indicó:

—¿Eso es verdad? Entonces, ¿por qué no me saludas? Aún no terminaba de sonreír el joven cuando Camila se impacientó. Como si el fruncir de una ceja fuese una bofetada, Pedro reaccionó veloz y decidido:

—¡Oh, sí! Buenos días, Doña Camila Montero y Olivares. ¡Qué agradable su presencia en esta mañana tan magnífica! —dijo y se inclinó ligeramente para hacer una reverencia mientras Camila hacía lo propio al doblar las rodillas, tomar los bordes de su vestido, levantar ligeramente las manos e inclinar la cabeza. Luego de la formalidad, ella miró la vestimenta del joven: camisa gris con el frente desamarrado dejando desnudo un poco más que el cuello, pantalón café doblado hasta las pantorrillas y un calzado que parecía sandalias. Ella volvió a fruncir el ceño, pero ahora de extrañeza.

—¿Qué llevas puesto?

—Ah, ¿esto? Estoy laborando en la sombrerería de Don Bartolo Lanzagorta, acá cerca de la Plaza Mayor, y ahora ando de mensajero, aquí en la peluquería de Don Fernando Cruz —contestó entusiasta el joven.

—¿Y tu padre te deja?

—Fue idea de mi señor padre. Desea que labore, para que me haga responsable y sepa lo que es dirigir en enseñanza de Don Bartolo.

—Pues tu padre no se equivoca, más bien acierta. Aunque esto ha de ser preferible para los hombres más que para las damas. En mi caso, mi padre nunca accedería a tal cosa. Me cuida tanto y ve por mí, que rara vez permite que me mueva por la ciudad sin transporte. Hoy he podido caminar, ya que se encuentra en la capital y no vendrá hasta mañana; a mi madre se lo he pedido y ha consentido.

—Eso está bien, Camila. Yo por mi parte en estos días no tengo mayor transporte que el de San Francisco.

—Eso está bien por ti. Camina debidamente, Pedro, corre de ser necesario... y, en todo caso, si te enviasen de mensajero a la Otra Banda y obstruido el puente estuviese, nadar para cruzar el río sería prudente. Claro, sin llegar a mojar el mensaje.

—Doña Camila, siempre tan dulce damisela mía.

—¡Ay, tú! Labora, Pedro. Sigue con tus ocupaciones —le dijo la joven un poco sonrojada.

—¿Sabes? Esto es pasajero. Cumpliendo los 15 años, mi señor padre Don Juan José me enseñará los deberes de la hacienda, cual es mi natural herencia.

—Pues todos esperamos mucho de ti. Toda la sociedad y vecinos de esta ciudad. No la decepciones, tu misión es ennoblecerla como los grandes ya lo han hecho con nuestra preciada patria.

—Tan bella, sabia y diligente, mi dulce Camila.

—¡Pedro!, no sea igualado. —Exaltada, se acercó a él y le dio un golpe en el hombro—. Dígame siempre Doña Camila.

—¡Auch! —exclamó el joven, sobándose el hombro—, agresiva de igual modo, mi dulce doña.

—Por favor, mantén tus labores —dijo Camila, y en eso vio sus blancas pantorrillas desnudas.

—Oh, ¿ya lo viste? ¿CÓmodo, no? —indicó Pedro en lo que señalaba sus pies y los levantaba—. Así es más fácil transitar las calles sin problemas de quedar atrapado en algo, así corro más rápido a donde me lleve el mensaje a despachar.

—Has de terminar exhausto.

—Eso no se lo negaré, mi doña, pero por fortuna mía el peluquero me deja probar la nieve que guarda en su almacén.

—¿Nieve?

—¡Sí, nieve! Del estanco de Eustaquio, que está en Santa Rosa.

—No... no lo sabía.

—¡Nunca has visto la nieve, Camila!

—Yo... yo —tartamudeó la niña sin saber qué decir—. He visto nevar, que rara vez sucede, pero nunca he podido probar la nieve, ya que se derrite pronto... —Y parecía que su ego sufría un duro golpe.

—¡Oh, Camila!, me sorprendes. ¿Qué más escondes?

—No seas bufón.

—Te entiendo —aclaró Pedro, sintiendo compasión—. Teniéndolo todo, habiendo probado hasta la última novedad de deliciosos postrecillos de las reverendas madres del Real Colegio de Santa Rosa, incluyendo ese postre escandinavo, pero nunca haber probado la nieve.

—¡Eso qué! No muero por ello. Y ese postre escandinavo tiene nombre, se llama “sembla” —dijo Camila, tratando de retomar su postura de saberlo todo.

—¡Espera! ¡Espérame aquí! —dijo el joven, excitado.

Camila se tocó la frente y en lo que mostraba estar apresurada le indicó:

—Tengo que irme ya. Debo estar en clase.

—¡No tardo! —dijo Pedro mientras entraba a la peluquería.

De vez en cuando transitaba gente por la calle. Caballeros y damas tomados del brazo andaban con total tranquilidad, mientras ellas dejaban ver sus frondosos y ampones vestidos de colores pastel y ellos con bastón, tricornio y peluca entre blanca y gris mostraban su clase. Así mismo otros criados y mensajeros transitaban con mayor velocidad o menos clase al andar.

¡Cuántos tricornios por doquier, ahora que lo recuerdo! Pero, en eso salió el joven detrás de un caballero enérgico, con porte, clase y moda en todo su vestir. Salía orgulloso de su peluca recién arreglada y recompuesta como nueva. Creo que era un señor Septián. Tras su partida se reflejó el joven Pedro con un vasito en su mano, lamiendo algo.

Sí, eso era nieve. Nieve pura sin sabor alguno, únicamente agua congelada en estado rasposo. Fue algo extraño la primera vez que vio aquello Camila, fue como un flechazo de primer amor, tan brillante a la luz, tan fresco en el calor que le parecía que humeaba frente a los rayos directos del sol ¡y eso que no era temporada de calor! Ella pensó que debía probarla ya.

—¿Qué traes ahí? —preguntó, disimulando su inquietud.

—¡Nieve!, mira, es lo que me ofrece Don Fernando. ¿No queréis? —le preguntó ofreciéndole el vasito.

—Yo... —expresó cortadamente y se acercó cuando él apartó brusca-  
mente el vasito y dijo:

—Espera. Primero, dame un beso.

—¡Qué descaro de tu parte, Pedro! —dijo Camila, alejándose del jo-  
ven unos pasos.

—¿Qué? Aquí en mi mejilla, nada más —le dijo inocentemente.

—No, no lo deseo. —Fue la respuesta definitiva.

—Pero si ibas a probar de mis babas en la nieve. Esto no es nada.

—¡Ah!, qué asco. Tenéis razón con ello. No lo haré. Te prometo que  
más tardará el gallo en cantar el viernes próximo, cuando ya habré pro-  
bado dos sabores de nieve. Sólo espera a que llegue mi padre. Por ahora  
me voy, tengo deberes, señor, hasta luego y buen día.

Hizo una reverencia rápida pero con clase y se fue. Pedro no reaccio-  
nó mucho, se despidió debidamente y la dejó ir, limitándose a continuar  
comiendo su nieve.

Sí, el hechizo por la nieve fue grande. Esa noche Camila no dejó de  
pensar a qué podría saber el agua congelada. Se torturó tanto en querer  
dormir que pensó varias veces por qué no le pidió a Pedro que le trajera  
un vasito con nieve solo para ella.

### EPISODIO III:

#### LA PETICIÓN ESPECIAL

A la mañana siguiente llegó su padre de la capital del reino. Fue recibi-  
do en el zaguán de su casona por todos sus seres queridos, incluyendo a  
la servidumbre. Camila reflexionó el momento preciso para hacerle su  
petición y ese momento sería al finalizar la comida del día, terminando  
de disfrutar el postre, que consistió en una tarta de frutas. Sus palabras  
fueron las siguientes:

—Amado y respetado señor padre. Sabéis que poco le pido, mas todo  
me acompleta, pero he pensado en solicitarle que pueda degustar de aquel  
manjar que tantos han probado ya. Eso es la nieve, mi adorado padre.

Obviamente, la niña habló buscando la aceptación, pero su padre, en cambio, sin mucho alarde se limitó a sonreír diciendo:

—Por supuesto, amada mía, mi dulce bombón. Aquello es delicioso en temporadas cálidas, más se disfruta en los balnearios. A mí de joven así me gustaba más degustarla, cuando iba a La Cañada con mis amigos. No hay problema, hija mía —sentenció su querido padre, y ella sabía que lo había logrado; por eso se guardó la tremenda emoción que le dio conocer la respuesta definitiva, y es que sentía la satisfacción de saber que nuevamente sus objetivos se llevaban a cabo. Todo a tiempo.

Su madre, que continuaba en el postre, miró a su hija y le sonrió, mostrando estar de su parte y compartir su victoria.

Al día siguiente, Camila fue al colegio, como era costumbre entre semana. Esta vez no vio a Pedro y no la vio, lo cual le dio tiempo de llegar sin contratiempos a sus clases. Ya en el Real Colegio de Niñas de Santa Rosa de Viterbo, estaba vestida como siempre, tan mona, a excepción de que ahora un tul cubría su cabello. Estaba sentada en uno de los banquillos junto a las demás compañeras en el aula, y la reverenda madre se disponía a ofrecerles instrucción, cuando una de las compañeras empezó a toser. No se le dio importancia al asunto, pero al poco rato su malestar se manifestaba con mayor frecuencia, hasta sonar a tono de perro viejo. La religiosa se escandalizó, fue con ella y la retiró del aula. Todas las demás se asustaron por lo sucedido.

—¿Acaso tendrá gripa?

—¿Cómo se atreve a venir al colegio de esa forma?

—¡Debió encerrarse en casa! En ese estado lo mejor es reposar.

Eran los comentarios de las inquietas estudiantes. Entre ellas, una Camila acalorada en el cuchicheo no reconocía la gravedad del asunto que se le venía encima. Pasadas las clases, regresó a casa tan pronto como pudo.

Llegando vio en el patio central a su querido padre, que se preparaba para salir a hacer algunas diligencias con el corregidor en las Casas Reales; con tricornio en la cabeza, peluca empolvada, medias y casaca, estaba más que listo. Ver a su hija le dio una enorme alegría, esa ale-

gría envidiable de sentimiento sincero. No tardó en saludarla y darle un abrazo fuerte. Ella por su parte reaccionó muy dulce, con un semblante lleno de luz y algarabía, pero que en realidad escondía una doble intención.

—¡Padre! ¡Padre! Qué suerte tan maravillosa verlo ahora, ¿se acuerda de su promesa en la comida de ayer?

—¿Cómo olvidarla, hija mía? —le dijo, bajando la vista para mirarla, pues aún no era tan alta como su progenitor.

—Entonces, ¿podemos ir a comprar un helado ahora?

—Pues no veo el inconveniente. Podemos ir de paso con el nevero en lo que me dirijo a las Casas Reales.

Camila se emocionó, no pudo esconder más la alegría que explotó dentro de ella y su padre compartió su felicidad. Cuando ya iban saliendo por el zaguán tomados de la mano, un joven mestizo se pasó por el frontón y viendo al señor le preguntó:

—¿Señor Don Sebastián Montero y Díaz?

—Heme aquí —respondió sonriente el padre de Camila. Entonces, el joven sacó algo de su bolsillo y, estirando su brazo, mostró un sobre de papel blanquísimo.

—Mensaje para vos, señor —le dijo. Don Sebastián lo tomó y le agradeció, aquel se fue rápidamente a continuar repartiendo mensajes. Viendo de dónde procedía la carta, el padre de la niña indicó:

—Mmm. Es de tu colegio, Camila. —Entonces rompió el sello de acre rojo y se dispuso a leerlo—. Mensaje de la reverendísima madre superiora, tu directora gruñona —señaló en tono de burla el señor en lo que sonreía a su hija y ella reaccionó riéndose cortadamente. Cuando terminó de leer el mensaje, como si una nube negra pasara por el cielo, se le oscureció el semblante y se borró totalmente de su rostro la sonrisa. Algo andaba mal. —Dios Santo, una de tus compañeras de clase se ha enfermado gravemente de gripa y calentura.

—Sí, la vimos esta mañana, tosía como un perro de la calle.

—Y aquí señala la directora que, preguntándole las causas de su decaimiento, comenta que durante la semana había degustado grandes

cantidades de nieve, lo que sumado a que estamos en enero, así contrajo la enfermedad. —Entonces, el semblante medianamente positivo de Camila se volvió seriedad fantasmal, podría decir que hasta espectral. Su padre finalizó diciendo:

—Por lo que recomienda que tomemos precauciones con nuestras hijas y avisa a todos los padres. —Dobló de nuevo el mensaje y lo guardó en uno de sus bolsillos—. Hija, tengo que retirarme —le dijo al fin.

—Pero, y ¿nuestros planes?

—¿Qué no ves, hija? Si deseas acompañarme hasta la Plaza de Armas está bien, pero no te compraré esa cosa de la nieve.

—¡Pero por qué! —berrinchó Camila.

—Porque ya has escuchado lo que le pasó a tu compañera Sofía. No deseo que te vayas a enfermar.

—¡No!, ella ya probó todo lo que quiso. ¡Yo nunca, padre amado! ¡Nunca!

Su padre entonces, apenado, le indicó:

—Espera a que sea verano, que haga calor, para que te caiga bien. No en esta temporada que entra febrero.

—¡No!, todas la han probado. Falta mucho para entonces, Sofía enfermó por tonta, una vez que la pruebe no me hará daño, es mi primera vez.

—Eso no lo sabes, hija mía. Prefiero tenerte sana que encamada como tu amiga.

Camila, llorando de rabia y tristeza, se desesperó tanto que comenzó a gritar, por lo que su padre se enojó y le gritó:

—¡No vas a convencerme, Camila! ¡Menos si es gritando! Te dejo tajantemente prohibido que consumas nieve en toda la temporada invernal, nadie te compartirá dicha cosa y tú no la buscarás, ¿me explico? —le dijo tan exaltado que hasta se le enchuecó la peluca.

Camila se desesperó tanto que se retiró corriendo hacia las escaleras, cruzando el jardín central del patio en lo que señaló, gritando:

—Ella ni es mi amiga, ¡estúpida Sofía!

La madre, que por ahí pasaba, en el pasillo del segundo piso, vio a la hija encerrarse en su alcoba; luego, con un rostro de extrañeza vio a su marido en el patio, lo que provocó de nuevo un furor en su esposo, quien terminó por decir, gritando alrededor del patio:

—¡Nadie en esta casa compartirá ni traerá nieve! ¡Ni mucho menos para mi hija, nadie!, quien lo haga recibirá un castigo. —Calmándose, se estiró el chaleco, se acomodó peluca y sombrero, y dando una última mirada a su esposa, volvió a dejar claro su mandato a todos los habitantes de la casa, incluyendo a la servidumbre, y se retiró a hacer sus diligencias.

Su esposa, entendiendo la situación, agachó la mirada y palmó dos veces sobre el pasamanos del enrejado, pensando cómo mediar el asunto ante dos caracteres tan fuertes como el de su marido y su hija.

Pero la preocupación de Don Sebastián era razonable, y se explicaba en la medida en que el parto de la señora de Montero había sido sumamente complicado, recomendando el médico que era mejor que evitase otro embarazo, porque podría salir mal y peligrar su vida.

Ante ello, el señor Sebastián, amando mucho a su mujer, dictó severamente la instrucción, pues no soportaba la idea de perderla, y pensar que algo le pudiera pasar a su única hija le era intolerable, por lo que, de correr el peligro de que su familia enfermara por la nieve, prefería prohibirla.

Aquella noche fue amarga y larga, gélida también, afianzando en Don Sebastián la idea de mantener su palabra. Pero en el fondo, detrás de su razón y dureza, sentía culpa con su hija, por haberle prometido comprarle un helado y haber roto la promesa.

Camila habría llorado mucho aquella noche, pero lo que comenzó como tristeza y decepción pasó a transformarse en un enojo tremendo, viendo justa causa desobedecer a su padre por romper su promesa y buscar por sus propios medios conseguir degustar la blanca nieve.

EPISODIO IV:  
EL NEVERO FIEL

Pasada la noche, un nuevo amanecer dio paso a una nueva oportunidad de alcanzar la meta de la joven Camila. Fue su decisión final hacerse de una nieve; mientras su padre no se enterase nadie saldría perjudicado y quedarían a mano. Lucía fresca y aparentemente contenta, sin rastro de llanto en su linda cara, parecía que un día antes no había acaecido novedad alguna.

Su primer intento sería buscar a sus amigas; con dinero en mano se preparó a acompañarlas después de clase a comprarse un helado. Ya estando con ellas se pusieron a platicar el asunto de Sofía y de cómo habían reaccionado sus respectivos padres con el mensaje de la directora del colegio. Estuvieron de acuerdo en que Sofía era una total aguafiestas. Aun así pensaban desobedecer y se asombraban de que Camila nunca hubiese probado la nieve; pero ella, sin miedo de perder parte de su ego, les platicó todo, pues de cualquier forma pronto degustaría la nieve.

Al llegar con el nevero, las amigas de Camila rápidamente se pusieron a solicitar sabores. Vasos y vasitos de porcelana se repartieron entre ellas y cuando Camila, indecisa por cuál probar primero, tardó en decir que deseaba “uno como la de aquella”, viéndola bien, el señor nevero le indicó:

—¿No serás tú una Montero?

—Claro que soy Montero, aquí tiene el dinero —dijo Camila un tanto soberbiamente.

—Entonces, no puedo darle a vuestra doña degustar de mi producto.

—¿Y eso por qué?

—Porque su señor padre vino temprano, señalando a cada uno de los vecinos de esta ciudad que poseen guarnecidos en sus negocios parte del estanco de la nieve y dijo que quedaba tajantemente prohibido darle a ofrecer de nuestro producto.

—Eso es ridículo —indicó Camila, mientras sus amigas, degustando del helado, veían con satisfacción la negativa que le imponían.

—No, no lo es, mi doña. Le tengo mucho respeto a su padre, no deja de ser el Teniente General de Justicia Mayor, así que, espera, niña mía, a que sea verano.

—¡No!, esto es una insensatez de su parte. Le estoy pagando lo justo por su producto, acéptelo.

—Hacerme ver que me niego a venderle uno de mis helados no me va hacer cambiar de opinión. Es más grande el respeto por su señor padre.

—¡Pues él lo va a saber!

—Eso espero, niña mía, así reconocerá su señor padre la fidelidad que le tengo, como su humilde servidor.

—Cállese ya, palero. Le pago más, le doy cinco pesos, no me diga que no los quiere.

—Querida —dijo una de sus amigas—, por favor, tened algo de respeto por tu dignidad —y la compañía se sonrió por el sarcástico comentario.

—Esto es sólo una mala racha, pasajera. ¿No quiere alguien comprarse una nieve para mí?, les dejo el excedente.

—¡Qué atrevimiento, Camila! Si tu padre ha dispuesto entre todos los neveros que no se te dé a vender, ¿quiénes somos nosotras para contravenir su decisión? Además, aunque quisiéramos, ya has revelado tu plan frente al nevero, ¿qué pasa con tu astucia cautelosa?

Volteando a ver al nevero, Camila notó el gesto aprobatorio del comentario de su amiga, y entre todas le dijeron que era muy divertido ver que por primera vez algo se le negaba.

—Después de presumirnos tantas maravillas que te da tu padre, resulta que lo único que no puedes tener es un vasillo de nieve.

Todas empezaron a reír, sintiendo gusto de avergonzar a Camila, que había sido dura por lo menos una vez con cada una de ellas.

Camila se desesperó tanto que dio el taconazo y les gritó:

—¡Maldito el infierno que las abortó! —y se fue a paso veloz, dejando a más de una perpleja y a una que otra lanzando un grito por el comentario tan grotesco.

No hubo niña que no se quejase con su padre de tal ofensa agravante contra sus personas, así que a Don Sebastián le llovieron cartas con que-

jas por parte de los señores, varios de ellos pidiendo dinero para olvidar el insulto, y otros una inmediata disculpa firmada por Camila, quien se negó rotundamente. Su padre decidió firmar por ella las cartas, y le dejó bastante claro al pagar los insultos con el dinero que le había dado a ella anteriormente, que no se lo repondría hasta que pasara el invierno, por no demostrar confianza de que acatará sus direcciones.

Camila no tuvo más que ofrecer diez pesos para pagar todas las ofensas de sus propios ahorros de los domingos, lo que significó una primera derrota, no la última.

EPISODIO V:  
PROBLEMAS EN EL PARAÍSO

Otro día la joven Camila decidió sobornar a las criadas de lavandería, a quienes ofreció cincos pesos, y ellas no se negaron, pero cuando regresaban con la nieve el mayordomo las vio y, conociendo a la niña y las instrucciones del señor de la casa, todo se evidenció.

Camila no logró sobornar al mayordomo, y regresando a casa su señor padre fue a su habitación a confiscar toda su caja de ahorros, de igual modo tomó las joyas más finas y le indicó:

—Espero que entiendas que tú sola te haces estas cosas. No me hagas desilusionarme más.

Ahora Camila entendía que no tenía mayores recursos para hacer sobornos, aunque ella, bajo su inocencia, no sabía que podía cambiar las joyas por dinero, pues no dejaba de ser una niña sin necesidades. La desesperación aumentaba cada día que pasaba sin probar la nieve, mientras sus amigas en su cara disfrutaban de helado ocasionalmente, o solo hacían comentarios de que para ellas era inigualable su sabor.

La infanta Camila confió ahora en una de las criadas, la que limpiaba su habitación; era india de casta y sabía bien que vivía en el pueblo de indios de Santa Rosa, donde por azares del destino estaba el estanco de la nieve. Si la criada iba a comprar directamente nieve por allá, nadie

sabría que era empleada del mismísimo Don Sebastián Montero, así que se la venderían; no diferenciando casta en dicho producto, cualquiera podría comprarlo.

A la mañana siguiente, sin que se enterase su padre, le pasaría la nieve en su propia recámara. Así fueron las instrucciones y la criada no vio razón para decir que no, tomó el dinero que Camila guardaba debajo de la imagen de la Virgen Dolorosa, donde su padre no había revisado.

Pasó la tarde más tranquila, pensando que para el día siguiente todos sus males se irían. Sin embargo, por la mañana la criada no apareció por ningún lado, hasta el anochecer, pues tenía que asear la habitación de Camila quien, ilusionada, le dijo:

—Juana, quiero verla.

Pero Juana no reaccionó con la misma emoción, por lo que la niña se le acercó levantándose de la silla de su tocador, frunció el ceño enfrente de ella y le dijo:

—Juana, ¿dónde está mi nieve?

—Mi doña, bien sabe que a su señor padre no se le puede desobedecer, no he podido conseguirle la nieve, me es impensable hacerlo.

—Está bien, debí imaginar que no te atreverías, ahora dadme el dinero que te di.

—¿A qué se refiere, doña? —dijo Juana un poco molesta.

—No te hagas, dame el dinero.

—No sé de qué me habla, le pediré que me deje hacer mis labores sin contratiempos.

El rostro de Camila comenzó a ponerse rojo, mientras la criada pasaba a un lado de ella y se ponía a recoger prendas. La infanta no soportó más y le dijo:

—Sabes bien a qué me refiero, Juana. Os di todos mis ahorros para que me trajeras un mísero vasillo con nieve, y no has traído nada, así que devuélveme mi dinero.

La criada miró a Camila con semblante neutral, transformado en ligera sonrisa después de apreciar la exaltación de la niña:

—Mi pobre niña, me has dado dinero que he gastado en otra cosa, pero quedas entre la espada y la pared, no podrás decirle a tu padre porque se enojará con vos, y no podrás demandarme que regrese los pesos porque ya no los tengo. Así que, mi niña, todo se paga a su debido tiempo —dijo, sabiendo que Camila nunca había sido amable con la servidumbre.

Dando por terminado el asunto, la criada miró a su alrededor para ver si alguna prenda se le pasaba por recoger cuando Camila, echando humo de rabia, se le acercó:

—Criada insolente, no soy su niña.

—¿Perdón?, ¿qué decís?

—¡Que sois una perra ladrona! —le espetó Camila, momentos antes de abofetearla severamente.

La criada, sin haber podido reaccionar a tiempo, se resignó a gritar de horror tumbada en el suelo, sin defenderse, mientras que Camila continuaba desahogándose efusivamente. Luego de largo rato apareció en la alcoba la nana de la niña, una señora de casta mestiza, quien rápidamente se acercó a Camila y la levantó, alejándola de su víctima. Camila se molestó, pero su nana la sentó en la cama y le dijo:

—Niña, ya, calmaos, ¿qué sucede aquí?

—Es esa ladrona. Me robó mi dinero, no me compró mi nieve.

La nana miró a la criada, que no dejaba de llorar y se incorporaba lentamente, sin poder ofrecer mayores explicaciones se limitó a decir:

—No es cierto, no es cierto —dijo de forma débil pero arrogante.

—Salte de aquí, Juana —dijo la nana—. No deseo verte por el resto de la noche, regresa a tus labores mañana y deja las prendas aquí. No vayas a decir nada de esto porque yo misma me encargo de que ninguna familia más te contrate en esta ciudad.

Sin poder mantener la cordura, la criada salió de la habitación a llanto suelto y no se apareció más por la casa esa noche.

—Me robó, madre nana, me robó, y yo confíé en ella.

—Ahora veo, pero ¿cómo pudiste darle dinero a la servidumbre? No son de ese tipo de confianza, además sabes bien que vuestro padre te prohibió que consumieras nieve. Por eso mismo te pasan estas cosas.

—Lo sé, madre nana, ahora me he quedado sin ahorros.

—Ya, mi niña —dijo su nana y la abrazó, en lo que Camila se desahogaba en llanto sobre su hombro. Pero la nana, más complaciente que sus padres biológicos, no pudo verla así y le dijo:

—Ya, mi pequeña, veremos qué hacer, ha de haber una solución —y poniéndola frente a ella, tomándola de los brazos, le dijo—: ¿por qué no acudiste a mí en primera instancia?

—No lo sé, madre —respondió una más triste Camila. Así que la nana la abrazó de nuevo y le dijo:

—Pues esto no se quedará así, veré cómo le hacéis para probar la nieve, pero tendrás por lo menos un vasito de ella, mi querida niña. Pero no se lo digas a tu padre. Yo por el momento estoy corta de recursos, pero veremos cómo conseguir dinero. Por ahora ya cálmate, pequeña mía.

Consolada la pequeña Camila, una sonrisa se figuró en su rostro, había esperanza aún. Aquella plática había sido más profunda para la niña que lo que su nana pudo imaginar. La pequeña pensó que su madre nana se haría cargo de comprarle nieve, pero conociendo que no tenía dinero, pensó en ayudarle a conseguirlo.

#### EPISODIO VI:

#### ASOMBRO EN LA PLAZA

Al otro día, Camila tenía deberes religiosos, pues formaba parte de una cofradía en la ciudad, y esperaba a que fuera el tiempo preciso para ir a la capilla donde se reuniría a rezar con el resto de sus compañeras. Mientras esperaba a que se acercara la hora, paseaba por la Plaza Mayor de la ciudad en una mañana fresca, con aún neblina en el ambiente, pero disipándose por los rayos del sol.

La joven Camila se daba una vuelta por la fuente de bronce, pensaba en el pedestal que tiempo atrás se había dicho que levantarían en honor a Su Majestad el Rey Carlos III, donde se le alzaría un monumento. Además de las muchas pinturas que había de su imagen, esta estatua

sería otra referencia para Camila de cómo lucía su soberano, dado que nunca lo había visto en persona.

Luego miró a los transeúntes, las carretas y los coches que se movían a su alrededor, cuando observó a un mendigo que pedía limosna fuera de la Casa Real, donde laboraba y habitaba el corregidor de Querétaro. Entonces se le ocurrió una idea un tanto descabellada. Así como andaba, vestida con falda ampona, lujosos encajes, velo exquisito cubriendo parte de su cola de caballo que traía de peinado, collar de perlas y en su mano derecha un rosario de marfil con piedritas de jade incrustadas y zapatillas oscuras al igual que todo su vestido, se puso a pedir limosna.

No tardó en llamar la atención del público, pues decía cosas como: “Ayuden a esta pobre niña. No tengo para la nieve. Por el amor de Dios, acójame”. Algunas personas solo murmuraban, otros pensaban que se trataba de una broma, y otros más simplemente se resignaban a darle un real.

Mientras ella continuaba con su mano estirada, diciendo sus frases a cuanta persona pasara, en una de las ventanas del segundo piso de la Casa Real que daba a un despacho de trabajo, un funcionario joven y bien vestido, con peluca blanca de cabellera corta, veía a través de la ventana, cuando observó a su compañero de mayor edad, con cuerpo que reflejaba gusto por el buen comer, que redactaba un documento en su escritorio de madera estilo Luis xv y dejaba correr su pluma en la hoja; estaba vestido de igual forma, solo que con tricornio fino y una peluca blanca de larga cabellera.

—Oye, ¿qué no es esa infanta hija de Don Sebastián?

—Esta... ¿a Doña Camila te referís? La dulce y educada niña. Es todo un partido la jovencita, he pensado en presentarle a mi sobrino.

—Bueno, a ver si seguís pensando igual después de ver lo que está haciendo.

Confundido por el comentario, el hombre del escritorio se acercó a la ventana... no podía creer lo que veía, se caló los lentes y comprobó que era cierto:

—Oh, por Dios, ¿qué está haciendo esa niña?, y en la Plaza Mayor de esta noble ciudad... ¿qué va a decir la gente?, ¿sabrá su padre?

—Tal vez no tiene el dinero que ganaba antes —comentó burlescamente el funcionario joven, haciendo referencia al señor Don Sebastián.

—¡Tonterías! Esto lo tiene que saber su señor padre inmediatamente, dijo el funcionario que escribía anteriormente —y apresurado salió de la habitación tomando de paso su bastón de ébano y mango de plata adornado con zafiros, en lo que el de la ventana siguió admirando el espectáculo de la niña, cuando un señor, cojeando, apresurado, se acercó a Camila y la tomó de la mano. Ella se quejó ante el jaloneo, pero el mismo funcionario del bastón porfió en arrastrarla a casa; el de la ventana sonrió sin dejar de mirar.

No tardaron en llegar a la casa de Camila y su padre escuchó pacientemente la perorata del “rescatista”, pero cuando este se alejó, su cara de complacencia se transformó en malestar. Enfurecido, le prohibió que siguiera exhibiéndose en público tan vulgarmente:

—¡Qué no te basta con todo lo que te he dado! —le reclamó, y Camila, por primera vez, entendió y se avergonzó de sí misma.

#### EPISODIO VII:

#### UNA VISITA INESPERADA

Un día más, el último del mes, transcurría y la desdichada Camila seguía sin haber probado la nieve. Antes de que se le ocurriese otra idea, su señor padre ya le tenía un itinerario para hacerla reflexionar sobre la terquedad que habitaba en su mente. Inmediatamente después de sus deberes, su papá decidió llevarla a hacer una visita a una casa de la ciudad. Camila no pudo reconocer de quién era la casona amplia —no tanto como la de ella— frente a la que se detuvo el coche de su padre, quien tocó tres veces con la aldaba de bronce en forma del rostro de un hombre que gritaba al grado de deformarse grotescamente sobre la puerta. El mayordomo le dio el paso y Don Sebastián hizo señas a su hija para que bajara del coche.

En la antesala la niña miró a su alrededor el aspecto tétrico, pues en su casa se acostumbraban los colores pastel de la moda en curso, y

no la decoración barroca del lugar donde estaba. Los salones eran muy oscuros y no aprovechaban la luz del día, a la que más bien cerraban el paso con densas cortinas rojo tinto en los ventanales. Su padre le dijo:

—Hija mía, deseo que vayas a la habitación próxima del piso de arriba en lo que hablo con el señor de la casa.

—Si es lo que anheléis, padre amado —dijo ella, sintiendo entre resignación y curiosidad por ver más de aquella casa.

—Es por tu propio bien, a ver si así reconocéis la gravedad de tu terquedad.

Camila ya no dijo nada, continuó hasta llegar a la segunda planta. Encontró un pasillo con piso de madera, cuadros de temática religiosa en las paredes y de personas que supuso eran de la familia que ahí habitaba, pero que nunca había visto en su vida, pues usaban pelucas larguísimas al estilo de Luis XIV y sus rostros eran pálidos y ostentosos.

La habitación, como el resto de la casa, apenas dejaba pasar la luz del día, pero ella distinguió una doble puerta. Tocó dos veces y sintió temor ante el total desconocimiento de la persona a quien vería. Una voz del otro lado, ronca y al parecer femenina, tal vez la de una anciana, le indicó que entrase.

Camila abrió la puerta y se encontró con más penumbras, pero cerró la puerta tras entrar. Era una recámara privada, había un tocador, cama con techo y una cómoda, alfombra decorosa que abarcaba gran parte del piso, cuadros, objetos religiosos, estantes con figurillas de cerámica, muñecas de porcelana con atractivos vestidos, dos mesillas, una para lectura y estudio y otra para el té y el chocolate, un guardarropa amplio, una gran ventana al fondo de la habitación con sus cortinas totalmente cerradas y un reloj chico y dorado que no paraba de hacer tic-tac en el silencio.

Si Camila logró no caerse o tropezar con algo fue porque una mísera vela parpadeaba en la habitación, dando algo de luz en la penumbra.

—Acércate, quiero verte.

Camila aceptó el llamado y se acercó hasta la vela encendida, miró hacia la cama y descubrió que se trataba de una niña y no de una an-

ciana. La joven volteó y con la poca luz la reconoció, reaccionando contenta:

—¡Camila!, qué grata sorpresa que venís a visitarme.

—¿Sofía? —Estaba recostada totalmente con tres cojines sobre su cabeza. Vaya, estás enferma, ¿no?

—Oh, sí, querida. Me dio una calentura fuerte y por el catarro la luz me molesta bastante. Como lo habrás notado, no puedo verla.

—Sí, lo he percibido.

—Pero, por favor, sentaos. Entonces Camila miró un banquillo que estaba a un lado, se sentó y vio en una mesilla cerca un brasero con ascuas ardiendo y arriba una cacerola con agua y un paño.

—Entonces... después de haber consumido nieve te pasó esto ¿no?

—Oh, sí —dijo Sofía y tosió—. Fue mi negligencia haber degustado tanta nieve. No le hice caso a mi señor padre y ahora sufro las consecuencias.

—Ahora entiendo por qué mi padre me trajo aquí —susurró Camila, a lo que Sofía, débil, le preguntó:

—¿Qué decís?

—Nada. Nada que te preocupe. Ahora debes descansar, has de estar muy cansada por todo. ¿Puedo? —preguntó, señalando la cacerola con el agua caliente. Sofía miró lo que señalaba y con una grata sonrisa le dijo:

—Ah... Camila, siempre tan dulce, tu presencia aquí me conforta. Has traído luz a donde parecía ya no hallarse. Si no es mucha molestia...

—Querida amiga, no lo es.

Camila se acercó la mesilla, remojó el paño en el agua caliente, lo exprimió y, estando medianamente húmedo, comenzó a limpiar el sudor de Sofía provocado por la fiebre.

—Si no es mucha molestia preguntarte, ¿cuánta nieve consumiste?

—Ay, no lo sé, habrán sido tres sabores.

—¿Al día?

—No, en la semana, querida; en unos preciosísimos vasillos de porcelana finísima, recién traídas de la nao de China. No sabes, en la tienda de la calle...

—Espera... ¿tres sabores en una semana? —le preguntó Camila mientras exprimía el paño remojado sobre la palangana.

—¿Habrás sido en dos semanas? No recuerdo. Pero eso ya no importa, como te decía, la tienda del señor Septián...

—No puede ser —remarcó Camila, interrumpiendo a Sofía nuevamente. —¿Te has enfermado por esa cantidad? No seré experta en esto pero, ¿no habrás estado mala desde antes? Dormir con la ventana abierta. Tal vez te desabrigabas en los días más fríos.

—El caso aquí es que tú no debes probar esa nieve nunca. ¡No es buena, Camila! ¿Por qué vos insistís en hacerlo? ¡Mira cómo quedé yo!

—No me mientas, Sofía, parece ser que todo esto está planeado. Da la casualidad que yo queriendo probarla mi padre me trae aquí, esto no ha sido una coincidencia. Además, no podéis enfermar con dos o tres sabores en la semana, me cuesta creerlo.

—Camila. Siempre tan lista, ¿no? ¿Cuándo dejarás de hacerte la tan pesada y podremos disfrutar verte caer? No puedes tenerlo todo y ser tan perfecta a la vez.

—¿Con que de eso se trata? Quiero ver qué tan enferma estás —dijo Camila en lo que se acercó a la ventana y de golpe abrió las cortinas, dejando pasar los rayos fuertes de luz que iluminaron en un segundo la habitación totalmente. Sofía exclamó gran molestia con gestos y se tapó el rostro con la mano.

—¿Estás loca?

En eso Camila se acercó a ella y le quitó la mano del rostro, descubriendo a una Sofía pálida, con ojos llorosos, ojeras y nariz sonrojada; en general no se veía bien.

—Estás enferma y con calentura —dijo sorprendida Camila al sentir el ardor en su cara tocándola con la mano.

—¡Claro que sí, tonta!

—Pero, ¿cuánto probaste realmente?, ¿una semana?

A lo que su compañera, molesta por la luz, le dijo de mala gana:

—¡Está bien! Ya calla con tu terquedad. Me comí toda la guarnición de nieve que mi padre guarda en la bodega y me tomó unas horas acabármelo y, ¿sabes?, fue delicioso.

—Pero ¿cómo pudiste? Yo sé que eso es frío y no puedo imaginar consumir tanto frío en poco tiempo.

—Ahora muy recatada, ¿no?, pero no pierdes la oportunidad de presumir que sabes mucho. Ah, pero nunca has probado la nieve y, entonces, ¿qué sabes realmente? Estoy contenta de hasta enfermar con algo que tú no podéis tener. ¿Qué se siente, Camila, saber de algo que no puedes tener?

Camila comprendió la razón de que Sofía hubiera aceptado la invitación de visita de su padre, solo deseaba echarle en cara un acto de presunción.

—Ahora has de disfrutar de la atención que se te ofrece ¿verdad, querida? —y se sentó de nuevo en el banquillo, decidiendo tomar nuevamente el paño, remojarlo en el agua caliente, y mientras lo exprimía Sofía le dijo:

—¿Eso te ofende o te hace sentir menos frente a mí? En ese caso, ¡lo volvería hacer!, y se rio ahogadamente por el dolor en su garganta.

—No quise hablar mal de ti. De hecho, si mi padre me trajo aquí era para que viera lo enferma, fea y débil que estás por degustar la nieve de manera tan grotesca y sucia. Ahora ya no sé si quiera hacerlo después de saber el vicio que puede provocar —dijo Camila tranquila mientras pasaba el paño húmedo por el rostro de su compañera.

—¡Mírate vos!, primero venís con toda la intención amable de visitarme, ahora me acusas de cosas... de ser golosa, de ser mimada. ¿Quién te crees que eres, Camila?

Camila dejó de limpiarla y, viéndola con pena y asombro actuado, le contestó:

—No es mi intención ofenderte, amiga mía. Si esas son las cosas que pensáis de ti misma, no me negaré. Yo te creo que lo habrás disfrutado mucho.

Sofía, enfurecida, la sujetó del brazo y le dijo:

—¡Hipócrita! Calla ya, Camila, no eres perfecta, no puedes tenerlo todo. Mimada tú, ¿qué harías sin tu padre?, ¿sabes que él deseaba un varón y no puede tenerlo por tu culpa?

Camila se ofendió bastante, tanto por el comentario como por la agresión a su brazo, pues se lo había oprimido fuerte, pero mantuvo la cordura.

—Creo que necesitas refrescarte, tus escalofríos me inquietan.

—No son escalofríos, es rabia —le respondió Sofía mientras recostaba su cabeza en las almohadas.

—Que no vayan a escuchar los religiosos hipócritas esas aclaraciones, no vaya a ser que vengan por ti para hacerte estudios por condición tan desagradable —y recommenzó a remojar y exprimir el paño. Sofía volteó furiosa; Camila, con una sonrisa, quitó de nuevo el excedente de sudor con agua tibia—. ¿No tenéis un paño más fino con el cual remojar para quitarte ese sudor de tu rostro...? ¿Qué?, de no ser por ti hubiera probado de la nieve hace mucho, soy objeto de burlas por tu culpa, os hago responsable de que me suceda esto.

—¡Deja de hacerte la víctima!

—Y tú deja de llamar la atención a costa de tu negligencia contra la salud.

—¡Ah!, eres toda una testaruda. Lárgate de mi presencia.

—Eso haré, pero primero termino de lavarte la cara.

—No necesito de la compasión de manos tan puercas como las tuyas.

—Está bien —dijo al fin Camila, deteniéndose. Se levantó del banquillo, miró a su alrededor y vio el brasero con las ascuas ardiendo—. Deja que termino pronto —y lanzando el trapo mojado al suelo, miró decidida la palangana con agua ardiendo y la derramó sobre Sofía, tratando de no tocarle la cara.

La víctima no paró de gritar al sentir el agua caliente, pidió auxilio a la servidumbre y a su padre, quienes no tardaron mucho en aparecer en la habitación. Al abrir las puertas de par en par vieron a Camila de

pie a un lado de la cama con la palangana en las manos y a Sofía llorosa. Camila dijo inocentemente:

—Fue un accidente, se me desparramó.

En el marco de la puerta, el padre de Sofía comentó la versión de su hija al señor Don Sebastián y Camila pudo escucharlo aunque ya estaba en la calle:

—Su hija ha ofendido a la mía, pero lo dejaré pasar si amigablemente vos me pasa dos pesos para saldar la ofensa.

Don Sebastián, sin querer mayores problemas, le dio la cantidad requerida; aquel sonrió y se despidió cordialmente:

—Espero verlo pronto, señor Don Sebastián —y dándose ambos un saludo, el de la casa cerró la puerta tras de sí.

Don Sebastián se acercó a su hija, que lo esperaba en la calle adoquinada, y le indicó irritado en lo que caminaban:

—Esto ha sido el colmo, Camila, tu... negligencia con la sociedad se ha sobrepasado. No puedes continuar así.

—Ella se lo merecía, padre, hace alarde de su enfermedad, pero a la vez se mofó en mi cara porque no puedo probar nieve alguna, disfruta su padecimiento y ser la atención de todos.

—Puede que tengas razón, pero no se justifica que andes echando agua caliente a la gente que te insulte, no es propio de una dama de sociedad; el asunto es... —y suspiró— que queda prohibido que salgas a la calle sin chaperón de ahora en adelante... y no podrás probar la nieve en todo el año.

Continuaron para acercarse al cochero, que se había estacionado una cuadra más adelante.

#### EPISODIO VIII:

#### LA DULZURA DE LA NIEVE

Esa noche la niña Camila estaba resignada en su habitación cuando alguien tocó a la puerta. Era su nana:

—¿Qué deseas?

—Vengo a ver cómo estás y a darte esto. —Extendió su brazo y le enseñó un sobrecillo cerrado—. Creo que te reanimará, es para ti —y le sonrió. La niña tomó el paquete, diciendo:

—¿De quién es? —viendo su nombre en el destinatario.

—La trajo un joven, y por fortuna fui yo quien lo tomó. Sabéis que deseo verte feliz. Te dejo, pequeña mía. Espero disfrutes de lo que ahí diga.

Sin dejar de ver el sobre, Camila dijo:

—Gracias, nana.

Abrió la carta y vio quién firmaba: Pedro. Supo que el joven deseaba verla y que la citaba para verse en la fuente del centro de la Plaza de San Francisco a la mañana siguiente.

Camila salió a la hora acordada en compañía de su nana. Llegaron a la Plaza de San Francisco, y viendo a lo lejos al joven esperando en la fuente, justo en medio de la plaza con traza irregular, la nana la dejó ir. Ella la esperaba en el enorme portal que se alzaba monumental como entrada del convento de San Francisco en el ala norte, sin perderla de vista nunca.

Una vez que Camila logró acercarse lo bastante, notó que el joven Pedro tan solo se limitaba a seguir mostrando un vasito de nieve en su mano, sin peligrar que se derritiera, pues el día era nublado y fresco.

—¿Qué es lo que queréis, Pedro?, ¿para que me citaste aquí?, ¿también deseas burlarte de mí?

—¿Qué no ves? Te traigo nieve. No deseo burlarme para nada de tu condición, deseo darle punto final.

—Pero ese que traes ya te vi probándolo.

—Éste será mío, pero este otro es para ti —le dijo dejando ver un vasito de nieve posado en la cantera de la fuente, junto a los querubines que no dejaban de lanzar chorros de agua de sus bocas, atestiguando la ocasión.

—Y supongo que has de continuar queriendo un beso... —El joven sonrió, dejando ver que sí lo deseaba—. Esto no significa nada, Pedro

—le dijo ella, se acercó lenta pero segura y le dio un beso de piquito en la mejilla derecha. Aquel casi ni reconoció el momento.

—¿Eso es todo? —comentó decepcionado.

—¡Qué descortés!, acabo de hacer lo que me has pedido.

—No, Camila, acabas de hacer lo que tú has querido.

—¡Como deseéis! —y acercándose rápidamente al joven le ofreció un beso en los labios que ni ella sabía que podía dar. Su nana madre viendo de lejos se sonrojó y se tapó la boca con la mano derecha, sintiendo gusto de ver el primer beso de su querida hija. El joven en cambio quedó sorprendidísimo, con un asombro que se transformó en agrado durante los sesenta segundos del beso, hasta que su mano dejó caer el vasito de nieve que sostenía.

Notando la reacción del joven, Camila tomó el vasito que se suponía era el suyo, dejó el beso y probó la nieve. Celestial fue aquella sensación, poco puede describirse la experiencia, y ni percibió el desmayo de Pedro. Fue una sensación única para Camila: el hielo, el frío que quema, el delicioso sabor a fruta y leche cremada... Tuvo dos experiencias únicas al mismo tiempo, pero la segunda con mayor significado.

Pedro únicamente pudo voltear a verla todavía en el suelo, en lo que Camila se retiraba cruzando la Plaza de San Francisco:

—¡Nos vemos pronto!, mi amada nieve de sacarina —le dijo al fin.

Había llegado a conocer bien a Camila, descubriendo una similitud entre la nieve y ella: ambas eran dulces al probarlas y frías por fuera al mismo tiempo.

Esa noche Camila la pasó muy contenta. Ya no podía estar enojada con el mundo, ya no podía continuar peleando, y sintió realmente que dejaba las cosas a mano con su padre.

Pero a la mañana siguiente sucedió algo extraordinario en casi toda la Nueva España, y Santiago de Querétaro no fue la excepción. Era 2 de febrero del año de 1767 de Nuestro Señor; Camila despertó por un frío irregular, se levantó de la cama y se puso una bata. Sin quitarse la cofia, salió de su habitación y vio algo que pensó que era un sueño. Todo el patio central de su casa estaba nevado. El ambiente era frío y el paisaje preponderantemente blanco.

La joven niña se emocionó, soltó una lágrima y, en lo que bajaba por su mejilla, se tentó su corazón. Sintió pena por su soberbia, vivía una experiencia única a pesar de su mala actitud pasada, y prometiéndose ser mejor con quienes la rodeaban le agradeció al cielo por el paisaje que tenía enfrente. Fue corriendo por el pasillo, bajó las escaleras, tocó con cariño el marco de una pintura en la pared, era la de una Virgen con su niño en el regazo y gritó:

—¡Está nevando! ¡Está nevando!

Salieron algunos sirvientes de tiempo completo y vieron a la niña feliz, dando vueltas, tomada de las manos de una de las criadas. Luego se fue al patio central y los sirvientes rieron. En la parte superior de la casa los padres salieron de su habitación, se asomaron perplejos y se arroparon con sus batas. El señor Don Sebastián vio a su hija feliz y le gritó:

—¡Hija! —Ella volteó, dejó de jugar y se apenó. Entonces su padre sonrió y le dijo:

—¡Ve adelantándote!, porque si te alcanzo serás acabada con puños de nieve.

Camila no dejó de sonreír, el señor volteó a ver a su mujer y notó la aprobación de dejar las cosas por la paz. Camila, emocionada, salió de la casa y se encontró con una ciudad cubierta de nieve. Mucha gente salía a las calles, asombrada de la forma en que les había amanecido. Había caído una nevada como nunca antes se había observado, alcanzando tanto nivel que fue necesario palear la nieve.

Ni en vida me tocó ver algo parecido, solo mi terquedad de permanecer en estas tierras me dio la oportunidad de vivirlo. Este fenómeno sería conocido como la nevada de la Candelaria y quedaría inmortalizada en la afamada obra de principios del siglo XIX titulada *Acuerdos curiosos* de un fraile franciscano de quien no recuerdo el nombre y al que le perdí la pista.

Ya han pasado dos siglos de esa nevada, y ya no recuerdo más de mí pero ¿quién puede recordar de su vida si ha visto tanto de las tierras que ha amado? Después de la independencia de este reino pasaron dos

emperadores de la nueva nación y muchos políticos más, con sueños democráticos de los antiguos griegos que aún no logro comprender. Sueños y lágrimas se han derramado en Santiago de Querétaro por siglos, pero si he olvidado gran parte de mi propia vida, ¿por qué no he de olvidar los malos sucesos de mi bella tierra?

Prefiero la memoria de la pequeña niña que, a diferencia de los grandes personajes históricos que vivieron en estas tierras, aceptó a tiempo sus errores y disminuyó su arrogancia. No sé si pueda encontrar en estos tiempos otro suceso que pueda llamar tanto mi atención, ya que prefiero vivir escondido en los túneles casi secretos de lo que fue la acequia madre de esta noble ciudad.

Pero esta historia, después de todo, nunca se trató sobre mí, por eso puedo incluir un momento más de aquella tarde de 1767, cuando Camila corrió hacia la Plaza de Armas a seguir jugando con la nieve que caía, como copos de brillantes perlas bajo un cielo de fina plata. Demostró a sus impresionados habitantes que no debían dejar de apreciar lo que la vida tenía preparado para ellos, descansar de la rutina diaria, y así, no perder el sentido del asombro.

ANDRÉ SALDAÑA



## LA FUERZA DE LAS PALABRAS

Justo despertó sobresaltado por una pesadilla. Era de noche todavía, todo a su alrededor estaba sumido en oscuridad profunda y una niebla de ultratumba abrazaba árboles y rocas. La fogata encendida la noche anterior aún no se extinguía por completo y desprendía pequeñas chispas que se elevaban con rapidez hacia el cielo. Al lado de la fogata podía vislumbrarse la figura de un hombre. Justo se acercó y le preguntó en voz baja:

—¿Qué novedades hay, Felipe?

Felipe se rascó la cabeza y bostezó:

—Nada de nada, jefe, todo ha estado en calma desde que Juan me dejó la guardia.

Entonces el jefe se acomodó junto a la hoguera y mandó a Felipe a dormir. Los mezquites se movían un poco y entre sus hojas el viento se escuchaba como arrullo. Justo reflexionaba sobre la pesadilla, que lo había llevado por algún momento a recordar su adolescencia, esos tiempos tan agitados, tan tristes, en los que paseaba a lo largo y ancho de Querétaro. Por entonces conoció a María Luisa y tuvo sus encuentros más cercanos con la muerte. Don Nicanor, su suegro, había hecho de todo para deshacerse de él, de milagro había escapado, pero en su huida dejó atrás su vida en Querétaro, por lo que de hijo de ranchero pasó a bandolero en San Juan del Río. Sobre todo dejó atrás a su querida Luisa, que era lo que más le importaba. Ahora eran tiempos difíciles, imperialistas y republicanos se peleaban a muerte el gobierno de México y junto con ellos el país se desangraba. Era 1867.

Todo eso había pasado ya. Tenía años que no pisaba la ciudad y conocía el Camino Real como la palma de su mano. Era un hombre de 42 años, bigote y barba cerrada, tez blanca aunque quemada por el sol, en la ceja izquierda una cicatriz; medía 1.65 m, tenía espalda amplia y usaba siempre sombrero de ala ancha. Se consideraba exitoso, pues ahora era el jefe de una banda muy lucrativa.

De los miembros de su banda Juan era el más joven: 19 años, piel morena pero ojos verdes, penetrantes; alto, delgado y con escuálido bigote que hacía que los demás no lo tomaran en serio. Felipe era el más agraciado de los tres, aunque el más bajo de estatura. Rafael era el de edad mayor, con cerca de 50 años, completamente lampiño y el más alegre de los cuatro, siempre bromeaba con los demás y se le veía esbozar una sonrisa de pocos dientes.

Justo vio a lo lejos el pequeño reflejo de una luz que se acercaba por el camino. La banda estaba en una de las laderas del cerro más alto, que dominaba el paisaje. Detrás había peñas sobresalientes y delante y a los lados un denso follaje que los dejaba ocultos por completo. Ellos podían ver quién se acercaba, pero no podían ser vistos.

El reflejo seguramente era provocado por alguna antorcha o lámpara y se acercaba desde el camino que venía del Estado de México. Se escuchaban, además, cuatro pares de cascos. Justo se rascó el bigote y después la cabeza. Solamente Juan estaba durmiendo. Los demás se habían despertado por el ruido.

—Deben ser solamente mensajeros, Justo —le dijo en voz casi imperceptible Rafael, que ahora estaba junto a él. Después de pocos segundos Justo le dijo:

—No lo sé, Rafael, si son mensajeros el mensaje debe ser muy importante para que viajen a esta hora. —Rafael se encogió de hombros.

Justo dejó encargado a Rafael de hacer la guardia y despertar a Juan mientras él y Felipe bajaban a toda prisa para ver más de cerca a los dos jinetes, que se acercaban con rapidez. Lograron llegar antes que ellos a un punto donde el camino se estrechaba y se veían aún las cercas de los potreros de las haciendas cercanas y se ocultaron entre arbustos

esposos. Vieron entonces que los jinetes eran dos soldados imperialistas, con los uniformes cubiertos de polvo. Al llegar al lugar donde se estrechaba el camino y cerca de donde estaban escondidos Justo y Felipe, uno de los soldados se detuvo bruscamente, era el que llevaba en una mano la antorcha. De inmediato Felipe se llevó la mano a la cintura para desenfundar la pistola, pero Justo lo detuvo.

—Espera —le dijo en voz muy baja.

Los jinetes no se habían percatado de nada.

—Espérate, Javier, tenemos que ir a San Juan del Río primero, para llevar ahí el mensaje y cambiar de monturas, si intentamos llegar a Querétaro sin descansar, reventaremos los caballos.

Javier se detuvo y con una clara muestra de preocupación en el rostro le dijo al otro:

—Anda, pues, pero allá tú si el emperador llega antes que nosotros a la ciudad, entonces harán que nos cuelguen a los dos.

El otro soltó varias carcajadas y suspiró profundamente.

—Como digas, entonces será mi culpa, pero vamos para San Juan, sirve que conseguimos agua, me muero de sed.

Mientras tanto, en los matorrales los emboscados pensaban qué hacer, a esa distancia podían matar con mucha facilidad a esos dos jóvenes soldados, pero Justo pensó que lo que llevaran era algo sin valor para ellos, por lo que se quedaron sin hacer nada, mas le dijo a Felipe:

—Unas cartas del emperador no nos darán de comer.

Los dos soldados dieron vuelta en redondo a sus caballos y tomaron el camino para San Juan del Río. Realmente era una tontería tomar el atajo hacia Querétaro porque la parte del camino que se reducía era muy poca.

—Caray, jefe, las cosas deben estar graves para que el mismísimo Maximiliano vaya a Querétaro —dijo Felipe cuando los cascos de los jinetes se escuchaban ya en la distancia.

Subieron entonces los dos hombres la pendiente por la que habían bajado con un paso apesadumbrado. Cuando estaban como a cien metros de donde se hallaban sus compañeros, vieron que la noche se iluminaba

por los disparos de varios fusiles, formando una especie de semicírculo alrededor de donde suponían que estaba la fogata. Se escuchaban algunos gritos y voces desconocidas, y lograron ver cómo les respondían el fuego desde la zona rocosa del cerro.

Habían visto los disparos de una decena de fusiles, por lo que suponían que debía ser una avanzadilla. Felipe le dijo exaltado a Justo:

—¿Qué haremos, jefe?, nuestros compañeros están atrapados.

Justo vaciló para dar su respuesta. No sabía todavía qué hacer cuando de pronto vio con el rabillo del ojo cómo Felipe intentaba desenfundar la pistola y dar la vuelta. Él sentía cómo un escalofrío recorría su cuerpo al percibir en su cuello el frío metal de una pistola y escuchaba una voz que decía con firmeza:

—Alto ahí, que nadie se mueva o los dejamos llenos de agujeros.

Al escuchar estas palabras, Felipe se detuvo en seco y Justo se paralizó sin poder creerlo. Entonces la misma voz ordenó:

—¿Ustedes qué esperan? Muévanse, desarmen a estos tipos, ¿o quieren invitación?

Los bandidos vieron acercarse a dos jóvenes soldados, delgados, con la ropa sucia y llena de hoyos, quienes les quitaron todas las armas que les vieron encima. El que parecía ser el jefe del grupo les dijo:

—Muy bien, es la hora de la verdad, ¿por quién pelean ustedes, por la República o por la monarquía?

Justo, como pudo, intentó no dejarse intimidar y respondió con la voz más calmada que logró sacar:

—Nosotros no servimos ni peleamos por nadie, somos hombres sin bando, simples arrieros huyendo del desastre.

Sus captores soltaron carcajadas a coro y el hombre que le había dado la orden, un tipo de baja estatura, algo obeso, con barba, le dio unas palmadas en la espalda y le dijo, entre risas:

—Hombre, en este tiempo todos pertenecemos a un lado, queramos o no; además, las armas que llevan encima no son herramientas de labranza.

Justo se quedó helado, parecía que la gélida presencia de la muerte se acercaba y le decía al oído que su hora había llegado, aunque por otro lado en su mente algo le hacía pensar que las cosas no podían terminar así, que el final de su vida no debía llegar de esa manera. En esos breves instantes, el tipo al mando dijo:

—Bueno, amantes de la paz, antes de ejecutarlos los llevaremos con el jefe y los demás, a ver qué suerte deciden para ustedes.

Parecía que habían cesado los disparos de la cima y por la mente de Justo y Felipe pasaba la idea de sus compañeros muertos. Los amarraron y llevaron encañonados hasta donde habían visto los disparos. Parecía que sus captores no conocían el camino porque andaban con mucho cuidado y uno de ellos se quejaba de haber tropezado con un nopal. Al llegar al lugar donde estaban sus compañeros lo primero que vieron fue a dos soldados cubiertos de sangre, uno tenía un disparo en la cabeza y el otro en el pecho. Otro, ya viejo, se quejaba de una herida en la pierna. En medio de dos soldados estaba Juan, con el rostro ensangrentado y una mirada de terror. Como a diez pasos de él estaba el viejo Rafael, tirado sobre las rocas, cubierto de sangre y con el rifle a su lado.

Junto al cuerpo del viejo estaba el que parecía ser el jefe, un tipo alto con barba descuidada y el único que traía botas militares; por la forma de vestir y hablar, parecía militar de carrera. Entonces el hombre obeso dijo:

—Mire, jefe, el regalito que nos fuimos a encontrar colina abajo. Este parece que es el líder, y resulta que no tiene bando, ja, ja, ja. El jefe se dirigió a Justo:

—Conque eres tú el jefe. Muy bien, nos tendrás que decir qué es lo que pasa aquí, porque parece que tu muchacho no quiere hablar. Piensa bien lo que dirás, es mejor que nos digas todo lo que sepas, porque tu pellejo y el de tu gente están en juego.

Podía sentirse la tensión y parecía que Justo aún no se reponía:

—Mira, nosotros somos simplemente arrieros. Si lo que preguntas es que si espíamos para el gobierno o algo parecido pierdes tu tiempo, lo

único que puedo decirte es que hace un rato escuchamos que unos caballos se acercaban y fuimos a investigar. Al parecer eran mensajeros, pero, como entenderás, no dejamos que nos vieran para evitar lo que ustedes acaban de hacer.

Al escuchar la respuesta todos los soldados volvieron a reír. El jefe rio al principio, pero después puso cara de seriedad al ver las armas recién arrebatadas a los cautivos y después de dirigir una breve mirada a los cuerpos de los soldados muertos preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?, nos ha salido cara su captura, espero que nos des una buena razón para no reventarles la cabeza aquí mismo y tendrás que decirnos todo lo que saben, lo que ustedes llevaban no eran juguetes y esos jinetes que dejaron ir eran imperialistas y enemigos de nuestra República. Justo escuchó esto atónito, pensó que estaba perdido cuando recordó lo que habían dicho los soldados.

—Mira, me llamo Mariano, tú nos atacaste sin provocación alguna y entenderás que en este tiempo quien no anda armado es hombre muerto. Somos arrieros como te dije antes, has matado a un amigo mío, y los hombres que mataron mis compañeros lo hicieron en defensa propia; lo único que escuchamos es que esos hombres llevaban un mensaje muy importante, pero no te lo diré si no me das tu palabra de que nos perdonarás la vida, es más, dejarás libres a mis dos hombres y yo me quedaré cautivo.

El jefe de la guerrilla republicana se rascó la cabeza quitándose por un momento el sombrero y pensó las cosas. El hombre obeso le dijo en voz baja:

—No tenemos tiempo para sacarles la información, jefe, recuerde que nuestra misión era ver si llegaban mensajes de México y no podríamos arriesgarnos a salir en persecución de los mensajeros, podemos encontrarnos mochos por aquí. El jefe dijo:

—Está bien, les perdonaremos la vida solo porque no tenemos tiempo para sacarles información a la fuerza, trato hecho —y dio órdenes para que liberaran a los hombres de Justo, que salieron corriendo como alma que lleva el diablo. Justo les dijo a los republicanos todo lo que había

escuchado de los soldados imperialistas. En la cara del jefe se esbozó una sonrisa y dijo después de soltar unas risotadas:

—Ja, ja, ja, mi buen general Mariano tenía razón, parece que Maximiliano quiere morir en suelo mexicano. Solo porque me has alegrado la noche y te llamas como el jefazo del Norte te dejaré molestar con tu cara otro rato; además, tu cuerpo no serviría ni para adornar un árbol.

JOSÉ CARLOS VELÁZQUEZ



## AÑO PASADO



## CAMBIAR DE LLANTO

**Y**a no había podido llorar. De plano ya no le salieron lágrimas. Todas las había vaciado en los últimos siete días. Tampoco quería acordarse ni pensar ni sentir ni escuchar ni mirar. Quería tener un *switch* como el de la licuadora. Apagarse con una palanquita y sumergirse en un pacífico silencio.

El sol le pegaba en la cabeza y de seguro por eso le dolía. Por eso y por no dormir. Mucho llorar y poco dormir. Traía los zapatos llenos de polvo, no sabía si porque olvidó limpiarlos o porque se le ensuciaron ahí con tanta tierra suelta. No supo por qué pensó eso.

Su hijo Leo llegó tarde. Tenía que haber llegado desde las ocho y ya eran casi las diez. Como era sábado la gente se pudo esperar. Su comadre Toña ya la había acompañado dos veces a la Administración. Le dijeron que por error Leo estaba en Xochimilco, pero que ya habían hablado, que ya lo iban a traer a Xoco, que por favor entendieran que era día festivo, que se iba a tardar por la pelotera que armó la inauguración.

Cuando al fin llegó, Vicenta sintió que se le apretaban las tripas otra vez, pero ni modo de no aguantar después de tanto pedirle al cielo que la dejara encontrar a su hijo, que le permitiera enterrarlo en una tumba con su nombre y con un recipiente para ponerle flores. Tanto pidió por eso que se le concedió y ni modo de no terminarlo.

Cayó en la cuenta que ya había estado ahí diez años antes, en esa tumba donde enterró a su esposo y donde descansaría ella, cuando llegara el momento. Aquella vez se había sentido sola. Leo estaba muy mal, se encerró en su cuarto y ni cómo hacerlo salir... una soledad como la que sentía ahora.

Cerró los ojos mientras los de la funeraria bajaban la caja de Leo a la fosa. Quedó encima del ataúd de Federico, su papá. Algunos asistentes lloraban y otros cuchicheaban. Llegó el cura del panteón e hizo lo suyo con voz monótona. Mientras, iban llenando la fosa con tierra hasta que quedó cubierta.

—¿Tú quieres decir algo? —la voz de su compadre Joaquín la regresó a la realidad.

Vicenta negó con la cabeza. Sentía que si hablaba se iba a quebrar y no quería. Nomás había que agradecerle a todos por haber ido a acompañarla y a despedirse de Leo. Joaquín podía hacerlo. Así fue: el hombre le entregó veinte pesos al sacerdote. Luego dio las gracias en nombre de la familia.

La gente empezó a retirarse. Algunos pasaban con Vicenta y le daban algún pésame, algún abrazo, alguna promesa de verse pronto, de que no estaría sola. Ella los oía como desde el fondo de una barranca. Se sintió mareada, ya quería irse. Un jovencito de aspecto huidizo se le acercó.

—Soy primo de Leonora. Me mandó a verla. —La voz del muchacho se hizo chiquita igual que su mirada asustadiza.

—¿Dónde está Leonora? ¿Está bien?

—Estuvo escondida toda la semana con una amiga. No le pudo volver a llamar. Apenas llegó a su casa y mi tío la mandó a Veracruz, con mi otra tía. Le dio miedo que la anduvieran buscando.

Vicenta descubrió el miedo en los ojos del muchacho. Se le figuró que ya no se le iba a quitar nunca. Lo despidió.

—Gracias, mijo. Si ves a tu prima dile que... no, mejor no le digas nada. Ya vete. Que Dios te bendiga. Gracias.

El muchacho se fue sin decir nada más. La mujer se dirigió hacia donde estaban sus compadres conversando con algún asistente rezagado. Iba a pedirles que la llevaran a su casa. Sentía la cabeza como una pelota demasiado inflada. Aun así escuchó lo que decían.

—Pues qué lamentable que haya pasado esto, don Joaquín.

—Era cuestión de tiempo. Desde el choque yo creo que quedó mal.

Era raro. A mí me daba mala espina. Y ya ve, acabó siendo un rojillo revoltoso. Él se lo buscó. ¿Verdad, Toña?

—Pues sí —Toña le hizo segunda a su marido—. Si no se hubiera muerto ahorita igual en poco tiempo le habría pasado algo. Andaba en malos pasos. Mi compadre Federico ha de estar revolcándose en su tumba...

Vicenta se detuvo en seco. Siempre pensó en sus compadres como de la familia. Sintió que le hervía la sangre, pero no tuvo fuerzas para ir a gritarles. Ni así pudo llorar, del puro coraje. Sin que se dieran cuenta, dio la vuelta y se encaminó a la calle.

La avenida Coyoacán estaba casi bloqueada, lo cual era inusual en sábado. Los coches repletos rodaban lentamente tocando sus cláxones, ondeando banderitas mexicanas como si fuera 16 de septiembre. A su lado una multitud de a pie caminaba gritando y echando porras. Todos iban al Estadio Olímpico a la inauguración. Inútilmente, Vicenta intentó subirse a alguno de los camiones que pasaban, vitrinas, como ella les decía, tan amarillos como desvencijados con sus ventanas grandotas. Desbordaban pasajeros por ambas puertas.

Junto a Vicenta se detuvo un taxi y descendieron algunas personas enlutadas que llevaban flores y globos de colores. Pronto, le preguntó al chofer si quedaba libre y él lo confirmó. Abordó mientras el taxista ponía en marcha el taxímetro.

—¿A dónde la llevo, señor?

—A San Bernabé 285. Es junto a la Unidad Independencia. Por favor.

Vicenta se recargó en el asiento. Se sentía mal, habría querido estar en su casa o en cualquier otro lugar. No supo por qué pensó eso. Solamente quería estar sola.

—Qué suerte que andaba por aquí, ¿verdad, señor? Orita ni cómo subirse a un camión. Oiga, nada más que voy a tener que dar una vuelto. Insurgentes está cerrado y Universidad va a vuelta de rueda. Puedo agarrar para Mixcoac y me bajo por el Olivar del Padre, ¿está bien?

—Está bien.

Ella respondió en automático sin entender bien lo que le dijo el taxista, salvo que se iban a tardar en llegar. Levantó la mirada y notó que era un hombre ya mayor que se concentró en manejar sin conversar.

El taxi, un viejo Ford de color verde brillante y amarillo, se abrió paso entre el tránsito carnavalesco y giró a la derecha en Río Churubusco. Continuó circulando lentamente.

—¿Le molesta si prendo el radio, señor? Para oír la inauguración.

—No. Si quiere préndalo.

Una canción pop llenó el vehículo. Vicenta ya la había oído antes. A Leo le gustaba y había comprado el disco para regalárselo a Leonora. De pronto pensó en ella. Le vino la idea de que no la volvería a ver. Le dolió pensarlo. La quería. Ya llevaba cinco años viendo a Leo y lo había ayudado mucho a salir adelante después del accidente. Era buena muchacha, le habría gustado que se casara con su hijo. A lo mejor que le dieran nietos. Por lo menos era bueno saber que no le había pasado nada.

El vehículo giró para tomar Gabriel Mancera, a vuelta de rueda porque estaban desviando el tránsito desde Insurgentes y solo se podía cruzar hasta Viaducto.

Durante el lento trayecto Vicenta iba piense y piense aunque no quisiera pensar. Se acordó que Leo compró dos boletos para la inauguración y los puso en el marco del espejo en su cuarto. No le tomó a mal que no la invitara, no quería hacer mal tercio. Ella prefería ver esas cosas en la televisión. Recordó también el día que su hijo llegó bien contento y se los enseñó:

—Mire, jefa, para la inauguración de las Olimpiadas. Vamos a ir para poder mentarle la madre en vivo al hocicón del presidente, que va a ir para aventarse un discurso.

—¡Ay, mijo!, ¿pero con eso qué ganan? Ni te va a oír.

—Pos a mí a lo mejor no, pero a los otros sesenta y nueve mil changos que van a estar ahí va a ver que sí. La cosa es hacerle la lucha, jefita.

—Ta bueno, mijo —le respondió sin estar totalmente convencida. No entendía muy bien de cosas de política, pero le parecía bien que su hijo

se interesara. Todo fuera por mejorar tanta cosa que andaba chueca en el mundo.

Eso había sido en agosto. El recuerdo regresó a los días recientes. Pensó en la tarde del miércoles, de ese miércoles 2 de octubre. Acababan de comer y estaba lavando los trastes. Leo se puso una chamarra color ladrillo —color perro, le decía ella para molestarlo— que había sido de su papá y que ahora a él le gustaba usar, quizá como una especie de redención. Se repasó el peinado en el espejo del baño.

—Ya me voy, jefa. Voy a regresar tarde, le aviso para que no se preocupe.

—Está bien, mijo. ¿Vas a pasar por Leonora?

—Allá la voy a ver, en el mitin. Nos vemos.

—Que Dios me lo bendiga mucho, mijo. Con cuidado.

Siguió lavando. Escuchó dos golpes sobre el cofre del chevrolet destartalado que le guardaban al vecino en su cochera. Ellos ya no tenían coche. Luego el portón que se cerraba de golpe. Leo siempre salía así de la casa, y Federico, cuando estaba, se enojaba siempre con el azotón y se quejaba del ruido.

Se hizo de noche y subió a dormir, aunque no pegaba los ojos hasta que su hijo regresaba. Pasaron las horas, amaneció y Leo no volvía. Vicenta estaba enojada. Qué le costaba llamarla, aunque tuviera 26 años. Pasó más tiempo y el coraje se le volvió angustia, una que ya no había sentido desde hacía diez años cuando Federico y Leo chocaron y estuvieron una semana en el hospital.

Amaneció. Bajó a la cocina a preparar el desayuno. Sonó el teléfono. Corrió hacia la sala y contestó con un enorme alivio.

—¿Mijo?

—Soy Leonora, señora. ¿Está Leo?

—No. ¿No está contigo?

Del otro lado de la línea se hizo un silencio horrible seguido de un sollozo ahogado. Leonora estaba llorando y apenas podía hablar.

—...es que nos echamos a correr cuando empezaron a tirar. Yo vi que él venía detrás de mí... y luego ya no estaba... yo nomás me...

La llamada se cortó. Los dedos de Vicenta apretaron frenéticamente los botoncitos del teléfono mientras una mano invisible le apretaba la panza desde adentro. Se sintió enferma y se quedó ahí sentada sin saber qué hacer. Reaccionando, regresó a la cocina y prendió el radio. Solo escuchó información a cachitos mientras iba cambiando las estaciones... algo en Tlatelolco... que había entrado el ejército... que ya se había restaurado el orden... que no se tolerarían más desmanes ni excesos... que había algunos heridos y por lo menos cuatro muertos, uno de ellos un soldado.

Se vistió de prisa y salió corriendo a casa de sus compadres. Los encontró apenas enterándose mientras desayunaban. Le pidió a Joaquín que la llevara a la Universidad. De camino le creció la angustia y, aunque todo parecía normal, la ciudad se sentía extraña.

Ciudad Universitaria estaba casi desierta. En la entrada de varios edificios estaban unos tipos malencarados, de traje y con radios. Ella se bajó a ver si encontraba a Leo, pero no estaba ahí.

Vicenta se acordó de que uno de los compañeros de su hijo vivía en Portales. Fueron a buscarlo pero nadie abrió la puerta. Se pararon varias veces en las esquinas donde había teléfonos y ella llamaba a la casa para ver si Leo contestaba. Se quiso regresar, pero Joaquín le dijo que mejor se fueran a la Cruz Roja de Polanco, a ver si ahí lo encontraban.

Viajaron en silencio. Al llegar ni tiempo le dio de acordarse que los hospitales le daban miedo. Les agarró tirria desde que tuvo que pasar una semana —la peor de su vida— turnando cuidados entre su esposo y su hijo accidentados en el periférico. A Federico lo tenían en cuidados intensivos, con un tubo metido en la garganta. Leo se había roto la clavícula, algunas costillas y se partió la nariz —que desde entonces le quedó un poco chueca—, aunque ya lo habían operado y lo iban subir a los cuartos de ambulatorio. Ya habían pasado diez años desde esa vez. Ahora llegaba a otro hospital, con la misma angustia. Había mucha gente haciendo bola en la puerta. Todos buscaban a algún familiar, a algún conocido. Nadie les decía nada. El personal se veía intimidado porque afuera había soldados y policías de civil vigilando.

Joaquín se tuvo que ir y comenzó a hacerse tarde. Ella siguió preguntando por Leo, pero mientras más personas iban llegando, menos la atendían. Le daban largas, que orita revisaban la lista de ingresos, que orita todavía estaban llegando ambulancias. De orita en orita, se hizo de noche.

En algún momento se le juntó el cansancio, el hambre y la angustia. Se durmió un rato en la sala de espera. Cuando despertó ya era de madrugada. La agarró el miedo y ya no se pudo aguantar el llanto. Lloró hasta que clareó. Ya entrada la mañana, un camillero que iba pasando seguro la vio muy desesperada porque se le acercó.

—¿Usted a quien busca, señora? Es que aquí ya no están trayendo a nadie.

—¿A dónde los están llevando?, ¿por qué no nos dijeron?

—No sabría decirle. Mejor váyase a la Cruz Verde en Balbuena, allá sí están recibiendo.

Vicenta salió y tomó un taxi. El camino le pareció eterno. Cuando llegó al nosocomio ya era mediodía. Ahí también había soldados vestidos de civil vigilando y cuchicheando entre ellos. Para entonces ya había corrido el rumor: no eran cuatro muertos como dijeron en las noticias sino muchos más.

En Balbuena no estaban dejando entrar. Habían cerrado desde el día anterior, pero la gente se desesperó y dieron portazo. Invadieron la recepción, pero nadie les informaba nada. Unos policías y los trajeados los contuvieron. A unas señoras se les ocurrió colarse por un elevador de servicio. Andaban buscando a sus hijas y a un sobrino. Vicenta se les pegó y lograron subir a las zonas de internado. Recorrieron todas las salas, cama por cama y rostro por rostro. Pero nada.

Mientras buscaba, Vicenta se acordó cuando a Leo se le pasó la anestesia y abrió los ojos. Balbuceó preguntando por su papá. Ella le dijo que ya estaba mejor, pero la verdad la traicionó con la mirada vidriosa y la voz quebrada. Leo empezó a llorar también. Entonces tenía 16 años, aunque cuando lloraba ella lo veía como cuando era chiquito.

—Fue mi culpa, mamá. Lo estuve jode y jode para que me dejara manejar de regreso... yo venía manejando cuando chocamos...

A la mujer se le movió el piso. Se detuvo del borde de la cama. Le apretó la mano al muchacho. A Leo lo dieron de alta tres días después. Un día después de eso murió Federico.

El llanto de una de las señoras la regresó al presente. No habían encontrado a sus familiares. Vicenta bajó al teléfono para llamar por enésima vez a su casa sin que nadie respondiera. Luego llamó a sus compadres, quienes tampoco tenían noticias. Ahí se enteró que a muchas ambulancias las habían traído dando vueltas por varios hospitales sin recibirles a los heridos porque ya no cabían. Se sintió mareada y le faltaba el aire.

Salió del edificio. Se sentó en una jardinera pensando en el viacrucis de los pobres heridos dando tumbos en las ambulancias de hospital en hospital. No supo por qué pensó eso. A su malestar sumó el presentimiento de que su propio viacrucis apenas comenzaba.

La luz del atardecer hubiera estado bonita de no haber estado ahí y en esa circunstancia. Volvió a entrar y fue a plantarse en la sala de espera con la idea de no moverse de ahí hasta que le informaran si iban a llegar más heridos o a qué hospital los estaban llevando. Se reunió con las otras dos docenas de personas que habían tomado la misma decisión.

Ya entrada la noche vio a Julio entrando al hospital. Lo saludó de lejos. Era el hijo mayor de sus compadres, un muchacho como de la edad de Leo, aunque nunca habían sido amigos, ni siquiera de niños. No se caían. Y después del accidente y de lo que pasó con Federico, menos. Leo se encerró en su cuarto y casi no salía. De la casa a la escuela y de la escuela a la casa, así se la pasó cinco años. Hasta que conoció a Leonora, empezaron a andar y ella lo convenció de que se metieran juntos a la universidad a estudiar historia. Fue la única que logró quitarle un poco lo ermitaño.

—Buenas noches, señora Vicenta. Acá le manda mi mamá. No pudo venir. ¿Hay noticias?

Vicenta negó con la cabeza. Agradeció con la mirada la torta de jamón y el refresco que Julio le dio. Comió de prisa mientras el muchacho miraba en silencio. La torta le supo a gloria, se repuso un poco, pero sentía el peso de la incertidumbre sobre su espalda.

—Ya no sé si quedarme. Aquí nadie nos dice nada. ¿Y si voy a buscar en el Rubén Leñero, o en el General?

—Mejor váyase a su casa y ya mañana le sigue. A lo mejor Leo llega ahí, o quién quita ya llegó. Ya ve que luego los teléfonos no sirven...

Ella pensó que Julio podría tener razón. Asintió. Se subieron al coche. Viajaron en silencio por las calles vacías, ominosas. El muchacho la dejó en su casa.

La soledad se derramaba por las paredes de la vivienda vacía. Vicenta comió lo que había en el refrigerador así sin calentarlo. Cada pocos bocados la ahogaba el llanto. Se descubrió caminando maquinalmente alrededor de la mesa. Se hizo un té y se fue a sentar a la sala, donde pasó lo que quedaba de la noche dormitando a ratitos entre sobresaltos y malos sueños.

Apenas amanecía y ella ya estaba lista para irse. Se cambió el suéter por otro más abrigador. Fue al cuarto de Leo, quitó los boletos de la inauguración olímpica y los echó en su bolsa. No entendió por qué hizo eso.

Cogió una foto de Leo que tenía en la sala y dinero para moverse. Los siguientes cuatro días recorrió la ciudad de hospital en hospital, siguiendo lo que le decían en cada uno o haciendo caso de los rumores que escuchaba de tal o cual persona, que por lo menos le renovaban un poquito la esperanza.

—Váyase al Hospital Central del IMSS. Está cerca de Tlatelolco, ahí llegaron los primeros heridos...

—No, aquí no, señora. Váyase a la Cruz Blanca de Santa María la Ribera, pero pregunte en admisión general, no en emergencias...

—¿Arretche con doble erre? A ver... a ver... No, doña, no trajeron a nadie con ese nombre. ¿Ya fue al Rubén Leñero?

—Los separaron por edad, madre. Y por género. Si es hombre de 26 años, se lo llevaron al General. Vaya y pregunte otra vez, les enseña la foto.

—Oigan, una enfermera me acaba de decir que trasladaron heridos al ISSSTE de Narvarte. Vámonos para allá...

Vicenta llegaba a un hospital y preguntaba en automático enseñando la foto de su hijo. Recibía la negativa con resignación anticipada. Salía arrastrando los pies y se subía a un camión o a algún taxi hacia el siguiente nosocomio, inclusive a alguno al que ya había ido horas o días antes.

Así continuó sin parar, malcomiendo, dormitando en algún pasillo o en una sala de espera, con el miedo subiendo y bajando. En cada teléfono que encontraba en la calle o que conseguía que le prestaran llamaba a su casa y esperaba conteniendo el aliento que Leo le contestara. Pero eso no pasó.

Llegó al fin de semana y siguió su recorrido. Igual que el siguiente lunes y el martes. Ya no podía más, pero se obligó a poder más. A donde fuera había otras madres angustiadas, otros padres compungidos, hermanos buscando a sus hermanos, amigos angustiados por sus amigos. Tantos otros que andaban en las mismas, entercados en encontrar a los suyos, siempre bajo la mirada arisca de los policías y los soldados que parecían adosados a los edificios.

Mientras Vicenta intentaba apaciguar sus recuerdos el taxi llegó a Mixcoac y enfiló hacia Olivar del Padre. Las voces entusiastas de los locutores relataban que el Estadio Olímpico casi estaba lleno a tope, describían el entusiasmo del público y el orgullo con que marchaban las delegaciones deportivas de tal o cual país, que era un día histórico, muy feliz.

En el lento tránsito la mujer regresó a sus recuerdos. La mañana del miércoles la sorprendió dormitando sentada en la escalera en alguna Cruz Verde. Escuchó al vuelo que a algunos heridos se los habían llevado al hospital de zona en el Estado de México. Indagó dónde estaba. Salió y se apresuró a subirse a un camión que la llevó a Indios Verdes, y de ahí otro hacia Ecatepec.

Llegó cerca del mediodía y preguntó por enésima vez a una enfermera que atendía el mostrador con el cansancio instalado en el rostro.

—Acá no llegó, señora. ¿Ya fue al Hospital Central?

— Ya fui tres veces, señorita. Allá no está.

—¿Pero dónde preguntó?

—Pues en admisión y de ahí me mandaron a urgencias.

—No, señora. Tiene que ir al anexo de atrás del hospital. A la morgue.

Vicenta sintió que se le iba el aire. Se había resistido con toda su alma a pensar en esa posibilidad. La enfermera debió ver que de pronto se desencajó y se puso pálida.

—¿Quiere un algodoncito con alcohol? Siéntese ahí en la sala, orita se lo llevo.

—No, no señorita. No es necesario, gracias.

Se salió caminando aprisa para ganar la calle y poder llorar. Siguió caminando y llorando hasta llegar al paradero de camiones. Se subió al primero que pasó. Desde ahí hasta la colonia Doctores viajó en una especie de limbo. Al bajar no sabía cómo había llegado ahí.

La lucidez le regresó empujada por la ansiedad. Caminó un par de calles hasta que tuvo frente a ella el edificio grisáceo del depósito de cadáveres del hospital. Muy colorido con las decoraciones olímpicas, pero al final una morgue.

Entró y le indicaron que subiera por una escalera. Llegó a un mostrador atendido por un señor con mala facha, que apenas levantó la vista de su periódico para atenderla. Revisó de mala gana el registro, pero no estaba actualizado. Le pidió que regresara después, en un par de días. El dolor hizo que los pies de Vicenta se pegaran al piso. No se iba a mover de ahí. Cuando esto fue evidente para el hombre del mostrador y para quitársela de encima le dijo que si quería entrara a buscar ella misma y le señaló por dónde. Luego, volvió a hundir la nariz en su periódico.

A Vicenta le temblaba todo el cuerpo, no tanto por tener que entrar al depósito —en toda su vida solo había visto dos cadáveres: el de su mamá y el de su marido— como por el pánico de ir a encontrarse ahí a Leo.

Caminó entre las planchas cubriéndose la nariz con la manga del suéter. Los primeros cadáveres le horrorizaron, pero a medida que avanzaba comenzó a pensar en ellos como muñecos de cera o maniqués. ¿Cuántos habría? Calculó que cincuenta, de distintas edades y condiciones.

*Siquiera habían de cerrarles los ojos. Desalmados, infelices.* No supo por qué pensó eso.

Recorrió todo el depósito. Salió al pasillo y corrió al baño a vomitar. Ni siquiera pudo de tan mal que se sentía. Se sentó sudando en una escalera y se le vino encima la contradicción: el pesar que sintió por esos muertos contra la alegría de que ninguno de ellos fuera su hijo.

Cuando iba hacia la salida la abordó el maltrajeado del mostrador. Se le acercó con tono confidencial, que a ella le provocó asco. Que dizque él conocía a alguien que a lo mejor sabía dónde podía haber más muertos.

—Sí me entiende, ¿no?

Que porque él la podía poner en contacto. Que conque le diera para su refresco quedaba contento, y aquél también.

—Sí me entiende, ¿no?

Mecánicamente, Vicenta sacó un billete de cincuenta todo arrugado y se lo alargó al maltrajeado, que lo guardó haciendo como que veía a todos lados y le dijo que la acompañara. Regresaron al mostrador del depósito. Ahí el hombre cogió el teléfono y habló en voz baja con alguien al que le decía cada rato mi mayor. Terminó de hablar y anotó algo en un papelito que le entregó. Un papel sucio escrito con las manos sucias de un maltrajeado cochino. Aquel fulano le daba muy mala espina, pero Vicenta se arriesgó porque necesitaba seguir buscando.

—Órale, seño. Lléguele mañana a las diez en punto a esta dirección. Pregunte en la puerta por esta persona y dice que es un familiar de él. Ándele. Cuando se le ofrezca, ya sabe...

Vicenta cogió el papelito y salió rápido del edificio, intentando ganarle al llanto y al entripado.

Amaneció jueves y lloviendo, porque entró un norte en Veracruz. Vicenta se bajó del camión sobre Periférico y caminó por Industria Mi-

litar buscando el número 1065. Llegó hasta un portal de piedra con un zaguán metálico. Con un nudo en el estómago tocó el timbre. Se abrió una ventanita en la puerta y se asomó un rostro que la miró desdeñosamente de arriba a abajo. El rostro le preguntó quién era y qué quería. Ella le dijo que era tía del Mayor Ordoñez y que venía a verlo. El rostro le dijo que esperara. Al cabo de unos minutos le abrieron. Entró a un patio de cemento que la separaba una centena de metros de un edificio grisáceo. Sobre la puerta había un letrero que lo identificaba como un campo militar, el número uno para más señas.

—Ahí viene su “sobrino” —le dijo con sorna el soldado malencarado—. A ver, venga la bolsa, para revisión. —Vicenta ya se la iba a dar, pero el soldado desistió al ver que alguien se aproximaba.

Desde el interior del edificio venía caminando otro uniformado. Era bajo de estatura y tenía un andar prepotente. A Vicenta se le figuró un gorila con botas pasando sobre los charcos. Tenía mal gesto y mal modo.

—A usted la mandan del depósito del Central, ¿verdad? Véngase y allá adentro no vaya a hablar con nadie...

Ordoñez dio la vuelta y volvió sobre sus pasos dando zancadas, seguido por la mujer. Entraron al edificio y bajaron a un sótano. Vicenta empezó a temblar, pero ya no había marcha atrás. Se propuso retomar las fuerzas del día anterior.

Llegaron a una bodega cerrada con candado. El militar abrió y le indicó que entrara. Le pegó el olor a formol, a descomposición y a cal. Se lo tuvo que aguantar. Ella sacó su monedero. El militar la rechazó, apresurándola con un ademán.

—Después, después. Ya que salga. Apúrese, aquí me busca...

Vicenta entró. El olor se le pegaba a la piel. La bodega estaba iluminada con tubos de luz fluorescente que parpadeaba y emitía un zumbido. Los cadáveres estaban alineados en el piso casi amontonados, dejando un angosto paso entre ellos. Algunos estaban en bolsas y solo se veían sus rostros. Otros traían ropa o estaban a medio vestir. Otros más estaban desnudos, blanqueados con cal.

Caminó entre ellos lentamente, obligándose a repetir el ejercicio mental del día anterior. Intentó ignorar los cuerpos mutilados, balacea-

dos, inflados. En algún momento pasó junto al cuerpo de una muchachita que estaba desnuda. Sintió lástima. Volvió sobre sus pasos y sacó de su bolsa un plástico que llevaba para taparse de la lluvia. Cubrió como pudo el cuerpo de la chica y continuó caminando entre los muertos.

Iría a media bodega cuando encontró a Leo. Estaba golpeado de la cara, pero a pesar de la penumbra de la bodega lo reconoció por las cicatrices del hombro y la nariz medio torcida. Le faltaba un zapato y la chamarra color perro estaba rota y manchada con sangre seca. Tenía una expresión incrédula, quizá la misma que debió poner cuando comenzó el tiroteo en la plaza. Ya no tenía edad. Ella veía a su niño.

En ese momento algo la dejó insensible. Se sintió lúcida y el agotamiento de cinco días de pesadilla le cedió lugar a una extraña calma, a la paz inexplicable de haberlo encontrado. Ahí fue cuando se le secaron las lágrimas. Le cerró los ojos y la chamarra. Le acomodó con los dedos los cabellos apelmazados y la barba, entre peinándolo y acariciándolo. Puso su bolsa sobre el cuerpo para no perder su ubicación y salió a buscar a Ordoñez, que fumaba afuera. Regresó con él y le mostró a su hijo. Mecánicamente el militar le arrancó la etiqueta que le habían amarrado en una muñeca y salió seguido por Vicenta.

Caminaron hasta llegar a una oficina ruinoso llena de expedientes y papeles del piso al techo. La atendían unos hombres con traje de civil, pero que evidentemente eran militares. Ordoñez aventó la etiqueta sobre un escritorio y les dijo que la señora lo iba a recoger. Entendidos, la cogieron y empezaron a llenar unos formatos a máquina. No se molestaron en preguntar el nombre de la mujer, o el del difunto, ni le pidieron papeles: para ellos era un número en una etiqueta. Mientras tanto Ordoñez, recargado al final del pasillo, prendía impacientemente otro cigarro.

Al cabo de unos minutos, le dieron a Vicenta un montón de hojas de distintos colores que ella firmó sin leer. Después de ponerles un montón de sellos y más firmas le entregaron unas copias que tenía que llevar a una funeraria para que recogieran el cuerpo y lo llevaran a un panteón. Vicenta dobló los papeles y los guardó en la bolsa. Caminó hacia

Ordoñez y sacó un montón de billetes hechos bola —todos los que traía en el monedero— y se los extendió al militar. Él la miró a los ojos con una expresión más de desagrado que de piedad. Se apartó sin tomar el dinero y se alejó por el pasillo hasta perderse.

—Ya váyase. Se sale por la puerta dos.

Los siguientes dos días fueron amargos para Vicenta, pero por lo menos la angustia se había aplacado. Seguía envuelta en esa insensibilidad que le permitió continuar con todo lo que tenía que hacer todavía. Tuvo que encontrar una funeraria que le hiciera el servicio. Rebotó de oficina en oficina en el Ministerio Público para tramitar un papel que le pidieron para el traslado al cementerio. Fue a buscar un lote en el panteón, pero no había nada vacío y tuvo que echar mano del espacio disponible en la tumba de Federico.

Hizo todo sola —no quiso que nadie la acompañara— siempre medio comiendo, medio durmiendo, medio viviendo. Por fin le confirmaron que de manera excepcional, porque iba a ser día festivo, el entierro sería el sábado temprano: justo ese sábado, el 12 de octubre. El taxi iba bajando por el Olivar hacia Tizapán, dejando atrás los embotellamientos y el pasado, dejando atrás a su hijo enterrado. Porque ya todo, de forma inevitable, avanzaba a la velocidad de todos los días. La fiesta olímpica y los días pasados pronto quedarían atrás.

Poco antes de que el taxi llegara a su casa, Vicenta abrió su bolsa y sacó su monedero. Descubrió los boletos para el estadio, y sus llaves. Los primeros ya no servirían para nada y las segundas le dieron miedo. Se imaginó de pie ante el portón de la casa, insertando la llave en la puerta para entrar a la vivienda tan vacía y tan llena de recuerdos, del solitario porvenir.

*Qué incómodos son los muertos, la gente se cansa pronto de ellos.* Vicenta supo exactamente por qué pensó eso. Una lágrima le rodó por el cachete lívido. La siguieron otras, las primeras en días. Pero ahora no lloraba de dolor. Era de rabia, que le invadió el cuerpo y los pensamientos.

El taxi se detuvo. Alcanzó a oír en el radio que la llegada de Enriqueta Basilio al estadio era inminente. Se la imaginó subiendo la escalinata con su uniforme deportivo blanco, con la antorcha en alto, teniendo como fondo el paisaje con los volcanes, encendiendo el pebetero entre gritos y aplausos. Luego vendrían los discursos oficiales.

Se descubrió temblando con un coraje que nunca había sentido. Uno que se le clavaba en el cuerpo y le hacía cerrar los puños. Escuchó la voz de Leo susurrándole: pos a mí a lo mejor no me oye, pero a los otros sesenta y nueve mil changos que van a estar ahí va a ver que sí. La cosa es hacerle la lucha, jefita.

El colorido Ford se detuvo frente a la puerta de su casa.

—Llegamos, señor. Hasta tardamos menos de lo que pensé que íbamos a dilatar...

Vicenta guardó el monedero en la bolsa y la cerró.

—¿Me puede llevar al Estadio Olímpico, por favor?

FERNANDO FLORES ALVARADO

## CAUSA DE MUERTE

**E**sa noche todos lloraban, las enfermeras, los familiares y hasta los colados, esos que nada más aparecen cuando se hace la bola de gente, como si regalaran algo, pero apenas se pide una ayuda y ya no los encuentras. En la habitación se escuchaba decir: ¡Que el doctor esto!, ¡que los familiares lo otro! Nunca nadie sabe a quién culpar. Siempre he pensado que cuando ocurre una tragedia los más afectados son los adultos, pero esta historia es diferente.

Su nombre era Patricia, “Paticha” para los compas, como ella decía, o quizá era Paticha porque a sus 6 años todavía no sabía pronunciar bien su nombre a causa de un mal desarrollo y alimentación. Cualquiera que fuera la razón del apodo, Paticha era muy diferente a la mayoría de las niñas de su edad: no jugaba a las muñecas o a ser una princesa, ni siquiera las conocía porque a su casa no llegaba la luz y menos se pensaba en tener televisión, apenas un radio destartalado que su papá siempre se llevaba al campo.

A pesar de las adversidades, en el fondo Marisol, la mamá de Paticha, se sentía afortunada, pues había corrido con la suerte de encontrar un buen marido: joven, trabajador y, lo que era mejor, no sentía la menor atracción por el *posh*, esa bebida que, a algunos, dicho románticamente, les “calienta el corazón”, pero para la mayoría de las mujeres de los Altos de Chiapas es la culpable de recibir tremendas golpizas por parte de sus maridos. Ese no era su caso y eso era un alivio.

Todas las mañanas, Marisol le ganaba la carrera al sol, daban las 4:00 am y ya estaba listo el almuerzo para el marido. Había que tra-



bajar largas jornadas, a veces más de doce horas. En Chiapas, cuando nace un hombrecito, el papá se alegra mucho, pues apenas crezca y tenga fuerzas se convertirá en otras dos manos que le ayuden en la siembra. Las niñas son un caso aparte, la mayoría espera que se las lleve algún valiente y hagan hogar, aunque sea a temprana edad.

Pero Paticha aún no sabía nada de esto, disfrutaba peinar sus trenzas con listones de colores, mientras más vistosos, mejor, y a la hora de jugar, el lodo y las piedras —mientras más redonditas, mejor— cumplían bien su papel de trastes y comidita.

Todos los días Paticha era la última en levantarse y también la última en dormir. Ya noche, apenas cruzaba la puerta Mario, su papá, recibía en la espalda veinte kilos más, que no son muchos, pero después de doce horas de trabajo a cualquiera le pesan. Y a pesar de todo, la familia de Paticha era feliz.

Hasta aquel viernes 8 de julio de 1988. Ese día ni Paticha, su mamá ni sus hermanos sabían qué pasaba. Solo escuchaban los rumores de los hombres de la comunidad, que dizque en México, esa ciudad tan lejana que ninguno de ellos conocía, se habían robado las elecciones, que hubo fraude y que ahora sí se habían pasado. Como siempre, nadie cree en las elecciones hasta que, cercana la fecha, los candidatos te llenan de ilusiones y, sin más, un día se vuelven a esfumar y reinicia el círculo vicioso.

Al cabo de un par de semanas todos seguían molestos. Decían que siempre les prometían tantas cosas y nunca se las cumplían, ¡puras largas!, que por ese camino no se iba a lograr nada y entre murmullos algunos manejaban la opción de salir a luchar.

Meses más tarde ya todos los hombres de la comunidad de Ocosingo querían unirse a los hombres de la montaña, esos entes extraños de los que ya varios habían escuchado, aunque nadie había visto aún, pero no sabían qué camino seguir o cómo comunicarse con ellos. En cambio, las mujeres, gracias a las juntas de catequistas, se enteraban muy bien de lo que se hablaba: los de la montaña eran ladinos, se llamaban guerrilleros y querían hacer valer sus derechos.

Paticha vio cambiar muchas cosas en su familia. Marisol, que antes solo salía de casa para ayudar en el campo o si acaso a las juntas de catequistas, y esto último lo consiguió con mucho esfuerzo, ahora pasaba más tiempo afuera que su propio esposo. Los hermanos de Paticha andaban huraños y hablaban en secreto, como esas personas que hicieron algo realmente malo y no quieren que ni su mente las escuche, hasta que un mal día Paticha dejó de ver a su papá, así nomás. Nadie mencionó nada.

Era invierno y en los Altos de Chiapas esta época del año pega duro. Era extraño, pero, aunque en la familia había un integrante menos, ya para nada les alcanzaba, no porque no hubiera, sino porque todo lo “regalaban”, decía Paticha, porque cada día primero de mes bajaban los hombres a caballo y se llevaban toda la comida para la montaña, como si no supieran cuánto trabajo cuesta juntarla. Bueno, de todos modos, mamá casi nunca tiene hambre, pensó Paticha, pues siempre deja el plato a la mitad y la que termina comiéndoselo soy yo.

Un día acompañó a su mamá, iban a visitar a su papá y en su mente más que el rostro de su padre figuraba su espalda, ya quería montarla como lo hacía. Las primeras dos horas Paticha no caminaba, ¡corría entre el camino de lodo y ramas! Las dos horas siguientes las tuvo que hacer en brazos de su mamá y para el final del largo camino de seis horas tuvo que despertar a causa de los chiflidos que escucharon. Después de identificarse comenzaron a distinguirse los rostros de entre los árboles de la selva. Esa imagen fue todo para Paticha: las grandes botas de los hombres, sus ropas, todas iguales, unos cuantos a lo lejos y la voz de su papá llamándola: ¡mi niña, mira cuánto has crecido!

Esta vez Paticha no corrió a sus hombros, se le plantó de frente y le dijo: papá, cuando crezca quiero ser como tú... al cabo de unos minutos el rostro de su hermano mayor apareció para completar la escena; a él no lo extrañaba mucho, pero le dio gusto verlo.

Ese se convirtió en el ritual de cada mes, Paticha y su mamá llevando noticias de aquí a allá. El camino se hacía cada vez más corto y fácil de recorrer, porque lo había memorizado y porque Paticha lo andaba

feliz, ya que al llegar podría ver a los que ella llamaba sus amigos enmascarados. Un día Tacho, el más joven de ellos, hasta le había hecho un pequeño pasamontañas, un poco chueco y con los puntos descocidos, pero se había convertido en el más grande tesoro de Paticha.

Para cuando cumplió 9 años era toda una guerrillera, como ella misma se llamaba, sin enterarse de lo que se planeaba en las juntas a puerta cerrada, único lugar al que su carisma no había logrado entrar. Las cosas se volvieron cotidianas: vivir la vida en su comunidad y esperar los pocos días que visitaba a su familia en las montañas. En casa ya solo quedaban el hermano más pequeño y sus abuelitos, ya que su mamá recientemente había obtenido el cargo de Mayor, lo que para la niña solo significaba que la vería muy poco.

Un día de esos que tienen sabor a nostalgia, la Mayor Marisol sentía necesidad de ver a sus hijos, en especial a su única hija; con ese sentimiento desesperado que solo entienden las madres, necesitaba saber que estaba bien, pero ya no recorría los caminos, los ríos, las montañas... estaba recorriendo las habitaciones, las camillas y los muros tristes del centro de salud, en el que para colmo el único doctor estaba de descanso.

Esa noche todos lloraban: las enfermeras, los pacientes, los familiares... de Paticha solo quedaba su cuerpecito frío entre las sábanas amarillentas, un cuerpo al que a cualquiera le sería difícil calcular la edad. Aún no empezaba la guerra y Paticha ya había muerto, víctima de un monstruo más feroz que la misma guerra, por lo menos en Chiapas: sarampión, tosferina, dengue, tétanos, diarrea... ni siquiera pudieron determinar la causa de muerte, el parte médico decía simplemente "Fiebre".

LUIS ENRIQUE LUNA RAMÍREZ



## NOTICIAS

**L**a única razón por la que madame Anel Girard había contratado a aquellas dos jovencitas fue por pena. Verlas en el umbral de su casa, con los vestidos sucios, el delgado rostro y la mirada suplicante había conmovido su corazón lo suficiente para hacerlas entrar.

Se presentaron temprano por la mañana poco después de la primera comida, venían agarradas de las manos, como si se apoyaran la una a la otra. Preguntaron por algún trabajo que pudieran realizar: no queremos demasiado, necesitamos comida y podemos hacer cualquier tipo de tarea, había dicho la que parecía mayor, mientras la otra asentía levemente antes de bajar la mirada. Madame Girard nunca se había considerado un alma específicamente caritativa, pero un nervio en su cabeza, tal vez provocado por la voz tan dulce de la joven que había hablado, se movió en favor de esas chiquillas harapientas; me atrevo incluso a decir que pudo pensar que se trataba de alguna clase de destino manifiesto, su buena obra: ayudar a aquel par de huérfanas y darles una razón de vivir.

Años más tarde se arrepentiría de su apresurada decisión. Una noche antes de que los periódicos del 11 de junio de 1935 llevaran en las portadas títulos con su nombre y apellido... Pero, sin adelantarnos a los acontecimientos, madame Girard había resuelto abrir las puertas de su casa y dejar entrar a dos jóvenes de hermoso y demacrado rostro.

Los primeros meses pasaron maravillosamente tranquilos para madame Girard; a Léone y Cécile Picard —nombres con los que se habían presentado las jóvenes— poco o nada les había costado adaptarse a sus exigencias, las de su marido y las de su hija. La madame solía cotillear

con la servidumbre y desarrolló un especial aprecio por las hermanas Picard, así que no fueron raras las ocasiones en las que las invitaba a platicar con ella. Además, Léone, la mayor, se mostraba siempre dispuesta a contribuir con nuevos chismes a la plática, lo que encantaba a madame Girard. Cécile era un poco más callada, y constantemente se refugiaba en la abundante plática de su hermana para no tener que decir demasiado.

Entre las muchas tardes de cotilleo madame Girard aprendió un poco sobre la vida de las hermanas antes de su estancia como criadas en su casa. Habían dejado el orfanato en cuanto Léone cumplió los 14 años y, gracias a recomendaciones de las monjas encargadas de ellas, la niña pasó dos años trabajando como cocinera para un abogado y su familia en una ciudad vecina; le iba bien y le permitían tener a Cécile, de tan solo 11 años, haciendo tareas menores de limpieza. Por desgracia, las cosas no habían resultado del todo bien para el matrimonio cuando, tras perder una demanda, el monsieur se enfrentó a una crisis financiera y se vio obligado a despedir a más de la mitad del personal, dejando solo a aquellos que contaban con cierta antigüedad y confianza, lo que dejó a las hermanas fuera del juego, y tras pasar un año repartiendo recados y haciendo tareas sin un trabajo fijo para las señoras de aquella ciudad, habían decidido probar su suerte viajando para encontrar empleo formal. Léone se preocupaba por darle una vida feliz a su hermana y no podía permitirse mantenerla a la deriva, sin garantía de comida o techo, lo que las había llevado a la puerta de la casa de la madame aquella mañana.

“Es usted nuestro ángel”, dijo Cécile, y madame Girard vio su corazón envuelto en una cálida sensación de orgullo; que la joven callada de mirada desinteresada la viera como su salvadora, su ángel, movió los hilos correctos en su espíritu y desde entonces su interés en las hermanas creció y las jóvenes, atentas a las muestras de afecto, vieron en madame Girard la figura materna que nunca tuvieron, ni siquiera con las gentiles monjas que habían cuidado de ellas. Este sentimiento también estaba en la madame, quien día con día se encargaba de consentirlas.

Tal vez cegada por relación tan cariñosa, no vio que el resto de empleados de la casa no compartían su opinión. Mientras madame Girard presumía con otras señoras la actitud tierna de esas dos criadas, ellas escuchaban de su personal cómo las hermanas se paseaban por la casa con actitud soberbia y altanera. Según lo que se chismorreaba, Léone era sin duda la más amable de las dos y, pese a los aires de grandeza, era respetuosa y alegre. Cécile, por otro lado, miraba a los demás empleados con apatía y hartazgo. Aun así, durante el primer año no dieron problemas reales, por lo que su actitud no pasó más allá de petulancia provocada por las atenciones de la madame.

A quien no le gustaba la relación de las hermanas y madame Girard era a Florine Girard, su hija, quien, cansada de la condescendencia de su madre con las hermanas, no se preocupaba por disimular su desprecio y constantemente cuestionaba las decisiones tomadas a favor de aquellas criadas. Madame Girard pensó que se trataba de una rabieta, pero también se preguntó si estaría consintiendo de más a las hermanas, aunque sus dudas parecían disiparse cuando pasaba las tardes conversando con ellas, quienes endulzaban sus oídos haciéndola sentir como su salvadora.

Pero una serie de eventos acabaron por debilitar aquellos lazos. Primero, una pelea entre Cécile y Florine: la hija de la madame aseguraba que faltaban pertenencias en sus cajones y culpó abiertamente a la menor de las hermanas, provocando una acalorada discusión que Léone y madame Girard tuvieron que detener llevándose a cada una a su habitación. Aunque Léone parecía haber reaccionado bien, en su corazón comenzó a formarse un sentimiento oscuro hacia Florine, que crecía cada que observaba los tratos que la señorita tenía con su pequeña hermana, y también hacia la madame, quien no hacía más que llamar ligeramente la atención de su hija. ¿Por qué la mujer que aseguraba amarlas tanto como si fueran de su familia no las defendía con más fervor ante el mal carácter de Florine?

La hija, también con un profundo resentimiento hacia las hermanas advenedizas, no se quedó de brazos cruzados y día con día se esmera-

ba en ganar el favor y la atención de su mamá. Así nació una violenta competencia entre las tres jóvenes, donde Cécile era el blanco preferido de las burlas de Florine. Pero madame Girard tenía cosas más importantes que atender, por lo que no consideró ponerles un alto a tiempo.

El punto culminante llegó una mañana cuando Cécile, con la apatía de siempre, limpiaba con un trapo las piezas de vidrio que decoraban el buró de madera. Florine pasó tres minutos observándola, pensando si sería mejor empujarla, jalarla del cabello o esperar a que se fuera, tomar la figurilla de vidrio y esconderla en los cuartos de las hermanas para después culparlas de ladronas, pero esto último requeriría demasiado esfuerzo; además, ya lo había intentado antes aunque sin plantar la evidencia y el caso sería casi obvio, pensó. Finalmente decidió pasar por el pasillo rápidamente impulsando levemente su cuerpo hacia Cécile, roce que hizo que la delgada y despreocupada muchacha soltara la pieza de vidrio y se quebrara en una cantidad increíble de pequeños pedazos. Florine no dijo una palabra ni se detuvo para ver el fruto de sus actos, simplemente apresuró el paso hasta llegar a la sala.

El sonido de los vidrios no pasó desapercibido por el resto de empleados del primer piso, quienes acudieron rápidamente a buscar el origen y lo que encontraron fue a la joven Cécile con los ojos llorosos, cortándose las manos a medida que recogía los pedazos del desastre. Los empleados solo susurraban con sonrisas que delataban el rechazo que sentían hacia la joven.

Cécile sabía lo que pasaba con las empleadas que rompían las pertenencias de la madame, en su mente solo había dos ideas: limpiar el desastre y rogar porque el amor que les tenía madame Girard fuera lo suficientemente grande como para dejar pasar el incidente. Léone no tardó en llegar y su corazón se encogió al ver a su hermana en cuclillas a punto de llorar y con las manos sangrantes.

—¿Qué es lo que miran? —preguntó molesta al resto de los empleados— ¿no tienen trabajo qué hacer? —Se acercó a su hermana para ayudarla mientras continuaba sus reclamos— ¿es muy entretenido ver a alguien lastimar sus manos y no prestar ningún tipo de ayuda?

Los empleados bajaron la cabeza y se retiraron poco a poco, pero no faltó quien hiciera un comentario burlesco o despectivo. Léone se quedó con su hermana, poniendo los vidrios en su delantal y diciéndole que hiciera lo mismo. Antes de que pudieran terminar, Florine llegó con su madre.

—¿Ve?, se lo dije, escuché un ruido en el primer piso —dijo mientras apuntaba acusadoramente a las hermanas—. No les basta con molestar-me a mí, ahora quieren destruir la casa pedazo a pedazo.

En lugar de decir que Florine la había empujado, Cécile se echó la culpa, pues el rostro de madame Girard le decía que solo empeoraría las cosas y corría el riesgo de que la acusaran de mentirosa también, además de que sabía que no era tan favorecida como su hermana, así que soportó cuando la madame, a quien alguna vez había llamado su ángel, le gritara frente su hermana Léone, Florine y el resto de empleados que espían desde el marco de las habitaciones y los pasillos. Las hermanas se sintieron humilladas, traicionadas, pero no se atrevieron a decir nada. Esa misma noche, cuando Cécile contó la verdad a su hermana, que Florine la había empujado, Léone se sintió aún más furiosa.

Tres días después, Léone convenció a Cécile de tomar desquite, pues estaba cansada de la hija de la madame y de las ofensas del resto de los empleados, que no paraban de verlas con muecas burlescas. Por la noche tomó unas tijeras, las más filosas de la casa, para que el trabajo fuera rápido. Léone sabía cuán orgullosa estaba Florine de su largo cabello castaño, así que pensó que sería un buen escarmiento quitárselo aprovechando que su presa estaba dormida. Cortaría su trenza y nadie podría culparla porque nadie la vería.

Las hermanas subieron las escaleras hasta el segundo piso y recorrieron silenciosamente el pasillo hasta llegar a la alcoba de Florine, recostada boca arriba, con su trenza descansando en la almohada. Quisieron mover ligeramente su cabeza para tener un mejor ángulo de corte, pero no contaron con que la señorita tenía un sueño ligero, por lo que despertó casi de inmediato. Al inicio, claramente sorprendida, no dijo nada, pero antes de que pudiera emitir cualquier tipo de protesta

Léone se abalanzó sobre ella, tapando su boca y dejando caer las tijeras. Florine reaccionó en ese momento y trató de sacarse a su agresora de encima. Cécile rápidamente tomó las tijeras en sus manos sin saber exactamente qué hacer, pues para su hermana resultaba cada vez más difícil mantener quieta y callada a Florine, así que cuando se dio cuenta que Florine estaba a punto de correr hacia la puerta y gritar, con el filo de las tijeras atravesó su garganta.

Léone apenas se estaba recomponiendo del forcejeo cuando observó con inquietud y horror cómo el cuerpo de Florine caía mientras intentaba emitir un sonido con las hojas de las tijeras enterradas en su tráquea. La mayor de las hermanas abrió el baúl que estaba en los pies de la cama, sacó dos vestidos no muy costosos, cambió a su hermana, luego se cambió ella, y salieron de la habitación con las piernas temblorosas segundos después de que Florine dejara de moverse.

El 11 de junio de 1935, frente a la catedral de Saint-Jules, un hombre con el periódico recién comprado caminaba mientras admiraba la portada en la que se anunciaba: *DETRÁS DE UNA MÁSCARA DE INOCENCIA, LA MALDAD: La casa de monsieur Girard, escenario de un atroz crimen.*

BELÉN AURORA ROCHA VELAZCO

## QUERIDA MARIANA

**N**o sé ni cómo decirlo, es que necesito saber que hay alguien más, no solo personas llenas de rencor y odio. Sé que no debería descargar en ti este sufrimiento, disculpa. Nuestras tropas están a punto de partir hacia Rancho Carricitos. Allí, en Texas, cerca del río Bravo, la guerra ya se armó, nuestro presidente James Polk acusa al país vecino de haber derramado sangre norteamericana en suelo norteamericano. Ya sabes que difiero de esas ideas, pero ni modo, aquí tengo que estar, por el bien de los dos.

Te cuento que ayer maté a mucha gente de suelo mexicano que se atravesaba por el camino de las tropas. Es un horror, lo peor es que es gente que ni siquiera está en el ejército. Lo único que tengo en mente es que quiero volver a verte, mi querida Mariana, y realizar nuestro sueño de ser padres. Pero, por todos los demonios, ¿qué derecho tengo para matar? Todo lo que puedo hacer es pedirle a Dios que me perdone, porque yo mismo no podré perdonarme...

Varios disparos se escuchan cerca del campamento, la carta queda interrumpida.

—¡Corre, Felipe, tenemos que salir ahora! —grita uno de sus compañeros.

Felipe recoge sus pertenencias; su biblia y su cuaderno, principalmente.

—Ésta la concluyo más tarde —murmura para sí, refiriéndose a la carta a Mariana.

—Dicen que el general Santa Anna se dirige con quince mil hombres bien armados —dice Zachary Taylor, uno de los comandantes.



—A ver quién llega al final de todo esto.

Al anoecer Felipe continúa su carta:

Es tan absurda esta maldita guerra. ¿Puedo matar a un hombre y no sentir preocupación alguna? Sé que Dios me perdonará, pero el caso es que yo he de vivir con esta culpa. Tú solamente acompáñame, léeme y trata de entender y si salgo de esto espero volver a ser yo mismo. Creo que ya te he hablado mucho por ahora. Gracias por escucharme, mi querida Mariana.

Cada que Felipe terminaba una de las cartas leía la biblia, tan inculcada por las comunidades anglosajonas, pero mientras lo hacía por su mente pasaban imágenes de la batalla del día y no podía creer cómo una nación como Estados Unidos tomara acciones tan violentas. Claro, la respuesta estaba en aquellos dictámenes de la religión que estaba tan acostumbrado a leer. Apenas podía cerrar los ojos cuando ya se ponía el sol y tenía que seguir con el camino. Era un soldado norteamericano como cualquier otro, de los que solo reciben órdenes para obedecer.

Uno de sus compañeros platicó que la fuerza naval al mando de John D. Sloat fue enviada para ocupar California y reclamarla para Estados Unidos:

—Es una torpeza, ¿para qué quieren un pedazo de tierra al sur?, ¿para hacer un lugar lleno de esclavos? —argumentaba Felipe.

—No lo sabemos, amigo, nosotros lo único que queremos es que si salimos bien librados de ésta, nos cumplan lo que nos prometieron; un pedazo de tierra, imagínate, ¡nuestro!

—Dime, ¿crees que alguien salga bien librado de ésta? El ejército mexicano es numeroso y dicen que ya los tenemos cerca. Ese presidente Santa Anna algo debe tener, algo ha de estar haciendo bien para que esté al frente del país vecino por ya mucho tiempo.

—Más bien, lo que se dice es que no saben organizarse. ¿Qué no te acuerdas cómo se dejó arrestar en 1836, derrotado y hecho prisionero en San Jacinto?

El camino era largo, Monterrey aún estaba muy lejos, y los colores del amanecer y del atardecer era lo que consolaba a la mayoría de los soldados, como una luz de esperanza, para resistir. Mientras apresuraba

el paso, Felipe no dejaba de pensar en Mariana. La recordaba siempre tan bella. Cada que el tocaba a la puerta,abría entusiasmada de recibirlo. Acaso ¿eso jamás volverá a pasar?, mi querida Mariana, pensaba Felipe, tal vez ya te hayas resignado a no verme, ha pasado una semana de no escribirte y tal vez ya me has olvidado pero es, creo, lo mejor. Aquí en esta guerra llena de ambición nadie saldrá bien librado.

Felipe luchó como nunca en Monterrey y lo que le asombró fue la unidad de aquel lugar, cómo todas las familias luchaban a la par. No obstante, los suyos ganaron la batalla, pero él se sentía mal de pensar en el horror que causaban.

No sabía cómo empezar, pero al fin se decidió a escribir la última carta:

Ahora si no hay problemas, vas a saber todo lo que pasa aquí. Sé que te llevarás una gran sorpresa cuando te llegue esta carta. ¿Sabes?, uno de mi grupo se asustó al ver una granada caer a dos metros de nuestra trinchera, pero afortunadamente uno de los nuestros se atrevió a arrojarla mientas yo me quedé quieto como una roca.

Quizá te gustará saber cómo está el ánimo de los hombres aquí. La verdad, todo el mundo está harto y ya a nadie le queda ni una pizca de patriotismo. Lo único que queremos es acabar con esto e irnos a casa. Esta es honestamente la verdad, y cualquiera que haya estado aquí en los últimos meses te dirá lo mismo.

Sólo me queda pensar que estás ahí, es lo único que me mantiene y me da fuerzas para aguantar lo poco que me queda. Dios te bendiga, cariño, mi guía inspiradora y mi aliciente. No te preocupes más, prométeme que serás feliz y que seguirás con tu vida, ya no me esperes, ésta es mi última carta, realiza tus sueños. Felipe.

El ejército marchó hacia Cerro Gordo, donde los esperaba la comitiva de Santa Anna, un lugar estratégico pero también una derrota más para el general. Muchas bajas del ejército mexicano y un escenario atroz. Menos bajas del ejército norteamericano y un enamorado menos en sus filas.

## LA MUERTE DE LA MEMORIA COLECTIVA

**E**ra 19 de septiembre del 2015, recuerdo que estaba en un autobús rumbo a la ahora llamada Ciudad de México gracias a los delirios de Miguel Ángel Mancera, que quiso devolver la grandeza que tuvo la ciudad en la época colonial. Para mí y muchos mexicanos más, seguía siendo el Distrito Federal, el DF. Durante el trayecto lo único que podía divisar eran grandes montañas y extensos valles, aunque, después de un tiempo, mis ojos se desvanecieron por el cansancio acumulado que llevaba conmigo, quedando en mí sólo la imagen de un breve atardecer que dejaba paso a la oscuridad de la noche.

Cuando desperté ya estaba en la Central de Autobuses del Norte, bajé del transporte muy rápidamente para trasladarme a la estación del metro Autobuses del Norte, pero no podía irme sin haberle pedido a la virgen María del pasillo central que me protegiese, pues, como buen guadalupano, ella representa un pilar muy importante en mi vida. Saliendo de la terminal me apresuré para comprar mis boletos del metro cuando me informaron que ya eran obsoletos y me propusieron comprar una especie de tarjeta de crédito para pasajes, a lo que accedí con reticencia, pues vi que algunos aún utilizaban los boletos, aunque la tarjeta les permitía un acceso más veloz. La estación del metro de la central estaba menos llena, y me llegó el recuerdo de que en los ochenta era una ruta muy transitada por habitantes de los municipios aledaños que todavía no pertenecían al área metropolitana.

Cuando llegué a la estación La Raza, noté la pluriculturalidad de las personas, lo que Néstor García Canclini define como “culturas hí-



bridadas”, un concepto moderno para referirse a esta diversidad cultural. De La Raza cambié de dirección a la línea 3, rumbo a Universidad, para bajarme en Hidalgo, donde salí por un costado de la Alameda Central, y pude ver que el cambio era verdaderamente notorio, pues había edificios que superaban la Torre Latinoamericana, el más alto que conocí durante mi vida en el DF.

Después de apreciar la nueva panorámica de la Alameda Central, volví al metro y me bajé en Isabel La Católica. Estando en la estación, recordé que estaba a punto de llegar al sistema de transporte, cuando la mañana del jueves 19 de septiembre de 1985 ocurrió el terremoto. Tengo presente que, en aquel instante, corrí rápidamente al centro de la calle y en ella pude observar cómo los edificios se movían de un lado a otro, algunos más caían como fichas de dominó creando junto a la desesperación, angustia, temor y tristeza de la gente, un completo caos.

Estando en completo *shock*, recuerdo que lo único que pasaba por mi mente era sobrevivir, como si un instinto se apoderase de mí, moviendo mi cuerpo para poder estar a salvo. Al estar fuera de peligro, no podía creer las decenas de cadáveres que había por accidentes automovilísticos, aunados a los de los derrumbes y personas que se aventaban de los edificios, con tal de tener una mínima posibilidad de sobrevivir... Ah, cómo recuerdo el sonido de los cuerpos crujir al instante que chocaban con el pavimento de las calles.

En el transcurso de mi delirio mental, mis impulsos me llevaron a donde estuvo mi antigua casa, un pequeño departamento del edificio Juárez, en la colonia Roma, del que hoy en día sólo queda el recuerdo. En él, vivía entonces con mi esposa, cuando aquella tranquila mañana de 1985, antes del terremoto, me había platicado su extraño sueño: “enterrada, sólo veía una luz”, y yo le dije, de mal modo, que hasta en sueños se podía delirar. Estoy seguro de que, de haber tenido otra actitud, no estaría lamentándome: estúpido, estúpido, soy un estúpido. Hubiera cambiado todo por estar con ella en ese momento y los dos ver el último rayo de sol.

Cuando regresé a la actualidad me encaminé a la cita que tenía a las nueve de la noche. En Plaza Balderas, mejor conocida en mi infancia como Plaza de los Cañones, donde con mis amigos creaba las más grandiosas batallas en contra de los más crueles y despiadados soldados de un duro dictador de América del Sur, escuché a dos jóvenes, al parecer preparatorianos, platicando de temas irrelevantes cuando uno le preguntó al otro:

—¿Qué día es?, ¿sabes qué se conmemora hoy?

—La verdad, no, ah, ya sé, el día en que encontraré al amor de mi vida...

Por supuesto yo sabía, con dolor, lo que se conmemoraba, pero creo que eso ni siquiera pasaba por su mente, aunque el primer joven dijo:

—¿De verdad no sabes? Hoy hace treinta años ocurrió un devastador terremoto, murieron miles de personas...

—La verdad no sabía y no me importa, eso ya es algo que ocurrió hace mucho; es más, yo ni siquiera estaba vivo.

En los siguientes segundos pasaron por mi mente otra vez los hechos del terremoto, dejando a mi cuerpo lleno de sentimientos encontrados. Me puse en pie para dirigirme a ellos, traté de disimular mis emociones reflejadas en mi rostro cansado, respiré profundo y, con la voz a punto de quebrarse por las lágrimas, grité que lamentaba que las mentes de las nuevas generaciones estuvieran muertas. El segundo joven me dijo que era un viejo inútil y reiteró que los recuerdos y la historia no servían de nada. Se levantaron y se fueron. Me sentía decepcionado por la vacuidad e ignorancia de tales comentarios.

Emocionalmente debilitado, caminé hacia aquella reunión de las nueve. El lugar estaba cerca y decidí no tomar taxi. Cavilando, me aproximé al punto de reunión, donde había ya cientos de personas, muchos de ellos curiosos, de quienes escuché que tales remembranzas colectivas de la tragedia sólo eran tonterías y que el mundo tenía que seguir, que era patético aferrarse a un recuerdo en pleno 2015.

Cuando llegué a aquel lugar, me pareció estar en un ambiente muy tranquilo donde ya podía sentir la constante lucha contra el olvido, de-

jando atrás el ruido de los motores y los gritos de los comerciantes ambulantes; aquel lugar tan frío y por muchos olvidado: la Plaza de la Solidaridad, enfrente del monumento de las manos de bronce que recuerda al pueblo mexicano unido y solidario.

La reunión sólo duró media hora, pero para mí el tiempo circuló muy lento, como si fuéramos sujetos de estudio en un experimento de la teoría de la relatividad.

Ya muy lejos del centro, iba en el metro rumbo a la estación Barranca del Muerto, ya que me iba a quedar en la casa de una sobrina que vivía a dos cuadras de tal estación. En el vagón, además de mí, sólo había un hombre encapuchado que no dejaba de mirarme. Llegando a la estación bajé rápidamente, justo cuando la alarma sísmica empezó a sonar tan fuerte que entré en un estado de inconsciencia del que pude regresar sólo porque reconocí, en un grito, la voz del chico que me había llamado viejo inútil.

Debí sospechar que ese encuentro no fue fortuito, pero sólo pensaba en escapar entre tantas sacudidas de la tierra y los pedazos de concreto que llovían. Los gritos de auxilio de aquel joven, que había caído al piso, se hicieron más apremiantes. Cuando lo levanté se abalanzó apuñalándome tres veces, por lo que quedé inconsciente en aquel lugar.

Estoy en el hospital a punto de entrar a cirugía y el médico comenta que es muy probable que no sobreviva, ya que mi hígado está completamente destrozado. Estoy recostado en la camilla terminando de escribir una carta en la que, como cada año, conmemoro el terremoto del 85 para depositarla en la tumba de mi esposa, la única persona que estoy seguro, aún muerta, me comprende.

FERNANDO DE JESÚS ÁLVAREZ ARAIZA



**AÑO EN CURSO**



## DIEZ SEGUNDOS

**E**s un martes particularmente frío. Los días en mi México no son así, pero en este país las cosas no son iguales; enero no es caluroso, tampoco para morir de frío, pero a estas alturas las quejas no vienen al caso. Por la mañana escuché que este viaje ya no se puede posponer más y, con o sin frío, con hielo o sin él, es el día indicado. Imagínese, ya se había postergado la partida cinco ocasiones, si no es que más. Regresaremos el 3 de febrero, y espero que Bedita, mi comadre, mis dos compadritos y yo nos podamos ir a México, acá en verdad todo es muy distinto. En estos años ochenta la revolución tecnológica ha modificado tanto nuestras perspectivas que ahora sabemos que los límites del hombre los fija cada quien... o algo así escuché que dijo quinsabequién en la radio matutina.

Por ejemplo, en México acabamos de sufrir un terremoto terrible, que nos despojó de muchos seres queridos. Mis hijos ya me dieron nietos y, aun peor, estos nietos míos no podrán saber de mi viaje hasta que yo se los cuente, pues, por si no se los había dicho, les diré que en este viaje solo dos gringos que irán con nosotros conservaron su nombre verdadero. A Bedita, mi comadrita, a mis dos compadritos y a mí nos negaron decir que somos mexicanos y en la tele salimos diciendo en un inglés espantoso que somos gringos; Bedita tuvo que decir que se llama Judith Reshik, mi comadre Celia es una tal Christa McAuliffe, mi compadre Gustavo es ahora Ronald McNair, Palemón es Michael J. Smith y yo, imagínense, que tuve que nombrarme Francis Scobee Dick, aunque en verdad me llamo Odilón.

Sin salirme del tema, recordaba cómo está mi país en este momento; no solo tuvimos lo del terremoto, también algo que nos devastó a todos un terrible 2 de octubre de hace dieciocho años; el gobierno es malo, al igual que la economía, pero a pesar de los malos ratos sigo idolatrando los pasteles de mi Bedita, una buena plática y cervezas, viendo los fuegos artificiales de la colonia Roma.

Todos estamos ya en la estación poniéndonos los trajes y arreglándonos. Gustavo me dijo que si no quería un gorigori para los nervios del viaje, le he dicho que sí y nos hemos sentado a esperar que esta mañana siga transcurriendo. Llega mi comadrita y le tira una mirada de reproche a Gustavo por no esperar para el gorigori, y Palemón ha tenido problemas con su traje, se lo han tenido que cambiar. Cuando llega con nosotros bromea y disipa los nervios. Como siempre, mi Bedita hermosa solo se sienta a mi lado y escucha con atención, pues como bien lo dice ella... el chisme no le gusta, pero cómo le entretiene.

Ya pasaron al menos dos horas y son las once de la mañana. Los gringos están aquí con nosotros y claro que no hablan con nosotros. Por lo poco que entiendo hablan de los rumores de Europa, sobre todo de la economía de las dos Alemanias y del caso de Nicaragua. En estas épocas, todo tiene un sabor a revolución, economía o tecnología en cualquiera de los casos, porque la gente ya no es la de antes.

Entran por nosotros y nos anuncian con gran emoción que el hielo ha sido removido en su totalidad; ya es momento de partir, nos ponemos de pie y caminamos tranquilamente, aunque con los nervios saliéndonos por los oídos, las bocas, las narices... y me atrevo a decir que la sangre hierve alocada en mis venas, nunca había sentido nada tan extraordinario, excepto tal vez cuando conocí a Bedita, pero justo ahora no existen palabras ni de este lado del universo ni en ningún otro que puedan describir lo que siento, me pregunto si allá a donde vamos, al ver lo que veré, podré pronunciar algo para describirlo.

Veo las cámaras grabándonos, pero Bedita me está tomando muy fuerte del brazo y me hace caminar más rápido de lo que me hubiera gustado caminar, le grito: “Más despacio, hija”, pero ella camina más

rápido. A nuestras espaldas vienen Celia y Gustavo tomados de la mano y riendo, como siempre. Palemón se ve apurado y nervioso, pero sereno, como solo él sabe estarlo. Hace tiempo que los gringos ya subieron.

He logrado ver a mi familia, veo a mis hijos y a mis nietos, también puedo ver a la familia de mis compadres y a muchos medios de comunicación, pero no me interesa tanto eso, me interesa más que ya estamos aquí adentro, a punto de irnos, para regresar hasta dentro de mucho tiempo; tal vez no es tanto, pero así se siente. Me resulta curioso lo que uno piensa; por ejemplo, pienso en las aves y en lo hermosas que se ven cuando vuelan, ahora también volaré, no como ellas, claro, pero sí más lejos... en toda la noche no pude dormir, mis compadritos y yo llevamos días desvelándonos, hablando del amor y de cómo nos enamoramos, de lo difícil que es el adiós a esas familias que nacieron de esos amores en esos hermosos días en Pachuca, Acapulco y Tlaxcala.

Anoche menos pude dormir. No he pegado el ojo, la respiración apresurada de todos en la habitación me ha hecho tener miedo de lo que ocurrirá. Hemos tomado asiento, Bedita y yo hasta adelante, los gringos detrás en la parte de los controles, Gustavo y Celia junto a Palemón y ahora están haciendo chistes. Se oye cómo se cierra la única puerta, aún sigo pensando que fue un gran error no poner puertas de escape. Estamos al fin aquí y me parece ver a mi familia, juro que los escucho gritando y aplaudiendo en todo momento. Estamos listos, son ya las 11:37:45.

A partir de aquí comienzo a escuchar una voz que dice que estamos listos para despegar. Los gringos dicen que sí y comienza el conteo exactamente a las 11:37:50. Se escucha una voz:

10... Tomo la mano de Bedita y recuerdo cómo años atrás teníamos una tiendita en un deportivo. Fueron de los días más felices de mi vida.

9... Recuerdo aquellos días en Apizaco, Tlaxcala, y juro que puedo oler el pan de muerto recién horneado, con naranja y piloncillo; incluso recuerdo los sonidos de las calles. Ojalá pueda regresar pronto, caminar por la vieja estación del tren donde papá puso mirada de tristeza y despedida antes de partir a la otra vida.

8... No recuerdo si en el cuartel dejé mi cartera y mis fotos familiares; debí traerla, uno nunca sabe cuándo tendrá ganas de ver los rostros de los hijos o los nietos. Mi compadrito Palemón interrumpe mis pensamientos para gritar y decir: “Ánimo”, Gustavo contesta con aplausos y Celia y Bedita ríen.

7... Escucho a Celia decir que puede ver a toda su familia desde la ventana, Gustavo le roba un beso y ella se enoja jugando. Estoy muy nervioso, no sé por qué, algo dentro de mí dice que no tener puertas de emergencia no puede traer nada de bueno. Bedita me toma de la mano y yo le sonrío; apuesto que está asustada, me pregunto qué cosas son las que transforman los nervios en miedos y los miedos en pavores. Tal vez sean las cosas terribles que se dicen o las que pasan, solo sé que en este momento la puesta de los satélites que llevamos como parte de nuestra misión me parece poca cosa.

6... Sé que no me lo estoy imaginando, aquí huele a gas.

5... La noche fue muy fría ayer. Me pregunto si eso no habrá afectado en algún sentido el motor, no sé, tal vez esté dañado un tubo o una tuerca, tal vez solo son mis nervios. Puedo escuchar cómo la gente aplaude y puedo ver a mi familia... vapor, humo y fuego comienzan a salir, todo es perfecto, siento que nos han soltado de la base.

4... Dicen que este viaje será un gran logro para la humanidad, que sembraremos sueños en los niños y que al fin se demostrará que las historias de ciencia ficción son el futuro; yo no pienso que sea así, pero estar aquí es todo un sueño... cargado de riesgos y nervios. Puedo ver por la ventana que ahora es el momento, me pregunto por qué antes de irme no besé a todo mundo o mínimo a mi familia.

3... Cuánto vale un segundo en la vida diaria; antes no valía mucho y ahora vale todo, ahora es eternidad, pensamiento, ese olor tan parecido a un mal presentimiento, el rostro de los gringos y de mi gente; los segundos son todo, son los recuerdos, son las vidas.

2... La gente grita, escucho a lo lejos decir que...

1... Despegue. Hemos despegado, vamos rumbo al espacio, la gente aplaude, se despide de nosotros, hemos dejado mucho humo blanco

atrás. El frío se fue, estamos rompiendo barreras de velocidad, el cielo se ha roto, estamos en él, yo no sé cómo sea el universo lejos de la tierra, pero sé que en los ojos de Bedita puedo ver el universo todos los días de mi vida. Ya han pasado 109 segundos después del despegue y en este segundo intermedio, entre el 109 y el 110, oigo un ruido que jamás escuché en el simulador, para el que jamás nos preparamos. Veo llamas y la mano de Bedita, le grito que la amo. El resto de la tripulación ya no está aquí. Ya terminó este sueño, los satélites no llegarán a su destino y nosotros nos perderemos en los futuros de otras muertes.

*Aquel martes 28 de enero de 1986 el Challenger explotó. Ni la NASA ni los ingenieros ni el presidente de Estados Unidos pudieron dar cuentas de la catástrofe. El cohete se desintegró sobre el océano Atlántico en Florida, exactamente 2 minutos y 50 minutos después del despegue. Desde las cámaras de la NASA se ordenó la explosión de los satélites y de algunas partes del cohete; no se sabe si tras la explosión aún quedaba alguien con vida. A los siete tripulantes del Challenger se les enterró juntos, sin importar cuánto pidieron las familias de los mexicanos que los cuerpos fueran enterrados en México, todos quedaron en Estados Unidos. De la verdadera identidad de Francis, Michael, Ronald, Judith y Christa jamás se supo nada. Tampoco se supo que antes de estallar el cohete Gustavo y Celia se tomaron de la manos y riendo se besaron, no se supo que Palemón gritó que amaba a su familia y que sobrevivió a la explosión, pero al impactar contra el mar falleció, no sin antes dejar en el cohete la cruz que su amada Justina le había regalado.*

ANDREA ESCALONA



## LA CULPA

**E**ra muy de mañana, demasiado temprano. Me percaté de ello porque el sol todavía no ocasionaba ese raro efecto matutino en la ventana de mi recámara. Levanté mi reloj importado, al menos así lo calificaba don Guillermo, quien me lo vendió, y revisé la hora. Eran las 5:34 de la mañana, es decir, se me estaba haciendo tarde por cuatro minutos. Me levanté de inmediato y me dispuse a salir. La rutina marchaba bien, como de costumbre: ir al baño, usar la camisa de dos días anteriores porque se lavaba hasta el domingo, sacudir mis zapatos y hacer la cama. Todo iba normal, bastante normal, hasta que me acerqué a la cocina para husmear lo poco o nada que tenía para comer antes de salir del departamento.

Saqué unos cuantos bocadillos del gabinete que me había regalado mi hermana hacía casi una semana. Vino a verme con el pretexto de saludarme, pero con la obligatoriedad que demanda no tener dinero, pues recién la habían despedido y necesitaba pagar el alquiler de su casa. Para eso trajo vino, un pésimo vino acorde a las circunstancias, y los bocadillos que estaba a punto de comerme. Oh, casi lo olvido, trajo también un calendario que seguramente le regalaron en el establecimiento donde compró las cosas que trajo “para pasar el rato” a cambio de que yo soltara unos cuantos pesos de mi jugosa pensión de expolicía. Pero, ¿para qué molestarme? No era la primera vez y, por consecuencia, no sería la última.

Colocó el calendario sobre la pared donde iniciaba la cocina y me topé con él. Me disgusté demasiado, fue muy molesto observarlo. Todo

iba bien hasta que mi vista no se pudo apartar de aquel insignificante objeto. Pero no era su diseño anticuado ni el santoral conmemorativo a San Juan Francisco Regis que traía. Eran sus números. No en su forma ni en su cantidad, sino lo que representaba ese número para el día de hoy pues, de acuerdo con el calendario, era 16 de junio de 1989. Pero yo no celebraba que hoy hace veintinueve años Hitchcock estrenó la maravilla terrorífica de *Psicosis* ni conmemoraba a aquellos caídos hace treinta y cuatro años en la Plaza de Mayo en Buenos Aires. No, más bien rememoraba el gran tormento que ha causado en mi quizá absurda y ya vieja vida hace veinte años este día; exactamente el 16 de junio de 1969. Por un momento no quise salir, pero era obligación hacerlo, no convicción, así que continué con la rutina conmemorativa del día.

Tomé el autobús que me llevaría a casa de Virginia. Como siempre, aun tratándose de un viernes, las caras de desconsuelo, con somnolencia, por un día laboral más de las personas a bordo, eran lo típico de un autobús a las seis de la mañana recorriendo una pequeñísima parte del Distrito Federal. Personas bajaban y subían, pero eso no impidió que Alberto apareciera en mi mente en un abrir y cerrar de ojos. Hoy hace veinte años falleció y Virginia, su mujer, preparaba un pequeño festín de desayuno en honor a la memoria de ese gran tipo. Hoy sería la veintea vez que iría a desayunar en casa de su mujer. El camino es denso y un tanto largo. No me gusta porque los recuerdos se apoderan de mi cabeza y comienzan a reproducirse como un film durante el trayecto. ¡Pero vaya momentos! Cómo olvidar el día en que capturó, después de corretearlo por todo Coyoacán, a “el Chamuco”, un raterillo lánguido y con pocas expectativas que asaltaba constantemente los comercios y lograba escabullirse; las farmacias eran de su preferencia. Alberto era un gran elemento, tanto, que el capitán García lo hizo uno de sus favoritos en muy poco tiempo. Se destacaba por su entrega y responsabilidad, sabía lo que hacía en todo momento. Yo, a pesar de que era más grande que él, lo admiraba, y en algunos momentos incluso lo envidiaba.

En un principio no nos llevábamos del todo bien porque yo disfrutaba hacer sufrir a los novatos. Sin embargo, siempre hizo lo que le

demandaba, sin excusa. Tanta fue su entrega y determinación que nos hicimos buenos amigos. Recorriamos el centro sin temor alguno, platicando de todo y de nada. Me hablaba de Virginia, que en esos momentos estaba embarazada, de sus deseos de ascender en la Fuerza. “No seas tan necio contigo mismo”, siempre se lo decía. “Es por pasos, no te comas el mundo antes de tiempo”. Ahora que lo pienso, vaya envidia la que me cargaba para decirle estas cosas a un gran elemento joven con mucha capacidad, pero es que yo ya llevaba mis años en la Fuerza y no progresaba. En fin, las palabras me sobran cuando vuelve a mí el 16 de junio de hace veinte años. Todo lo bueno parece disiparse, escabullirse. Es increíble cómo cambio radicalmente de humor cuando recuerdo qué día es. Para la Fuerza fue un duro golpe su partida, sobre todo por el modo en que murió. Yo estuve presente, tuve que avisar a mis superiores lo que había sucedido y, lo peor, vi cómo murió y vivió sus últimos instantes.

Después de un largo recorrido, de un tráfico infernal, de sentarme y pararme constantemente, llegué a casa de Virginia. Como siempre, la saludé muy afectuosamente, sin ignorar lo hermosa que es a pesar de que el tiempo ha pasado. Disfruto cuando me saluda de beso y la abrazo, como cualquier hombre disfrutaría aquello de una mujer tan bella. A veces me preguntaba cómo le hizo Alberto. Carisma, no creo; personalidad, tal vez. Pero teniendo en cuenta su entrega como policía, tal vez simplemente se trataba de amor. Saludé a su hija, ya una jovencita. Curiosamente se parecía mucho, gracias a Dios, a su madre. Pero cuando habla frente a alguien es muy parecida a su padre. Sin duda, Alberto hubiese estado orgulloso. Estaban, como siempre, las hermanas de Virginia, de quienes nunca recuerdo sus nombres, pero sí lo escandalosas que son, un joven que no se despegaba del brazo de la hija de Alberto y unos cuantos amigos supongo de la familia. Se reían, hablaban, preguntaban. Una clásica reunión familiar que, sinceramente, distaba mucho de ser en conmemoración de la muerte de Alberto. Veo mucha felicidad. Nunca estuve cómodo en estas reuniones, ni siquiera me gustaba reunirme con mi familia. En fin, intentaba siempre convivir con historias

sobre la Fuerza y Alberto. A veces creo que ya se las saben de memoria, pero fingen ponerme atención quizá por cortesía. Comían, reían, bebían café. Insisto, una auténtica reunión para desayunar en familia.

Eran casi las diez de la mañana y tuve que despedirme de todos. No me agrada mucho, pero debía hacerlo. De pronto siento que cada que me despido, sobre todo de Virginia, debo decirle algo. No lo sé, es una extraña sensación de querer hablarle, pero no tengo el coraje. Así que me despido muy afectuosamente de la mujer e hija de Alberto para encaminarme de nuevo a casa. Cuando voy de vuelta, siempre es lo mismo. La misma rutina de escarmiento mental, de castigo de conciencia. Muchas veces he llegado incluso a las lágrimas de tan indescriptible dolor en el pecho, que me deja sin aliento. Esto me ha atormentado durante años. El regreso a casa el 16 de junio es una larga travesía. Las mismas preguntas rondan mi cabeza: ¿qué hubiera pasado si yo no hubiese respondido la alerta de apoyo a Alberto?, ¿por qué no la respondió otro compañero?, ¿por qué tenía que estar tan cerca?, ¿por qué no tuve la capacidad de reaccionar? Tal vez nunca debí asistirlo o intentar asistirlo. Tal vez debí intervenir cuando forcejeaba con aquel bandido. Tal vez no debí llevar mi arma. Tal vez nunca debí cerrar los ojos para dispararle a la persona equivocada.

LUIS EDUARDO RODRÍGUEZ LEAL

## NI LA PLATA NI EL ORO

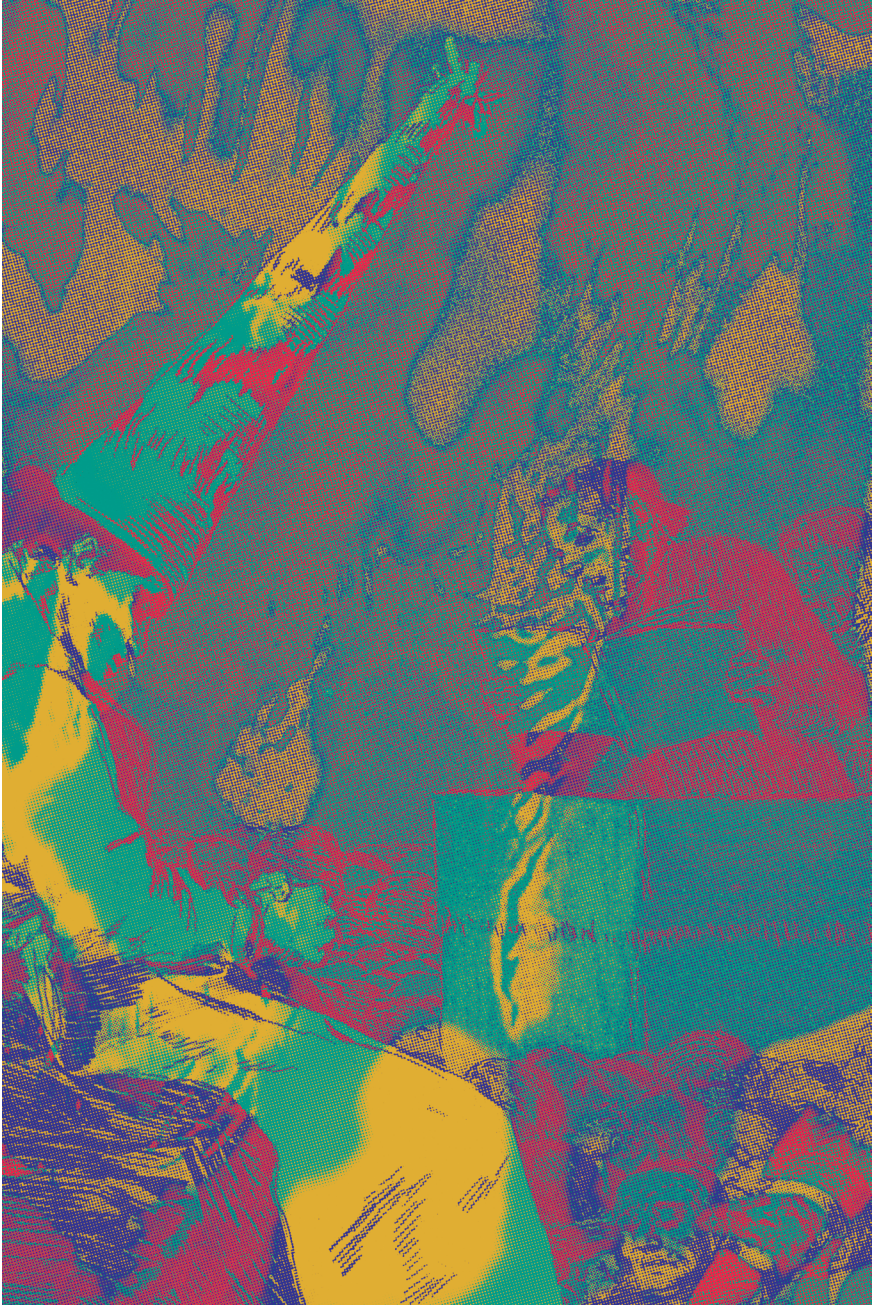
**S***inceramente, no puedo concebir un momento en el que no haya sentido miedo... este miedo natural*

Me gusta mi país. ¿Por qué? Puede no parecer claro a simple vista, pues no es el más desarrollado, ni donde no existen personas que mueren de hambre en las calles, donde las personas buscan sobresalir por encima de otras, pisoteándolas... donde la pobreza y el dolor puede respirarse en las calles. Donde la pobreza tiene un nombre... pero, aún con todos esos problemas...

*...yo amo a mi país*

Lo que más me encanta de México es despertar todos los días, y más en septiembre, para ver los vívidos colores que adornan el zócalo y sus calles: el rojo que se enciende como las luces en los cielos, justo como el sol abrazándonos al amanecer; el verde que representa la pureza de nuestros prados, justo como el espíritu que vive y respira en cada pétalo y en cada hoja; el blanco, puro, cálido, sereno y apacible, justo como el corazón que late en mi pecho; el rojo como la sangre en mis venas, justo como la templanza de mis pensamientos.

Mi nombre es Alejandro Ramírez. Mi madre me lo puso en honor de mi padre, militante que sirvió bajo el mando del comandante Felipe Ángeles y falleció en una revuelta. Si algo me ha enseñado la vida es que en este país la felicidad no la compra nadie; tampoco la vida. ¿Cómo es que terminé de esta forma? Puedo oler la sangre que brota de mi cuerpo, mi boca saborea el frío concreto del suelo. Mis ojos están fijos al frente, pero no puedo ver nada más allá de la inmensa oscuridad. ¿Por



qué no puedo mirar el cielo como todas las mañanas? Quiero parpadear, cerrar los ojos y despertar mirándome en cama...

Una lágrima encuentra su camino derramándose por mi mejilla, pero ¿qué es una gota en medio de una tempestad?, ¿dónde quedaron esos colores que tanto amo?, ¿en qué momento?

*...mi vida dejó de tener valor alguno.*

—¡Alejandro, despierta, Alejandro! ¡Órale, mijo que ya ni fuiste por el pan!

La voz de mamá por las mañanas siempre tiene un peso en mis oídos, busca su camino con un eco estridente. Más cuando rompo la rutina de todos los días.

—¡Ya desperté, no hace falta gritar tanto! Francamente quisiera seguir durmiendo, ayer en la noche tuve una mala pasada.

Las fiestas patrias siempre han sido mi adoración, no solo es el hecho de ver la ciudad iluminada y adornada, sino también la cantidad de gente que viene, que se reúne en la plancha del zócalo. Y luego, por la noche, cómo se enciende el cielo estrellado con fuegos artificiales; cómo las nubes se disipan al eco de las voces gritando al unísono. Pero hoy es un nuevo día y es hora de despertar y levantarse.

—Ya casi es hora de que te alistes para ir al torno de don Julio, no sé por qué no eres como tu padre. Más responsable, tú sabes. Hoy vas a desayunar sin pan por flojo.

Mamá siempre ha adorado la figura que mi padre nos dejó...

—Mañana compro el pan temprano, no te preocupes. Seguro ni abrió el panadero con tanta celebración anoche, deja me apuro para irme a trabajar.

A mis 16 años me convertí en el sostén de la familia, trabajo en un taller de torneado desde hace siete meses. Don Julio es un buen hombre que me ofreció el empleo por la amistad que tenía con papá e incluso me ayudó a mejorar con el tiempo.

—Ya vete, mijo, que se te hace tarde.

Es increíble cómo algo que puede parecer tan cotidiano cambia tu vida; un día puedes levantarte de la cama y salir a la calle como cual-

quier otro, sin saber lo que te espera. Con ese pensamiento crucé el pasillo y salí a la calle.

—Mijo, mijo.

Volví la mirada al pisar la acera, mamá venía buscándome, pues olvidé mis llaves sobre la mesa al desayunar. Un par de llaves, nada especial, dirían algunos.

—Gracias, ma, prometo llegar temprano; hoy es día de paga, así que seguro traigo algo bueno para la cena —musité sonriendo y me di la vuelta, avancé y de pronto sentí un fuerte golpe. Un tipo que venía corriendo por la acera tropezó conmigo, ambos caímos al suelo.

—¡Órale, fíjate por dónde andas!

Se levantó sin disculparse y siguió su camino, un par de gendarmes corrían detrás de él a toda prisa.

—¿Estás bien, mijo?

Mi madre me ayuda a ponerme de pie. Reviso mis bolsillos para saber si no me hacía falta nada. Un par de llaves olvidadas, un tropiezo, una sonrisa torcida, un par de policías... una promesa.

A tan tempranas horas de la mañana era algo antinatural, por el simple hecho de que sus pasos resonaban en los altos edificios con ese estilo tan revuelto que adoro en el centro de la ciudad, las líneas grabadas en la roca, los detalles, cada una de sus formas... al llegar al cruce me detuve un momento y miré hacia el cielo.

—Ese golpe sí que me dolió.

Un golpe, ¿es que un simple golpe en el hombro puede cambiarlo todo? La respuesta es que no es el golpe sino el efecto. Al cruzar y llegar al otro lado de la acera el aire fue inundado con un derrape estrepitoso.

—¿Y ahora qué pasó?

Una multitud se juntaba cerca de la siguiente esquina. México es una ciudad peligrosa si no se tiene en cuenta que, a veces, el solo hecho de no mirar hacia ambos lados antes de cruzar la calle puede terminar en un desenlace fatal.

—¿Dices que no vio el tranvía? —murmuró una de las personas en la multitud. Asomándome entre los demás noté el cuerpo de una joven en

el suelo, sus ojos fijos, viciados con terror; una línea delgada recorría con sangre su sien, manchando sus mejillas y tintando sus labios de manera sutil.

Seguí mi camino, no había mucho que hacer ahí. Las vidas son tan frágiles, tan livianas y tan etéreas en ciertas ocasiones, igual que la flama de una vela soplada en el candelero. Seguí mi camino observando la catedral, enfocándome solo en el melodioso y sublime himno de sus campanas... un réquiem para el alma que parte, como el humo alzándose al cielo.

—¡Buenos días, Alejandro! Vinieron a pedir un trabajo urgente, ¡por favor empieza tan pronto como puedas! —comentó don Julio, un hombre cansado, pues a sus 75 años su cabello plateado es una muestra de respeto, respaldado en la gentileza de sus palabras.

—¿Qué tenemos para hoy, don Julio? —pregunté, dejando mis cosas sobre una mesita de madera de acabados finos recién salida de la maderería, y avancé a encender el torno dejando que se calentara el motor—. ¿Otro trabajo para la casa grande?

—Nada de la casa grande, un trabajo independiente. Un muchachillo lo trajo y va a venir a recogerlo por la tarde —dijo riendo y dejando que una bocanada de humo saliera de su boca, cruzando sus labios arrugados y casi grises.

—Un trabajo independiente.

Algo que me encanta de trabajar aquí es que, aun cuando el torno está revolucionando a todo lo que da, puede escucharse el hermoso sonido de la marimba cruzando la calle. Trabajo empezando en una melodía sin interrupciones para armonizar y concentrarme. Mi mente se desconecta y mi cuerpo se mueve solo.

Si se esculpe con finura, el acero puede comportarse como los grabados de la Catedral o el mismo edificio de Bellas Artes. Pulirlo, grabarlo, cortarlo... todo hecho a mano, un trabajo duro, todo perfecto hasta en sus pequeños detalles, mismos que en la vida pueden cambiarlo todo.

—¡Hey, fíjate para dónde tiras esa agua!

Todos y cada uno de los detalles, el hombre cruzando la calle al que acaban de mojar desde la ventana que ahora alberga risas es un detalle muy importante. Para alguien como yo, que estoy acostumbrado a trabajar con la música, el hecho de privarme de ella me hace sentir incómodo.

—¿Está bien, quiere trapo?

La música se detiene por la amabilidad del marimbero queriendo ayudar. La máquina sigue girando y el metal sigue siendo cortado, pero una pequeña interrupción cambia todo.

—Estoy bien, el maldito tranvía se demoró y ya voy tarde al trabajo. Aparte tengo que pagarle a alguien.

Palabras sencillas, diría cualquiera.

—Te estás yendo chueco, mijo.

Palabras sencillas, como don Julián interrumpiéndome por un mal trabajo.

—¿Chueco?, no me había fijado, ¿y ahora?

Con la mano en la frente observo que el material tiene una desviación. Si estuviera en cualquier escuadrón de artillería se me mandaría fusilar por un cañón mal diseñado. Menos mal que no trabajo para el ejército.

—¿Cómo le hacemos?

—Ponle una barra de aquellas y alínealo para el otro lado.

La música que se detuvo comienza a sonar de nuevo. El agua encuentra su camino hasta llegar a nuestro lado de la calle y entra en la alcantarilla vertiéndose lentamente... lento como las manecillas del reloj.

Un trabajo que debió tomar media hora toma todo el día. El sol avanza incesante por el cielo surcando las nubes y el sonido de la marimba termina su rutina más tarde de lo habitual, el agua que entró por la alcantarilla ahora es un recuerdo para el concreto que la tuvo encima.

—Ya casi vamos a cerrar, deja todo ahí, ya mañana acabas.

Es mi responsabilidad y debo quedarme, así es como se rompe una promesa en casa y el torno solo sigue maquinando. El reloj avanza y la noche se siente llegar con brisa gélida.

—Creo que ya está, menos mal que quedaba algo de hierro en el almacén, que si no...

—Un trabajo impecable, perfecto, bien hecho.

—Buenas noches, vengo por una barreta que le dejé al don —una ironía—.

—Tú eres el tipo que me derribó más temprano.

Aun sin escuchar una disculpa asiento con la cabeza y le entrego la barreta recién terminada.

—Gracias, ¿cuánto te debo?

—Según don Julián, son 400 pesos.

¿Qué son 400 pesos? Nada, 400 pesos es lo que se gana un marimbero a la semana; es lo que seguramente el hombre mojado traía en la bolsa; lo que se gasta en agua al mes la persona que vertió ese balde de agua; lo que cuesta trasladar un cuerpo recién arrollado a la morgue; lo que cuesta enderezar un hombro lastimado; el precio de una promesa rota...

—Nomás traigo 300, ¿qué dices? Un tipo quedó de pagarme pero no logré verlo, mañana te pago.

—Lo siento, en este negocio no se fía. —Tomando la barreta de su mano la dejo en el cajón de aquella mesita de madera, una acción tan sencilla, tan simple como un simple golpe, tan sutil como una manecilla marcando la hora, como un balde de agua ahora seco—. Mañana ven a pagar completo y puedes llevártela.

—¿Es que no entiendes?, la necesito para ahorita, es algo importante para alguien más.

Con empujones saco al cliente, cierro y avanzo por las calles iluminadas. Giro las llaves en mi dedo y sonriendo las pongo en mi bolsillo, despidiéndome del marimbero con un gesto de la mano.

Un gesto como “lamento haberte derribado”, que pudo haber hecho la diferencia de solo 100 pesos al pagar.

—¡Oye, chamaco!

¿Será que tomará 400 milisegundos volver la mirada? No es más que el valor de la ironía. ¿Cuál es la velocidad de disipación del sonido en

el aire?, ¿la de un cañonazo disparando?, ¿la de una bala perforando el pecho?

Mi cuerpo se empieza a sentir frío en medio de una noche gélida, el vapor del cañón de la pistola es como el humo de un cigarrillo viciando el aire. El estruendo como un rugido, justo como el material al ser cortado en el torno... finalmente mi cuerpo se desploma.

*Lo que nunca vuelve son las luces...*

¿Qué fue lo que hice para merecer esto? Un simple instante en mi vida lo cambió todo. Irónicamente mi cuerpo cae golpeando el concreto con el mismo hombro que esta mañana, el mismo sujeto se trepa encima de mí, roba mis cosas y se va sin decir un “lamento haberte derribado”.

*¿Es que solo 400 pesos vale mi vida?*

Y si tan solo algo hubiera sido diferente. Si el hombre que me acaba de arrebatar la vida nunca hubiera chocado conmigo, ¿qué habría pasado? Habría seguido de largo y cruzado la calle sin mirar, provocando que el colectivo se detuviera una calle antes; si el conductor del tranvía se hubiera detenido una calle antes, nunca habría arrollado a la chica y, si esa chica nunca hubiera sido arrollada, el hombre mojado desde la ventana nunca habría tenido que caminar al trabajo porque el tranvía iba tarde. Si el hombre no hubiera sido mojado, el marimbero no se habría detenido y, si no se hubiera detenido, yo habría notado el sonido del metal cortándose mal desde un inicio. Si hubiera notado eso, habría corregido en el ángulo y habría terminado el trabajo a tiempo. De haber acabado a tiempo el trabajo, me habría vuelto a casa dejando a don Julio cerrar el negocio. El hombre que chocó conmigo más temprano habría obtenido el dinero completo de aquel hombre mojado y entonces nada de lo que pasó habría pasado jamás.

*Mi vida no vale 400 pesos...*

*...no vale un mal golpe...*

*...no vale un accidente...*

*...no vale una mala pasada con un balde de agua...*

*...no vale una mala entonación en la melodía y una promesa rota...*

*...no vale el robarle la sonrisa del rostro a mi madre... ¡no vale solo 400 pesos!*

Si me hubiera levantando más temprano para ir por el pan como cada mañana, habría presenciado un robo, los gendarmes habrían arrestado al rufián porque resulta que más temprano esa mañana... la mujer que fue arrollada acababa de ser robada y, entre sus posesiones, le faltaban 300 pesos.

*...solo 300 pesos...*

Mientras mis ojos se cierran mirando hacia la brillante e iluminada calle, volviéndose hacia lo alto de la hermosa catedral, el brillo se va con mi vida. Mis ojos se apagan. Si hay algo que he de extrañar son los colores y las luces. La sangre fluye hasta el otro lado de la acera. Al menos por el reflejo de la luna las luces me envuelven por encima, el rojo cubriendo mis piernas, el blanco mi pecho y el verde mi rostro. Dejándome latir, partir y respirar de nuevo.

*...mi vida no vale ni la plata, ni el oro... no vale solo 400 pesos...*

EMMA DELFINA RIVAS



## INÚTILES MÁSCARAS

**M**e buscaba entre las callejuelas empolvadas de la antigua ciudad. Zigzagueaba con la esperanza de hallarme en la brisa que sobaba mis alas. Estaba hundido en el tiempo, que transcurría relativamente mientras yo cambiaba. A ratos cálido, a ratos frío.

Estoy confundido, el deseo de ser libre me ha cegado y ahora no sé quién soy ni en quién me he convertido. No me reconozco en aquella gélida agua en la que se refleja mi ser. ¿Quién soy?, ¿de qué estoy hecho?

Me da asco la ciudad perfumada del pestilente aroma a combustible fósil, su perfume de muerte. Todos esos olores me hastían, tanta luz me ciega, tanto conocimiento me apabulla. Tanto aire me asfixia. ¿Por qué pasearme por aquellas callejuelas coloniales? Vuelo hasta los arrabales donde se junta el deseo de oler a descivilizado, donde se junta el olor a moho, a desperdicio. El olor a mierda, a muerte.

No sé responder las preguntas que yo mismo me planteo. No sé quién soy, quién habita mi cuerpo, mi mente. No sé quién escribe, si soy yo o ese aire que intenta ser libre, ese que se apodera de mis alas, de mi cuerpo.

—¡Tranquilo!, tú solo respira —me dicen.

—¿Solo respira? —resuena en mi cabeza—. ¿A QUÉ SE REFIEREN? —intento gritar, pero nada se oye, nada sale, ni siquiera un soplo. Solo pienso en la razón que tienen, pues basta con respirar para sentirme suyo, pero ¿qué le he dado yo sino sobras y desperdicios?

Aun así, nos reflejamos, lo siento. Formamos espejismo en el cansancio, en el alivio, en la calma, al fugarme, al abrir la salida. Pero no, estoy fragmentado. A ratos es él y a ratos soy yo. Ambos pensamos, hablamos, sentimos. Ambos escribimos.

\*

—¿Cómo estás? —preguntan estúpidamente. Una pregunta burda y sin sentido.

—¿Qué se supone que debo contestar? —trino y a la vez pienso en que si ni siquiera sé quién soy cómo es que responderé a cómo estoy.

No me percibo ni pertenezco. Estoy solo, rodeado del agua que me diluye, del fuego que me deshace, de la tierra que me mezcla. Ando en las nubes, pero de pronto el aire se apodera de mi cuerpo mientras intento sacarlo, pero él se queda. Trato de utilizarlo como venganza pretendiendo limpiarme pero en vano, pues sé que necesito más que ese aire. Nada me llena, nada me limpia. Soy un vacío pájaro insípido. Soy una sucia ave insípida.

\*

—¿Qué es la libertad? —preguntan ellos, los ingenuos. Yo no titubeo y respondo:

—La libertad no existe porque no hay prisión.

Me quedo un rato contemplando mi —o su— respuesta. No me satisface, no la entiendo. Miro hacia mi pata y observo la bola y la cadena, estoy atado. Es una condena inconsciente. Busco fugarme, a lo lejos entreveo una ventana, me acerco y miro por los cristales deseando fluir. No logro escaparme de este sucio cuerpo, de esta habitación viscosa. Nos estancamos juntos dentro, pues somos tan libres como el aire comprado de un ventilador.

\*

Ellos crean aviones con la esperanza de convertirse en pájaros, pero no lo son. Ellos no vuelan en esos artificios. Desean tomar mi forma, pero no saben que en realidad lo desean a él. Nos confunden. Soy una ave insípida y él es todo color, olor, sabor. Él es amorfo, polisémico. Es aire, brisa, viento, aroma, destino, tiempo, vida. Muerte.

Me encuentra, me sigue, me persigue y sin invocarlo.

—¿Alguien llamó a Quetzalcóatl? —cuestionan y yo lanzo un silbido acompañado de una sarcástica risilla.

—Dicen que fue Anaxímenes o quizá Giovanni Caproni.

Ahora los enfermos de nuestra época corren a buscarlo, necesitan alguna forma artificial del aire.

—Aprende que lo necesitas. ¡Ay!, ¿dónde estará? —se oyen los alaridos.

—Está en todas partes —les canto, aunque sé que nunca está porque siempre es distinto.

\*

Escucho al viento hablar. Sus susurros rompen mis tímpanos. ¡Una limosna para el pobre aire!

Yo no sé si haya vida entre tanto desperdicio, todo me parece muerte. Me voy matando a cada respiro, voy esparciendo cenizas, soltando, esperando cambiar, fluir, variar. Pero despierto y sigo pegado a esta piel, las paredes me encierran. Yo, de entre tanta vida y muerte, no sé si vivo o muero.

\*

Los que dicen ser intelectuales nombran todo este disparate como un romántico amorío. Me parece que están ensordecidos. ¿Qué quieren decir, cuál es su interpretación, en qué personaje se han colocado, qué máscara se han puesto? ¿Acaso no escuchan que muy por el contrario aquí existe una lucha por habitar un cuerpo, un intento de arrebatar vida? No, no hay respuestas para los vivos muertos.

\*

Será de todos y de nadie este cuerpo. Lo llevaré hasta la cumbre, emprenderé vuelo y, en el intento de extender mis alas, miraré mis manos atadas por la impuesta camisa de fuerza y... llegaré a mi destino. Será muy tarde para emprender otro vuelo, pues no quedarán ni migajas. Solo recuerdos que el viento esparcirá.

FÁTIMA IRAIS VALDEZ

**AÑO CRUZADO**



## LA TENTACIÓN DE JUDAS

**S**an Santiago de las Peñas es un pueblillo polvoriento donde las carretas van de paso con las inmensas cargas de plata que el virrey añora tener en sus manos. Por las mañanas las molineras la Eusebia, Agustina y Pánfila caminan presurosas, como los pastores a Belén, para moler sus semillas y echar los cuartillos que las demás mujeres del pueblo les encargan. De volada, como caballo en fuga, les abre el molino el mentado “Moyas”, mestizo que siempre piropea a las molineras para ver si les saca medio real, pero ellas siempre le dan lo mismo: una tortilla enrollada como cigarro. Por aquellos días nada alteraba nuestra bella tierra, hasta el día en que el “mexicano”, un viejo y borracho indio náhuatl dizque descendiente de los grandes mexicas, dijo que en el huerto del Santísimo había una vaca del humilladero comiéndose las acelgas de la ermita de San Javier, que había construido el jovial y devoto Santiago junto al río cerca del molino.

Oh, pobre res de doña Pánfila, si tan solo la hubiera amarrado, no habría terminado con la espada del Chago en su lomo. Desde allí las cosas en De las Peñas se pondrían de poca fortuna, pues don Serafín, el corregidor, habría de intervenir en el pleito de la res y las acelgas, como era su deber. A este noble hombre nada le sorprendía, y con su carácter férreo y severo impartía justicia en los asuntos del pueblo; sin embargo, esa noche, cuando se reunió con los cinco señores a correr apuestas después de los toros, su suerte lo desfavoreció cuando perdió los 30 pesos que eran el pago recibido por el pleito entre doña Pánfila y Santiago aquella mañana.

Don Jaime, quien le ganó los pesos a don Serafín en la corrida taurina, caminaba de regreso a su casona por la calle de Lepe, que es larga como la cuaresma y oscura como los demonios, haciéndola siempre insegura, pero unos mezcales de más le dan valentía al hombre más pequeño. Aunque, pensándolo bien, Cornelio, ladrón por excelencia, no le vio la valentía porque con un derechazo y un revés le sacó los 30 pesos y unos cuartillos más al viejo, quien quedó inconsciente a la mitad de la noche.

El ladronzuelo sentía un deleite sin igual por su nuevo tesoro, con el que podía comprarle a su hija un buen vestido, sacar de trabajar a su mujer de la Real Fábrica de Tabacos y comprarse algunas varas de tierra para sembrar y vender hortalizas en el tianguis. Es así como en el barrio de San Sebastián, donde vivían los indios, los domingos se ponía un tianguis, que no se igualaba al de México, pero sí daba buena vista con los colores y formas de las frutas, cazuelas, jarrones, telas de medio uso y demás chácharas que se vendían allí. En medio de todo aquello había una bella gitana vasca que con sus ojos verdes hipnotizaba a los hombres, algo a lo que no era inmune Cornelio, quien terminó creyéndose las promesas de la mujer a cambio de los 30 pesos que había robado.

Verónica, la gitana que embaucó a Cornelio, se fue a hacer leídas a la fiesta del patrono Santiago Apóstol, porque ya eran finales de julio y se hacía una feria en las calles aledañas. Allí esta mujer se encontró a don Bartolo, un viudo y consejero del corregidor, a quien le contó que acabándose el festejo se iría a Valladolid, pero eso no lo vio con buenos ojos el viejo este, que estaba sumamente enamorado de la gitana, por lo cual tramó un plan para tenerla a su lado como su esposa.

Al caer la noche, don Bartolo, quien vivía en contra esquina a la Plaza Mayor, invitó a cenar a la joven y hermosa Verónica con el supuesto propósito de despedirla, pero con el paso de los sorbos, risas y chismes, el viejo enamorado se postró a los pies de la gitana para suplicarle que se quedara, cosa que la mujer tomó con mucha tranquilidad y burla, lo que no gustó al hombre y le hizo tomar bruscamente el monedero de la mujer. La gitana, furiosa, embrujó en latín al viejo, dejándolo pegado y

calcinado en el tejado de la habitación con las monedas en su puño. La gitana se sorprendió tanto de la violencia de su propio embrujo que salió corriendo del lugar sin acordarse ni de las monedas; no se supo más de ella en el pueblo y los rumores decían que andaba en el camino real a Celaya con una caravana de rufianes.

A la mañana siguiente todos sabían que el viejo Bartolo estaba calcinado en su techo por obra de la bruja gitana, aunque de las monedas nadie hacía mención porque Galván, el médico de la ciudad, se las había adjudicado en secreto. Al regordete doctor, miembro del Hospital Real, le decían el “mano larga” o “palma ancha”, pues cobraba de más y, si no podías pagarle, se llevaba algo de tus pertenencias como adelanto de una deuda que adquirirías de por vida. Esa tarde Galván compró un sinfín de camotes con miel al “Moyas”, pues nunca podía satisfacer su inmensa gula.

Clemente, el “Moyas”, se sentía un riquillo con los 30 pesos, así que se fue a la pulquería y a ver los gallos para presumir su pequeña fortuna, pero entre colorados, pintos, blancos y negros emplumados, los ánimos de los apostadores se calentaron tanto que la trifulca fue inevitable cuando Rosarito derrotó al Gran Pinto de Oro. Fue así como todos allí se agarraron a trancazos con bancos, vasos, tablones, botellas, sombreros y hasta zapatos, y a Clemente, que no dejaba de presumir sus pesos, solo se le vio salir echando lumbre porque se lo iban a madrear.

El patio de la casa de las Malfajadas, donde se hacían los gallos y se dio la trifulca, era un reguero de basura, sangre, plumas y uno que otro borracho dormido en los rincones. La mayor de las señoritas de la casa, doña Teresa, estaba tan encabronada por el argüende de la noche anterior que su vientre no aguantaba tanta bilis. “Borrachos malas copas quieren tomar y la botella se los toma a ellos”, decía mientras le curaban unos arañazos que le tocaron, pero antes había mandado a Aurorita, la criada, a que barriera. La desganada lo hizo de aquí a allá con pereza y retobeo, pero cuando se encontró la bolsita de cuero con los 30 pesos, ni tarda ni perezosa se los sambutió en los pechos y se fue sin importarle la encomienda de su patrona.

Gustosa porque no iba a trabajar ese día de fiesta, se fue al mercado a chacharear y darse el gusto de gastar el botín, pero entre tanto gentío con empujones y arrimones no sintió cuando la bolsilla se le deslizaba hacia el piso, donde quedaría entre patadas y pisotones hasta el final del día.

Al día siguiente, en la misa dominical, el “Calzonzi”, aguador tarasco, sacó las 30 monedas de la bolsilla que se había encontrado en la plazuela para darlas de limosna en el Calvarito, una vieja y maltrecha capilla de indios cuyo altar mayor se me está dedicado y desde donde vi con los ojos bien abiertos lo brillantes y grandes que eran las mentadas monedas, que incluso podrían tentar al mismísimo Judas Iscariote a traicionarme por segunda ocasión.

JOEL ANGELES MATA

## AÑO BUCÓLICO



## A TODA PRUEBA

**E**ra un domingo de julio y papá venía de la milpa. Había ido a ver cómo iba la siembra del maíz y esperaba que para el año siguiente, por febrero, a más tardar marzo, ya estuviese lista. Con el dinero que juntara de las siete hectáreas pensaba irse pal Norte y mamá quedaría a cargo de las tierras. Papá decía que la vida aquí en Tancoyol era tristeza y pobreza, pero yo era feliz, muy feliz, quizá porque había muchas cosas que aún no lograba comprender. Decía papá que todo lo que hacía era para que nosotros tuviéramos mejores condiciones de vida, pero en realidad teníamos todo: casa, comida, amigos y el campo, ¿qué más podía pedir?

Antonio era mi único amigo. Toño, como le decía de cariño, es pame, habla la lengua pame y sus abuelos son de la comunidad Santa María Acapulco. Nosotros dos siempre andábamos juntos porque solo nos teníamos el uno al otro, los otros niños de la escuela le hacían burla pero a mí no me molestaba en lo más mínimo que hablara en su lengua. Nos gustaba salir todos los días, a eso de las seis nos íbamos por la carretera que lleva a El Rincón, una de las diez comunidades de la delegación de Tancoyol, tomábamos una vara y caminábamos. Algo que nos gustaba mucho en temporada de lluvia era ver los sapos pegar grandes saltos porque sabían que estábamos cerca, pero nos gustaba aún más ver a los bebés sapos trasladarse de un lugar a otro; por su tamaño tardaban mucho y eran presa fácil, así que Toño y yo nos recostábamos en la carretera formando el número once y ahí nos quedábamos hasta que los sapos llegaran al charco más cercano, y hasta entonces nos poníamos de

pie, seguíamos nuestro camino, unos trescientos metros quizá, y llegábamos al árbol, inmenso, de esos que te inundan de paz. Ahí comenzaba el plan, ahí era donde papá tenía sembrado su maíz.

Antonio y yo nos sentábamos en las raíces del árbol como si estuviésemos en las piernas de nuestros abuelos y yo sacaba de mi bolsa unas galletas de canela, nuestras favoritas, mismas que había tomado de la cocina de la abuela Inés sin que ella se diera cuenta. Lo poco que sé de pame es porque Toño ha tenido la paciencia y confianza de enseñarme. Cada que andábamos por allá era como si él fuese libre y me contaba lo poco que sabía sobre sus abuelos, que sus papás dejaron el estado de San Luis porque allá la vida no daba ni para el suspiro. Tuvieron que aprender el español por necesidad.

Le digo a Toño que si sus papás se vinieron de allá para una vida mejor y mi papá se quería ir para una vida mejor, entonces no entendía a los adultos. ¿Qué es lo que están buscando? Llegábamos a la conclusión de que por lo pronto éramos felices y eso era lo único que importaba. Allá en el árbol podíamos pasar horas y parecían minutos; observábamos el ocaso y el vuelo de las aves para conseguir un refugio. Cuando terminábamos las galletas nos poníamos de pie y cogíamos nuestras varas, para entonces ya estaba oscureciendo, así que dábamos pasos acelerados entre el plan. De cualquier forma, ir juntos era como un escudo, porque no nos daba miedo, siempre teníamos la luz de la luna y, si no había luna, había luciérnagas; presenciábamos un concierto de ellas, unas por aquí, otras por allá, pero siempre estaban. Cuando conocí las luciérnagas me asusté porque no podía comprender cómo un insecto era capaz de producir luz en su trasero, pero ahora comprendo que pueden hacerlo y eso me maravilla.

Al llegar al final del plan está la comunidad y ahí hay un árbol de ciruela. Siempre cortábamos unas cuantas y las guardábamos, yo se las llevaba a mi mamá para que no se enojara por haber andado en el campo tanto rato con Antonio. Él vivía a las orillas de Tancoyol, no tenía luz eléctrica en casa, pero eso no le preocupaba; yo siempre lo dejaba en la esquina de la calle, era muy cobarde como para acompañarlo hasta

su casa y regresarme solo, pero a él le daba risa y decía que no había problema, agilizaba su paso y se perdía en la calle. Por mi parte, corría unos metros hasta llegar a la misión, casa de nuestra patrona Señora de la Luz. Al llegar observaba la edificación y había ocasiones en que su esplendor incluso a altas horas de la noche me sorprendía... de vez en cuando me daba miedo, pero lo que siempre pasaba por mi mente al estar cerca era cómo habían construido tremendo lugar.

Yo vivía dos calles atrás de la misión y una cuadra antes siempre estaba don Ignacio, un señor de 96 años, esperando; lo saludaba y pasaba a sentarme un rato. Él me regalaba gordas de puerco que hacía su esposa, doña Lupita. Don Nacho siempre me contaba sus anécdotas de cuando tenía mi edad, en ese entonces 12 años; él disfrutaba su vida en el campo y cuando más entrado estaba en la charla no faltaba la voz de mi madre: “¡Pedro, Pedro, caramba, chiquillo, dónde estás!” Don Ignacio sabía que era hora de que me fuera y siempre me decía que habría tiempo para más historias.

Mi casa estaba cruzando la de don Nacho. Al entrar veía a mi mamá en la puerta de la cocina tallándose las manos en el mandil que la abuela le había heredado, como si estuviese lista para reclamarme por mis ausencias. Yo me anticipaba y metía las manos a mi bolsa de ixtle, sacaba las ciruelas y se las ponía en sus manos; siempre decía que encontraba la manera de que no se enojara, me sonreía, acariciaba mi cabeza y se iba a poner las ciruelas en agua.

Ella sabía que yo siempre llegaba a la hora de la cena. Mi mamá se la pasaba en el fogón echando tortillas de masa azul y calentando la comida, luego los cuatro nos disponíamos a cenar: la abuela Inés, mi mamá, mi papá y yo. Nadie tocaba los alimentos hasta que no se hiciera la oración a Dios agradeciendo la comida y papá casi siempre era el encargado de hacerlo. Al término de la cena yo llevaba los trastes al lavadero afuera de la cocina y mamá se encargaba de lavarlos al día siguiente.

Mientras mamá cerraba la puerta de la cocina mi abuela ya estaba en su cuarto, que quedaba a la derecha del mío. Cada noche papá revi-

saba que en mi cuarto no hubiese algún insecto o animal que pudiese hacerme daño. Luego me decía que estaba todo bien y me mandaba a descansar.

Mi cuarto era muy grande y se situaba en el centro del terreno, el piso era de cemento y las paredes de madera, a través de algunas rendijas podía verse al exterior. El techo estaba hecho de bejuco y en lo que llevaba viviendo ahí jamás se había filtrado gota alguna de lluvia. Antes de acostarme me quitaba los huaraches enlodados y los dejaba en la puerta, luego tendía el petate, me acostaba y cobijaba, no por el frío sino por los insectos que no me dejaban dormir. Me tapaba de pies a cabeza, dejando mi cara descubierta para no ahogarme, cerraba los ojos y lo que alcanzaba a oír eran los sonidos como de besos que producían los lagartijos conocidos como besucones. Conciliaba el sueño entre el concierto de besucones que había en mi cuarto y los sonidos que se escuchaban del exterior.

Papá estaba entusiasmado porque decía que en cuanto fuese época de cosecha contrataría a dos peones para apresurar las tareas, así podría ir a la cabecera municipal a ofrecer su maíz. Las tierras de nuestra comunidad eran de las más fértiles de la región y cualquier cosa que saliera de ahí era de buena mano. Yo lo acompañaba a la milpa cada lunes antes de irme a la escuela, y esos días no ponía pretexto para levantarme temprano: iba al patio y tomaba agua de la pileta, que viene desde el río Santa María; con un cazo la dejaba caer sobre mi cabeza, me sacudía como perro, pero al segundo cazo todo era normal. Mamá ya estaba despierta en la cocina preparando café de olla con granos de Xilitla, ciudad del vecino San Luis Potosí. Papá entraba por su taza, la bebía con ganas, como si fuese el mejor café del mundo, luego tomaba las gordas de maíz que le había hecho mamá, las guardaba en su morral y cogía el machete del abuelo, ese que había sobrevivido a un sinfín de cosas.

Ese lunes fue distinto. Desde que desperté me di cuenta del intenso frío, cogí un suéter para cubrirme y ni me bañé. Papá estaba en el patio con un semblante de preocupación, iba al árbol de ciruelas y regresaba

hasta la pileta a grandes pasos, que dejaban huella en la tierra húmeda. Mamá intentó calmarlo, pero él sabía que recibiría una mala noticia. A los pocos minutos llegó Román, uno de los peones que ayudaba en la milpa. Se quitó el sombrero, fue directo con papá y le dijo: “¡Señor Juan, señor Juan, hemos perdido la siembra!” Al oír esto mi madre cayó al suelo, se había desvanecido de la impresión.

Mi padre corrió desde el ciruelo hasta donde estaba mamá para llevarla, la abuela salió de su cuarto y se dirigió hasta la cocina para ayudar. Mamá despertó a los pocos minutos, tenía un color amarillo pálido. La abuela Inés le dio un té para que se recuperara. Papá salió de prisa rumbo al plan junto con Román, y yo me quedé a la mitad del patio, voltee primero a ver a mamá, después a papá y corrí detrás de él.

Ese camino que tantas veces pasé con Antonio, en esta ocasión con Román y papá se me hizo eterno. No cogí varita, no me quedé observando a los sapos ni me tiré al suelo, lo único que pasaba por mi cabeza era la angustia de mi padre al saber que se había helado la siembra. Llegando a la milpa vimos cómo el maíz tenía una capa de hielo descongélándose con los míseros rayos del sol, pero ya no serviría de nada; el esfuerzo y dedicación de meses se fue al caño en una noche. Jamás había visto tan triste a papá como en aquella ocasión. Se tiró entre la milpa manchándose el pantalón de manta con lodo, arrancó una de las plantas y comenzó a llorar, volteó al cielo y maldijo a Dios con una rabia inmensa... fue la única vez que lo vi llorar. Román y yo lo dejamos solo para que se desahogara, yo llegué a la casa y le conté a la abuela y a mamá lo que había pasado.

En la localidad ya todos sabían que las tierras de Juan Álvarez se habían helado. Mi padre llegó a casa cuando ya había oscurecido, entró directo a su cuarto y mamá me dijo que no lo molestara. Yo aún no podía comprender cómo todo su trabajo en la milpa había acabado de esa manera. Me fui a recostar porque sería un día muy pesado, ya que habría que ir al plan a barbechar.

Al otro día a las siete de la mañana ya estaban Román y Cecilio listos para la ardua tarea, pero papá no se apareció en todo ese día; no

salí con Toño, hasta las siete que los peones terminaron me regresé a casa, triste, de las veces que más solo me he sentido. Por si fuese poco, al pasar por la misión había un tumulto y alcancé a oír que se habían robado a nuestra Señora de la Luz. No sé de dónde saqué fuerzas, pero corrí hasta llegar a casa a contar lo que había pasado cuando mi abuela me dijo que ya estaba enterada, que ya había prendido una veladora para que esa persona se arrepintiera y nos regresara a la patrona. No habían pasado ni dos horas y ya había una congregación de habitantes de todas las comunidades aledañas en el quiosco pensando en el castigo por tal atrocidad.

Me preocupaba la desaparición de la virgen, pero también que papá no llegase a casa. Esa noche hubo guardia en la misión, recuerdo que llegaron varios pames de la comunidad de las Nuevas Flores; ellos, más que cualquier otro grupo, estaban sumamente alterados, pues Nuestra Señora de la Luz les es muy importante debido a que en 1758 fray Junípero Serra había dejado la Sierra Gorda llevándose a la diosa Cachum y Nuestra Señora de la Luz era la sucesora.

Esa noche la abuela se unió a la guardia, llevó café y pan. Como descendiente pame sabía que estar ahí era su obligación, lo que no significaba que no se preocupaba por papá, pero en sus rezos también pedía porque él regresara con bien. Por su parte, mamá estaba en casa, preocupada, de los nervios no dejaba de moler maíz. Recuerdo que ese día llegó Antonio a casa porque sus abuelos estaban en la misión; él sabía lo importante que era la virgen para sus abues.

Nos saludó a mamá y a mí, pero de inmediato se dio cuenta de que algo andaba mal, me preguntó por papá y le dije que no había llegado, que estábamos muy preocupados. Me dijo que fuéramos al monte a buscarlo, él les diría a su abuelo, papá y tíos que nos ayudaran. Mamá le agradeció, pero dijo que esperaría unas horas y, si no volvía, ella misma iría a casa de Toño por ayuda. Se hizo de día y la abuela Inés llegó para bañarse, hacer de comer y llevar comida a la misión para alimentar a los que se habían quedado haciendo guardia. Mamá intentaba rehacer su rutina, pero le faltaba papá; yo me preguntaba qué estaría haciendo en esos momentos.

Mamá le ayudó a la abuela con la comida, yo salí de la casa y caminé hacia la misión. Entre tanta gente, estaba ahí Antonio y, en cuanto me vieron, sus abuelos me dijeron que nos ayudarían con la búsqueda de mi padre. Miré a Toño con ojos de que no era el momento indicado para decirles, salimos por la puerta izquierda y nos dirigimos por la calle que va a la carretera que te lleva a San Antonio Tancoyol. Ese día caminamos hasta que Toño me dijo que nos desviáramos a la izquierda, era parte del plan, pero sobre la carretera un alambre de púas anunciaba que esa parte tenía dueño. Quitamos la puerta improvisada y nos adentramos por el caminito. Yo no sabía a dónde nos dirigíamos, solo iba detrás de Antonio, como los perros detrás de su amo. Nos metimos entre las hierbas, subimos un montículo de piedras y llegamos a la cima. Desde ahí se veía toda la comunidad, el plan y la carretera. Me senté con Antonio y nos quedamos en silencio por un rato, luego me dijo que ese montículo sobre el que estábamos era un “cuisillo”, donde años antes estaba la comunidad. También me dijo que entre esas tierras estaba sepultada la historia de su familia, que él iba ahí cada que se sentía triste, se sentaba y contemplaba el paisaje. Ese día me hizo la promesa de que todos los días iríamos hasta que apareciera papá y haríamos guardia desde lo alto. Le sonreí y comenzamos a descender.

Llegamos al jardín, él se quedó ahí y yo seguí a casa. Mamá estaba molesta porque pasaban de las siete, ya con la ausencia de papá tenía como para que yo le diera otra preocupación. Cenamos los tres, luego me fui a mi cuarto y en ausencia de mi padre me cercioré de que no hubiese insectos. Me recosté, me quedé pensando en la promesa de Toño y me sentí feliz porque me apoyaba. Aún no dormía cuando mi madre entró apurada y me dijo: “¡Pedro, levántate, ponte los guaraches que nos vamos! ¡No hagas ruido!”

No sabía qué pasaba, metí los pies en los guaraches y de la prisa no pude ni traerme mi bolsa de ixtle. Mamá me dijo que no preguntara nada, que guardara silencio y ya me diría qué estaba sucediendo. La abuela Inés no estaba con nosotros, eso era lo que me preocupaba, a dónde íbamos tan tarde y sin ella. Caminamos y caminamos hasta lle-

gar a la comunidad de Espadañuela, a unos treinta minutos de nuestra casa. Una camioneta con las luces prendidas que apenas me dejaban ver porque eran muy brillantes estaba sobre la carretera, vi allí a papá, lo abracé con mucha felicidad y le pregunté por qué nos había abandonado. Nos subimos mamá y yo. La camioneta la llevaba don Cecilio, pero no era la suya.

Arrancó y se perdió entre las curvas, íbamos rumbo a Jalpan. Nadie decía nada. Así fuimos más de una hora, yo del brazo de papá, lo había extrañado mucho. Llegamos a Jalpan y don Cecilio nos bajó en la central, vi que papá le dio dinero, pero lo hizo de modo que pensara que no lo había visto, se dio la vuelta y se perdió en la carretera. Oía el bullicio de mis padres, pero ninguno me decía nada. Papá le dio una mochila mugrosa y rota a mamá, le dijo que la cuidara mucho, que de ella dependía que sobreviviéramos. Me mandó al puesto de tamales de afuera de la estación y cuando regresé mamá estaba hecha un mar de lágrimas.

Nunca olvidaré que papá me tomó de la mano y me dijo: “Pedro, cuida de tu madre, eres el hombre de ahora en adelante”. Me asusté y le pregunté por qué me decía eso, me subió al camión, me dio un beso en la mejilla y me dijo que me quería. Mamá se negaba a abordar y entre lloriqueos le decía que se arrepintiera de corazón, que no era necesario que nos abandonara. Yo no comprendía la magnitud de las cosas, pensé que subiría y todo se arreglaría, pero el camión cerró la puerta y entonces comprendí: papá ya no estaría con nosotros.

Pegué mi rostro a la ventana gélida y con la mirada me despedí; nuestro camión tenía como destino Tamaulipas. Mamá fue una tumba durante el trayecto, nos amaneció y casi al llegar a la central recuerdo que ella comenzó a decirme que alguien ya nos esperaba, que papá ya había pagado al coyote que nos cruzaría al otro lado y nos alcanzaría en cuanto pudiera. Yo no quería irme, hice rabietas, lloré y dije que no dejaría a la abuela Inés ni a Toño; ella me dijo que la abuela estaría bien en Tancoyol, nada le haría falta; Toño, por su parte, tenía a su familia y que yo lo volvería a ver. Recuerdo que al llegar a la central ya nos esperaba un hombre de 35 años aproximadamente; gordo, con bigote y

ceja tupida, medio calvo, con una gorra azul que traía las letras L y A en blanco. Olía feo y estaba sudando.

En cuanto nos vio reconoció a mamá y caminamos con él hacia su auto. Nos dirigimos por carretera hasta llegar a una casa verde, bastante grande y con un jardín al frente. Se estacionó y nos bajamos, yo no soltaba la mano de mamá. Al entrar había mucha gente en la casa, unos en la sala, otros en el pasillo y otros tantos en la cocina, donde terminamos. Ahí nos dieron de comer y otro tipo nos dijo que saldríamos por la mañana. En esa casa al parecer no se dormía. Durante la noche la gente entraba y salía. Al amanecer nos despertó el mismo tipo gordo. Salimos y un carro muy bonito nos esperaba, el gordo abrió la cajuela y dijo que nos metiéramos. Me asusté, mamá fue la primera en meterse y luego la seguí. Entraron otros dos hombres, muy delgados, pero aun así íbamos apretados. Un hombre de tez blanca, cabello rizado y ojos color miel nos dio indicaciones: durante el trayecto de la casa a la frontera pondría música en inglés hasta la frontera, y que en cuanto cambiara a música en español era señal de que ya estábamos del otro lado, que no debíamos hacer nada de ruido. El camino se me hizo eterno, más largo que el día que nos dirigimos a la milpa con papá y don Román. Yo iba abrazado de mamá cuando de repente oímos unas voces en inglés, además de la música. Mamá me susurró que estábamos en la frontera, se me erizó la piel y dejé de respirar. Mama comenzó a rezar y oí un: *It's ok, let him go*. En menos de un minuto el conductor cambió la música, estábamos ya en Texas. Todo había sucedido tan pronto, menos de tres días antes estaba en Tancoyol y ahora en otro país. Nos dejaron en una casa muy bonita, era de dos pisos, tenía un jardín enorme y los coches se guardaban en unas cajitas que estaban a un lado de la casa; de esas casas no había en mi localidad, nosotros nos quedamos ahí y los otros dos señores se siguieron con el conductor.

Yo estaba emocionado porque todo me era diferente, pero moría de ganas de contarle a Toño todas las novedades. Al entrar a la casa mi mamá reconoció a la señora, corrió a abrazarla; era la amiga de la abuela Inés, como si fuese tía de mi mamá. Ambas se abrazaron con mucho

amor y comenzaron a llorar. La señora me vio y me dijo que me parecía mucho a mi papá. Ella nos alojó, mi mamá estaba más tranquila, pero le apuraba que papá aún no se comunicara con nosotros. Ese día por la tarde entró una llamada, era él. Le dijo a mamá que seguía en Jalpan y que debía regresar a la comunidad, tenía que entregarle un dinero a la abuela y darle el número a donde se comunicaría. Mamá discutió con él, pero yo no sabía por qué.

Pasaron cuatro días y papá no se había comunicado. Entró una llamada, corrí al teléfono y lo descolgué, lo puse en mi oreja; era la voz de una mujer. “¡Abuela!, ¿eres tú?”, le dije. Mamá corrió y me arrebató el teléfono. No pasó ni un minuto cuando se escuchó el sonido del teléfono golpear el piso al mismo tiempo que mamá; la comadre corrió a verla, yo tomé el teléfono, pero ya había colgado la abuela. Esta vez mamá tardó en despertar y en cuanto lo hizo comenzó a llorar y gritar, jamás olvidaré sus palabras: “¡Tu padre está muerto, lo mató Antonio!” No pude creerle y le dije que no mintiera, que eso no era posible, mi papá vivía y Toño sería incapaz de hacer algo así. La comadre se comunicó a la comunidad, a la caseta; antes de que ella preguntara por la abuela, la dueña le contó todo: Juan —mi papá— había regresado después de días de desaparecido, pero los habitantes lo esperaban ya muy furiosos. Don Cecilio lo había traicionado, papá fue el responsable del robo de Nuestra Señora de la Luz y él les había contado; ya sabían que regresaría a buscar a la abuela, era el momento indicado para castigarlo. Los pames estaban muy enojados, querían vengar el robo de su patrona, pero planeaban entregar a papá a las autoridades. Él intentó escapar y corrió para el camino que lleva a San Antonio. Lo último que se sabe es que al alcanzarlo yacía sobre la carretera con el pecho herido, Toño estaba con él, tenía las manos embarradas de sangre y estaba llorando. El abuelo de Toño fue el primero en llegar y le dijo: “¡Hijo, qué acabas de hacer!” A papá lo despidieron en mi casa, mi cuarto fue el velatorio. Dice la abuela que mucha gente fue, quizá por morbo, pero los amigos de siempre ahí estuvieron, fueron fieles a la familia.

Han pasado ya dieciocho años. He aprendido muy bien el inglés y recuerdo lo que en la frontera le decían al conductor. Terminé mis estudios y tengo un excelente trabajo. Mamá vive en mi casa y cuida a mis hijos. Después de todos estos años, jamás se le dejó de hablar ningún jueves a la abuela Inés. Dentro de dos semanas son mis vacaciones, luego de tantos años planeo regresar a mi pueblo, llevaré a mis hijos conmigo: Hilaria, de 6 años; y Antonio, de 4. Después de tanto tiempo volveré a ver a mi amigo Toño, nuestra promesa jamás se cumplió, yo le fallé; dice la abuela Inés que en una semana sale de la cárcel, termina su condena.

PAOLA ZAPOTE



## EL VALOR DEL DINERO

*Entrada 1, encontrada en un viejo diario abandonado fechado a finales del siglo XIX.*

Desde que era un niño fui consciente de las injusticias en esta sociedad. No es difícil entender por qué, ¿en qué cabeza cabe pensar en enviar a las minas al niño que acaba de perder a sus padres? La gente rica me da asco. Por eso siempre le digo a Fernando que nuestro lugar no está en esta jodida mina, picando las mismas piedras todos los días. No, hay algo más grande esperando por nosotros allá fuera, solo tenemos que encontrarlo.

Hay una leyenda, Fernando me dijo hoy en la mañanita. Son trece minas, y en al menos una de ellas debe haber oro. ¿Te imaginas? Si pudiéramos encontrar oro, la vida nos sonreiría por primera vez en años. La vieja Valenciana está en crisis y pronto no será suficiente para mantenernos como lo ha estado haciendo desde mi infancia, así que es el momento indicado para juntar a unos cuantos mineros y caminar para allá. Lo peor que puede pasar es que sea otro chisme de esos de los que cuentan las pueblerinas para no aburrirse mientras cuidan de los chamacos.

*Entrada 2*

Fernando anda raro. Se consiguió un mapita para saber a dónde vamos, pero nunca me deja verlo. A los otros no les molesta, no quieren saber nada de mapas y planos, quieren instrucciones para sacar oro y hacerse

ricos, y honestamente pienso lo mismo. Que Fernando se quede con su mapa ese, como líder del grupo me toca guiarlos dentro de las minas que visitamos.

Esa es otra, ¿puedes creerlo?, me escogieron de líder. Soy el más chamacaco de todos, pero yo le sé más que ellos porque me crié en las minas. Nadie conoce mejor sus terrenos llenos de piedras y escombros que yo. Si alguien sabe transitarlas en completa oscuridad, soy yo. Humildad primero, jode el Fernando, pero me viene importando poco su jodida pretensión, llevo más de veinte años chingándole a las minas como para tener que preocuparme por las cortesías que solo la gente rica se puede permitir. Cuando tenga dinero, le digo yo, entonces te voy a hacer caso. Podrá haber sido amigo de mi padre y podrá haberme dado de comer cuando me tiraron a la mina, pero nada sostiene sobre mi cabeza porque todo me lo he ganado yo.

¿Y sabes qué más me he ganado? El oro que encontremos en alguna de estas trece minas. Mi mente es la que nos ha estado manteniendo a flote hasta ahora y mi mente es la que nos va a permitir obtener nuestro tesoro, porque esta gente es imbécil, conformista. ¿Crees que se piensan que unas cuantas pepas de oro los van a sacar de pobres muertos de hambre? Avaricia es lo que yo tengo, dice Fernando, y mi avaricia me va a sacar de esta vida. Por mi vida que así será.

*La entrada 3 del diario está tan maltratada que es difícil leer su contenido, pero se pueden ver algunas palabras como “Fernando” “nada” “problemas” y “siguiente”.*

#### *Entrada 4*

Se los dije. ¡Se los advertí incluso! Fernando es tan o más avaro que yo. Ya llevamos cuatro minas y todavía nada, y entre más le pregunto, más agarra ese mapita suyo como si temiera que se lo arranque de las manos. Quizás debería, porque este imbécil nos está llevando a la ruina total. Si no conseguimos encontrar nada, tenemos que volver lo más rápido que se pueda a La Valenciana o lo vamos a perder todo. ¡Nos es-

tamos jugando el pan de todos los días, maldito desgraciado! Se lo digo y me dice que no sea tan ingrato. Me crio él, no sé qué espera de mí si no es que sea igualito.

No hay nada de valor en estas minas, pero conforme avanzamos los mineros se empiezan a incomodar, diciendo que tienen malas sensaciones o alguna tontería de ese estilo. Qué va a haber en estas cavernas, les pregunto yo, sino quizás algún animalejo. Somos hombres, ¿qué no?, fájense los pantalones y camínenle, su líder se los ordena. Por lo menos me hacen caso, uno de ellos me dijo anoche que es porque mi seguridad les da valor para internarse. Jodidos cobardes, dije yo, que dependen de mí hasta para no mearse encima.

Espero que estemos cerca o el mapa no es lo único que le voy a arrancar a Fernando.

### *Entrada 5*

¡Yo tenía razón! Aunque, para ser justos, siempre la tengo cuando se trata de minas y metales. Finalmente encontramos oro, pero hemos decidido esperar a mañana para ser capaces de minarlo. El trabajo de toda una vida se va a ver culminado cuando saquemos carro tras carro repleto de oro, todo para nosotros. No quiero ser como los ricos que solo saben sentarse en sus casas y explotar a otros, pero tampoco quiero vivir en la pobreza. Fernando y yo tuvimos una discusión al respecto, porque él quiere tener tanto dinero que nunca más necesite trabajar. Pienso que una persona así no debería recibir una sola pepita, pero es él quien nos trajo aquí. Esta nota es corta porque me tengo que dormir, pero espero que mi siguiente página sea sobre la cantidad de dinero que tenemos y, con suerte, conseguimos distribuirla entre todos sin más problemas.

*El diario acaba aquí. Sin embargo, las noticias al respecto, no. Poco después de la fecha en la que se calcula que estas entradas tienen lugar, se reportó un accidente minero. Solo un sobreviviente fue capaz de salir de aquella mina, quien pudo dar testimonio de que “pensaron que usar*

*más explosivos para llegar al oro más rápido era una buena idea”. Él relata que no está muy seguro de qué les dio esa idea, siendo que todos eran mineros experimentados y sabían perfectamente que el riesgo de aquello era demasiado grande para que valiese la pena. “Había algo en aquella mina”, añadió, aunque no fue capaz de explicar el qué. Dijo que aquello había estado habitando a su compañero Fernando, o que al menos eso interpretaba, quien había intentado salvarlos al no llevarlos ahí. Se desconoce de qué estaba hablando el sujeto.*

SALEM

## LA HOLANDESA

Casi nunca llueve acá en el pueblo de San Clemente, pero esa tarde, esa tarde roja en que la holandesa murió, parecía que se caía el cielo a pedazos, parecía que el grito de doña Marcela se quedaría en el viento y que duraría ahí por siempre. La calle, las casas, todo parecía vibrar por la tempestad, pero no la que venía del cielo, no, sino la que caía dentro de la parroquia.

Yo lo recuerdo todo: que al principio no dejaron entrar a nadie, que la gente bañada de lluvia y empapada de morbo se empujaba frente a los escalones del templo para ver aunque sea por un segundo, para salpicarse el corazón de adrenalina por un minuto y para meditar sobre esa pobre mujer que colgaba del barandal del coro de la iglesia antes de volver al sueño de campo. Yo tenía 12 años y ayudaba en la parroquia con la limosna y la comunión para mantener a mi mamá feliz y a mí fuera de casa, por eso es que sé todo lo que pasó e incluso un poco más. Pero, usted no es de por acá, ¿verdad? En ese caso, déjeme contarle todo desde el principio.

La holandesa llegó con el sol, se llamaba Débora. Debo decir que los amaneceres aquí no son cosa cualquiera, pero el de aquel día fue mágico. Mientras el rocío suda las plantas y el frío de la noche regresa a la montaña, los rayos ámbar hacen agujeros en la niebla y dotan de vida las pequeñas calles de San Clemente que, con flojera, comienzan a moverse. Abre primero que nadie Martín su panadería, seguido de la iglesia y las tiendas de abarrotes, locales que atraen tanto a los alegres madrugadores como a las condenadas almas en insomnio que, como yo, pasaron la noche en vela esperando algo emocionante. Es por estas ho-



ras que pasa con menuda sonrisa Pepe entregando el periódico y tantito después, con alcohólica sonrisa, Jacinto repartiendo gritos y risas a los vientos que recorren los callejones.

Entre este lento, rutinario y cálido enredo del amanecer apareció descalza, con los tacones en la mano, con un vestido blanco de puntos rojos, con sonrisa vacía y mirada perdida, la holandesa. Caminaba por la calle de terracería que conectaba San Clemente con la carretera y se movía tan despacio que con cada paso parecía flotar entre aquellos pasajes de tierra. Yo caminaba con el Rufo, mi perro, y me detuve una eternidad para verla unos segundos. Pasó por la calle central, parando todo el engranaje del pueblo. De cabello negro y ojos de miel, entró y desapareció entre las bancas de la iglesia. Pienso que a los 12 años aún no existe malicia en la mirada de un niño, pero recuerdo la curiosidad, una cosquilla que me despertó verla caminar. Cada vez que plantaba un pie en tierra húmeda parecía echar chispas. No pude más que verla caminar, pero no sabía en ese momento que aquella muchacha se volvería, como decía Bellefeuille, “la epístola de todas mis mañanas”.

No volví a verla sino hasta el domingo siguiente en que acudí a mi labor de monaguillo. Ella descansaba en un pilar cerca del confesionario, ya sin aquel vestido y ya sin aquella mañana ámbar sobre los hombros, pero aún con ese destello de sol dentro de los ojos. Ahora llevaba una larga falda café; no sabía yo si ayudaría a doña Marcela o solo buscaba confesarse, pero poco importaba, de nuevo perdí mi conciencia. Tuvo que ser doña Marcela con su aplauso estruendoso la que me regresara a San Clemente y me diera mis tareas del domingo. No me atreví a preguntarle quién era nuestra invitada y me fui por las canastas y las llaves de la puerta grande de la catedral. Salí de nuevo al frente del templo gritándole a doña Marcela que no había encontrado una de las canastillas, pero al alzar la vista encontré que todo estaba vacío. Faltaban quince minutos para la primera misa y el padre Francisco no había llegado aún. Era curioso que, aunque estuviera en ese lugar todos mis domingos, nunca me gustó estar solo, sentía un extraño temor por las iglesias y todo su ambiente de dolor.

Comencé a caminar de espaldas, estaba a punto de gritar, ahora con voz temblorosa, a doña Marcela, cuando algo se interpuso: choqué con Débora, pero en el momento no lo supe. Con el miedo que traía pensé que se trataba de Dios o algo peor, así que pegué un grito y di un salto que casi me cuelgo de la cruz del retablo. Me incorporé, apenas respiré después de mi acrobacia y ella me tomó de la mano. El escaso aire que había logrado aspirar salió enseguida, como un último suspiro. Mis mejillas estaban rojas y de mi frente comenzó a correr sudor. Giré la cabeza lentamente, casi en contra de mi voluntad, y al alzar la vista mis ojos chocaron con una estrella. No sabía qué era lo que se apoderaba de mí ni qué hacer, pero parecía que me detuviera a caminar cada centímetro del arco de sus cejas, como si con pincel fuera llenando de miel sus pupilas y de carmesí su sonrisa, una meditación tan lenta de cada destello, cada arruga, cada poro, como si temiera que, al dejar de verla, al dejar de dibujarla, desaparecería y me encontraría de nuevo solo en medio de la carretera. Ella sonrió, me dijo algo que no escuché, la miré, soltó mi mano y la miré más, pero se fue flotando como solía y abrió las puertas de la parroquia. La misa estaba por comenzar.

Al cabo de un mes ya había superado un poco aquellos síntomas que me aquejaban al verla, me acostumbré a su aura dorada y supongo que ella se acostumbró a mi cara ingenua y mi ciega alegría por verla. Los domingos ya no eran suficientes para estar cerca, quiero decir de la santa iglesia, claro, hablo de Dios, no de Débora; en fin, solía pasar algunas tardes con ella en la iglesia, dejé de ver a mis amigos, me olvidé del fútbol y de mis tareas, que aun sin estar enamorado nunca hacía. Usted pensaría que esto me hubiera causado muchos problemas en casa, pero irónicamente fue Dios quien intervino en mi favor, ya que mi madre, doña Marcela y el padre Francisco, todos pensaban que había surgido en mí la rara y milagrosa vocación sacerdotal.

El español de Debbie no era nada bueno, pero algo progresaba. Hasta ahora, nuestra única comunicación era posible gracias al padre Francisco, hombre culto en verdad que había llegado al pueblo hacía tres meses para reemplazar al padre Javier. Francisco hablaba varios idio-

mas y había estado enseñándole algunas palabras, aunque de mala gana; era la única persona en San Clemente que no estaba cómodo con ella. Por esos días no estaba claro por qué, pero desde que la vio llegar sus ojos tomaron un aspecto hostil y oscuro. Con el poco español que María lograba usar solíamos platicar, pero para ella yo no era más que un infante, un pequeño amigo, y la triste verdad es que tenía razón; era un niño que ni siquiera sabía qué buscaba.

Estábamos a mitad de octubre y el padre Francisco cada vez se molestaba más con Débora. Se volvió costumbre esconderme tras las bancas a escucharlos pelear. Mucho tiempo pensé que se trataba de las labores que ella tenía en la iglesia, porque no entendía una sola palabra del holandés que se gritaban, ella con tiernas lágrimas y él con fingida indiferencia. Al cabo de un rato él salía por la puerta y ella, sentada en la banca pegada a la pared, dejaba salir suaves suspiros mientras el vitral parecía llorar sobre rojos y púrpuras. Al principio me escurría por los laberintos de bancas hacia la salida, pero luego no pude evitar acercarme, en cuclillas. Ella no volteó y vista desde abajo parecía una triste fotografía de esas que logra capturar el polvo que viaja sobre los rayos de luz y que puede hacerte sentir lo vacío y gris de la habitación.

Me senté a un lado y me quedé ahí, columpiando mis zapatos y jugando con mis manos hasta que volteó rápidamente y me abrazó. El mundo se detuvo y se me congelaron las piernas, ella seguía llorando en mi hombro al tiempo que yo iba acercando mis manos a su espalda. Entonces alzó el rostro y, aún con lágrimas, pasó la manga de su suéter por la cara y me dijo:

—Tengo miedo, Nicolás...

Yo tomé mi postura habitual de estupefacción y con espantosos esfuerzos logré escupir algunas palabras:

—No, no te preocupes, que yo te cuido.

Inmediatamente cerré los ojos, me sentí como un idiota, ¿cómo iba yo, un mocoso de 12 años, a ayudar a una muchacha como ella? Pero entonces una corazonada me impulsó a abrir los ojos y, tenía razón, ella me veía fijamente con sus grandes ojos de miel, su sonrisa comenzó a

nacer y se volvió el único color dentro de esa foto gris. Me miraba con gesto tranquilo, hasta su pesar desapareció y volvió a ser esa figura fuera de este mundo, esa rosa que se paseaba cantando por los pequeños corredores que hacen las calles de mi pueblito. Me abrazó una vez más, se puso de pie y se alejó poco a poco hasta desaparecer de mis ojos.

Era difícil entender tantas cosas que pasaban en aquellos días. Esa muchacha llegó a mi vida y sentí que era un adulto, que mi amor era mi paso a la madurez y cada vez me encontraba con más sentimientos que no conocía, mucho más extraños que la alegría o el enojo; era sentirme pequeño y odiarla por no ver en mí nada más, y al mismo tiempo sentía que la amaba más que a la vida y luego intentaba entender por qué; ¿en verdad era amor llorar alguna noche sin más razón que la frustración? Era odio y obsesión, dolor y reconciliación, el juego más perverso que jamás conocería.

En la noche del 22 de noviembre, un día antes del día de San Clemente, ya todos los preparativos estaban casi listos para la fiesta. La calle grande brillaba por todos lados y podías sentirla latir, vibrar con la magia que recorre cada año mi pueblo terroso. Chispas ancestrales que brotan de la tierra como luciérnagas descansan en las bancas del quiosco y bailan por los árboles. Son esas noches especiales porque desordenan tus sentidos, te hacen probar el color de las casas y sentir los sonidos de cuetes y risas que viajan sobre la melodía de alguna guitarra que suena allá por la fuente. Es en verdad embriagador absorber todo lo que tus ojos y oídos pueden retener si tan solo te detienes un segundo a respirar.

En medio de tanta luz pasó a mi lado la sombra del padre Francisco. De su frente caía sudor sobre la tierra seca, miraba a todos lados, agitado, como si viniera corriendo de Ruan. Pasó de largo y siguió esquivando la iglesia, hacia el bosque. ¿Recuerda usted la curiosidad que le mencioné cuando la vi llegar por primera vez? Pues la curiosidad puede llevarte a buenos lugares, como a esa banca donde me abrazó aquella ocasión; y puede llevarte a lugares horribles, como aquella noche. Iba apenas unos metros detrás del padre, quien ahora, bajo la luz de la

luna, brillaba con espectral angustia. Caminamos hasta que las luces del pueblo se volvieron parte del paisaje y entonces se detuvo sobre un campo de jaras. La luna, que descansaba partida a la mitad sobre dos pinos, y yo éramos sus únicos testigos. Comenzó a escarbar con desesperación usando solo las manos y logró hacer un hoyo tan profundo que podría enterrarme ahí de pie. Se detuvo y miraba lo que sea que había en el hoyo. Hoy que lo recuerdo no puedo entender cómo no fue claro para mí esa noche, con signos tan evidentes de lo que había ahí.

Solo lo veía sin adivinar qué tesoro había detrás, o más bien al fondo. Entonces, el frío más espectral que he sentido jamás recorrió mi espalda conforme unos dedos delgados y helados recorrían mi mejilla para llegar a mi boca a taparla por completo. Estaba a punto de desmayarme, de morir, no lo sé y no lo sabré, porque la voz de Débora viajó del oscuro bosque donde se escondía hacia mi oído, en un susurro:

—No vayas a gritar, Nicolás, soy yo. Voy a quitarte la mano de la boca, pero debes estar calladito, ¿está bien? Luego te vas a ir con mucho cuidado hasta tu casa, no quiero que mires atrás.

¿Qué estaba pasando?, ¿qué había en el agujero?, ¿por qué Débora de repente hablaba perfecto español? No pude responder ninguna de estas preguntas, solo asentí con la cabeza y respiré profundo, su olor viajaba como cascada por mis pulmones. Lentamente quitó sus dedos de mi boca y me dio la vuelta, quise hablar, pero ella me interrumpió.

—¿Qué te dije, Nicolás? Sin preguntas, ¡solo ve a tu casa ya!

Me eché a correr a toda velocidad solo para pararme en seco unos metros adelante. No podía dejarla ahí, si había jurado cuidarla. Me di vuelta y, como dijo ella, con mucho cuidado me acerqué a los matorrales donde me atrapó minutos atrás; ahí seguía de pie viendo al que veía el agujero.

Fueron instantes de agonía, me doy cuenta ahora, los que pasaron antes de alzar la voz y romper la niebla de miedo que se había estado apilando en aquel campo de jaras.

—¿Dónde está, Francisco? —Su voz temblaba casi tanto como sus rodillas.

—¿Qué haces aquí?, ¿qué tal si alguien te siguió? Te juro que...

—¿Dónde está Gerrit?, ¿dónde está mi hermano?

Ya no temblaban su voz ni sus rodillas, ahora solo temblaba su puño cerrado tan fuerte que las uñas se encajaban en la palma.

—¡Ya te lo dije! Te dije que se fue a buscar otro lugar, a encontrar a alguien que quiera comprar.

Ella caminó hacia él, estaba a unos diez pasos del hoyo.

—Dijiste que se fue hace dos semanas, ¿qué tienes ahí?, ¿qué hay en el hoyo?

Ocho pasos.

—¿Cómo qué? Los diamantes, Debbie, ¡nuestros diamantes! Ya no te acerques, déjame...

—¿Y eso es lo que apesta tanto, Francisco?, ¿los diamantes?

Cinco pasos.

—¿Eso es lo que apesta a... —se le rompió la voz— ...es lo que apesta a muerto?

Dos pasos.

Sus palabras me impactaron como un rayo. Estaba helado, completamente petrificado, lo único que se movía era el sudor que galopaba por mi columna vertebral. La fotografía se congeló, todo se volvió gris durante un segundo y luego la foto se rompió en el grito de Débora. Cayó de rodillas en el borde del hoyo y se deshizo en miles de lágrimas de luna. Con una cara de ultratumba, el padre Francisco tomó un saco del fondo del hoyo y salió corriendo, alejándose del campo de jaras.

No quería acercarme. El olor, que ya se había esparcido por todo el campo, y la neblina inundaban mi vista y mi olfato. Casi sin darme cuenta bajé la vista y pude notar que mis piernas ya se estaban moviendo hacia aquel ángel que lloraba y gritaba a la orilla de una tumba sin marcar. Casi a punto de llegar, ella me escuchó y entre sollozos gritó:

—¡Que te vayas, Nicolás! ¡Ya te dije que te vayas! No te acerques, por favor.

Yo pienso que a los 12 años no existe maldad en los ojos de un niño, pero recuerdo la curiosidad, la curiosidad que me empujó a dar esos dos

pasitos más. En el hoyo estaban los cuerpos de dos hombres. Mi primer instinto fue refugiarme en Débora, quien aún lloraba en el suelo frente a mí. Me tiré a su lado y la abracé, ella me abrazó, luego me tomó las mejillas y me dijo:

—Vámonos, Nicolás, no le puedes decir a nadie lo que viste aquí, ¿entendido? Yo me encargaré de esto y mañana todo va a estar normal en la fiesta, ¿vale?

Asentí con la cabeza, aún blanco de miedo. Nos levantamos y fuimos caminando lentamente hacia el pueblo. Yo trataba de volver mi espíritu a la normalidad, de olvidar todo lo que había pasado allá atrás, pero ella, ella... parecía transparente, como si ya no se encontrara ahí conmigo en ese campo. Su mano aún me sujetaba, pero su mirada llegaba al cielo y se perdía en las estrellas. A cada paso su espíritu subía más. Comenzó a tararear una melodía y me preguntó:

—¿Conoces esta canción?

Moví la cabeza rápidamente de izquierda a derecha.

—Habla de una estrella fugaz, de cómo debes guardarla en tu bolsillo para un día lluvioso. Francisco solía cantarla cuando nos conocimos.

Yo no supe qué decir, solo seguí caminando. Ya en la catedral se detuvo y me preguntó:

—¿Todavía tienes la llave de atrás?

Metí la mano en mi bolsillo y le entregué una pequeña llave oxidada con un llavero de una llama tejida que me dio doña Marcela. Me acarició la mejilla y me miró una última vez, sonrió y me besó la frente. Con este último gesto se esfumó frente a mí por última vez. Algo que siempre extrañaré de Débora es esa manera de volverse denso polvo de estrellas frente a mis ojos, como un acto de magia. Esa noche lloré.

El día de San Clemente llegó y con él la tempestad más grande que haya golpeado al pueblo en años. Había llovido toda la noche y cerca de las ocho de la mañana comenzó de nuevo, cada vez más fuerte, más angustiosa la tormenta. Yo estaba despierto desde las tres, pero a las ocho que debía salir para la iglesia preferí quedarme. Mi curiosidad, que hasta entonces no había hecho más que meterme en problemas, no

existió aquella mañana y no tiene usted idea de todos los años que me atormenté por no haber ido a la iglesia. Fue hasta las nueve que doña Marcela entró y la encontró colgando de aquel barandal. Aquella tranquila iglesia se volvió un espectáculo y por primera vez en años se llenó.

A las nueve y tres minutos iba saliendo de mi casa, pateando piedras, cuando Pepe pasó corriendo con la cara blanca en sentido opuesto, iba camino a la caseta de policía. Luego pasaron Felipe y Rosa corriendo también, pero ellos hacia la iglesia. Cuando di vuelta en la esquina aquella escena se abrió frente a mí como una película: los llantos de doña Marcela y las señoras, los murmullos que solos son como suave viento, pero juntos como un tornado que te escupe las palabras adecuadas. Mis rodillas chocaron entre sí, el aliento se escapaba por mi boca abierta y mis ojos se cuartearon y se inundaron en lágrimas aún sin nacer. Me abrí paso entre chamarras y vestidos, pasando como una sombra. Hasta adelante Martín y otros señores detenían la multitud y tras ellos solo estaba la pequeña puerta de servicio abierta. Martín me tomó del brazo y cuando iba a gritarme que me alejara lo empujé y entré corriendo.

Adentro estaba doña Marcela con mi estrella entre sus brazos. Ya sin vestido, mi estrella, y ya sin esa mañana sobre sus hombros, ya sin sonrisa y ya sin vida, pero aún con ese destello de sol en sus ojos. No podía moverme, solo verla descansar en los brazos de doña Marcela, con moretones en el cuello y blanca como los manteles detrás de ella. Estaba tan desconectado de mi cuerpo que solo pude darme cuenta de que lloraba porque las lágrimas no me dejaban ver. Los vitrales de nuevo lloraban rojos y púrpuras, y el Cristo de la cruz la veía con tanta tristeza que parecía Débora la crucificada y Cristo solo un arrepentido más. Corrí y la abracé, recuerdo que le repetía al oído:

—Perdóname por no cuidarte, perdóname por no cuidarte, perdóname por no cuidarte...

Marcela me abrazó y me consoló, pero no sirvió de nada, no encontraba consuelo, la culpa era la única que me abrazaba porque le juré cuidarla, porque no me quedé con ella, porque no llegué a tiempo esa

mañana, porque no pude salvarla. La dejé sola en esa iglesia y ahora no la vería jamás. Mi peor temor se había hecho realidad: cerré los ojos y la ilusión de Débora se esfumó, de nuevo estaba solo en esa carretera. Me aferré a su cuerpo aun cuando doña Marcela intentó alejarme, no la iba a soltar. Llegaron mamá y Pepe, y entre los tres me alejaron dando golpes y patadas, pues había llegado la policía. Mientras me alejaban podría jurar que la sentí sonreírme una última vez, sentí la calma y el mareo propios de cuando me sonreía. Al día siguiente, San Clemente había llegado a los periódicos por primera vez en su historia y ni siquiera escribieron bien el nombre:

*“Escondidos en Hidalgo hermanos holandeses ladrones de joyas”*

*En 1977, en Buenos Aires, Argentina, los hermanos Débora y Gerrit de Boer se asociaron con Francisco Ruiz Torres para robar joyerías. Tras su último atraco en Panamá, la mujer se separó de sus cómplices y acordaron encontrarse en Ciudad de México, pero Francisco se llevó a Gerrit y los diamantes a Santa Clara, pequeña comunidad en el estado de Hidalgo, donde asesinó a su compañero y a un sacerdote recién transferido, tomó el lugar de este último y enterró los cuerpos de sus víctimas. Tras una larga búsqueda, Débora encontró a su antiguo compañero de fechorías y se hizo pasar por ayudante de la iglesia. El asesino le dijo que su hermano había ido a Guanajuato a vender las joyas, pero cuando ella descubrió la verdad, el falso sacerdote huyó con los diamantes robados. La delincuente, que se conocía en el pueblo como La Holandesa, se suicidó la mañana del 23 de noviembre en la iglesia de Santa Clara.*

ESTEBAN REYNOSO



## AÑO PESADO



## LE CORTARON LAS ALAS

*Cada dictador que hay en América Latina le duele a todo el continente.*

Residente, 2021

**E**sa tarde estaba feliz. Era mi primera vez asistiendo a una votación. En esa época, como en el presente, las ideas en torno a la democracia estaban vaciadas de sentido. Pero había algo diferente, era joven y en mi corazón y cabeza algo ardía. El doctor Allende representaba las ideas que construirían el progreso que necesitaba nuestro país. Desde antes se sabía que él representaba al candidato para lograr un cambio que mucha gente tenía años esperando, o eso pensaba en aquel momento. El socialismo era algo que le daba sentido al día a día de muchos trabajadores y trabajadoras chilenas. Un largo y cansado día de jornal por una miseria de salario que no alcanza para llegar a fin de mes. ¿Era eso justo en un país como el nuestro donde se podía ver a los dueños de todo tenerlo todo? Me daba rabia ver a los propietarios del almacén donde laboraba mi viejo andar muy cachetones con su auto nuevo mientras mi madre traía la cauchera vacía. Yo tenía cinco años trabajando en un taller de torno a ocho cuadras de mi casa, desde que salí del cole tuve que comenzar a ayudar en casa con lo poco que ganaba.

El día de la elección fue un viernes 4 de septiembre de 1970. Me levanté con una sensación extraña, una mezcla de entusiasmo, alegría y nerviosismo:

—¿Y si no pasa nada?, ¿y si el país se va al carajo como muchos diarios auguran? Algunos ya estamos en el carajo, ¿a dónde más podemos irnos?, pensé mientras me ponía una polera para bajar a desayunar.

Yo sabía que, de ganar Allende, iba a ser partícipe de un cambio en Chile. Era día de ir a votación, mientras comíamos la familia empezó a comentar por quién votaría. Yo, nervioso por ser mi primera vez, no quise decir por quién lo haría, así que sólo contesté con un tímido *Aún no sé*, aunque hacía semanas que sabía perfectamente por quién lo haría. La democracia, en algunas ocasiones, resulta ser más infame que el peor hachazo de tu vida. Votas por un *weón* pensando que es el bueno y te jode la vida. Pero ese día, algo era diferente. Yo lo creía y lo sentía firmemente.

Llegamos a las urnas y había grandes filas de gente, algunas mujeres hasta con guaguas estaban formadas. También se podía visualizar a varios policías vigilando que todo estuviera en calma y así ocurrió, toda la gente estaba tranquila. Cuando fue mi turno, me quedé mirando unos segundos la boleta y leí con calma los nombres que venían en ella: eran tres candidatos que conocía a la perfección. Desde hace meses nos habían hostigado con panfletos y con conferencias en radio de las propuestas de cada uno, aunque es cierto que los diarios y periodistas hablaban del socialismo y de su candidato. Recuerdo muy bien el orden de presentación.

El primero en la boleta, por el cual yo y más de un millón doscientos mil chilenos votamos, fue Salvador Allende. Él era del Partido Socialista que, junto con otros partidos de izquierda, formaron la coalición “Unión popular”. Su lema de campaña fue “vía pacífica al socialismo”, me lo aprendí porque cada mañana rumbo al camino a mi trabajo encontraba una barda pintada con el rostro de Allende y su lema de campaña. Aunque era joven, en el cole el profe de filosofía nos había hablado de Marx y el proyecto revolucionario, y aunque en ese momento yo no entendía muy bien el significado de *corrientes teóricas, modos y medios de producción, materialismo histórico, estructura y superestructura* y demás conceptos propios de esa ideología, en mi barrio se vivía en carne propia el resultado de la explotación.

El segundo candidato en la boleta era Radomiro Tomic del partido democracia cristiana, un erudito sin mucha popularidad. Pasó inadvertido la mayor parte de las campañas. El último era Jorge Alessandri, expresidente de la república del sexenio de 1958. Yo tenía 7 años cuando inició su mandato, ni me enteré de él, mis papás dicen que fue igual que todos, nada fuera de lo normal, él era del Partido Nacional. Todos sabíamos que Estados Unidos lo financiaba, su embajador siempre tenía las narices metidas en los asuntos del país. Sin embargo, nadie sospechaba de lo involucrados que iban a estar los norteamericanos en la situación política del país. Un obrero, un campesino, un trabajador de a pie, no tenía por qué entender la situación internacional. Se escuchaba sobre la tensión entre la Unión Soviética y los norteamericanos, pero, cuando apenas y se puede procurar el alimento, poco tiempo hay para pensar en lo que pasa en el mundo.

Pasada la medianoche se supo el resultado de los comicios, los cuales fueron: Allende: 36,6%, Alessandri: 34,9% y Tomic: 27,8%. Esa noche me sentí tranquilo y con la esperanza de que Allende cumpliera las transformaciones que tanto le prometió al pueblo chileno. La diferencia no fue tan amplia como se esperaba, los diarios presentaban al doctor como una reencarnación del mismísimo satanás, los curas en las homilías también renegaban de los zurdos ateos, quienes tenían un lugar reservado en el fuego del infierno.

El de Salvador Allende fue el primer gobierno marxista en toda América, su administración estaba encaminada a hacer de Chile un país socialista, y nosotros pensábamos que eso era bueno. Años antes de la presidencia de Allende era bien sabido que había extranjeros explotando los minerales del país, la tierra de trabajo de los campesinos era arrebatada por los hacendados, casi nadie tenía nada. Las élites y demás agallentos no querían que Salvador Allende llegara a la presidencia. Desde antes de que tomara posesión, se podía vislumbrar una situación algaida, conflictiva. Nadie se imaginaba en qué derivaría. Las semanas previas a su toma de posesión, se había suscitado una serie de altercados que tenían como objetivo implantar terror en la sociedad.

Tal situación tenía como motor el surgimiento de una gran cantidad de grupos de ultra derecha como Patria y Libertad que cometían actos terroristas. Desde esos momentos se debió sospechar que los momios hijos de puta estarían dispuestos a todo. Ciegos en su avaricia, negando la humillación de otros, veían en ese proyecto político el fin de su posición. *¡Que tontos!, pienso ahora, no se buscaba un cambio de posiciones, ni que el rico fuera pobre, ni que el pobre fuera rico. Se buscaba que todos estuviéramos mejor.*

Uno de mis compañeros de trabajo, muy activo en el sindicato nacional de obreros, había escuchado decir en una de sus asambleas que la CIA financia a esos grupos radicales. Los yanquis no querían que Allende llegara a tomar posesión, pero aun con todas sus chanchadas que provocaban la alteración social, sí logró llegar a despachar a Palacio de Moneda.

Desde la llegada de Allende a la presidencia, se le empezó a decir a la población chilena de las ventajas que se tendrían con el nuevo sistema económico y político. En verdad creí que habría mejorías, después de tantos años de ver cómo mis viejos trabajaban sin descanso para darnos lo básico. Sentí que por fin había justicia, por fin habría mayor igualdad. Todo cambió cuando los norteamericanos se infiltraron más en los asuntos políticos de Chile. Durante tres años las cosas fueron transformándose. Toda reestructuración se lleva a cabo de forma paulatina, los resultados del socialismo no se veían de la noche a la mañana.

Todo cambió un 11 de septiembre... Era el año de 1973, todo pasó tan rápido que no lo recuerdo con claridad. Era de mañana, no pasaba de las 11:00 a.m., los líderes, generales y comandantes del ejército ocuparon en gran parte los cabildos del país exigiendo la renuncia del presidente. Él se refugió en el Palacio de la Moneda. Compañeros que vivían cerca de la plaza central me contaron semanas después que hubo disparos, gritos y terror durante un tiempo prolongado. Lo único que yo escuché fueron explosiones, después supe que era el bombardeo que sufrió el palacio para capturar a Salvador Allende. Estos acontecimientos ya se veían venir, desde el asesinato del general René Schneider que

era fiel a la causa de Allende y la sublevación militar que después sería conocida como *Tanquetazo* en julio de 1973.

Lo más emotivo y lo que siempre recordaré de aquellos dramáticos hechos ocurridos el 11 de septiembre fue el último discurso que Salvador Allende alcanzó a realizar en Radio Magallanes. Fueron los ocho minutos más angustiosos de mi vida, no sabía qué pasaría después de que los militares tomaran el poder. Sabía que, con el fin de la transmisión, el líder chilero sería capturado y asesinado.

Después de aquella trágica mañana, el país entró en crisis. Casi nadie quería a los militares en el poder, tenían muy pocos partidarios, pero ellos tenían algo que el pueblo no: las armas para provocar miedo. Fueron diecisiete años de incertidumbre, de no saber a qué hora llegaría una patrulla de pacos al frente de tu casa. Diecisiete años de caminar con miedo. Diecisiete años de no saber si al día siguiente volverías a ver a tu familia. Fueron los peores diecisiete años de mi vida. El país se mantuvo como siempre había estado: el poder y el dinero en manos de unos pocos, mientras la mayoría no dejaba de trabajar para conseguir el pan. Esos diecisiete años donde no existieron derechos humanos, la dictadura cometía actos horribles para seguir teniendo el poder, ejecuciones, violaciones, mutilaciones, tortura, un sinfín de actos deleznable que el pueblo chileno no debe olvidar.

Ya a mis 58 años sigo contando esta historia; postrado en una cama, con una mano mutilada como recuerdo permanente del “error” de haberme reunido con mis compañeros de sindicato para protestar contra las medidas del hijo de puta de Pinochet. Un recordatorio eterno del terror que vivimos los chilenos. Cuento esta historia para que no quede en el olvido, para que siempre sea recordada y cada uno de los que escuchen sienta la misma rabia que yo transpiro al recordar esos tres años de historia.

También la cuento como proclama para que los menores tengan en mente que un derecho universal de la vida es el derecho a la esperanza. Todos tienen derecho a creer en algo. Al pueblo chileno le cortaron las alas, las alas de aquella esperanza de una vida mejor. Hoy en día, muchos

justifican la dictadura porque Chile tuvo un progreso económico y, según los datos de los noticieros y fríos diarios, la economía “crecía”, pero muchos sectores y provincias del país nunca vieron ese crecimiento. “*A dónde hay que formarse para recibir la riqueza de los países*”, leí de un escritor uruguayo.

Cada país tiene el derecho de morir con la suya. De ser representados y dirigidos por quien la mayoría decida. Por décadas aguantamos a puro mano de guanga que se volvió inmensamente rico desde sus posiciones de poder. ¿Por qué nos quitaron el derecho y la oportunidad de buscar otros caminos? Al parecer hay momentos en la historia donde se impone la pasividad. Yo quiero caminar, quiero seguir caminando, y para avanzar sin perdernos, debemos mirar la ruta que nos ha conducido hasta el punto donde somos conscientes de que queremos cambiar el rumbo. Para seguir adelante es muy útil voltear de vez en vez atrás.

VÍCTOR ARMANDO YÁÑEZ FLORES

## EL DÍA EN QUE EL VIEJO LEÓN LLORÓ

Una lágrima pareció escurrirle mientras su cuerpo cruzaba el portón. En medio del tumulto de luz que patrullas y ambulancias derrochaban sobre la escena, brilló un riachuelo que le bajaba por la mejilla, salándola, hasta desembocar con violencia en un mar de sangre.

El recuerdo de mayo resurgía en mí, gota a gota: el estruendo de las ráfagas retumbando de nuevo en nuestros oídos, las bombas incendiándonos otra vez los sueños, el aire saturado de vidrio y yeso, desastroso, y aquel sabor metálico volviendo a agujerarnos la garganta, el momento en el que el tiempo no nos alcanzó para nada.

En un instante supe lo que pasaba, nos iban a matar. No había otra explicación. Sin pensarlo, lo empujé al rincón y en el suelo hice todo lo posible para protegerlo; mi cuerpo entre el viejo y la balacera. Claro que todos, menos él, hubiéramos preferido que me matasen a mí primero, pero sé que jamás me habría perdonado el dar mi vida por salvar la suya. Los disparos cesaron. Una voz inofensiva rasgó la oscuridad que había comenzado a asentarse. Era Sieva. Estaba vivo y, al parecer, nosotros también. Y luego, el silencio, accidentado, como ningún otro en mi vida. El muralista había fracasado.

—La suerte nos ha concedido un plazo, Natacha, pero será breve —me dijo Davidovich con la certeza de quien ha mirado a la muerte directo a los ojos más de una vez.

Pero esa lágrima terminó de romperme. Algo no cuadraba. No podía ser. ¿Acaso nunca lo había visto llorar? ¿Le habré regalado mi vida a



un hombre al que nunca había visto llorar? Y, por más que me esforcé, no pude recordar ningún momento. Es más, con toda seguridad, sé que jamás nadie lo había visto hacerlo, porque hasta ese día no había derramado lágrima alguna. Nadie iba a creerlo; no importaba su afiliación, tendencia o ideología política, moral o religiosa. Nadie se iba a creer que esa gota que le humedecía el temple era verdadera.

Tenía que ser un montaje; otro como tantos que le habían inventado a lo largo de los años. Un escándalo insidioso por aquí, unas fotos manipuladas por allá, un traidor a la Revolución conseguirás. Toneladas de propaganda negra adherida por siempre a la memoria colectiva de una nación que poco a poco fue perdiendo lo revolucionaria. Un plan para asesinar al dictador, otro para descarrilar la economía nacional, y el verdadero colmo: el delirio poético; un romance, otro, con una pintora, otra. Todas mentiras, pero ninguna lágrima.

No podía ser verdad. Simplemente no cabía en ningún calendario, en ninguna geografía. Llevaba consigo tantos kilómetros combatidos a sudor y sangre, en una patria helada, en una tormenta invernal o dictatorial, que a estas alturas son casi lo mismo. Era el líder del ejército más grande de la historia. Mantuvo viva la ilusión de una nación completa, cuya esperanza era lo último que le quedaba. Millones confiaron todo, hasta la última migaja, su vida y la de toda su familia, a esa mirada de acero. Y al final nada de eso importó. Nos desterraron como si fuésemos traidores. Hemos sufrido la más inhumana persecución. Exilio tras exilio: Siberia, Londres, París, Nueva York, Turquía. Han arrasado con todo su linaje. Millones de muertes cargaba sobre el lomo, todas propias, todas muertes hermanas, y nunca una lágrima.

No era de dolor, mucho menos de miedo. Ese día lo descubrí: esa lágrima. Una decepción le recorría los huesos. Fue traicionado por quien más quería, por la humanidad entera. Fuimos nosotros quienes lo traicionamos. Todos somos responsables de abandonarlo en este país olvidado por dios. Y, finalmente, ¿qué pensábamos que iba a suceder? ¿Qué se puede cosechar en un país cuyo suelo ha sido tantas veces regado con esas mismas lágrimas? Lágrimas de traición.

Llamémosle como queramos: azar, destino, fortuna, pero algo hizo que cayéramos en esta tierra de nadie. Parecía que apenas ayer hubiéramos llegado en el Ruth a Tampico. Lo recuerdo bien, aunque el golpe de calor casi hizo que me desmayara, estábamos alucinados. Después del asilo rechazado en todos los países del mundo, que una tierra paradisiaca nos recibiera con los brazos abiertos parecía una broma o incluso una trampa. Demasiado bueno para ser verdad.

¿Quién lo hubiera adivinado?, si el sol de agosto resplandecía dominante desde las primeras horas de la jornada, asegurándonos que otro día más se nos iba a permitir. Aun a la mitad del verano, las mañanas en el sur de esta ciudad siempre nos regalaron su frescura. Las flores se abrieron y la vegetación relucía. A pesar de que Davidovich se quejaba de una debilidad física que le impedía realizar esfuerzos, aquel día irradiaba una vitalidad que desde hacía varios años no atestiguaba.

Temprano, después de comentarme lo bien que se sentía, salió a alimentar a sus conejos y gallinas. Era una actividad a la que le había agarrado cariño recientemente porque que le ayudaba a distraerse de su labor intelectual. Tal vez era el único momento en el que podía ser genuinamente él. Siempre había sido un gran cuidador. Algunas veces hasta pensé que les prestaba más atención a sus animales que a mí. Pero también mantenía una distancia con respecto a ellos, nunca les ponía nombre, por ejemplo. No quería encariñarse demasiado. Finalmente, eran esas mismas manos las que, llegado el momento, les tenían que dar muerte. Se acercaba el día para una de las gallinas, me dijo sin poder disimular una pizca de tristeza.

Era mediodía y lo miré desde el balcón. Estaba en el jardín aventando granos de maíz al gallinero. Llevaba ya toda la mañana fuera y no parecía estar dispuesto a detenerse hasta terminar su tarea. Era su único escape de la realidad. En días como hoy, verdaderamente lo reanimaba, le devolvía la juventud. Le acerqué su café y una gorra. Pensaba que la única amenaza era el abrasante sol cenital de verano.

En el sur de la ciudad todavía se oye a los pajarillos cantar. Respiré profundo y creí por un momento que los días grises que tanto nos ha-

bían atormentado estaban por fin sepultados. Por un instante me pareció lejana aquella época cuando la policía secreta asesinó a los hijos de Leo. Davidovich pasó semanas enteras encerrado en su estudio, no habló con nadie y no comió casi nada. Cuando por fin salió del aislamiento, se le veía envejecido, como si le hubiesen arrebatado toda la luz de la mirada: el pelo más canoso, las ojeras más ondas, la postura más encorvada. Le habían robado media vida. Nada se parecía al Leo de hoy.

Subió y bajó los escalones de ese mismo balcón, trabajó en ese mismo despacho, se sentó sobre la misma silla, era el mismo viejo revolucionario, como tantos otros días lo había sido, y nadie sospechó la catástrofe.

A las cinco y veinte estaba Davidovich con Jacson en el patio, con la jaula de los conejos abierta. El viejo daba vueltas por el jardín como si le faltase algo. Era uno de los conejos, el del antifaz negro, que no aparecía. Davidovich le pidió ayuda para buscarlo y él accedió a regañadientes. Noté que llevaba un viejo impermeable bajo el brazo, pero no parecía que fuera a llover. Se movía de una manera mecánica, sin dejar de lado el abrigo. En menos de un minuto, Jacson lo encontró detrás de los nopales. Lo atrapó con una sola mano y lo levantó del pellejo. Estaba aterrado. Tal vez sabía lo que estaba a punto de suceder y no quería ser testigo.

Se suponía que al día siguiente Jacson regresaría a Nueva York con Silvia. Los considerábamos a ambos como amigos de la familia y los invitamos a cenar para desearles un buen viaje. Jacson rechazó inmediatamente. Traía prisa y se miraba nervioso. Desentonaba.

—¿Por qué tan abrigado con este clima? —le pregunté.

—Ahora el sol quema, pero en unos minutos puede caer un aguacero. Es México, uno nunca sabe lo que puede suceder —me contestó en un francés atropellado.

Tristemente tenía razón, nadie supo lo que iba a ocurrir.

—¿Traes el artículo terminado? —preguntó Davidovich.

Asintió con un gesto un poco tímido y los acompañé hasta el estudio. La puerta se cerró mientras entraba a la habitación contigua. No pasaron ni tres minutos. Escuché un grito terrible. Después un golpe seco.

Estaba Davidovich apoyado en el bastidor de la puerta, con el rostro ensangrentado.

Sólo pronunció una palabra:

—Jacson.

Y, como si me hubiera querido decir “se cumplió”, sólo escuché:

—Natacha, te amo. Hay que alejar a Sieva de todo esto.

—¿Qué hacemos con ése? —le pregunté señalando a Jacson—, lo van a matar.

—No, no hay que matarlo. Hay que obligarlo a hablar.

Mirándome fijamente, ya con los ojos humedecidos, León Trotsky dijo:

—Siento aquí —señalando su pecho—, siento aquí que es el fin. Esta vez lo han logrado.

IMANOL LÓPEZ

## NOTAS DE PAULA

**E**s usual que la gente desaparezca en esta época, estaba preocupada de que te hubiesen acusado de comunista y te torturasen como le hicieron a mi vecina... La pobre chica ha quedado tan traumada de las atrocidades que hicieron con su cuerpo que ya ni siquiera sale a recoger su correo. Yo me hago cargo de pagar sus cuentas, ella desliza un sobre con el dinero bajo la puerta y siempre me deja un sobrante para el transporte y algún alimento; también leo las cartas que su padre le escribe, una cada semana. En realidad ella no las quiere, solo toma el dinero que le manda el papá. Pobre señor, tiene tantas ganas de venir a verla, pero no obtiene respuesta. Supongo que debería dejar de pedirle permiso y venir para ayudarla a salir de la depresión en la que se ha sumergido.

Claro que yo haría eso, porque nunca he comprendido el significado de la sensatez. Así lo hice el 10 de marzo, tres meses después de no haber recibido noticia alguna de ti, de no tener tus inesperadas visitas nocturnas, de no recibir tus frías pero significativas cartas, de no tener mi buzón de voz lleno, como cada fin de semana que pensabas que andaba por algún bar de la ciudad engañándote con algún sujeto. Entonces terminé mi cigarro, me levanté de la mesa, me puse esas botas industriales que tanto detestas y salté fuera del departamento, tan emocionada como una niña que va de compras a la juguetería. Y así emprendí mi camino hacia el reencuentro más esperado.

Cuando llegué al edificio de tu departamento el ascensor no bajaba, así que rápidamente corrí a las escaleras, pues no podía esperar más



para hacerme sitio en tus delgados brazos, para quitarme las botas y el resto de la ropa, para recostarme a tu lado izquierdo en la cama y enredar mis dedos en tu desalineada barba. Entonces volteé porque el elevador me indicó que acababa de llegar. Me pareció una burla del destino y quise mirar con desprecio a quien entorpeció mi viaje hacia ti; era una hermosa chica, con delicados zapatos, pies ridículamente pequeños, cabellos lacios y oscuros, muy a juego con su pálido tono... y tú de su mano. No puedo describir mi reacción en ese momento, siento como si me hubiera paralizado, pero corrí detrás de la escalera, escondiéndome, llena de vergüenza.

Ahí estaba la razón por la que habías desaparecido. No te llevaron a la Casa de la Muerte en Petrópolis, no te suministraron el suero de la verdad, no te inyectaron éter, no te torturaron con animales ni te colocaron en un pau de arara. Simplemente estabas con otra chica y ya no sé qué hubiera sido peor. Tú y yo nos mantuvimos en una inestabilidad tan constante que hasta fuimos estables.

Cuando volví a mi departamento di un montón de vueltas por las habitaciones. Entraba, salía, comencé a caminar sobre los muebles, como si fuera algo normal. Me terminé los cigarrillos, tomé la botella de vino que mi abuelo me regaló en una navidad, me tiré al suelo a llorar, incluso mi pobre vecina llamó a la puerta para preguntarme si estaba bien —por supuesto que no estoy bien, ¿acaso no has escuchado mi llanto de desesperación?—. Quizá fui muy grosera, la pobre apenas puede con ella misma y su dolor, pero yo no pretendía agobiarla con mi patético desamor.

Una mañana tocaron a mi puerta. No quería atender, pero tocaban con insistencia. Cuando abrí, esperando que fuese alguien deseado, me encontré con un extraño, un señor canoso que ya transitaba por los sesenta y tantos. Me preguntó por Paula, mi vecina. Yo le confirmé que vivía a la derecha, pero él más bien preguntaba por qué no atendía ella la puerta. Pensé que pudo darse cuenta de que era él y pretendió no estar, pero me sentía comprometida a ayudarlo y de esa forma también ayudaría a esa pobre chica.

Le pedí que me esperara fuera del departamento y que en diez minutos abriría la puerta. Entonces salí por mi ventana pese al terror que le tengo a las alturas, caminé por la cornisa y como pude lo logré, había llegado a su ventana... La escena que presencié fue atroz: allí estaba Paula, sin duda, hacía más de un año que no salía del departamento, se había convertido en una especie de ermitaña. Su cuerpo moreno y extremadamente delgado yacía sobre el suelo, rodeado de un charco de sangre coagulada y un cuchillo que sin duda había sido el cómplice. Debió estar así al menos un par de días, y su padre, su pobre padre, viajó desde Roraima para ayudar a su pequeña. Regresé a mi departamento y le di la terrible noticia. Lógicamente rompió en llanto, arrepintiéndose de no haber venido antes.

Cuando transportaban el cadáver de Paula, todos los inquilinos del edificio husmearon desde sus ventanas y algunos bajaron a ver lo que ocurrió, murmurando rumores calientitos. Aquel momento fue como el destino burlándose de mi patética depresión, que prontamente terminó; se burlaba de mí porque acababa de suceder algo terrible con Paula, la pobre chica que tenía una depresión justificada y que jamás tuvo ayuda, desde luego tampoco de mi parte.

Mientras limpiaba su departamento me encontré con un cuaderno de notas donde había dejado su testimonio de lo ocurrido en el centro clandestino de tortura. Paula dedicó numerosas páginas de aquella libreta a describir las atrocidades por las que le hicieron pasar los militares... describe que la brutalidad con la que fue tratada inclusive confundió su memoria, de forma que lo que recuerda no tiene ninguna continuidad, son solo flashazos de humillación y dolor físico, pero sobre todo psicológico.

Yo siempre me creí una mujer dura, que no se asombraba significativamente con el sufrimiento, pero las notas de Paula me fragmentaron, mis sentimientos saltaban de ira a dolor, de asco a pena; hasta que finalmente leer me causaba tal indignación que ya no podía continuar. Era como si yo fuera Paula, era como si fuera todas aquellas personas encarceladas, la mayoría solo por poseer características sospechosas.

Estaba a nada de dejar de leer, de hecho salté varias líneas, pues rompía en llanto, pero de pronto llegué a una parte donde Paula relata su vida antes del centro de tortura, se remonta a mucho más atrás. Relata desde su infancia, cuando vivía con su padre en el campo.

Cuenta que su madre murió dando a luz a su séptimo hijo. Los numerosos hermanos de Paula, todos varones, se habían extendido a lo largo del mundo, sobre todo cuando la dictadura comenzó. Al ser la penúltima hija y, sobre todo, mujer, se quedó al cuidado de su padre. Relata su estadía en la universidad, donde estudiaba sociología, como la época más feliz de su vida, donde conoció un sinnúmero de amigos e incluso se enamoró locamente. Este amor desmedido fue su trágico final.

Su padre no estaba de acuerdo, pero nada le funcionó, Paula era una chica con carácter. La pareja llegó a la ciudad y se instaló en su hoy exdepartamento; el chico también era sociólogo, pero las ideas radicales de la ciudad no tenían comparación con las de su lejana universidad provinciana. El chico se filtró casi automáticamente en los movimientos de la época y Paula era feliz, disfrutando de la desbocada ciudad, de aquel amor desmesurado y de su nueva y apresurada cotidianeidad.

No recuerda cómo los apresaron, solo que en un momento estaba en la cúspide de la felicidad, de donde nada ni nadie podía arrancarla, y después un golpe de la vida habría de colocarla en una condición peor que la de antes, cuando vivía en el campo.

JULIETA M. GARAY



## VUELTAS

**M**e levanté, aún sentía las piernas adormecidas y los ojos vidriosos. Al ver el reloj me di cuenta de que ya era verdaderamente tarde y me vestí para bajar a desayunar, a sorbos y mordiscos. Salí caminando en línea recta hacia Tacubaya. Por suerte llegué a tiempo, a las 11:30, ni más ni menos. Brida y yo habíamos quedado de vernos a esa hora todos los jueves. Era una promesa a ciegas, yo no tenía el teléfono de su casa, nunca podía llamarle para confirmar si iría o si la desmañanada sería una pérdida de tiempo.

El día que hicimos esa promesa aún no estallaba la huelga. Eran tiempos difíciles para todos, menos para mí. Yo pasaba de la huelga y no hacía ni madres ni asistía a las marchas ni me ponía al corriente con mi tesis. Brida, al contrario, era una revolucionaria, activa en la huelga estudiantil, que apoyaba el paro de la escuela. A veces eso me gustaba mucho de ella puesto que, a diferencia de mí, no era indiferente y se preocupaba por todos. Me había perdido, hasta que di con ella y sus maravillosas explicaciones. Íbamos al mismo lugar. Compartimos camión. Compartimos más que eso. Me enamoré perdidamente de ella, de sus maravillosas curvas, de sus ojos color almendra y de su forma de sonreír; era perfecta.

Me platicó de su carrera y yo de los tropiezos en la mía. Me contó que tenía novio, un chico bastante rebelde y con ideales, un sueño que alcanzar, alguien que no obedecía las reglas y siempre incitaba al cambio. Silencio. Me quedé mudo porque estaba describiendo mi antítesis y, por lo tanto, a mi enemigo, mi rival. No había pasado mucho tiempo desde

aquella vez, tal vez dos semanas o tres, pero yo ya estaba obsesionado, esperando su llegada, llena de luz y de sonrisas, envuelta en coqueteos y palabrerías sofocantes.

Pero no llegaba. Pasaban y pasaban los minutos, los segundos, los contaba en el reloj. A mediodía, preferí volver a casa, maldije por haberme levantado tan temprano, miré hacia arriba, el ventilador, vuelta, vuelta, vuelta. Las di yo también. Mi cuerpo se agitaba como una máquina, todo dando vueltas. Odié a Brida, con deseos de olvidarla para siempre. No había logrado verla. Me sentí como un estúpido por estar nada más ahí dando vueltas en la cama pensando en esa desgraciada, que al final de cuentas ¡tenía novio!

Había cita, asamblea a las ocho, donde se iba a hablar acerca de la organización de la próxima marcha. Era de noche. La escuela toda rayoneada, gente cuidando las entradas, una aura negativa y enfurecida alrededor de todos. Claro, yo iba solamente a buscarla a ella, a mi Brida. La gente haciendo ruido, alguien monologando, porras y majaderías, discusiones y alegatos, y entre toda esa bola de aguerridos, la vi. Estaba siendo asquerosamente ultrajada por algunos miembros del consejo y Brida, con los ojos llorosos, no hacía nada.

Fúrico, logré colarme en la multitud y llegar a la mesa de debate, donde tocaban sin consentimiento a mi Brida, y empecé a repartir golpes. Puñetazos. Arañazos. Patadas. Finalmente, un objeto afilado, de dudoso tamaño, se había encajado en mi vientre. Sangre, jaleos, gritos, una chica empezó a gritar con tanta alarma que los cabrones se fueron. Es más, todos se fueron, creo que solo la chica que gritaba y lloraba se quedó ahí, a mi lado, creo que era Brida. Cerré los ojos con violencia, con un dolor agudo que recorría mi cuerpo llegando a la cabeza y se extendía tanto que se salía de mi boca; era de color rojo. Luego, volví a abrirlos, vi mis manos ensangrentadas, mallugadas y mi panza mal vendada. Vi a Brida. Me explicó vagamente que aquellos chicos eran amigos de Jenno, su novio, y que el mismísimo Jenno se metió en la pelea cuando vio a sus amigos en apuro. Me dijo que me había cortado con su navaja de la suerte y que seguramente lo sentía mucho; yo ne-

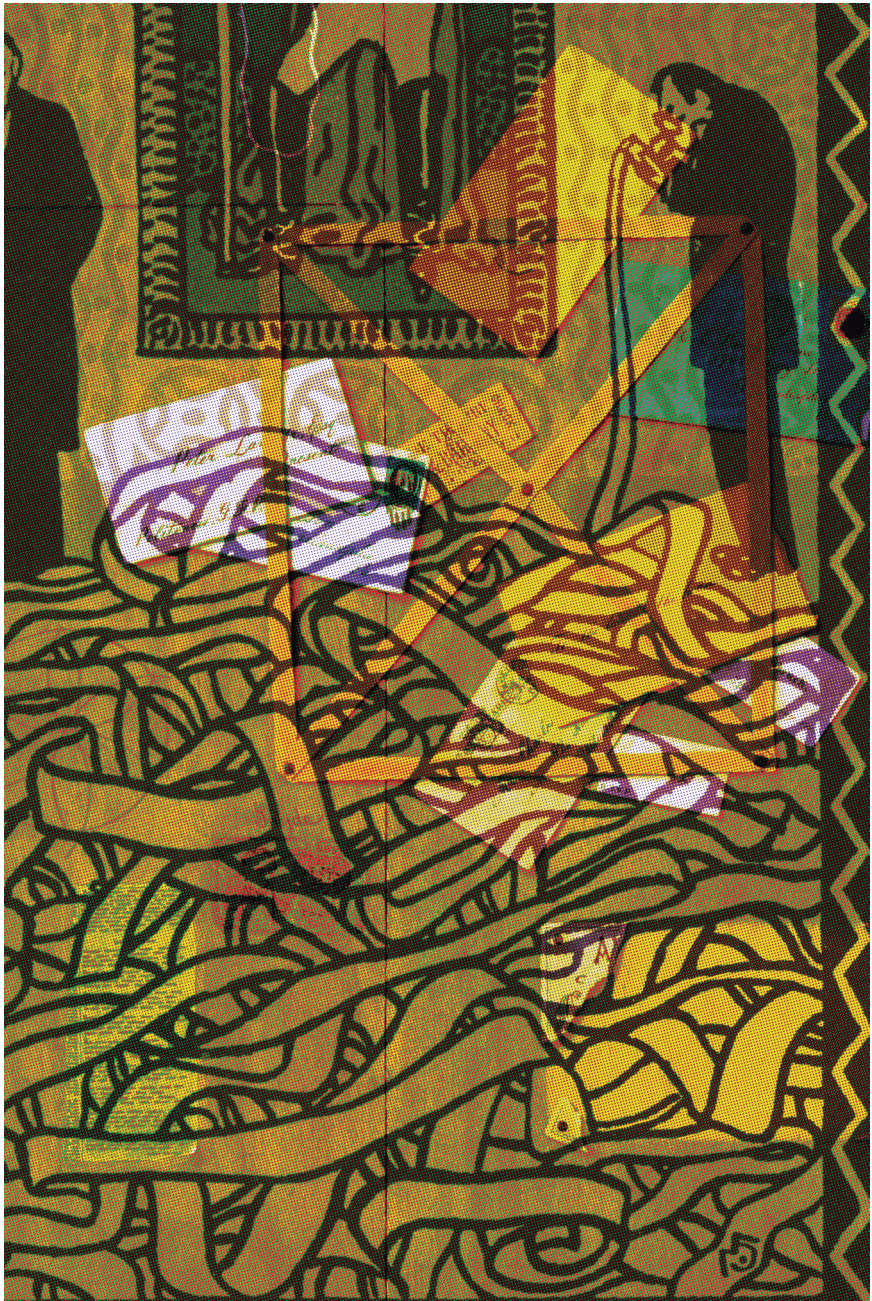
gaba con la cabeza, pero Brida insistía que Jenno no quería hacerme daño, que se le fue la mano. El corte era bastante profundo, pero no lo suficiente para ser mortal, aun así, me dolía demasiado, no sé si la picada o que Brida defendiera a Jenno, justificándolo, en vez de darme la razón a mí, en vez de consolarme a mí y decirme que me amaba porque la había rescatado de tan inmensos malhechores. Pero no lo hizo.

Me acompañó a casa, en silencio. El dolor se acrecentaba. Me pregunté qué chingados fue lo que pasó, qué chingados haría ahora. Nada. Solo soy un tonto enamorado, con una herida en la panza. Llegué a casa, ya pasaban de las once de la noche. Todos estaban dormidos, pero continuaba el sufrimiento que se extendía en mi corazón, en mi cabeza. Ya no pienso, ya no sé, solo siento dolor. Atravieso la puerta y llego en automático a mi habitación y me recuesto, viendo un techo azul. Justo en el centro algo remolinea, un ventilador. Vueltas, vueltas, vueltas.

NAOMI BAHENA



## AÑO BÉLICO



## DOCE CARTAS

*Diciembre 1, 1916*

**H**ace apenas unas horas cruzamos exitosamente de Francia a Alemania. Nos hemos asentado en el pueblo de Freiburg, o eso dicen los mapas. El lugar parece abandonado. No los culpo, yo también huiría del peligro de la guerra, si pudiera. Sé que mi última carta fue hace mucho tiempo y que pasará otro tanto para que recibas esta, pero eso no me desanima a escribir, como desanimó a mis compañeros.

Te estarás preguntando cómo logramos la hazaña de cruzar a Alemania. Honestamente me pregunto lo mismo. Fueron dos semanas en auto para llegar de Mulhouse hasta Freiburg. ¿Puedes creerlo? ¡Dos semanas! Recuerdo el día anterior a nuestra salida, el coronel Beacon había dado la orden de empacar todo y cargarlo en los automóviles, así que para cuando el sol se puso, todos estábamos listos para partir. Pero el coronel nos tenía una sorpresa. Como te he comentado en cartas pasadas, los franceses solían hacernos visitas para darnos comida o llevar mensajes de nuestros aliados, pero esta vez nos llevaron algo mejor: entretenimiento.

Voy a ser honesto, cuando salieron las primeras chicas bailando, mi sangre se fue directo a... mi cabeza. Hacía cuánto no veíamos a una mujer, en especial una mujer en esos atuendos. Pero verlas solo logró hacerme extrañar aún más, y a cualquiera que viera, solo podía ver tu cara. Al finalizar el *show* nos dieron a cada quien un pan con jamón y nos subimos a los automóviles. Viajamos todos los días, con tan solo la ocasional parada al baño, antes de llegar a la frontera alemana. Duran-

te esas noches no pude descansar, algo me mantenía despierto. Y ese algo eras tú, simplemente no podía dejar de pensar en ti.

*Diciembre 2, 1916*

Primera noche en el pueblo. Estoy tan cansado de cavar que apenas puedo sostener la pluma. Pensándolo bien, no entiendo por qué los franceses nos mandan a los ingleses a defender sus fronteras. El coronel ordenó cavar trincheras al alba y simplemente se retiró a sus aposentos. Mal dormidos y con hambre, nos pusimos a trabajar. Me tocó cavar el ala oeste con Frederick, Henry, Parker y O'Connel. No sé quién comenzó, pero pronto Parker estaba contándonos el día de su boda: cómo le había pedido matrimonio a su novia luego de cinco años de noviazgo, describiendo a detalle el templo donde se casaron, al igual que el hermoso vestido blanco de ella, y terminó con la fiesta, a la cual asistieron alrededor de cien personas y una banda completa. Fue un buen entretenimiento que nos sacó por un rato la comida de la cabeza, ausente de nuestra barriga. Una vez más te seré honesto: no pude evitar una sonrisa cuando te imaginé en un vestido blanco que va de tu cuello a los tobillos, con un velo largo que cubre tu cabello rojizo, peinado en un hermoso chongo alto, tus guantes igualmente blancos, que te llegan hasta las codos, sosteniendo un ramo de rosas blancas mientras caminas en medio de la iglesia hasta el altar. Esa noche tampoco logré conciliar el sueño, no pude evitar planear nuestra fiesta de boda: un salón enorme al aire libre, tú en tu vestido todavía impecablemente blanco, robando la atención del público, y yo a tu lado tomándote por la cintura, presumiendo a nuestros doscientos (ya sé que no tenemos dinero para tanto, pero se puede soñar) invitados lo afortunado que soy. Y bailaremos toda la noche al compás de nuestra música favorita. Dime, ¿por qué nunca hicimos algo así?

*Diciembre 4, 1916*

Tanto ayer como hoy cavamos el resto de la trinchera oeste. Mañana la conectaremos con las demás. El coronel Beacon salió de su tienda para

anunciarnos que los alemanes están cerca y que debemos apurarnos si no queremos morir. Lindo recuerdo.

En fin, ayer fue Henry quien nos contó una historia para mantener nuestras mentes ocupadas: un pueblo donde los hombres vivían separados de las mujeres, excepto cuando son bebés o se casan. En el primer caso, las madres se quedan con sus hijos hasta que los niños dejen de tomar leche; en el segundo, se celebra una ceremonia enorme donde por una noche las barreras se rompen y todo el pueblo se mezcla, hombres y mujeres son uno. Claramente nos saltaron muchas dudas: ¿cómo se vivía sin una madre que te cocinara?, ¿cómo elegías con quién casarte si nunca habías visto a una mujer?, ¿cómo podías tener hijos si no era posible ver o incluso estar con una persona del otro sexo? Solo nos respondió con un simple “no lo sé”. Y era verdad que no lo sabía. Un mito, un cuento, algo que probablemente nunca existió, nos dijo.

Bobadas, niñerías, respondió O’Connel. Yo me mantuve callado, solo pensaba en lo trágico que hubiera sido vivir en aquel pueblo, real o no. Si hubiéramos nacido ahí, nunca nos hubiéramos conocido. Y si nos hubiéramos visto en una de esas bodas, ¿nos hubiéramos enamorado? Había tantas preguntas en mi cabeza que preferí dejar de pensar y enfocarme en cavar.

### *Diciembre 13, 1916*

Ha vuelto a pasar tiempo desde mi última carta, pero los eventos recientes me excusan. La guerra siempre nos tomará por sorpresa, y los alemanes hicieron eso mismo. Apenas habíamos terminado las trincheras y estábamos descansando cuando lo escuchamos. Un silbido. Algo cayendo rápidamente. Una explosión.

Recuerdo que de pequeños nos contaban de los horrores de las guerras, pero nada te prepara para algo así. Incluso he escuchado al coronel Beacon llamarle la Gran Guerra. Nunca antes había existido una guerra tan grande y sangrienta como esta. Y yo la estoy viviendo.

No hay nada peor que ver a tu compañero de cuadrilla morir a tu lado por miles de balas o escuchar una explosión y ver frente a ti una

extremidad. No saber si agacharte y pasar por cobarde o intentar salir de la trinchera y avanzar contra los enemigos.

Sin piedad. Sin rencor. Así atacaban, y así atacábamos.

No sé cuánto tiempo duró, solo sé que no avanzamos nada, pero ellos tampoco. No ganamos, pero seguimos vivos. O al menos yo sigo vivo. Parker no lo logró. Ni Jameson. Ni Noah. Ni Charles. Ni muchos más a los que solo conocía de cara. Intercambiaron sus vidas por una medalla que nunca llegaron a portar y que a sus familias no les servirá. Hemos perdido a muchos y perderemos a muchos más, porque no les importamos. No les importamos a los grandes. Nosotros somos solo piezas, el medio para un fin. Somos lo que ellos llaman “un mal necesario”. No llorarán por nosotros y no nos recordarán.

Lo único que me da consuelo eres tú. Dime, amor mío, si yo muriera, ¿llorarías por mí?

### *Diciembre 16, 1916*

Por fin tuvimos un descanso. Estos tres días han sido un fútil intento de avanzar o acabar con los alemanes. Pero por ahora parece que ambos bandos estamos cansados, con hambre y sin municiones ni refuerzos. Los que quedamos nos sentamos en el ala norte de la trinchera, éramos unos veinte en esa zona. Somos pocos, muy pocos.

Seguimos contando nuestras historias. Un chico llamado Smith fue el que inició esta vez. Nos contó de su niñez y de cómo por ser muy travieso fue mandado a casa de su tía abuela, fuera de Londres. Dijo que su tía abuela se la pasaba criticando a la gente de la ciudad, diciendo que antes era mejor, cuando las personas convivían con la naturaleza. Un día lo mandaron a recoger hierbas al campo de al lado para que su tía abuela hiciera sus medicinas. En esa “expedición” escuchó una melodiosa voz en el camino de regreso. Atrás de un sauce llorón estaba una chica que aparentaba su propia edad, con cabello largo y blanco, sosteniendo una rama del sauce en una de sus manos y agitándola hacia el cielo con fuerza. Pensé que era una bruja, contó, y aquella bruja me había visto. La chica de cabello blanco lo acusó de robar las hierbas de

su familia, aunque claramente el terreno no era de nadie. Se apresuró a disculparse de todas formas, pues no quería que lo maldijera.

Todos nos reímos. Sabíamos muy bien que las brujas eran inventos de los padres. Pero lo dejamos continuar, preferíamos pensar en brujas y hechizos a pensar en la guerra. En fin, su historia continuaba con la chica pidiendo su ayuda para traer las nubes de regreso. Smith aceptó y se unió a sus cánticos extraños, sosteniendo él mismo otra rama del sauce y blandiéndola contra el cielo. Después de unos minutos, se nubló y empezó a llover. O eso afirma él. La bruja y él habían traído la lluvia con solo dos ramas y cánticos.

¿Qué sigue después? Eso no lo sé. El teniente Archer nos interrumpió con una maravillosa sorpresa: sopa. Nos había traído sopa. Cómo llegó a nosotros, no lo sé, nadie lo supo. Bromeando, Frederick dijo que había sido la bruja de la historia, que estaba vigilando a su amigo de la infancia. Algunos rieron, otros lo mandaron a volar; yo simplemente asentí y disfruté. Fue un buen día y espero que tú tengas un buen día también.

### *Diciembre 17, 1916*

Se alzó una nueva esperanza. El coronel Beacon salió una vez más de su tienda para dar una noticia: los refuerzos estaban a unos días de llegar, solo debíamos mantenernos fuertes y no dejar pasar al enemigo. Para él es fácil decirlo, porque no sale al campo de batalla. Solo se queda en su tienda y nos dice qué hacer. Pero venía más gente y eso era lo importante. Con la sopa de ayer todavía en nuestros estómagos y con las noticias de hoy, el ambiente se aligeró. Sentí que las cosas cambiarían a nuestro favor y las caras de los demás me dejaban ver que no era el único que pensaba así. Regresamos a nuestras posiciones muy alegremente.

“Eh, Hugo, te toca a ti la historia”, le gritó el buen Bill con una sonrisa enorme, “y más te vale que sea entretenida y chistosa”. Hugo se puso rojo como tomate y me recordó a ti. Cada vez que te tocaba hablar en público o contestar una pregunta de los abuelos o incluso simplemente cuando te reías mucho, tu piel se ponía tan roja como un jitomate. Y eso

me encantaba. En coro, todos animamos a Hugo a contarnos una historia y el pobre no tuvo otra opción.

Nos contó una historia de piratas. Presumió que se la había contado su abuelo, quien había peleado contra cientos de ellos. La historia trató de un pirata que no tenía tripulación, tan solo animales, pero que los había entrenado para hacer todas las labores que un humano en un barco debería hacer. Lo único que no había logrado era conseguir que algún animal hiciera las labores de una mujer, como tejer o... Pero un día, llegando a tierra firme, vio en el muelle a una mujer hermosa, de cabellos dorados y rizados, con un vestido de los que solo las mujeres con dinero tienen. Ese mismo día se la robó y partió del puerto.

Podrás imaginar las carcajadas que soltábamos mientras nos contaba las interacciones de la mujer rica con los animales del barco. Pero lo más chistoso era cómo el pirata que llevaba años sin interactuar con otro ser humano intentaba enamorar a la ricachona. El cuento terminó con los dos enamorándose y viajando por el mar el resto de sus días. Fue un hermoso cuento. A veces pienso que yo soy ese feo pirata y tú eres esa bella y rica doncella. Si tan solo hubiera sido valiente para robarte y llevarte a otra villa a vivir juntos para siempre, teniendo así nuestro final feliz.

### *Diciembre 20, 1916*

Los últimos dos días hemos estado en batalla otra vez. La esperanza y la alegría se esfumaron tan rápido como llegaron. En este momento estoy en la enfermería, lejos, muy lejos de la refriega. No te preocupes, estoy bien por el momento, pero mi amigo Blake no tanto. ¿Lo recuerdas? Hace poco que lo conocimos, en la fiesta de Amabel, creo. Un chico alto y moreno, con cabello negro como el carbón y ojos café claro, que incluso llegaste a decir que parecían la miel de las abejas. Lo hirieron, y feo. No deseo pintarte toda la escena, solo te puedo decir que es muy seguro que si sobrevive, nunca más podrá caminar. No sé si esta noticia será del agrado de tu amiga Madeline, ya que me acabo de enterar de que ellos tienen su historia. ¿Tú lo sabías? Blake me lo acaba de decir

hace poco. ¿Puedes creer que su primer beso fue cuando tenían 9 años? El nuestro fue tres años después. Al parecer fue Madeline quien tomó la iniciativa y lo besó, ¿a quién te recuerda eso? Blake me contó de todo lo que él y Mady pasaron juntos, desde tiernos besos y simples caricias hasta noches largas en la cama. Y me confió algo aún mayor. Antes de que la guerra estallara y todos los hombres fuéramos obligados a participar, él había comprado ya el anillo de compromiso. Me dijo que no tenía planeado cuándo hacerle la pregunta, pero sabía dónde. ¿Recuerdas aquella heladería a la que íbamos cada fin de semana que nos daban dinero? Al parecer no éramos la única pareja que frecuentaba ese hermoso establecimiento. Tal vez tú ya sabías eso, siempre fuiste la inteligente, la que ponía atención a los detalles. Yo en cambio solo ponía atención en ti. En fin, como sabrás, esta historia no tiene final feliz. La guerra comenzó antes de que él pudiera hacer algo y ahora estamos aquí.

Te escribo esto porque él me lo pidió. Dicen los enfermeros que se pondrá bien, que solo necesita descansar, pero él siente otra cosa. Me ha dicho que este es su final y yo no le quiero creer. Aun así, nunca le negaría su deseo: que le digas a Madeline que la ama con todo su corazón y que lamenta haber sido tan cobarde al no proponerle matrimonio, que no quisiera nada más que estar a su lado y que cuando él ya no esté en este mundo desea que ella siga con su vida, pero que nunca lo olvide.

¿Crees poder cumplir su deseo? Yo sé que sí. A ti te confiaría mi vida entera, ¿qué es entregar un mensaje comparado con eso?

*Diciembre 22, 1916*

Me volvieron a llamar a la enfermería. Blake está cada vez peor y me entristece aún más que no es el único. Sé que ya te dije que hemos perdido a muchos en el campo de batalla, pero esto es todavía peor. Las balas duelen por unos instantes y luego dejas de sentir para siempre. Pero duele más salir volando por los aires y ver una pierna, un brazo o incluso ambos en el suelo, y no saber si son tuyos o de alguien más, para que después cuando te calmas un poco te llegue el dolor desgarrador.

Tienes que vivir con ese dolor días u horas, si tienes suerte. Otros no tan afortunados deben vivir con ese dolor el resto de su vida.

Recuerdo que me burlaba del viejo Mayer, ese señor que vivía cerca de la casa y que no tenía un pie. Recuerdo a mamá regañándome y diciendo que ya quisiera ver que algo así me pasara a mí, a ver si me seguía burlando. Ahora entiendo. En cambio tú siempre fuiste considerada con él, lo ayudabas a cargar sus compras hasta su casa y le platicabas algo cuando lo veías solo. Tú siempre fuiste un alma caritativa y eso hizo que me enamorara aún más de ti. Siempre poniendo al otro primero. Me gustaría ser así. Muchos de los que están aquí en camillas heridos son así. Gente que decidió salir primero y tentar el terreno para que los demás pudiéramos caminar seguros, o gente que tomó una bala por algún compañero que ni conocían. Me gustaría ser así. Tal vez tú puedas ayudarme.

*Diciembre 24, 1916*

¡Feliz Nochebuena! Ya mañana es Navidad.

Se puede sentir en el aire un cóctel de emociones. Emoción por las fiestas, enojo de no poder celebrarlas con la familia, nostalgia de navidades pasadas. Si me preguntas, lo único que siento es la necesidad de estar a tu lado. Acostados tú y yo en la cama, abrazándote por detrás, oliendo tu cabello sedoso. Y el recuerdo de tu aroma y de tu cuerpo contra el mío me regresan a aquellos tiempos felices.

Pero no podemos permitirnos ahogarnos en sentimientos. Debemos enfocarnos en ganar una guerra que no iniciamos. Cada vez empeora todo. No sé si es el hambre o la falta de sueño lo que está hablando, pero quisiera que estos alemanes terminaran de una vez por todas. Me siento como un ratón, acorralado por el gato, sabiendo que el zarpazo llegará, pero sin saber cuándo. Juegan con nosotros, lo sé. Nos quieren hacer sufrir antes de acabarnos. Y lo están logrando. Somos un ratón hambriento y ellos el humano con el queso. Estamos tan cegados que caemos en la tentación y nos lanzamos a una trampa. Solo es cuestión de tiempo, lo sé. ¿En qué momento caeré yo?

*Diciembre 25, 1916*

No me creerás. Y si no lo hubiera vivido tampoco lo creería. Ha sucedido un milagro. Un “milagro navideño”, como solíamos llamarlos cuando éramos chicos. Todo el día de ayer estuvo tranquilo, ningún ataque sorpresa de su parte o de la nuestra. Para cuando el sol bajó, el ambiente ya se había aligerado un poco. Los que seguíamos vivos nos reunimos en la parte central de las trincheras, donde ya nos estaba esperando el coronel Beacon. Pronunció unas palabras que parecían de aliento y festividad. Algo, algo, sigan así, algo, algo, son un orgullo para su patria, algo, algo, felices fiestas. Y en ese momento empezaron a repartir pan y, te juro que no me lo estoy inventando, ¡pavo! Habían conseguido pavo.

Johnas me dijo que habían conseguido los pavos de una de las aldeas cercanas abandonadas y que el coronel había mandado por ellos para darnos un festín. A mí no me importaba de dónde había salido, sino que estaba ahí, en mi mano, y que lo podía comer. Me hizo recordar las cenas navideñas, tú odiabas cocinar pavo porque siempre te encariñabas con el animal y no soportabas asesinarlo y luego comerlo. Eres tan dulce.

Bueno, dirás, este milagro navideño no es tan difícil de creer, ¿no? Pero eso no es todo. Cuando todos estábamos cenando, un chico alto y flaco con cara de bebé, que no aparentaba más de los 16 años, se paró al centro y llamó nuestra atención: “Sé que estamos cansados y que estos días serán los últimos para muchos de nosotros, por eso quisiera dedicarles una canción navideña de mi pueblo para levantar sus espíritus”. Y empezó a cantar.

¿Quién hubiera creído que un niño de tal compostura tuviera una voz tan fuerte? Su voz era como la de un petirrojo. Suave, gentil y aguda, que te pone el sentimiento a flor de piel y te eriza los vellos de la nuca. Una voz melodiosa que una vez que inicia no quieres que pare. Una voz como la tuya. Nos interpretó cuatro o cinco canciones que más o menos nos sabíamos algunos, pero la última, esa todos se la sabían de memoria. Y cómo no, es la típica que suena en todas las iglesias londinenses o la canción que la gente va cantando de casa en casa. A todos

se nos abrieron los ojos de la emoción y nadie pudo contener su deseo de cantar. ¿Te imaginas a más de cincuenta hombres cantando “Rejoice and be merry”? Aún mejor, cuando se acabó esa canción, todos empezamos a cantar a destiempos y con diferentes voces “Ding dong, merrily on high” y ya te imaginarás las risas.

Pero ahí no acaba todo. Parece ser que nuestras voces unidas viajaron hasta los oídos de los alemanes, quienes al parecer tampoco pudieron contener su alegría navideña y empezaron a cantar sus propios villancicos. ¡Lo juro! Sé que estarás poniendo cara de “este hombre está alucinando”, pero te digo que no. Todos claramente escuchamos cómo del otro lado de las trincheras empezaban a cantar. Lentamente, nos acercamos más al borde para escuchar mejor y nos fuimos asomando de uno en uno para intentar ver si algo más sucedía. Cuando ellos acabaron su canción hubo un silencio, y entonces el niño que había iniciado los cánticos comenzó a cantar una vez más y todos nos unimos. Y cuando nosotros acabamos nuestra canción, ellos empezaron a cantar otra vez. Y así hicimos nuestro intercambio de villancicos, uno y uno. ¿Me creerás que por horas? Nadie se atrevía a parar, cantamos todo lo que nos sabíamos y un poco más. Fue hasta que vimos los primeros rayos del sol que empezamos a sentir cansancio, otra vez. En ese momento, y antes de que se rompiera el hechizo, les gritamos con fuerza ¡Feliz Navidad! y creo que ellos nos gritaron lo mismo.

Todos regresaron a sus puestos, callados y un poco cansados, pero con el corazón alegre y la emoción viva en sus rostros. Si tan solo hubieras estado aquí para presenciar tan bello milagro.

*Diciembre 28, 1916*

No quisiera alarmarte, pero como van las cosas no parece que llegue al año nuevo. Estoy una vez más en la enfermería y esta vez no estoy acompañando a nadie. ¿Te he contado que Blake ha muerto? Una verdadera tragedia. El pobre murió en la noche, sin que nadie lo acompañara en sus últimos respiros. En serio que es una pena. Te preguntarás qué me ha pasado y te lo contaré a detalle; bueno, saltándome las

partes feas y dolorosas, claro, en caso de que le estés contando esto a la pequeña. Hablando de la pequeña, ¿cómo está?, ¿me extraña?, ¿ya ha dicho sus primeras palabras?, ¿ya ha empezado a caminar? Dime por favor que ya sabe decir mi nombre. Bueno, aunque me lo dijeras, yo no lo sabría, el correo tarda siglos en llegar, así que, aunque mandes una carta de respuesta, no me enteraría.

Ah, cierto, de eso te estaba hablando. Bueno, el día de Navidad pasó sin muchas repercusiones, solo lo básico. Que ve para allá, que envíes tal mensaje al otro lado, que traigas eso para acá. Parecía como si la noche pasada solo hubiera sido un sueño hermoso y que esta era la realidad, donde estábamos atrapados. En fin, pasaron dos días sin muchos eventos, pero ayer el infierno se desató. Temprano, no pasaban de las cinco de la mañana, cuando salió el coronel Beacon de su tienda. Cada vez que el coronel sale es para darnos una sorpresa agradable o un anuncio desagradable. Y esta vez fue lo segundo.

“Chicos, preparen armas, hoy es el día de avanzar”. O algo así. Se veía alegre, como si supiera algo y no nos lo quisiera compartir. El teniente Archer llevó a nuestro escuadrón a la zona sureste de la trinchera y nos dio órdenes. Todos los escuadrones tenían una hora asignada para salir de las trincheras y avanzar por la tierra de nadie hasta llegar a las trincheras del enemigo y ahí acabar con los pocos alemanes que quedaban. Nosotros seríamos el escuadrón número tres en salir, quince minutos después del primero. El ataque sorpresa iniciaría en diez minutos. Todos nos alistamos, vi a varios rezando y otros pocos mirábamos por quizá la última vez las fotos que traíamos con nosotros. Ver tu cara sonriéndome, ese rostro lleno de pecas y ese cabello rojizo y rizado que te cubre tus pequeñas orejas me dio todo el ánimo que necesitaba. Salió el primer escuadrón y luego el segundo. “Buena suerte a todos”, dijo el teniente Archer. Y salimos.

Estar sentado en la enfermería junto con otros tantos me hace apreciar el gran trabajo de todos los enfermeros, que no solo arriesgan sus vidas para rescatarnos, sino que también pasan sus horas intentando arreglarnos o hacernos sentir mejor. Pero aunque esté rodeado de

gente y enfermeros pasen de vez en cuando a preguntarme cómo estoy, no puedo evitar sentirme solo. Desearía que existiera alguna forma de verte por última vez y no en una foto. Quisiera que estuvieras aquí a mi lado, me acariciaras el cabello y me prometieras que todo va a estar bien, aunque ambos sepamos que no. Quisiera poder ver a mi niña una última vez, abrazarla y decirle cuánto la amo. Porque ella es MI niña. Es mía, no de él. No me importa lo que la gente diga, ella es NUESTRA hija. Pero ambas me fueron arrebatadas por él y por esta horrible guerra que nos obliga a dar todo de nosotros sin darnos algo a cambio. Y ahora por ello estoy al borde de la muerte. Lo siento, al igual que Blake lo sintió. Los enfermeros me dicen que todo estará bien, que ya han sacado todas las balas y han cerrado las heridas, y que no creen que me causen daño permanente, que en una semana podré caminar otra vez, que no fue nada. Si volteo a ver a los que están a mi alrededor, unos gruñendo de dolor, otros gritando en agonía y otros simplemente acostados, que no se sabe si siguen vivos o ya están muertos, sé que yo podría estar peor. Sé que tuve suerte. Lo sé. No necesito que alguien me lo diga.

Pero ellos no saben qué se siente estar a centímetros de alguien y tener en tu estómago una navaja, mientras sientes dos grandes impactos por tu espalda. No saben lo que es tener que seguir disparando y cortando cabezas mientras la sangre brota de tu cuerpo, seguir avanzando sin importarte qué tan adolorido estés porque lo único que en verdad importa es acabar con el enemigo. Y lo logramos. Acabamos con todos. Logramos avanzar. ¿Pero a qué costo?

Clark me regresó casi arrastrando a la zona de enfermería. Todavía recuerdo la cara de satisfacción que tenía el coronel Beacon antes de que me desmayara. ¿Cómo se atreve a sonreír cuando estamos tantos a punto de morir?, ¿cómo se atreve a felicitarse?, ¿qué acaso no ve todo el daño que le ha causado a sus propios compatriotas? Estoy tan harto de esta Gran Guerra, pero no hay nada que pueda hacer. Y estoy más que seguro de que esto continuará por al menos otros dos años, pero ¿por qué?, ¿por un estúpido archiduque?

Lo único que quería es vivir el resto de mis días a tu lado, con nuestra preciosa hija. En cambio, estoy viviendo mis últimos días en una plancha de madera, bebiendo alcohol para calmar el dolor, solo.

*Diciembre 30, 1916*

Tal vez sea esta la última carta que te pueda escribir.

Ayer se abrieron algunas de las suturas en mi abdomen y volví a sangrar mucho. Lo bueno es que me dieron alcohol y pronto dejé de sentir. Ahora me siento como si estuviera flotando en el mar sin saber nadar. Poco a poco me hundo más y más, y nadie hace nada. Creí que le importaría a alguien, pero parece que a la única persona a quien le importo eres tú.

Desde pequeños, siempre has sido tú. Cuando me caía, siempre me levantabas. Cuando no sabía a dónde ir, tú me guiabas. Cuando me sentía solo, tú me acompañabas. Tú siempre fuiste la luz de mi vida. Nadie nunca lo comprendió y nadie nunca lo comprenderá. Pero eso no me importa, solo me importas tú. Dicen que gente como nosotros nunca llegará al cielo, pero eso qué me importa, yo ya viví el cielo cuando estuve junto a ti. Todas esas noches íntimas, esas cartas de amor que me escribías... si eso no era el cielo, entonces no quiero llegar a él.

En mis últimas horas de vida solo quiero decirte que espero que nunca me olvides. Que aunque pases el resto de tus días con él, nunca dejes de pensar en mí. Que no dejes de amarme, como me lo juraste aquella noche. Porque yo nunca dejé de amarte, ni por un instante, siempre fuiste tú, solo tú.

Te amo con todo mi corazón,  
hermana mía.

MITZI MATAMOROS



## GRULLAS DE PAPEL

Respetado y amado padre.

**E**n estos tranquilos y últimos días de marzo te escribo. Después de mucho tiempo tengo la oportunidad de comunicarme contigo para decirte cómo estoy: me encuentro bien, nunca he estado mejor. Te escribo esta carta desde un aeródromo en Okinawa, es un lugar hermoso. Con la llegada de la primavera, los árboles de cerezo han empezado a florecer como nunca antes había visto, tenemos a un costado varios campos de cultivo donde los campesinos han empezado a cosechar los frutos de su arduo trabajo de mantenerlos en medio de esta guerra; son personas sumamente nobles, incluso han tenido la amabilidad de regalarnos algunas cajas de ciruelas. Pero más allá de decirte cómo estoy, padre, quiero informarte que he tenido el honor de formar parte de un escuadrón de “ataque especial”.

Vuelan en mi cabeza cientos de ideas y sentimientos en mi corazón que dudo si seré capaz de plasmarlos en esta carta, pero haré el intento.

En varias ocasiones he repasado los capítulos de mi vida para aprender de ellos. No recuerdo mucho de mi niñez, lo único que me viene a la mente son los recuerdos de la seriedad con la que me tratabas, tus largos viajes de diplomacia a América y tu desprecio al decirte que quería ser pintor o escritor, diciéndome que cómo podría ser alguien útil para nuestra nación y para nuestro Emperador con un trabajo así, que mejor fuera diplomático como tú, para trabajar a tu lado y ser un hombre responsable y justo.

Algo que recuerdo muy bien son los viajes a la casa de campo de mi abuela Hanako, la única que me demostró verdadero amor en esos mo-

mentos. Ella siempre me apoyaba dándome consejos para la vida, igualmente me enseñó a hacer grullas de papel y a recordar su significado de paz, que veo inalcanzable, incluso hasta el día de hoy.

Tras la muerte de mi abuela Hanako, viví un inmenso dolor en mi corazón. Pensé que sería la oportunidad adecuada para que te acercaras a mí para consolarme, pero no fue así, ni siendo tu madre mostraste dolor o sentimiento alguno hacia mí o a alguien más. Pero esta carta no es para juzgarte; ha pasado tanto tiempo de eso que ya no vale la pena.

Al crecer cometí muchos errores causados por mi falta de experiencia, de los cuales me arrepiento rotundamente. Uno de ellos fue abandonar mi hogar de manera tan precipitada. No te abrumaré con todas las vivencias de esos dos años fuera de casa, pero podría resumirlo; ahora que lo miro en retrospectiva, fue algo doloroso pero necesario para ese joven que entraba en la adultez. Pero el mayor error de entonces fue nunca escribirles, simplemente tenía miedo de que me rechazaran por la ofensa que les había hecho. Todavía quería ser pintor o escritor, y en cada oportunidad que tenía plasmaba los hermosos paisajes y voces de nuestra ciudad en un papel. Aunque amaba hacerlo, sabía que no llegaría muy lejos si seguía ese camino; me tardé en darme cuenta de ello y darte la razón.

Decidí enlistarme en nuestra Honorable Armada Imperial para enmendarme conmigo mismo. El entrenamiento era duro en verdad, no aceptaban errores o desobediencia alguna, siempre nos decían que debíamos ser fuertes y valientes, que debíamos ser fieles a la nación y al Emperador, pues nuestro trabajo y sacrificio traería prosperidad a nuestras vidas y familias. Recuerdo que en varias ocasiones me inculcaste el deber de todo hombre ante su patria y Emperador, pero fue hasta ese entonces que comprendí el verdadero significado de esas palabras.

Tras el entrenamiento básico, entré a formar parte de la Fuerza Aérea Imperial y fui transportado a un aeródromo de Okinawa, de hecho estoy en el mismo aeródromo justo ahora. No te mentaré, el nuevo adiestramiento superaba en gran medida lo que viví en la instrucción básica.

Varios meses después lo había logrado, pude convertirme en piloto estaba sumamente orgulloso de hasta dónde había llegado, dejando atrás tantos años de errores y tristezas, centrándome en un solo objetivo: servir con orgullo a nuestra hermosa nación. Con el entrenamiento de piloto e integrado a un escuadrón, no solo logré superar mis problemas, sino que también pude conocer a excelentes personas: Kenichi, Tákeo, Naoko y Ryota, quienes se convertirían en mis amigos y hasta en mis hermanos.

Durante toda mi etapa de servicio no olvidé pintar o escribir; si no eran poemas o alguna fábula corta, retrataba en una libreta los aviones y el personal del aeródromo. Era muy hábil, tanto, que mis amigos me pedían que escribiera algo hermoso para sus madres o novias que los esperaban. De hecho me volví popular en la base, lo que me permitió conocer a casi todos y aumentar mis amistades. No pienses mal de ellos, te lo pido, padre, son buenas personas; de hecho, siempre me regresaban el favor cuando íbamos al bar o a comer al pueblo más cercano durante nuestros días libres.

En ese momento todavía me faltaba enfrentar el reto más grande de mi vida: regresar a casa. Recuerdo bien el viaje, estaba nervioso y temeroso, titubeé mucho tiempo para tocar la puerta, pero pude hacerlo. Recuerdo la mirada sollozante de mi madre al verme después de cuatro años y la seriedad con la que me miraste. Me postré ante ustedes suplicando su perdón mientras el llanto apenas me permitía hablar, que si no había vuelto era porque necesitaba ser alguien digno para estar frente a ustedes, y el ejército había logrado ese cometido. No era capaz de levantar la cabeza ante el posible rechazo, pero te acercaste a abrazarme; por fin había conseguido tu aceptación. Ese par de días fueron sumamente hermosos e inolvidables, aún más porque pasé mis últimos momentos con mi madre antes de que ella muriera un par de meses después.

La vida es hermosa, pero no deja de ser horrible a la vez, querido padre. Una mañana regresábamos de entrenar con los nuevos cazas que nos habían designado, apenas había metido el avión al hangar cuando

Tákeo me gritó que bajara y me acercara con los demás porque debía oír la radio. Me enteré entonces de que habíamos entrado en guerra con Estados Unidos. No puedo describir lo que pensaba en ese momento, cientos de ideas y sentimientos recorrían mi ser; estaba feliz porque entraría en combate y cumpliría mi deber de soldado, pero a la vez tuve mucho miedo por lo que nos traería el futuro.

Fuimos designados a un portaviones de nuestra honorable Armada Imperial y nos dirigimos al Mar de Coral, al este de Australia, para apoyar a nuestros soldados que empezaron una invasión en la zona. Nuestra labor fue fácil al principio, teníamos que escoltar bombarderos que atacarían tierra. No podían detenernos, éramos sumamente fuertes, me costaba creer que alguien estuviera loco para decidir entrar en guerra con nosotros. Rápidamente logramos remarcar nuestro poderío, pero el gusto no duró mucho.

Con el avanzar de la guerra teníamos un nuevo objetivo: invadir una isla cerca de Hawái. Recuerdo su nombre: Midway. Igualmente habíamos sido designados a escoltar a los bombarderos; pero al final todo sería diferente. Tras unas horas de viaje, llegamos al objetivo, el enemigo nos esperaba con aviones en el aire y un cielo lleno de explosiones de sus antiaéreos. La pelea fue brutal; logré derribar a dos de ellos, pero los nuestros no dejaban de caer. Nos indicaron que nos retiráramos y regresáramos al portaviones. Ese día perdimos a nuestro líder de escuadrón y quien fue nuestro instructor: Zuko. Al día siguiente teníamos el objetivo de atacar sus portaviones. Habían designado a Kenichi como nuevo líder de escuadrón y estaba entusiasmado por su nuevo rango, pero el gusto no le duró mucho, pues ese mismo día sería derribado. Simplemente su Zero fue impactado por la artillería y empezó a incendiarse. No había vuelta atrás, lo último que hizo fue intentar dirigir su avión a un buque enemigo y dar un último golpe, pero fue en vano. Pude escuchar cómo gritaba “Banzai” por la radio y mirar el impacto.

Kenichi era una persona sumadamente expresiva y el mayor bromista que había conocido. Siempre encontraba la forma de sacarnos una sonrisa ante cualquier situación. Lo único que nos consolaba era que intentó morir de una manera honorable.

Tras esa batalla, todo empeoraría. Con la pérdida de varios de nuestros portaviones, empezariamos a retroceder. Ya no nos enfrentábamos a los mismos americanos del inicio de la guerra, pues eran más fuertes y decididos, se habían vuelto imparables.

En nuestro retroceso, nos establecimos cerca de las Islas Salomón, al norte de Australia, y me habían designado líder de escuadrón para un ataque que realizaríamos sobre la flota enemiga. Tras llegar al objetivo, nos dimos cuenta de que nos habían rodeado. Luchamos enérgicamente, pero eran demasiados. Di la orden de retroceder, pero Ryota me desobedeció, me dijo que no seguiría una orden tan cobarde como esa, que si tenía que morir lo haría luchando con honor; como todo un samurái. Simplemente su avión fue interceptado por dos cazas enemigos, acribillado, y cayó sin control sobre el vasto mar. Ryota era sumamente testarudo y enérgico, pero muy hábil, lo que le había permitido ser el piloto que tenía más derribos entre nosotros, pero al final eso no fue suficiente. Todos los días les rezo a los dioses para que el mar le dé el descanso que tanto merece.

Cada vez que tenía oportunidad, me dirigía a cubierta para escribir un poema o plasmar con un simple pedazo de carbón y un trozo de papel los atardeceres del hermoso Pacífico, teniendo en ocasiones una isla o un barco de nuestra Armada de fondo. De igual forma, seguía construyendo grullas de papel, una tras otra, de la misma forma que me había enseñado mi abuela Hanako, arrojándolas desde la cubierta con la esperanza de que alguna alzara el vuelo y pudiera llevar mis sueños a un mejor lugar. Aunque han pasado los años, no he dejado atrás esa tierna ilusión de cuando era niño.

Conforme pasaba el tiempo, todo empeoraba, cada vez perdíamos más barcos, territorios y buenos hombres. Nos movimos al sur de las Filipinas, en el mar de las Marianas, teníamos que atacar la flota del enemigo. Seguía siendo líder de escuadrón y estábamos a punto de despegar, cuando se me acercaron dos pilotos indicándome que los habían designado a nuestra ala. Eran muy jóvenes e inexpertos, ni siquiera tenían más de cien horas de vuelo, y ese era su primer combate; empecé a sospechar que ese día terminaría mal. Tákeo y Naoko aprovecharon

el poco tiempo previo al despegue para darles consejos de combate y que tuvieran más oportunidad de sobrevivir.

Tras una hora de vuelo, vimos nuestros objetivos, pero no nos percatamos de que nos habían tendido una emboscada. Por todos lados veía cazas y explosiones de artillería enemiga. Luchábamos para evitar ser derribados, pero los novatos no tuvieron esa suerte; arremetieron contra un acorazado y simplemente fueron aniquilados por los antiaéreos. No tenía tiempo para lamentarme, Naoko era perseguido por un caza enemigo y fui a ayudarlo. Nunca antes había visto a un piloto americano tan hábil, esquivaba mis disparos con mucha facilidad sin dejar de seguir al avión de mi amigo. En un momento logré ponerlo en la mira y jalé el gatillo. Solté mi última ráfaga, pero terminó siendo insuficiente, el enemigo seguía en vuelo; entonces pasó lo inevitable, Naoko fue derribado frente a mis ojos. Era muy hablador, algo distraído y un excelente bailarín, quería ser pintor porque yo había logrado inspirarlo en ello. Hasta ahora no puedo superar su muerte.

Le dije a Tákeo que regresáramos al portaviones o también terminaríamos muertos; él estaba molesto por la retirada, pero terminó aceptando. Estábamos cerca de nuestra flota, cuando repentinamente su caza fue atacado por un interceptor americano. Los daños eran críticos, pero aún podía volar. Le grité desesperadamente que nos escondiéramos en un banco de nubes para despistar al enemigo y la táctica funcionó. Cuando me percaté de que no había peligro, le indiqué a Tákeo que bajáramos, pero no recibí respuesta por la radio. Acerqué mi avión al suyo para ver el interior de la cabina, pero era imposible, los vidrios estaban agrietados y salpicados de sangre. Le supliqué que aguantara un poco más, que pronto recibiría asistencia médica en el portaviones.

Fui el primero en bajar, no tuve ningún problema, pero el avión de Tákeo impactó estrepitosamente contra la pista, rompiendo su tren de aterrizaje. Corrí a través del fuego y el humo para ayudarlo, abrí la cabina y vi el horror, todo el interior estaba lleno de sangre y parte de sus intestinos; una bala calibre 50 había impactado en su abdomen haciéndolo explotar. Tákeo ya estaba muerto. En ese momento no sabía qué pensar, estaba lleno de dolor e ira. Pero algo retuvo mi atención, en una

de sus manos sostenía la foto de su familia manchada de sangre. Tomé la foto, la coloqué en el interior de su chaqueta y cerré sus ojos mientras le decía adiós. Era el mayor de todos, muy cuidadoso y cariñoso, prácticamente nuestro padre. Muchas veces nos contaba anécdotas de sus hijos, pero lo hacía de tal forma que nos sumergía en ellas; ahora está con ellos descansando eternamente. Su familia había muerto a causa de los bombardeos que empezaron los americanos sobre nuestra nación, eso lo supe por una carta que le había llegado ese día, pero que no tuvo oportunidad de abrir. Si no hubiera caído en batalla, esta noticia sin dudar lo habría matado.

Me enlisté en nuestra Honorable Armada Imperial con el propósito de servir a mi nación y al Emperador, porque nuestra lucha valdría la pena, pero cada día que pasaba empecé a dudar de ello. Lo más seguro es que los medios están manipulados. Pedí muchos favores para que tú seas el único que vea esta carta. No puedo mentirte, padre, al decirte que esta guerra está perdida y que las decisiones que han tomado nuestros líderes han sido equivocadas y ahora necesitamos un milagro para ganarla, necesitamos un nuevo “Viento divino”.

Te escribo desde Okinawa, padre, desde el mismo aeródromo donde empezó todo, pero con un nuevo propósito. Desde el entrenamiento básico nos adiestraron en el arte del Bushido, el código del samurái. Pelear con esmero y valentía. La rendición no es opción, el sacrificio es una honorable manera de morir.

Al empezar esta guerra nos prometieron muchos beneficios, que con el sacrificio de nuestros soldados los conseguiríamos, pero no hemos conseguido nada. Lo único que hemos ganado es la pérdida de buenos hombres que en el esmero de servir a su patria y a su Emperador encontraron la muerte.

Aunque estoy en medio de la tempestad, golpeado por vientos que me doblegan, no me rindo en mi búsqueda del equilibrio. Todavía siento dolor al ver cómo la nación que me vio nacer y que tanto amo está siendo destruida frente a mis ojos sin poder hacer nada útil en realidad. Aunque logré vengar la muerte de Naoko hace un par de días, no sirvió

de nada, no pude encontrar la serenidad que ahora busco ni recuperar a mi amigo.

Ahora que estoy sentado bajo la sombra de un cerezo, viene a mi mente una frase que me dijo Kenichi que era muy común en el oficio de su familia: “La vida es como criar abejas, no importa qué tan gentil y cuidadoso seas, tarde o temprano te picarán”. Él me explicaba que no se trataba de evitar los aguijones, sino de saber superar el dolor y seguir adelante, porque al final tu esfuerzo valdrá la pena al momento de probar su dulce miel. Remató su explicación con: “Claro, mientras no te piquen en la nariz o en el trasero”. En momentos como estos es cuando extraño más sus bromas.

Pero más allá de mi dolor, he podido encontrar serenidad en mi corazón. La vida siempre ha tenido sus lados blancos y negros, y pocas veces tenemos la oportunidad de decidir qué color queremos. No debo permitirme pasar el resto de mi vida lamentándome de los horrores que viví en carne propia, volviéndome ciego ante la belleza de la vida que surge en el valle de la muerte; debo sentir de nuevo la esperanza que me ha ayudado a mantenerme en pie. He vuelto a nacer este día, amado padre. Te puedo decir con toda seguridad que he podido dejar atrás las lamentaciones que una vez guiaron mi sendero. He vuelto a pintar y escribir los cánticos de mi alma como nunca antes lo había hecho, aunque es una lástima que no tenga con quien compartirlos.

Te puedo asegurar que me mantendré firme ante la adversidad, pero no lucharé contra ella de la misma forma que lo había hecho. Ahora me doy cuenta de que nuestros líderes han sido necios y ciegos; incompetentes al guiar las tropas en la batalla. Esta guerra destruyó a nuestra nación y mató a su gente. No pienses mal al leer esto, padre, no soy un traidor sino todo lo contrario; amo a mi país y no dudaría en ningún momento en dar todo lo que se necesite para mantenerlo a salvo, incluso sacrificar mi vida por él; y es lo que haré como un Kamikaze.

He encontrado paz en medio de la tempestad, que ha llenado mi corazón de anhelo de ver lo que traerá el futuro, pero debo consumir mi promesa, sé que es lo correcto.

“La responsabilidad es tan pesada como una montaña, pero el sacrificio es tan ligero como una pluma”. No dudaré en ningún momento cuando sacrifique mi vida al impactarme sobre el enemigo, seré certero y letal como nos han entrenado.

Te voy diciendo adiós, es hora de que tu hijo cumpla su última labor. Me voy, pero antes te pido dos favores. Anexo a esta carta se encuentra un poema escrito en un pequeño papel, quiero que construyas una grulla con él. Desde pequeño, mi abuela Hanako no solo me enseñó a construir las, también me inculcó la hermosa leyenda que narra: si construyes mil de ellas, los dioses te cumplirán un deseo de prosperidad y armonía. Construye la última que me falta, con la esperanza de llegar a una paz que tanto necesitamos ahora.

El último favor que te pido es que aproveches no solo mi sacrificio, sino también el de todo padre, esposo, hermano o hijo que murió por nuestro país y por sus familias que dejaron atrás. Utiliza esta oportunidad para crear un mundo nuevo, que no podré ver. Te lo encargo.

Me despido, amado padre. No llores por mi muerte, que no será en vano, siéntete orgulloso de que tu único hijo sacrificará su vida por un bien mayor; sigue tu vida en nuestra hermosa ciudad de Hiroshima. Te estaré esperando en el otro mundo junto a la abuela Hanako y mi madre.

Te quiere tu hijo, Hitoshi.

29 de marzo 1945.

Hitoshi Yagami.

Akihiro Yagami, Barrio centro, Hiroshima.

*Como una grulla me paré sobre las aguas en busca de descanso.*

*Al encontrar solo peligro volé en busca de algo mejor.*

*Volé a mil lugares, pero nunca a casa.*

ALEJANDRO LEÓN



## AÑO FANTÁSTICO



## UN APUNTE SOBRE LA COSMOVISIÓN

Con los pies como enredaderas gorgoteantes, a pasitos amargos, don Rodo patina entre las losas achicharradas de Santa Fe. Entre cada trozo de pared añeja se le cruza algún reflejo amoratado de su rostro, ataviado de luces y esplendores. Pareciera que está en casa, pero se hace como que no lo sabe.

Alza la vista para confrontar un crudo edificio departamental. Los aires acondicionados como aspirinas importunan los ventanales estrechos que abordan cada casita compacta, apilada una tras otra; le restan aire a los árboles, como niños blandos, agazapados en las tripas de la ciudad, ocultando la voz impostada del cielo.

Entre patada y patada, siente haber llegado a algún lado, pero como que nada se da. Los autobuses pasan, se escucha el traqueteo de las nubes. Algunas aves en resaca cruzando los nubarrones parlotean y le graznan señales. El bamboleo de los transformadores lo dirige al destino único. El ombligo del planeta. Frente a sus ojos, deshilachando la avenida, se posa El Cairo. Ahí donde cae todo turista bobalicón, aguardando a la poesía, esperando a que le guiñe el ojo con alguna inspiración divina en forma de persona, personaje, cachitos, florilegio.

La entrada del bar, amurallada de afiches y recomendaciones. La puerta turbia, simétrica, brotando entre los anuncios con su extraño recato. Se abre unos cuantos segundos y los muros se ponen melancólicos. Luz de sol y aromas extraños. Golpes extremos. La vista sempiterna de los ojos que ya no habitan sus bancas, ni mueven las manos ni se dedican a tramar y tronar largos cuentos. Alguna inspiración divina asomándose a la acera.

Norah empezó a retirar sus dedos de la puerta, vacilando con la barra metálica que actuaba de soporte. Retiró su brazo y dio un par de pasos. El Cairo dejó de parpadear. Su figura resalta entre los monolitos grisáceos de Rosario. Menudita, tambaleante, ligera de pies y fuerte de rostro. Los bifocales resguardándole la mirada. La piel salpicada de sol, los ojos ataviados con lo mismo. Unas cuantas canas tejidas en la cabellera. La cartera como el vaso, medio llena, medio vacía. Una olla de algo más vaca que carnero.

El mundo entre sus manos, despidiéndose, alejando la mirada de esa extraña casa de diálogos remotos que revelan los secretos esenciales. Las marañas quejumbrosas. La materia de los sueños. Esa metafísica pegajosa y pesada que conforma la memoria. La sangre de otra sangre, el oleaje carmesí recalando en tantas voces y otras más. La fórmula secreta.

En la otra mano de Norah hay una *Coca-Cola* helada a medio beber. Los ojos de don Rodo se iluminan, bien sabe que los dioses le han advertido justo a tiempo de esta presencia celestial. Él se acerca musitando un breve saludo. La señorita gira la mirada, se encuentra ante un viejo larguirucho y jorobado, de amplios vitrales azules, rostro enjuto. Manos de rancio abolengo, desteñidas por la niebla y el vitiligo. Harapiento, destartalado. Una boina caduca le corona la existencia. Persona, personaje.

—Disculpe, perdone que le interrumpa.

—No, no se preocupe, ¿en qué le puedo ayudar?

—Quisiera saber de dónde es usted.

—De México.

—Mire, ¡qué bien! ¿Allá son muy hospitalarios?

—Depende, depende.

—Bueno, ¿ahí me invitarían de su gaseosa?

—¡Por supuesto! Pero yo no puedo.

—¿Por qué?

—Porque no lo conozco, ¿por qué más?

—Bueno, ese es el menor de los inconvenientes, podría conocerme ahora mismo. Vivo aquí mismo en Rosario, aunque mi casa queda un

poco retirada. Aquí he estado toda mi vida. Dependiendo del día y la hora, se me complica encontrarla. Aunque siempre llego.

—Claro, lo normal.

—Oiga, tengo una duda que me carcome y me gustaría que me la despejase.

—Sí, dígame.

—¿México existe?

—¿Cómo?

—Que si México existe.

—No lo entiendo, ¿a qué se refiere?

—Bueno, imagínese, ¡yo nunca he ido a Buenos Aires! México me parece tan lejano que para mí es como si ni siquiera existiese.

—Oh, ya, ya veo.

—¿Podría contarme sobre México?

—¡Por supuesto! ¿Qué le gustaría saber?

—No sé, ¿qué me podría contar?

—No sé, hay tantísimas cosas. Aunque llevo un poco de prisa.

—¿Para dónde va?

—Tengo que llegar a Alberdi.

—¡Alberdi! Por supuesto, no se preocupe, llegamos en un santiamén.

Con tremenda celeridad, don Rodo echó a caminar y gritó a Norah que lo siguiese. Sin chistar, sin cuestionar siquiera un momento el carácter de su interlocutor, fue tras él. Un pie tras otro, meneando levemente las piedras descuartizadas que conformaban el suelo. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Se le ocurre preguntar por la ruta, pero el señor no le presta la más mínima atención. El viento se corta entre sus cuerpos, no agarran velocidad, pero las calles desaparecen, avanzan como si nada. Los pasos del hombre no son más largos, pero los adoquines se achican ante su presencia. Rodo desliza el tacón de su zapato y da media vuelta. Alza el brazo, desliza los dedos y abre su palma para señalar a la lontananza. En la calle de enfrente hay una parada de tranvía.

—Perdone, perdone. Aguánteme tantito.

—¿Qué pasa?

—En Rosario no ha pasado un tranvía desde los sesenta.

—No, no. ¡Solo hay que tenerles paciencia!

Estupefacta, atónita ante su propia inocencia, Norah estaba lista para dar la media vuelta, pedir un taxi y abandonar a este rufián zarrapastroso que la había puesto a sudar la gota gorda. ¿Qué intenciones nefastas habría tenido con ella este mayúsculo alcornoque? ¿Le estaban jugando alguna mala pasada? ¿Se había pasado de copas? ¿Acaso arreciaba el calor del Paraná?

Un maremoto metálico envolvió el ambiente. Lejano pero certero, arrastrando la garganta, con su voz tácita, fumando mentolados, se aproximaba el antiguo tranvía de Rosario. Sus ventanales hondos de un *beige* hogareño, los marcos picudos y el café oscuro que los recubre. Filitos metálicos rematándole el rostro. Farolitos y figmentos. Rodo le hace la parada, se desliza sin inconveniente hasta su asiento favorito. Le señala a Norah para que suba, no hay tiempo que perder. El sol refulce en las ventanas del vehículo, los rieles palpitan. ¿A cuántos grados deja de operar la cabeza y se interpone la magia?

—Oiga, ¿está seguro de que este va hasta Alberdi?

—¡Por supuesto! Quizá tengamos que trasbordar en la ruta 5, pero de que usted llega hasta allá, llega.

La última palabra reverberó lánguidamente en su cabeza conforme tornaba su vista a la ventana. El tranvía tenía una vista espectacular, era más alto que un camión. Sin embargo, se sentía mareada, comenzaron a timbrarle los oídos. Nadie más venía en el tranvía. No le prestó atención alguna al conductor, pero desde el fondo de la unidad pudo comprobar que el asiento del piloto parecía vacío. Desconcertada, intentó asir uno de los barandales para levantarse, pero ya no pudo. El piso se le iba, los asientos se mecían y el viento se arrastraba contra las láminas desvencijadas de su carruaje. Giró otra vez la mirada y empezó a llorar.

El tranvía flotaba por encima de la ciudad. Las hormigas pululan en la playa. El río corría entre *flashes* con sus habitantes innumerables. En los navíos recónditos, las manos ajenas al remo halaban, in-

miscuyéndose en las aguas infinitas. Cada edificio disminuía de talla, reconformado el hilar de los ladrillos. El mar asediaba el firmamento y más temprano que tarde lo cubrió por completo. La marea y el mundo: dormidos.

Norah despertó. Un par de manos viciadas de tiempo le agitaban los hombros, don Rodo conocía esta ruta como la palma de su mano, era hora. El tranvía había llegado ya hace rato, el sol seguía erguido sobre el firmamento, esperaba algo, quizá esperaba a alguien. Ya no estaban en Rosario (oh, Toto, ya no estaban en Texas). Una escena deslumbrante, como extirpada de la pluma de Balzac, se presentaba ante sus ojos: un desierto ríspido, cuneiforme, desparramado en hélices.

Frente a ellos, una mano gigantesca emergía de entre la arena. Como esperando a ser encontrada, como quien no quiere la cosa. Rodo se paró frente a la mano e hizo una alabanza. La mano empezó a elevarse, removiendo la arena en borbotones. Una vez revelada su muñeca, empezó a saludar a don Rodo.

Se echó para abajo, oliendo la arena con las huellas. Reposando en su índice y corazón, la mano empezó a acercarse, imitando el gesto de un caminante, contrayendo, flexionando, deshaciendo los páramos, relevando el insomnio. Erguida frente al hombre, que parecía ahora tan pequeño, la gigantesca mano se tendió ante él. Rodo barajó los dedos, repitió los pasos, subió al monolito y le tendió la mano a Norah para que le acompañara sobre tan noble corcel, con sus dáctilos trepidantes, blancos como lomo de armiño.

Los dos subieron y la inmensa criatura comenzó a tomar vuelo, revelando primero su codo, mostrando acaso un fragmento de su hombro, los llevó a surcar los cielos. El refresco que la chica llevaba había resbalado ya hacía mucho de sus dedos. La última *Coca-Cola* del desierto yacía estrellada en las mesetas trémulas de Antofagasta. Los vidrios arrebolados, cachito a cachito, florilegio.

Norah y don Rodo contemplaban el atardecer, ignorando el reflejo de aquella rosa en Bengala, el globo terráqueo y mi dormitorio sin nadie. Los cúmulos claros de la estratosfera revelan las formas ambiguas del

mundo, los juguetes titilantes que parpadean entre el cielo y la tierra. Los satélites se acurrucan entre sendos rastros de basura espacial. Un marinero apaga su linterna en medio de la bahía.

Rodo exclamó una vez más:

—Oiga, tengo otra duda.

—Dígame.

—A todo esto, ¿cómo son los mexicanos? ¿Son como yo?

\*

En algún momento, en otro lugar parecido de arremolinados cielos rojizos y nubarrones temblorosos, Norah levanta un florero de madera en el ático de su madre. Quemadas en sus vetas hay un grabado primitivo y apacible: una réplica inexacta de Miguel Ángel, unas manos un poco chuecas, dos dedos tenues a punto de alcanzarse. Comienza a imaginarse mil marañas imprecisas, nunca termina. Su mente anuda retacitos enclenques de imágenes: aquella mano gigantesca en Punta del Este que nunca alcanza a su hermana siniestra, oculta en la entrañas del desierto chileno, los colores rugosos de la playa en Rosario. Mientras su cabeza pulula entre una cosa y la otra, empieza a recordar.

Una tarde larga en Argentina, yendo a ese bar del que escribía Fontanarrosa, pensando en los estrechos infinitos que conforman las avenidas. Subiendo al colectivo mientras los colores trémulos del firmamento se dispersaban. Piensa una vez más en aquel vagabundo risueño que veía desde la ventana del camión: sonriente, con refresco en mano, escondiéndose entre las líneas toscas de los edificios. Norah se queda soñando despierta y el florero se le resbala, cae de este un pequeño manojito de arena centelleante. Se acerca a él y ve su reflejo, parece que baila sin moverse de lugar —como el oleaje del Paraná—.

NICOLÁS PACHECO

## ENTRE MEFISTÓFELES Y MORGANA

**A**lguien alguna vez me dijo que si no estamos muriendo es porque ya estamos muertos. Y la mejor tumba, me aseguraron, es la más sencilla. Vaya suerte la mía.

Recorro el salón, evitando colisiones con las demás parejas. El aire electrificado, tejido de sueños y hechizos, me llena los pulmones, enciende mis respiros, mi alma. Los vestidos de hombros caídos levantan sus faldas tapizadas de estrellas al ritmo de un Strauss que se estila como un eco distante de fantasías terrenas entre los albores de la civilización. Las jóvenes sonrían radiantes, presumiendo sus mejillas sonrojadas, el oro rosado de sus párpados, el perfume de sus labios, la joyería efímera. Las rígidas siluetas de los hombres enmascaran el esfuerzo físico al arrastrar un pie tras otro con el afán de manifestar un supuesto caballero, mera ironía contra sus escondidos anhelos de asimilarse a la majestad revolucionaria orquestada en los pasados estragos del 48.

Las incontables parejas plebeyas me hacen pensar que somos —que soy— no más que la presencia fantasmal y terca de una gloria añeja que aferra sus garras podridas a la nefasta imitación de aquellos desgastados estandartes franceses. El hedor que emana con cada uno de mis chassés, con cada caja, con cada pas de bas, es tan insoportable, tan sonoro, que es simplemente obvio quién soy... y sé que no debería estar aquí.

Sostengo la pose unos segundos, pies en punta y una sonrisa radiante en mi rostro, una máscara, y otra en el de mi compañera. Paso la vista ágilmente por el salón, seleccionando rápidamente un espacio hacia el cual guiarme. En unos cuantos pasos de indudable belleza técnica,



arriba a mi destino y presento mi flor a la audiencia, cuidando de no romper el contacto entre nuestros cuerpos. Ella se deja inclinar y sonrío una vez más, ignorante de los pensamientos de aquellos que le aplauden, inocente neófita de los crímenes de mi linaje. Y está bien. Ella no tiene por qué saber, no necesita una razón para encogerse bajo la mirada de otros. El agobio, el lastre de la vejez en la sangre, es solo mío.

Leo el desprecio en los ojos de los demás, justo detrás de la frustrada intención de una apreciación justa y objetiva del baile. Comprendo. Es una lucha la que libran, una lucha entre el reconocimiento de la maestría innegable de mi baile y la grandeza tiránica de mi apellido. ¿Nos respetaban aún? Quizá... pero no por nuestro símbolo, ni por las rancias pretensiones que insistimos en enarbolar, sino por una evidente anti-güedad que, gracias a Dios, aún vale para algo.

Mi espalda roza con una ajena y el contacto me paraliza por un segundo para evitar un impacto mayor. Abro el siguiente paso con el reglamentario pliegue de rodillas y me alejo de la zona del accidente. Una variación personal provoca un amargo y resignado aplauso que deja entumecidos mis sentidos. Entumecidos porque no logro acallar los susurros tóxicos de sus pupilas al seguir mi figura por la pista de baile.

El cuello me retumba. El rostro me hierve. Mi garganta se agrieta. El calor de la levita hace que la camisa se me pegue al cuerpo. Mi piel se estremece por la humedad.

Las luces del salón se acentúan, me escaldan. Las parejas se chafan las unas a las otras, manchando de bilis negra los gráciles vestidos, tornándolos en harapos que se evaporan en humores fétidos. Las notas musicales flotan en el aire, pesadas y viscosas. Strauss se degenera en una melodía iracunda, errática, viciada. El ritmo de su vals se escapa mofándose cada vez que vuelve el rostro y me ve postrar mis vejadas articulaciones ante su caprichoso canto. Una risa sofocada, apenas murmurada, realmente, escapa de mi aliento. Ya no me queda ni Strauss.

Con lágrimas a flor de piel, diviso al hombre contra el que casi arremetí y el repudio en sus ojos me da náuseas. El asco se acumula y borbotea en mi pecho, recorriendo con caduca calma mi tráquea. Pego

la lengua al paladar para evitar que salga la carroña. El rumor de un dolor de cabeza se suma a mis tórridas sienes.

Solo unos segundos más.

Que termine todo ya.

Pensé que si venía aquí estaría a salvo. Pensé que la bellísima Viena me acogería en el seno de la romántica tendencia que vio a bien criar. Ahora me doy cuenta de que ella misma, esta capital de gloria imperial, ha sucumbido también a la locura colectiva del baile de salón, práctica que dice trenzar a cualquiera con cualquiera en una danza que se presume primorosa y eterna, cuando en realidad no es más que el sueño cataclísmico de aspiraciones prematuras. Es vesania, antilogía perpetua que se obstina en resguardar una exclusividad ultrajada y sangrante por la injuria de desmesurados límites que su perversión cierra a las minorías.

La música se atenúa gradualmente y yo expongo una última figura antes de presentar a mi pareja. El fragor de los aplausos, fingida algarabía, ensordece mis ya abusados oídos, pero logro sonreír. Trato de recuperar el aliento, de ahuyentar la náusea, y casi lo logro. Sin embargo, mis esfuerzos resultan en vano, pues pronto estoy de nuevo esperando mi turno, mi música, mientras codicio la mundana normalidad de las otras parejas. Cuando finalmente pronuncian mi nombre blasfemo, el silencio es aplastante. Solo el sonido enfermizo de la orquesta obliga a mi cuerpo a moverse hacia el centro de la pista.

Strauss me abandona. Se entrega a un hedonismo alienado y hostil. El sosiego acelerado de esta última pieza apocalíptica me contiene en un vagabundeo profano sin libertad. La música me devora a latigazos y da vueltas a mi cabeza. El salón gira sin cesar a mi alrededor y las figuras se difuminan en tonos grises y miradas plateadas y vacías. Mi cuerpo se desliza inconsciente al son pérfido de un Strauss adulterado, corrupto y urdido de miasmas fangosos; una melodía catártica, cadáver reanimado de lo que fue.

El baile continuará porque así debe ser, pero para este punto es evidente el resultado final.

Agonizo. Siento que me ahogo. Mis articulaciones se pasman. Me asalta un cruel vahído que me mantiene despierto. Y es que no hay gloria presente, no hay Viena romántica, no hay trono exaltado, sino sólo un salón remozado, bocinas tronadas y el sabor áspero de una dinastía desfallecida.

Agonizo porque sé que, a pesar de mis puntuaciones finales de más de 180, ante ellos sigo siendo un monarquista retrógrada, un Habsburgo.

ALETHIA RAMÍREZ



## FABIO

**U**n poco más al este de aquella región, se encontraba lo que alguna vez fue valle y después concreto, y ahora una mezcla de concreto húmedo y agrietado, y densas salpicaduras de árboles y helechos. Fabio, con las piernas cruzadas sobre una gran raíz que irrumpe la superficie de la tierra, levanta la vista repentinamente, detiene la lectura y vira la cabeza buscando la fuente del sonido. Mira alrededor. Hay helechos grandes, troncos gruesos, flores amarillas, naranjas, rosas y moradas. Deja el libro sobre la raíz enmusgueada. Han de ser sobre las seis o quizás las siete de la tarde. Da unos pasos evitando pisar las flores en brote, rodea el árbol. La maleza parece tragarse la luz. ¿La noche cae más rápido que de costumbre? Los últimos rayos alcanzan a rozar unas cuantas hojas y se van.

Se escucha un ruido. Algo así como una risa. Fabio gira bruscamente. Abre los ojos grandes, pero la selva ya se ha tragado toda la luz. No podría distinguir los colores de las flores, o si aquellas cosas son flores o matas. Se escucha un ruido más de un lado. Y luego del otro. Y luego de los árboles. Y luego más cerca. Y luego más cerca. Se escucha lo que no se ve. Y luego más ruidos. Sus pupilas se van dilatando, hinchando. Voltea a todos lados. Su corazón palpita muy fuerte, incluso más que el mío. El sonido se detiene completamente. El silencio resuena en sus oídos. Fabio sonrío y sus mejillas enrojecen. Resuena en los oídos de todos. Murmullos, fuego, risas, música. Como si la fiesta no pesara nada, se encontraba Fabio rodeado de ella. Las percusiones y los abdomenes jugaban al mismo juego. El fuego en borbotones crujía y la tierra hú-

meda amortiguaba las pisadas. Los pechos casi tan calientes como las mejillas. El árbol se envolvía en colores como pinceladas.

ELÍ CASAS

## POBRE JULIETA

Aunque era más ladrona que una rata y más perezosa que un gato viejo, Tamia era una ardilla, una ardilla de la alameda. Acababa de conseguir una bolsa de Kleenex que unos enamorados llorones habían perdido de vista por un segundo y se hizo la cama más cómoda que jamás había tenido. Dormir y comer ¿qué más se le puede pedir a la vida?

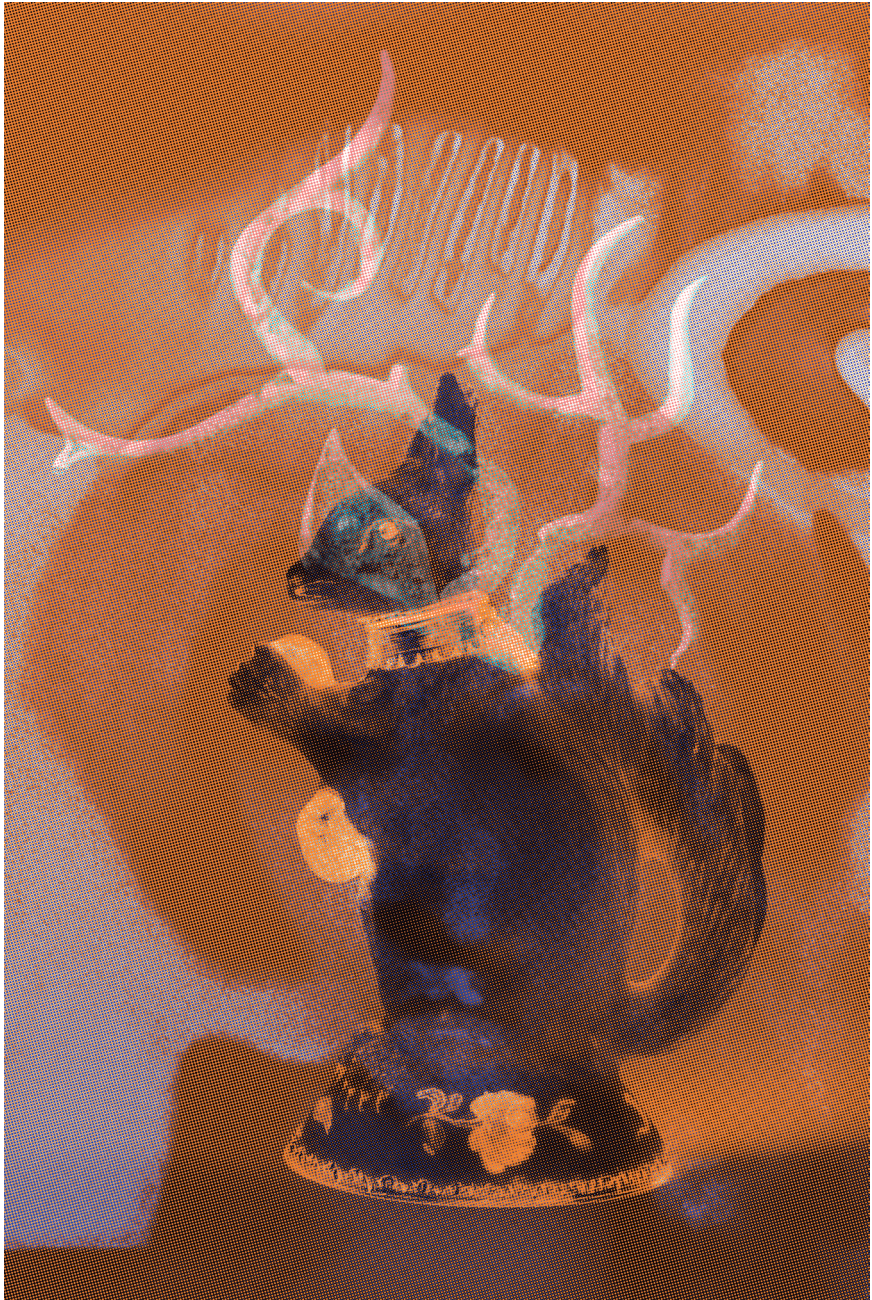
—La libertad, estimable Ratufa, debería ser un derecho para todas las ardillas y ratas del mundo: solo cuando nuestros derechos como ciudadanos de la civilización sean respetados podré decir que este mundo es justo... —Tamia abrió los ojos y prestó atención.

—¡Tú estás pero chalado! ¡Libertad para las ardillas! ¡Ya ni yo! Y eso que soy hongómano... —Sciurus suspiró.

—Si seguimos pensando así, jamás vamos a cambiar nuestra situación, compañero.

Tamia se levantó milimétricamente y se asomó. Frente a ella estaban Ratufa y Sciurus, relajados, acomodados en el pasto y tomando el sol. Se le aceleró el pulso y sintió como refresco en la panza: ¡Oh, Sciurus!, ¡guapísimo tipo!, ¡tan culto, tan atractivo! ¡Qué ardilla! Dormir, comer y Sciurus ¿qué más se le puede pedir a la vida?

—Lo que te falta es poner los pies en la tierra, tarugo, salir más de la alameda. ¿Has estado en el mercado?, ¿has ido a las alcantarillas? A las ratas no las engatusas con esas frasecillas. Quieren pan, ¡pan! —decía Ratufa. Sciurus se veía tan elegante con ese pelaje rojo...



Ratufa se puso en alerta. Sciurus lo imitó y un segundo después salieron disparados los dos a treparse justo al árbol de Tamia. Una chica muy *fitness*, con mallón y *top*, que iba escuchando música en unos audífonos rojos, pasó trotando por el senderito con un peligrosísimo pastor alemán al lado. Tamia también se refundió entre sus trocitos de pañuelo. Ratufa y Sciurus bajaron en cuanto se perdieron las dos andantes y se fueron hacia la cafetería, platicando. Tamia suspiró y se desparramó en la entrada de su madriguera, soñadora.

—¡Toc, toc, señorita! ¡Así te quería ver yo, mamita, a mis pies!

—¡Ots!, no me friegues, Petauro, me tapas el sol —Tamia se levantó de mala gana.

—No, no te ofendas, es que... —y puso su voz de galanazo— el sueño de todo macho es que una hembra tan bonita como tú tan siquiera se digne voltear a verlo, dulzura —le puso una mano en la cintura y la acercó tanto a él que sus narices casi se tocaban. Tamia soltó una carcajada ante semejante tontera y se zafó del abrazo.

—¡Ay, cállate, loco...! —sonrió con picardía—. ¿Y por qué tan feliz, tú?

—Yo siempre, niña, pero ¿ubicas a la ardilla gris que vive por los baños?

—¿Carolina?

—Ella, sí... nos acabamos de ver... y ya tú sabes...

—¡Me traías con el pendiente! —dijo con fastidio fingido—. Y a gusto, ¿no?

—¡Uy!, si vieras...

—Qué te ocurre, Petauro. La pobre de tu chica tiene unos cuernos más grandes que un alce, no puede ser que con todas te enredes.

—Pero ella no sabe, Tamia, ni nunca va a saber. Ella es mi amor, mi Julieta, solo a ella la quiero y a las otras no.

—Pues deberías decirle, a ver si ella piensa lo mismo...

—¡N'ombre! ¡Me corre de su jaulita a patadas! Además ella está solita, Tamia. Es solo mía, es cariñosa, dulce, inocente, tierna y soy el único en su vida, ¡no voy a cambiarla nunca por las arrastradas de aquí!

—Algún día algo te va a salir mal, con fuego no se juega...

—¿Y tú qué?, ¿no quieres que te invite a jugar? —la miró a los ojos con su sonrisilla ladeada.

—Pero si tú y yo somos compas, somos befos... Mira, mejor vete a dar una vuelta para que te orees tantito.

—No, Tamia. Tú tanto que me gustas y me desprecias. Está bien, está bien, rómpeme este corazón.

—¡Dramático el tipo! ¡Pobre, pobre Petauro!

—Sí, soy una pobre víctima del capricho de las hembras...

Tamia ya no pudo más y estalló en carcajadas, y Petauro también, siempre era así.

—Ahorita nos vemos, me ruge la tripa.

—Ándale.

Tamia se quedó pensativa. No podía ser, no, simplemente ¡no podía ser! ¡No podía ser que no se atreviera a hablarle! ¿Qué era?, ¿un ratón? ¡Al diablo!, ¡iba a ir por Sciurus, sí!, ¡se lo iba a ganar, se iba a ganar su corazón!

Salió corriendo con toda la actitud de conquistarlo. Le dio una, dos, tres vueltas a toda la alameda sin parar hasta que por fin lo encontró muy acomodado en el techo de la bodega con Ratufa, viendo las nubes. Subió con decisión y se puso frente a ellos.

—Hola, Tamia, qué milagro que sales —le dijo.

—Hola, Tamia, ven, toma asiento, por favor —Ratufa se recorrió y Tamia se acomodó entre los dos.

—Es que últimamente he estado ocupada remodelando la madriguera y todo eso... ¿Qué hacen?

—Este loco, que dice que lo que falta es una revolución. Dile, para que me crea, dile cómo son las ratas.

—¿Tus primos, no?

—Lejanos, dicen... pero nada que ver ellos y yo, no te confundas.

—Ah, pues... las veces que voy a truequear cosas al tianguis sí me han hecho tranza. Mira, lo que siempre andas diciendo es muy lindo, pero tal vez solo sea un sueño tuyo...

—¡Oh, ardillas de poca fe!, ¡no creen en el futuro!

—¿Te llevas muy bien con las ratas, Sciurus?

—¿Llevarse bien? ¡Jamás las ha tratado! —Tamia abrió muchísimo los ojos.

—¿Es en serio?, ¿para nada?

—Todo lo que necesita me lo pide a mí, ¿tú crees? —Sciurus se quedó callado.

—¡Pues vamos ahorita, en corto, a que las conozcas!, ¿no?

—¡Ya sería hora!, ¡vamos!

Ratufa y Tamia se levantaron y levantaron a Sciurus, que se dejaba llevar de mala gana. Tamia estaba que no cabía en sí de la emoción. Salieron los tres hacia la reja. En la banqueta la gente pasaba indiferente, apurada. Una niña que iba de la mano de su mamá casi corriendo para seguirle el paso las vio y sonrió. Tamia la saludó y Ratufa sonrió, mientras que Sciurus contenía un ademán medio empezado de salir corriendo.

Se escurrieron por la bardita, por los cables conectados a un tomacorriente, por los mecates de la lonas del tianguis, por las rueditas de los carritos-puesto, por las patas de las mesas, por las cajas llenas de CDs piratas, por entre los pies de los humanos y llegaron a la parte de las fritangas, donde el aire llevaba grasa y azúcar. Sciurus arrugó la nariz, pero los otros dos buscaban alguna rata.

—Vamos a los algodones de azúcar, ahí siempre está Mordax —propuso Ratufa. Sciurus por poco los pierde entre el gentío.

La máquina de algodones de azúcar lanzaba hilillos rosas sin parar mientras un chiquillo hacía las bolitas en los palitos. Dos hermanos esperaban a que estuviera listo su algodón, felices con el *show*. Abajo, una rata negra y gorda se rascaba atrás de la oreja con su manita rosada, esperando, entre las sombras, su momento para comer. Las tres ardillas se le acercaron.

—Ratufa, ¿qué tal, güey?

—Bien, bien. Vengo a preguntarte algo, ca...

—¿Para qué soy bueno?

—¿Está abierta La Cueva?

—Sí, cómo no va a estar...

—No, pues desde esa vez del raticida ya no volví.

—Puros chismes. Váyanse a dar una vueltita, que luego los alcanzo.

—Cámara.

Tamia sonrió con sorna.

—¿Vas a llevar a Sciurus a La Cueva? ¡Se nos va a desmayar!

—Pues ahí lo cachas... —y le guiñó un ojo; ¿sabría la verdad? A Tamia se le salía el corazón del pecho.

Cuando llegaron, la cosa ya estaba buena. Comenzaba a oscurecer y las ratas se aglomeraban en el bar, medio ebrias o muy ebrias, entre risas y eructos. Ratufa inhaló el tufo como si fuera perfume para molestar a Sciurus y Tamia seguía preocupada por su secreto.

—¡A convencerlas, camarada! —dijo, y empujó al novato.

Fueron a la barra. Los empleados trabajaban rápido, trayendo sobras de cerveza, bebidas alcohólicas que quedaban en las botellas y botanas pisoteadas para repartirlas en las mesas. Pidieron un especial de la casa, o sea las sobras de las sobras revueltas, y brindaron por la revolución que Sciurus predicaba. En poco tiempo, Ratufa se puso hasta las chanclas y fue por unas morritas para bailar. La música del puesto de discos pirata de arriba de La Cueva estaba a todo lo que daba y todos disfrutaban con el ritmo y las trompetas de “Amor de mis amores”.

—¡No seas aguado, Sciurus! Si ya estás aquí ¡desquita el *cover* y ven a bailar!

—No sé bailar.

Tamia se rio, lo tomó de las manos disfrutando el cosquilleo que eso le producía y lo sacó justo en medio de la pista entre aplausitos, brincos, empujones, vueltas y miradas tan profundas como el universo.

Poco a poco Sciurus se empezó a relajar, a confiar, a mezclar y al final terminó igual de alegre que todos ahí, felicísimo y tome que tome pistos. Se la pasaron increíble y el tiempo voló tanto para ellos que cuando salieron faltaba poco para que amaneciera y el señor de los tamales ya estaba en la esquina. Ratufa se quedó tirado en una grieta y ahí lo dejaron.

Regresaron dos días después y luego al siguiente, tres días después de ese y el lunes de la siguiente semana. Tamia se pasaba el día refundida en su madriguera soportando migrañas y sentideras falsas de Petauro, hasta que un día, en medio de lo más bueno en La Cueva, se escuchó un grito horrible:

—¡Exterminador! ¡Exterminador! ¡Huyan!

Se hizo el caos, las entradas se abarrotaron y un feo humo comenzó a colarse en La Cueva. Ratufa miraba a todos lados, mientras los demás morían de pánico.

—¡Por aquí! —gritó y sus dos amigos lo siguieron por entre una estrecha grieta por la que con trabajos lograron pasar. Estaba húmeda y apestosa, pero llegaron al otro lado de la cuadra sanos y salvos. Los tres miraban pasmados cómo las ratas que alcanzaban a salir por la grieta principal caían muertas, escuchaban los chirridos con tristeza y se morían de impotencia.

—¡Ta madre! —no dejaba de repetir Ratufa, conmocionado, con las dos manos en la cabeza.

Sciurus no decía nada, y cuando Tamia se puso a llorar acomodada en su pecho, se le ocurrió una idea genial.

—¡Tenemos que hacer algo!, ¡hay que volver! —Ratufa lo miró con los ojos desorbitados.

—¿Estás loco? ¡No hay nada que podamos hacer!

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Tamia llena de ilusión, a pesar de las protestas de Ratufa.

—Junten a todos los que logren salir atrás de ese contenedor de basura y esperen mi señal para atacar, voy a entrar.

—¿Atacar?

—¡Pero es peligroso!

—¡Son solo dos humanos! ¡Cien ratas y tres ardillas podemos con ellos! ¡Ya! —Sciurus corrió como una mancha rojiza endemoniada. Tamia y Ratufa se vieron y fueron tras él.

Las ratas estaban histéricas, confundidas y mareadas. Muchas no tuvieron fuerzas para levantarse mientras los dos las juntaban atrás

del contenedor y les contaban el plan, las organizaban y las ponían en guardia. Pasaron algunos segundos llenos de tensión y poco a poco los ánimos se iban enfriando. Había fracasado todo, ¿verdad? Adentro ya no quedaba nadie vivo... Cuando los humanos dejaron de rociar el humo a todos se les rompió el alma. Hubo un suspiro general y las ratas comenzaron a dar vuelta para irse... Fue en ese preciso momento en el que Sciurus salió al frente de un montón de manchas grises.

Los hurras se escucharon por toda la calle, todo mundo se lanzaba a la carga contra los exterminadores municipales. Las ratas se encargaron de los rasguños y las mordidas, mientras los gritos de las ardillas dirigían la revuelta. La cosa acabó pronto, los humanos se marcharon y las ardillas festejaban su victoria subidos a un huacal, entre alabanzas de las ratas. En medio de la alegría, Sciurus tomó a Tamia de la cintura, la atrajo hacia él y la besó. Para Tamia el tiempo y el sonido se detuvieron. Estaba segura de que tenía por fin las riendas de sus sueños, sentía que el futuro era su reino...

Las ratas comenzaron a auxiliar a los compañeros desmayados y caídos. Sciurus estaba frenético, organizándolo todo. Cerca de las cinco de la mañana, ya no había nada más que hacer. Ratufa se despidió y se fue, molido de cansancio y de emociones fuertes, todavía farfullando un poco, pero feliz, y Sciurus acompañó a Tamia a su madriguera. La noche estaba linda y calmada, y cuando llegaron se dieron un largo beso en el umbral de la puerta.

—Estoy muy orgullosa de ti, sabía que tú estabas destinado a algo grande desde que te vi.

—¿Sabes? Este es solo el primer paso hacia la revolución que nos regresará la dignidad a los pequeños roedores en la sociedad —comenzaba a emocionarse—. ¡Ya es hora de que salgamos de las grietas, de las sombras!, ¡ya es hora de que... —Tamia rio y le dio otro beso, pisó mal y los dos se cayeron adentro de la madriguera.

Siguieron besándose y las manos de Sciurus comenzaron a acariciarla.

—¿Qué es esto? —Tamia se hizo para atrás. Tenía un pedazo de piel achicharrada cerca del muslo que nunca había sido visible. Se puso rojita rojita de la pena por no ser perfecta...

—Es... una marca de nacimiento...

¡Era horrible!

—Parece una flor... —y Sciurus la siguió besando y acariciando. Al poco rato, a Tamia se le olvidó el asunto y se dejó llevar con una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando se despertó, se le hizo raro amanecer sola, porque se había quedado dormida en el pecho de Sciurus. Lo fue a buscar, estaba en el techo de la bodega con Ratufa y tres ratas gordas que eran los jefes de cada barrio. Sabía que tarde o temprano iba a empezar su campaña política, pero ¿tan temprano? Estaban tomando, riendo y disfrutando de un medio día cálido y alegre. Subió con cierta opresión en el pecho, pero todavía llevaba la sonrisa puesta. Ratufa la saludó con indiferencia, Sciurus había ido por algo.

—¡Ya llegó la floreadita! —se rio una rata de la nada y Tamia dio un respingo.

—¡No seas malita y tráeme algo de tomar, flor, órale! —le dijo otra.

Quiso que la tierra se la tragara viva, se sentía horrible ahí, parada frente a esas tres ratas. Miró a Ratufa con indignación, con desesperación, pero él solo se encogió de hombros. Llegó Sciurus con un pedazo de periódico para tenderse sobre él, la vio y frunció el ceño.

—¡Te adelantaste con las morritas, Sciurus, tú muy bien! —Sciurus la fulminaba con la mirada.

—Tamia... ¿qué haces aquí? —no había nada de cariño en el reclamo. Ella se acercó a él.

—¿Les contaste? —dijo con un hilo de voz, tapándose el muslo con una mano.

—Eso no te importa.

—¡Cómo no me va a importar!

Atrás se escuchaban las chanzas de las ratas y ella estaba a punto de llorar.

—Me estás haciendo quedar mal.

—¿Qué?

—¿Qué te ocurre? Deja de hacer *shows*.

Tamia se fue con las risas y groserías de las ratas lacerándole la espalda. En el larguísimo camino de la bodega a la madriguera de Petauro, sentía cómo las miradas y los cuchicheos la aplastaban. Petauro estaba peinándose frente al pedazo de retrovisor que tenía y la vio en el reflejo.

—¿Tamia?, ¿qué te pasó?

A ella se le salían lágrimas de rabia.

—Sciurus es un imbécil.

—¡Y bien imbécil! ¿Qué te hizo?, ¡le voy a partir la jeta a ese cabrón!

—No, déjalo, vale madres.

—¿Pero qué te hizo?

—Enseñarme que los hombres son unos cabrones, eso hizo.

—Oye, oye... ¡no todos somos iguales!

—Tú eres el peor de todos, tonto.

—Y así me quieres, ¿a poco no? —Petauro la abrazó—. Ya, tranquila, a todo el mundo le pasa... No... no llores.

—¡Cómo lo odio!

—Ya lo sé, pero no vale la pena, en serio que no... —Petauro se fijó hacia afuera—. Pero ya está siendo tarde y tengo una cita con mi niña...

—La tomó de la cara con las dos manos y la miró a los ojos—. Hablamos de esto después, ¿de acuerdo? —le dio un besito en la frente y salió un poco apurado.

Tamia lo vio salir con la sensación de ser una cualquiera a los ojos de todo el mundo, un juguete, algo usado. Se vio en el espejo de Petauro por horas y horas, pero seguía viéndose igual. Poco a poco la luz del medio día se volvió luz de crepúsculo y ella seguía así, tirada en el lecho de Petauro, viendo al techo y pensando. Al final se quedó dormida con la cabeza más confusa que aquellas veces que salía de La Cueva y no recordaba cómo había llegado a casa.

Ya era muy noche cuando el sonido de unos pasos medio la despertó. Petauro regresaba. Sintió cómo se acomodaba a su lado y la abrazaba. La abrazó con más fuerza, hundió la nariz en su cuello y metió una pierna entre las de ella. Sus corazones se desbocaron y a ella en ese momento le quedó algo muy en claro: eso le gustaba ¡le encantaba! Si el futuro era su reino y dicen que el futuro no existe... se encargaría de vivir y ya estaba. Abrió los ojos y sonrió a medias. Petauro olía a perfume de hembra. Tamia suspiró, acurrucó la cabeza en la bolita de algodón donde la tenía y movió la cadera. Agarró la mano de Petauro y comenzó a pasarla por los lugares más placenteros que se conocía, mordió, besó, se giró y siguió mordiendo, arañando, pellizcando, acariciando, jalando. Petauro comenzó a reírse, pero antes de que dijera algún chiste o comentario sarcástico, ella lo besó y lo apresó contra el periódico y las ramitas de su cama.

Fue distinto al duro contra el muro de Sciurus, o no, distinto no... fue genial. Descubrió un mundo tan enorme, tan vasto, tan inexplorado, que se sentía entusiasmadísima por recorrerlo todo. Esa noche se dedicó a eso por completo y Petauro hizo gala de toda su experiencia de Don Juan. Al final, fue bellísimo amanecer enredados y felices con las respiraciones y los latidos sincronizados.

—¿Ya viste de todo lo que te habías estado perdiendo, encanto?

—Ay, Petauro. Eres un maldito y talentoso infiel, ¿qué voy a hacer contigo? —Petauro se le echó encima y la embistió con cariño.

—Esto.

—Bobo.

Unos rayitos de sol entraron a iluminar la pared del fondo y los dos se descubrieron sonriendo como tontos. Tamia se separó, se sentó en el borde del lecho y comenzó a alisarse el pelaje. Petauro se la comía con los ojos, acostado como estaba. Se escucharon unas voces a lo lejos, a varios metros, eran Sciurus y Ratufa. Ellos no podían distinguir lo que decían, pero se dieron cuenta de que estaban discutiendo y al final cada quien se fue por su lado, camino a la madriguera de Tamia.

—Querrá hablar contigo... —Tamia murmuró una risa.

—Para lo que me importa... —“El amor es el más pendejo de todos los idealismos” pensó, pero no lo dijo.

Petauro se levantó, la besó y comenzó a arreglarse frente al espejo.

—Hoy es el aniversario de mi niña y yo, ¿qué te parece que deba hacer?

—¿Sacarla de esa fea jaula un ratito?

—Estás loca, jamás haría eso.

Tamia se asomó por la puerta y vio a Sciurus cerca de su casa. Suspiró.

—Deja, voy a hablar con él, mientras te ayudo a pensar, ¿te parece?

—Sale, guapa.

Sciurus estaba hablando como estúpido, parado en la puerta. Cuando ella llegó desde atrás, él se sorprendió.

—¿Dónde estabas?

—¿Te importa? —él suspiró.

—No lo digo por eso, es que... pensé que estabas adentro...

—Ah... —Tamia hizo un silencio expectante mientras se recargaba en el tronco con los brazos cruzados y veía a Sciurus a los ojos.

—Mira, con lo de ayer... ya sabes cómo son esas ratas, no respetan y además, no tenías nada que estar haciendo ahí.

—Pues... yo ayudé a sacarlas de La Cueva y aún así no tenías por qué contarles nada.

—Tengo que ganarme su confianza, lo sabes... solo estábamos chancando —Tamia entrecerró los ojos.

—¿Eso viniste a decirme?

—También quiero disculparme si te ofendí, ¿va? —dijo de mala gana y Tamia sonrió.

—¿Si me ofendiste?, ¿eres o te haces...? ¡Rayos, Sciurus, pensé que eras menos imbécil! Por favor, de no haber sido por mí jamás hubieras tratado con las ratas, qué mediocre eres.

—¿Qué?

—Una diría que con esa facha eres todo un macho alfa, ¡puras apariencias!, ¿verdad? Me das tanta lástima que ni siquiera puedo enojar-

me contigo. De todo corazón, espero que al menos para la política no seas un fracasado... Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer...

—¿Y esto qué significa? —le gritó indignado y Tamia le soltó una bofetada.

—Que te largues, estúpido. En tu vida me vuelves a tratar como se te antoje, ¿oíste?

—Zorra.

—Poco hombre.

Sciurus se fue golpeando el suelo con los pasos, ofendido y humillado, y algo adentro del corazón de ambos se rompió para siempre. Tamia entró a su madriguera muy digna y no se dejó vencer por el llanto, el dolor y el recuerdo de la reputación manchada mientras se arreglaba para acompañar a Petauro por el regalo de su novia.

Andrea había comprado la Señorita Mimosita a un traficante de animalillos que se ponía a pie de carretera. Sus papás estaban en proceso de divorcio y ella sacaba todo el provecho que podía. La bella ardillita la había cautivado y ni siquiera la advertencia de que era un animal portador de rabia pudo hacer que sus histéricos berrinches se calmaran. Mimosita vivía en una jaula para hámsters que se podía expandir y tenía de todo tipo de juegos y comodidades; por ejemplo, la rueda giratoria en la que se acurrucaban juntos ella y Petauro por horas... y donde justo en ese momento lloraba desconsolada, en una posición casi teatral. Lo había estado esperando todo el día, se había puesto un listón rojo, había recogido y decorado los túneles, el aserrín del piso estaba nuevo y había muchas galletitas ¡y él nunca apareció! Su mente la hacía sufrir. Se lo imaginaba peleando contra un gato hambriento, huyendo de la gente, intoxicado por veneno o torturas cada vez peores que lo retrasaban.

Ya era de noche, estaba oscuro y él no llegó. Nadie la consoló de su tristeza, porque el señor ya no vivía en esa casa, la señora estaba todo el tiempo en su habitación y Andrea se había ido a una pijamada con sus amigas de la primaria. Estaba completamente sola en ese enorme cuarto rosa.

De pronto escuchó un ruidito en la ventana y se levantó como un resorte, se secó las lágrimas y prestó atención. Un enorme globo de helio con forma de corazón pasó flotando frente a la ventana con una canastita pegada y de ella salió su Petauro. Se emocionó y de nuevo comenzó a sollozar. Petauro abrió la ventana y entró a la tan conocida habitación de Andrea, abrió la puertita de la jaula y se dejó abrazar por Mimosita mientras le acariciaba la cabeza, lleno de ternura.

—¡Amor! ¡Estás bien! ¡Tuve tanto miedo!

—Mi vida, tranquila, estoy bien... —Desdobló el brazo que había mantenido atrás de su espalda y le dio una florecita de banqueta.

—Feliz aniversario, corazón.

—¡Oh, Petauro!, ¡te amo tanto! —y le dio un largo y apasionado beso.

Abajo, Tamia por fin había logrado amarrar el mugroso globo a una raíz y descansaba echada sobre el pasto, viendo el cielo negro y pensando: “¡Pobre de la Julietita!”

ISABEL TREJO

## AÑO SOÑADO



## UN TOQUE MÁGICO

*A Lalo Tex*

**S**onó el timbre, con esa tercera menor descendente tan irritante que retumbaba cáustica en cada espacio, en cada huecoapestoso de mi rupestre morada. Siempre que suena el timbre alcanzo a apreciar la extrañeza de cada ondulación, de cada vibración que desplaza un rumorcito de aire tibio que se apresura hasta parar en mi sala. Alguna vez no tuve nada, fui administrador de la nada, y fui libre viviendo ese romance mancebo de la guitarra. Después, la adultez y, de nuevo, la nada, pero ahora esa nada me consume el seso. Cambié a la musa por la vida honorable y recta de estos tiempos modernos. Me volví propietario, poseedor del verbo hecho dinero, frívolo amante de este *oikos* cavernario, de esta mañana sin sol, de este desvarío nihilista que aspira a ser elocuente.

El timbre sonó de nuevo. El eco de su sonoridad terminó impactándose precisamente con el vidrio azulado de mi vaso con leche, por lo cual se derramó. Esto afectó el complaciente letargo del que disfrutaba después de una larga jornada de trabajo. Y, como a todos, al verse perturbada mi cotidianidad, me puse de un reverendo, cruento y opulento mal humor. ¡Me tuve que parar a cambiarme la camisa, a servirme leche de nuevo! No atendería al vil llamado de la interrupción ritualista que algunos escuincles practican tocando los timbres de las casas de la cuadra, corriendo maliciosos y sonrientes, los muy cabrones, huyendo estrepitosos del polarizado paso calmo del adulto promedio, quien pe-

rezoso, grosero e incluso temeroso rehuye en la mayoría de los casos al llamado de todo timbre, de todo toqueteo.

Me dispuse a trapear el desorden, pero el timbre sonó de nuevo. Arrumbé el trapeador bajo las escaleras y me reacomodé refunfuñando en el sillón, en mi hermoso reclinable *beige* que tiernamente me arropaba las sinapsis. En automático encendí la tele y puse las noticias. Más vale saber cómo marchará el clima y ver qué desmadre se traen allá en la vieja ciudad de hierro que pueda afectar mi economía. ¡Cómo se me antojaba una concha de vainilla! ¡Oh, vainilla! Vainilla sintetizada con su nombre olvidado en Papantla, amor hecho dulce. Eso de que las penas con pan son buenas aplica a mi vida, enteramente. De hecho, cuando como una concha de vainilla me llego a sentir tan portentoso, tan sutilmente despeinado, tan relajado. Me siento tan autosuficiente y pleno como si fuera la sombra de Buda estremeciendo la montaña. Es por eso que éste es mi mayor mantra y lo repito sereno durante mis horas de meditación más acabadas: cuando como una concha de vainilla me llego a sentir tan portentoso, tan sutilmente despeinado, tan relajado. Me siento tan autosuficiente y pleno como si fuera la sombra de Buda estremeciendo la montaña...

Lástima que en aquellos momentos la costumbre me había lanzado un arrebató y me acorralaba las ideas, trayendo de vuelta a mí esa triste adicción a la televisión que me había involucrado en tremendo rebobinado sináptico desde hacía tanto tiempo. Desde luego, no estaba consciente de la peligrosidad de vivir entregando mis tardes, mis noches y mis desvelos a una sugestiva caja negra. Me hallaba absorto en la tremebunda marea de la saturación semiótica. Y a pesar de ello, la miraba igual de enamorado que cuando la conocí, igual que cuando nos dimos nuestro primer beso hace ya una treintena de años, con la misma sensibilidad, con la misma franca apertura. Ella, como siempre, siendo buena conmigo, atrapando mi atención, distrayéndome de mis problemas, dándome información y ayudándome a olvidar un poco mis tendencias escapistas, mis furores suicidas, el dolor en mi pecho. La tele ha creído en mí, me ha ayudado a tener de qué hablar con los vecinos y nunca fa-

lla cuando se trata de darme consejos prácticos para saber cómo gastar mi dinero...

El timbre sonó de nuevo y, como siempre, tuve que sufrir el castigo de mi terquedad, de mi necia reacción hostil. ¡Ah, cómo me hacía enojar el enojo! Me enojaba que se trabara en mis adentros y me enajenara con su forma de rezongo. Que me hiciera salir de mí, que me condujera a las afueras, a los bordes de mi lengua y a las prisas de mis pasos. Y, como buen enajenado al no poder vivir su romance televisivo al máximo, miré a la puerta encontrando una excusa, un efugio, un reclamo. Decidí arrojarle toda mi ira a quien se hallase temerario tratando de desviar mi rumbo de la contemplación, de la iluminación televisiva. Caminé a la entrada decidido a echar bronca, abrí la puerta unos 45 grados, miré a un lado, miré al otro, no había nada ni nadie. Inhalé el aire lívido de noche de pólvora septembrina y llené mis pulmones de vaho, apreté la dentadura y me sentí timado. Pero, justo antes de azotar la puerta, escuché un extrañísimo grito: “¡Ayúdame por favor, ayúdame!”, decía una vaporosa vocecita. Era la voz de una pequeña niña, pero mis ojos no veían nada ni a nadie. “¡Acá abajo, cabrón, ayúdame!”, la vocecita replicaba. ¿Abajo? Abajo esperas mirar niños o niñas, no sé, quizá enanos, pigmeos o marcianos, algo antropomorfo o algo cotidiano. Miré hacia abajo, por supuesto, mientras mis ojos se topaban con algo totalmente inesperado, un pequeño ratón. Pero no cualquier ratón, este ratón traía puestos unos converse verdes con espuelas, un pantalón negro entubado con la filigrana propia de un pantalón charro y una chamarra de cuero repleta de estoperoles. Un tatuaje decoraba su cuello, un corazón flechado. Tenía los dientitos chuecos y parecía haberse hecho la base en cosa de seis pelos. Oía a aguacate con sal y a nopalitos en penca. Verdaderamente me conmovió, era como abrirle la puerta al Mastuerzo. Me emocioné tanto como la vez que me topé al Cochiloco echándose un caldo de res en el club Conde.

—Hazme el paro, que vienen unos gatos siguiéndome la pista, muñeco. Déjame pasar la noche en tu casa, ahorita que me conozcas vas a ver que soy rebueno pa'l cotorreo.

No sé si fue una sorpresa del destino o me sentía tan emocionado e impactado por la rareza de la situación, pero lo miré casi en *slow motion*, con lujo de detalle. Casi como en esas teles del futuro que son hipersensibles y te hacen adentrarte en un vórtice de profundidad dimensional. ¡Ah, qué cosas con la evolución de las tecnologías panópticas! En fin... Sin más, se metió a la casa pasando por debajo de mis pies, como si nada. Y también como si nada, y debido al principio de causa y efecto, corrí envuelto en inercia, cerré la puerta y, fascinado, caminé tras él rumbo a la sala.

—¡Bestias espurias, opresoras del proletariado subterráneo! Me torcieron en un hoyo *funky* dándole un toque al camarada siamés. El pobre yacía en el fondo de una cloaca retorciéndose entre sus propias heces, muñeco. Por ésta que únicamente le di un toque para aminorar su pena, me cae. Un toque mágico era lo que ocupaba aquel viejo gato abandonado y rolero.

Lo escuchaba todo, tan bien, tan despierto y tan sin enojo o enajenamiento. Lo escuchaba aunque su voz fuera tan incisiva como la de cualquier conductor de programa vespertino de chismes. Lo escuchaba a pesar de la juiciosa improbabilidad, de la severa monotonía. Caminé en automático al refri para ver qué tenía para darle. Le ofrecí una cerveza, la rechazó.

—Ya llevo un rato sin hacerle a eso, muñeco. No vaya a caerme el chahuistle. ¡Ah, y perdón, que nomás no me presento! Me llamo Everardo Mújica, aunque normalmente la banda suele llamarme Lalito o, simplemente, muñeco. Vengo de un pueblito otomí y solo soy un pobre rockanrolero que apenas gana para vivir, pero que está muy orgulloso de estar libre del olvido, del abandono y la frustración. Por ahí me puedes buscar cuando me presente en alguna refinada esquina sucia en esta tierra de concreto, complot de lo urbano...

El muñeco terminó bebiendo un poco de boing de mango que le puse en una cucharita pastelera. Me contó que se dedicaba a rolar de charco en charco y de alcantarilla en alcantarilla por toda la ciudad, y que tocaba en un grupo de ska-rock-punk-cumbia-mambo llamado Flatulencia

Incontenible, desde hace ya un par de décadas. Platicamos sobre los toquines, la roleada, el malabarismo a escala, la historia del rock nacional, la mota, las ratonas con las que había estado y la incógnita de no saber si por ahí en algún lugar tendría una docena de ratoncitos regados por toda la cuenca del valle de México. Pues, según él, vivió un tiempo de zozobra irresponsable y oscuro fanatismo cuando el amor de su vida casi se le fue por obra y gracia del cinismo del exceso y la fama, que, por sí misma, es inacabada. Lalito le estaba dando un giro inesperado a mi estancado pensamiento, me estaba apuntalando y apenas y me daba cuenta.

—Tal vez necesites un toque mágico, muñeco. El toque mágico es una chispa de magia cósmica que te conecta con el ritmo del universo y que todo mundo trae ya consigo de nacimiento en su cabeza, nomás que normalmente la gente no presta atención a esa chispa, a ese toque. La gente no tiene tiempo de cambiar su vida, la máquina la ha vuelto una sombra borrosa, ya lo dijo el profeta del nopal. Y nunca tiene tiempo porque vive del olvido y de lo olvidado. Lo más curioso es que el tiempo vive en la memoria y a la memoria la tratamos como a un trapo...

Hablaba de una forma tan generosa, tan humilde y sincera. Era como ver a un pequeñito chamán haciéndole limpias a mi esencia con el poder universal de la flor de la palabra. La quietud arribaba estoica a mi vida después de un sinfín de catarsis y extrañas peripecias. Era increíble cómo tanta crónica y experiencia se hallaba contenida en un cuerpo tan pequeño. La vida le dio al muñeco la posibilidad de fluir con todo movimiento, de tener ritmo, de tener talento. Y le llevó por los rumbos de lo que se construye en la calle, de lo que se ensaya en el pecero. Él, que había visto de cerca el desprecio, que había sentido el dolor del encierro, que había perdido el amor por culpa de un desvelo, estaba en mi casa contándome todo tan bello, tan cercano y certero, tan a su manera y a la vez tan familiar a mis oídos. Pues cuando la nada abraza a la fortuna cualquier cosa puede ocurrir. Me acuerdo de que, medio nervioso, puse algo de música, a los Tepetatles de Arau y Monsiváis, y su Tlalocman, nos cagamos de la risa. Para el revire, Lalito puso

esa que dice “ven conmigo, cierra los ojos” de Enrique Guzmán y ahora sí casi nos cagamos de la risa.

—No me puedo quejar, me tocó talonearle a gusto... mi primera tocada estuvo bien cagada, de veras. Estaba bien emocionado, muñeco, pero fue una tocada al aire libre ¡y a las cinco de la tarde en una tarima afuera de la iglesia del pueblo! Para la tercera rola, que se deja venir un bonche de palomas y que nos cagan completitos a mis carnales y a mí. Pero así fue que empezamos a ayudarle a la banda a pasar un buen rato y a que se olvidaran de sus problemas.

Mi casa nunca había estado tan colmada de anhelo, de desvergüenza. Los temas de los que hablamos se mezclaban entre sí cual rizoma coqueto. Íbamos del sismo del 85 a la fatal muerte del Rockdrigo González, que nos llevaba a aquel momento en que el sacerdote rupestre musicalizó un cacho de la dramaturgia de José Agustín. Y, de la nada, hablábamos de cualquier cosa, de cualquier coincidencia, de cualquier relato. Coincidimos en que ninguno sabía qué demonios quieren decir los poetas posmodernos ni de dónde chingados salen las uñas. Él tenía la teoría de que eran parte de los huesos y que probablemente llegaban hasta los codos. A mi parecer, si no las tuviéramos, los dedos se mirarían raros. Para mis oídos cada palabra parecía sacada de un cuento fantástico. Fue una de las mejores noches de mi vida, aunque no fotografié el momento por mi irrefrenable fobia al autorretrato o *selfie*, como dicen los milenarios, pero fui feliz y mucho.

—Todo tiene su historia, muñeco. Todo es historiable, hasta la juventud rockanrolera que cambia de forma y de caras porque está atravesada por el proceso y su esencia... Mirémonos como jóvenes, aunque parezcamos viejos. En sus inicios, el rock transgredía bien harto. Nos afectó la guerra de Vietnam, la liberación femenina y hasta el uso de pastillas anticonceptivas. Somos herencia de la euforia y la represión de Avándaro, como también del legado musical de los Rebeldes del rock, de los Locos del ritmo, del brujo Bátiz y su iniciativa de los cafés cantantes, y claro, del Three Souls in my Mind. Aquellos tiempos marcaron un cambio radical en la vida del joven urbano que buscaba

manifestar algo. Una nueva forma de ver el mundo corría por las calles, una nueva ropa, un nuevo estilo de vida, un *rhythm and blues*, un *rock* a la mexicana. Admirábamos al Che Guevara, éramos chavos de onda y nos gustaba el *rock and roll*. Luego otras cosas, otros procesos... y de ahí seguimos saliendo ratones que cantamos en estos tiempos extraños, describiendo lo que sale de adentro, muy adentro de nosotros, como salga y siempre sin miedo...

Me sentía como en un filme onírico musical, poco faltaba para que Paul Leduc documentara el suceso con su rigurosa lente como lo hizo alguna vez con esas bandas, con esas juventudes que disfrutaban sin estereotipos de un concierto de sus grupos favoritos. Un *boom* sacudía mi cabeza, no paraba de pensar en esos músicos incorporando la poesía a sus rasgueos estridentes. Mientras me contaba sus andanzas por el mundo, el muñeco se dispuso a administrar musicalmente nuestra noche de encuentro, y por mis orejas atravesaban sinfonías de amor y desamor, de desvelo y locura, de lo cotidiano y su hermosura. Escuchamos tantas cosas, tantas voces cantando sus motivos y tanto tiempo vivido. Y todo era *azul casi morado*, como cantó alguna vez Rita Guerrero. La música y el desparpajo acicalaban con dulzura mis atrofiados tímpanos. Que Jaime López, que Caifanes, que Nina Galindo, que los rupestres, que Cecilia Toussaint, que el Haragán y compañía, que la Botellita, que Heavy Nopal, que Tex Tex, que Liran Roll, que un amor platónico con Kenny, la de los eléctricos... En fin, un bostezo del muñeco me anunció que era tiempo de reposar y dormir sosegadamente, dormir con aires de fantasía recorriendo la faz de mi sueño, dormir con una delicadísima frescura y una despreocupación tan rotunda que me hacía ansiar el amanecer con todo el ímpetu de mi deseo. Fue así que me dispuse a soñar y que dejé al dulce y tenaz Lalito en el sillón de la sala, envuelto en un trapo de microfibra verde con el que casi se veía guapo.

Pasaron, porque tenían que pasar, esas últimas horas de madrugada, esas horas de la más preciosa calma. Y con el primer rayo del sol fui despertado por un delicioso aroma que había bañado toda la casa: chiles güeros toreados, frijoles refritos salpicados de salsa macha con

sus totopos y su queso menona rallado, huevos estrellados nadando en un recaudo de cebolla, jitomate y ajo, jugo de naranja recién exprimido, café bien calentito y una nota de despedida del buen Lalito. Una nota que está para chuparse los dedos, para guardarse calentita a un costado de mi almohada:

*Muñeco, es usted un gran anfitrión y un chingón. Me marcho y dejo muestras de mi agradecimiento con el desayuno que le he preparado. El mundo me espera para seguirlo comiendo. Mientras, usted desayúnese, lávese, vístase y váyase a buscar su pedazo de mundo, que en los 30, ustedes no están ni cerca de la mitad de sus vidas. Y, por favor, no se olvide de darse un toque mágico. Así que, como dijera un viejo botello en un arcaico y extraviado lenguaje: to VIP's or not to VIP's, that's the Woolworth. Un saludo de paz y resistencia, su camarada, el muñeco.*

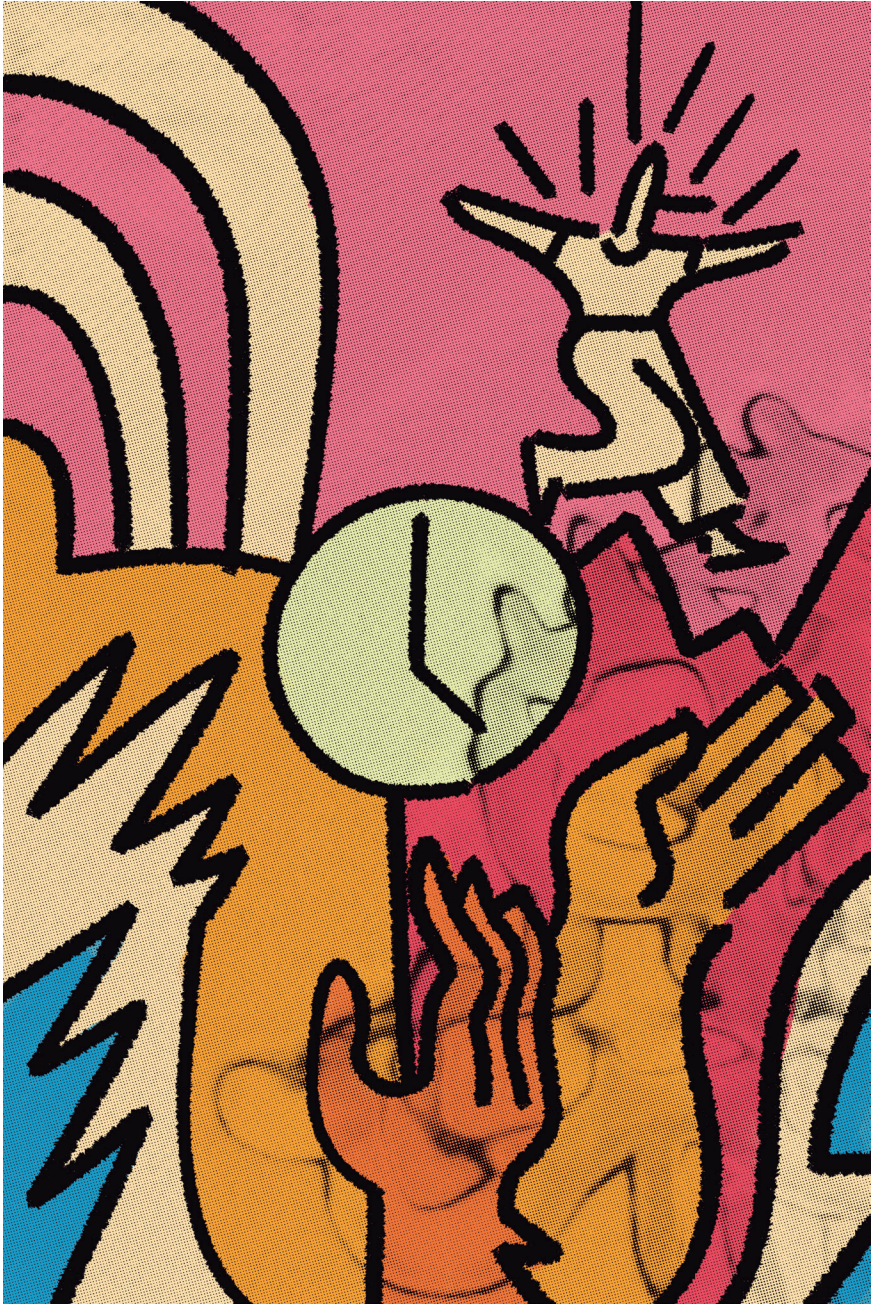
CHRISTIAN PÉREZ

## VÉRTIGO

**L**os pensamientos inconformes llegan una vez a mi mente. Veintiún años de vida cargando en mi espalda y no sé aún ni cómo encender un auto. De ahí mi estrés por esperar el autobús cada mañana para llegar temprano a la primer clase, pues en realidad no quiero dar una mala imagen de impuntualidad en la primer semana de universidad... Pufff, apenas es el tercer día de clases y yo simplemente no sé qué estoy haciendo, hablar con los chicos nuevos me resulta algo difícil, espero que este día sea diferente. Ya casi llego, es la primera clase con este maestro, no quiero llegar tarde. Llegué a tiempo, pero al parecer mi lugar está ocupado por una chica que no había visto antes... Viéndola bien, es muy linda, tiene una sonrisa muy natural, si me agarro de valor me atreveré a saludarla, espero no espantarla.

Qué nervios, me quedé solo con ella en el salón; tranquilízate, no digas nada estúpido, puedes dar una buena impresión. Oh, no, se está acercando. Wow, listo, ella dio el primer paso, ahora sé su nombre, es bastante lindo y fácil de aprender, creo que de seguir así conseguiré su número telefónico.

Ok, ya llevo una semana, me parece tediosa la rutina, lo único que me mantiene cuerdo es ella. Hoy le pediré sus redes sociales, esperemos que todo salga bien... Fueron los veinte minutos más cardiacos de mi vida, pero valieron la pena, ahora ella tiene mi número y yo el suyo, en la noche le hablaré. Son cerca de las doce de la madrugada, no pensé hablar tanto tiempo con ella, estoy encantado, me ayudó hasta con mi tarea.



Llevo un mes de carrera, mi grupo de amigos es reducido, cada quien está por su lado, pero admitiré que llevo una estupenda racha con mis trabajos y tareas, y con ella, mi musa. Después de nuestra siguiente cita, será tiempo de pedirle que entremos a una relación formal. Será este fin de semana, espero que todo salga bien, le llevaré algo de música, eso le encantará.

Después de que me dio el sí, todo marcha con gran plenitud. Es maravillosa, mi madre la adora y mis amigos me dicen que soy afortunado, nos apoyamos mutuamente en el estudio. Hoy es nuestro primer aniversario, ella está decidida a hacer el amor conmigo. No mentiré, estoy nervioso, aunque sigo preguntándome cómo una Venus se fijó en un simple mortal, que sigue persiguiendo camiones para llegar temprano a la escuela. Fue una noche mágica, sin duda. Comenzaremos una nueva etapa en nuestra relación.

Con altibajos en estos últimos tres años, he podido mantener un buen promedio en la universidad. Mis amigos harán tesis, yo no. Mis maestros y mi madre están justo en la cena de graduación de ella. Le pediré que sea mi esposa, así podremos disfrutar nuestro viaje de graduación como prometidos. Bueno, ella durmió todo el viaje, nos merecemos un gran descanso lejos de todos, ya después laboraremos en nuestra empresa desarrollada dentro de la institución. Total, a casi nadie se le ocurrió hacer una compañía de arte que funcione como agencia, donde todos ganan.

Estoy nervioso, ella se ve algo alterada. No lo sé, a simple vista le sienta bien el matrimonio. ¿Quién diría que cinco meses de compromiso serían suficientes para hacernos de una pequeña casa y financiar una boda, sencilla, pero con un ambiente sumamente refinado? Pronto cumpliré 26 años. Ella, a pesar de lo alterada, me dijo que me tenía una sorpresa. Cerré los ojos porque me lo ordenó. Al abrirlos, sostenía un babero de bebé: ¡vamos a ser papás! Mi mayor miedo es aprender a ser padre. Ella me tiene confianza, dice que seré uno excelente. Valeria, Camila, Samantha, Marisol... son tantos los nombres posibles para niñas que no sé cómo podríamos llamarla, está a solo dos semanas de

llegar y aún no tiene un nombre, lo que me preocupa un poco, pues ya debería tenerlo a estas alturas. Llegó el día, ella no para de gritar de dolor, ya viene nuestra pequeña, es-pe-ra-ba no ver tan-ta san-gr... Maldición, ¡auch!, me cayó este maldito reloj en la cabeza otra vez; recordatorio mental permanente: colocarlo en otra parte que no sea en mi cabecera. Pfff, ni hablar, pareciera que el tiempo se fue volando, solo vi oscuridad. ¿Qué hora es? ¡Las siete! Llegaré tarde a mi primer día de universidad...

HÉCTOR IVÁN RESÉNDIZ CONTRERAS





La presente edición de  
*Antología de cuento histórico*  
fue diagramada por Federico de la Vega  
en el Taller del Fondo Editorial  
de la Universidad Autónoma de Querétaro.  
El cuidado estuvo a cargo de Gisella Cordero.  
El tiro de mil ejemplares se imprimió  
en julio del 2023,  
en Santiago de Querétaro, México.









